
El secreto
de
Waterford
Hall
Kate Bristol

# El secreto de Waterford Hall

Kate Bristol

**Primera edición en formato digital:** Febrero, 2025

**Título Original:** El secreto de Waterford Hall

© **Kate Bristol**, 2025

*Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.*

# ÍNDICE

PRÓLOGO
CAPÍTULO 1
CAPÍTULO 2
CAPÍTULO 3
CAPÍTULO 4
CAPÍTULO 5
CAPÍTULO 6
CAPÍTULO 7
CAPÍTULO 8
CAPÍTULO 9
CAPÍTULO 10
CAPÍTULO 11
CAPÍTULO 12
CAPÍTULO 13
CAPÍTULO 14
CAPÍTULO 15
CAPÍTULO 16
CAPÍTULO 17
CAPÍTULO 18
CAPÍTULO 19
CAPÍTULO 20
CAPÍTULO 21
CAPÍTULO 22
CAPITULO 23
CAPÍTULO 24
CAPÍTULO 25
CAPÍTULO 26
CAPÍTULO 27
CAPÍTULO 28
CAPÍTULO 29
CAPÍTULO 30
CAPÍTULO 31
CAPÍTULO 32
CAPÍTULO 33
CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35
CAPÍTULO 36
CAPÍTULO 37
CAPITULO 38
CAPÍTULO 39
CAPÍTULO 40
EPÍLOGO
EPÍLOGO II
RECOMENDACIONES

# PRÓLOGO

En la familia Waterford se cuenta una antigua leyenda gitana que ha pasado de generación en generación.

Es bien sabido por todos que, si lady Waterford engendra gemelos y estos no son separados al nacer, tarde o temprano la maldición hará presa de ellos y uno morirá cruelmente asesinado por el otro.

Los gemelos Waterford son como las dos caras de la luna, una visible y luminosa, y la otra oscura y siempre oculta a ojos de todos. Ambas son hermosas y contienen el mismo misterio, pero una es luz, rodeada de tinieblas y la otra oscuridad, como la negra muerte envuelta en un manto de brillante oro. Una no puede vivir sin la otra, pues no se puede ver la luz sin que esté rodeada de negrura, ni pueden existir las sombras en carencia de la luz.

Fue un día largo y la noche avanzaba envuelta en gritos agónicos.

Jamás se había visto llover así en Waterford Hall.

Aunque como su nombre indica, esas tierras son húmedas, bañadas por el río Doe Lea y anegadas en tramos tan hermosos como peligrosos. En esos páramos es donde el frío te cala los huesos y por las noches no se puede dormir, pues las sábanas están tan empapadas que te dejan aturdida.

Cuando sopla el viento, bocanadas de aire se cuelan en las más de quince chimeneas del castillo, apagando al mismo tiempo todos los fuegos del hogar, como si un gran gigante, desde arriba, soplase con fuerza en cada una de ellas. Es entonces cuando un frío insoportable te despierta a medianoche y te impide volver a caer en los dulces brazos de Morfeo.

Pero como iba diciendo, aquella noche llovía y tronaba tanto que hasta las brujas se pusieron a resguardo. El valiente búho dejó de cantar bajo el sicomoro y la lechuza voló,

espantada, hacia la torre de su molino.

De repente, un grito sesgó la noche. Fue más bien un alarido que destacó de entre los truenos. Luego se escucharon más, y más, a cada cual más fuertes y cuando el dolor y la sangre parecían no tener fin, desaparecieron para ser substituidos por el vigoroso llanto de un bebé.

—Es un niño —dijo la partera.

Por aquel entonces, la señorita Cooper era una mujer larguirucha, de nervios templados y piel demasiado arrugada para su edad. Su rostro, como una máscara de hierática seriedad, ocultaba a la perfección un carácter bondadoso y justo. Pero en aquellos momentos, era incapaz de disimular la preocupación que sentía y caminaba de un lado a otro de la habitación, tiesa como un palo y con las manos entrelazadas, sin dejar de mirar a su señora, que parecía estar completamente ida.

Sobre el lecho descasaba la condesa, lady Waterford. Estaba exhausta, sudorosa y despeinada. Causaba verdadero espanto, con un camisón blanco ensangrentado y los cabellos oscuros y húmedos pegados a la pálida piel.

Sólo una tenue llama iluminaba la parte izquierda de su rostro, ojeroso y desencajado. A su lado, sostenido por la doncella que asistía a la comadrona, un hermoso bebé de cabellos rubios como el sol y piel de luna, lloraba sin consuelo, buscando alimento.

La señorita Cooper entrelazó aún más los huesudos dedos y miró a la muchacha, que no lograba que el bebé cesase en llanto.

—La señora no se recupera —dijo, con angustia—. Lady Waterford no puede morir. No puede dejar a su bebé desamparado…

—Y no lo hará —respondió la comadrona, apretando el vientre de la señora, que volvía a gritar, aunque de forma más débil.

—Pero… ¡Mírela! —Mary Cooper no daba crédito a las palabras de esa mujer—. Tal pareciera que la sangre la haya abandonado.

—Señora Cooper, lo que sucede es que hay otro bebé en camino.

La ama de llaves abrió mucho los ojos, al tiempo que se llevaba las manos al corazón.

—¿Otro? —gimió—. Quiere decir… ¿Gemelos?

—Sí, gemelos. —Ante el horror de su interlocutora, la miró con extrañeza— ¿Qué le sucede, señorita Cooper? —la doncella esperó respuesta al percibir lividez en su rostro—. Es una doble bendición para Waterford Hall.

—S… sí… por supuesto.

Fue lo único que Mary Cooper se atrevió a responder.

Nadie, aparte de lord Waterford, ella y el señor Wilson, el viejo mayordomo, conocían de la existencia de aquella extraña maldición que desde tiempos pasados cantaban los gitanos que solían acampar en sus bosques.

Cuando el conde supiese lo sucedido, el cielo se les caería encima y… uno de esos dos niños moriría.

Cerró los ojos con fuerza y empezó a rezar.

No pasó mucho tiempo hasta que el segundo bebé, llegó al mundo.

Los llantos de ambos despertaron el castillo y lord Waterford no tardó mucho en enterarse de que había sido padre de dos niños varones de fuertes pulmones.

—¿Gemelos? —Tragó saliva mientras miraba con espanto a su prole.

Cualquier otro progenitor se habría alegrado de que su esposa hubiese sobrevivido, y de que ambos niños hubiesen nacido sanos y fuertes.

Pero no él.

Él jamás. Ese hombre era supersticioso y temeroso de Dios y sabía muy bien a qué se enfrentaban.

No tardaron en pasar las horas, y las mortecinas luces de la aurora lo encontraron tan borracho como desquiciado, caminando por la alfombra de su despacho, en círculos cual fiera enjaulada.

—No, no… ¡No! —gritaba, una y otra vez, mientras el pobre señor Wilson, cerraba los ojos cada vez que el conde alzaba la voz—. ¡Es una maldición! ¡Una abominación! ¿No lo entiende?

Por supuesto que nadie fuera de la casa Waterford entendería qué mal podía haber en que, en lugar de un niño sano, hubiesen nacido dos. Pero lord Waterford estaba absolutamente convencido de que eso atraería la desgracia a su linaje.

Los ojos del conde parecían salírsele de las órbitas, y sí, Wilson, el mayordomo, a pesar de ser un hombre sereno, se asustó. Por supuesto, no osó contradecir a su señor y dejó que este siguiera hablando, gritando y haciendo aspavientos.

—¡Es una maldición! ¡Una maldición!

Desde la puerta abierta del despacho, la señora Cooper, se asomó. Intercambió una larga mirada con el señor Wilson y finalmente entró.

Ella sabía bien de la maldición gitana, llevaba media vida ahí como para no haber escuchado esa absurdidad. Pero no temía ni a ese hombre ni a irracionales supercherías gitanas. Jamás había sido una cobarde, ni tampoco estaba dispuesta a ser testigo de semejante atrocidad. ¿Separar a los niños? Era impensable.

—Milord, los dos niños han nacido sanos y…

Los gemidos agónicos del conde ahogaban sus palabras.

Ella siguió intentando apelar a su corazón de padre, pero el hombre no estaba en sus cabales.

—¡Uno asesinará al otro! —gritaba, desquiciado.

—Es solo palabrería de viejas.

—No, no… Si permanecen juntos, uno morirá por causa del otro. Siempre ha sido así. Jamás ningún Waterford ha permitido que suceda y yo no seré el primero.

—Pero… —Wilson y la señora Cooper no daban crédito.

Era cierto que hacía más de doscientos años había habido un asesinato y en tiempo de del rey Enrique, pero… eran otros tiempos. Tiempos en que las mentes eran débiles y se dejaban corromper por ponzoñosas palabras. La gente creía en brujas, maleficios, atroces leyendas que llegaban a catastróficas consecuencias. Pero aquellos tiempos tan lejanos habían quedado atrás. ¿Cómo iban a separar a dos inocentes? ¿Y cómo?

Como si el conde quisiera responder a la pregunta no formulada por la señora Cooper, sentenció:

—¡Sacad al recién nacido de aquí y ahogadlo en el río!

Los ojos se abrieron por el horror de aquellas palabras y el señor Wilson tuvo que sostenerla por el codo. No supo bien si para que no cayera redonda al suelo, o para que no se abalanzara sobre su señor ante tal infamia.

—No pienso hacer tal cosa —protestó en voz baja y con el rostro lívido, Mary Cooper.

Wilson, a quien iba dirigida tal afirmación, asintió, dándole su apoyo.

—¡Uno de ellos debe morir hoy! —seguía diciendo ese loco.

—Pero… —debía ganar tiempo—. ¿No deberíamos asegurarnos de que los dos estén sanos? Quizás matemos al equivocado y se quede sin descendencia.

El conde la miró asintiendo, como si hubiera algo de sentido en sus palabras.

El horror por lo que había dicho la embargaba, pero necesitaba pensar, ganar tiempo y encontrar una solución para salvar a los pequeños.

Quizás con la luz del sol, el conde volviera a su ser y toda aquella noche se convirtiera en una mera pesadilla.

—No sé, no sé… ¡No hay tempo! —bramó lord Waterford, haciendo que tanto ella como el señor Wilson retrocedieran, con espanto.

—Pero milord…

Lord Waterford centró toda su atención en la ama de llaves y empezó a caminar hacia ella. En sus ojos se podía ver el brillo que desprendería el mismísimo Lucifer. Jamás el conde había actuado así, había sido siempre un hombre juicioso y de carácter afable. Estaba irreconocible. Era como si, de repente, la maldición de los gemelos hubiese recaído sobre él, como si… estuviese sufriendo una posesión. Era realmente aterrador.

Cuando llegó hasta la pobre Mary Cooper, la mujer tuvo que tragar saliva, pensando que iba a recibir una bofetada.

No lo hizo. Pero sí la señaló con dedo acusador.

—O haces que uno de esos niños desaparezca, o yo mismo lo haré.

La señora Cooper volvió a tragar saliva y luego asintió.

—Como usted ordene, milord.

Y así fue como empezó todo.

No había dejado de tronar cuando una silueta delgada y negra salió de una puerta lateral de Waterford Hall para adentrarse en la tormenta mientras una enorme cortina de agua caía implacable sobre la fortificación, golpeando la piedra oscura y húmeda, encharcando el suelo y destrozando las rosas del hermoso jardín de la condesa.

En sus delgados brazos sostenía un pequeño bulto cuyo llanto se confundía con los truenos y los chasquidos que precedían a los relámpagos. Esa silueta encapuchada se metió en los establos, pensando que tal vez su buena amiga, Jane Doran, aceptase criarlo.

No iba a matarlo, jamás haría tal cosa. Y solo una mente perturbada como la del conde podía pensar en semejante posibilidad.

No, salvaría a ese niño, y sería feliz, aunque su destino fuera el no saber jamás que era el hijo de un conde.

Mary miró hacia la gran casa, y sus ojos finalmente se posaron sobre la ventana con la vela encendida, donde la condesa estaba recuperándose entre sueños febriles, con su recién nacido en brazos.

Sí, era muy probable que el pequeño que abandonaba esa noche su hogar, fuera mucho más feliz que el que descansaba en brazos de su madre, pues, ¿qué futuro le esperaba al ser criado por un padre capaz de cometer un acto tan atroz?

Mary acunó al niño y compadeció al que se quedaba en Waterford Hall, arropado con suaves mantas de lana, en el interior de aquella aterradora mole de piedra tan oscura como el corazón del diablo.

No muy lejos de ahí…

En el preciso instante que Mary Cooper abandonaba la mansión, un trueno retumbó a la par que el rayo iluminó el interior del carromato. Un búho disecado con sus inquietantes e inertes ojos de cristal, proyectó una sombra alargada sobre la pared de madera, cubierta con papel pintado de un color exagerado. De pronto, una súbita ráfaga de viento abrió el pequeño ventanuco, haciendo agitar las cortinas de punto hasta llegar a apagar la vela del fanal, quedando todo completamente a oscuras.

La hermosa gitana, de largos cabellos rizados y ojos verdes como esmeraldas, se llevó una mano a su corazón acelerado mientras, a oscuras, oía a la lluvia golpear el techo de su hogar. Apretó los labios por la ominosa sensación. Era como si cien brujas estuviesen tocando el clavicordio sobre su cabeza.

Tras lograr calmarse del susto inicial, se ajustó el chal de lana al cuello. Se levantó de su asiento, cerró el ventanuco y sacó un fósforo que prendió con la suela del zapato.

Pronto, la pequeña estancia quedó de nuevo iluminada por la tímida llama de una vela y sólo entonces Jane Doran soltó todo el aire contenido.

Echó un rápido vistazo afuera, estirando el cuello.

Volvió a ajustarse el chal de lana. Por fortuna, el campamento entero dormía y ni siquiera se escuchaban los relinchos de los *irish tinker*, hermosos ponys pintos de fuertes y peludas patas, que permanecían tranquilos y a resguardo junto a las demás carretas, con sus robustos cuerpos pegados al lado contrario del que caía, oblicua, la intensa lluvia.

Sólo el gemido de algún perro temeroso de la tormenta se dejaba oír después de un trueno. Pero luego todo volvía a estar en silencio.

La bella gitana regresó a su asiento y cogió la taza de té por el asa. Removió el caldo, haciendo pequeños movimientos circulares con la mano, y volvió a depositar el recipiente sobre la mesa.

Arrugó el entrecejo, pensativa.

Habían acampado en lo más recóndito del bosque.

Desde muchas generaciones atrás, el pueblo gitano gozaba del permiso de lord Waterford

para hacerlo. Sí, su pueblo había dejado caer una terrible maldición sobre esa familia, por rencillas ya olvidadas, pero a cambio le habían proporcionado riquezas y distinción. No así felicidad. Pero los Waterford eran usureros, ¿por qué pedir felicidad si podían tener riqueza?

Jane chasqueó la lengua.

Estúpidos aristócratas.

Ahora su pueblo recorría aquellas tierras, siempre conscientes de que su presencia incomodaba a los lugareños, por lo que se ocultaban y vivían en relativa paz. En agradecimiento por ser permisivos con ellos, limpiaban de helechos y arbustos los senderos y una vez a la semana comerciaban con un whisky irlandés en el pueblo más cercano.

No obstante, a pesar del permiso y de saberse en un lugar seguro, Jane Doran sentía el corazón inquieto aquella noche.

Esta vez las cosas podrían ser distintas.

De repente, al desatarse la tormenta, su corazón la había despertado a medianoche, con un latir desbocado, como si quisiese escaparse de su pecho. No tuvo más remedio que intentar apaciguar su alma con lo que los espíritus tuvieran a bien decirle.

Mientras pensaba en qué le depararía el futuro, dio un sorbo, con cuidado de no tomar los posos, y volvió a remover el líquido que quedaba. Aguardó unos instantes y de pronto…

Y de pronto lo vio.

Jane Doran, con los ojos en blanco, pudo ver con claridad a una mujer a la que conocía bien, pues eran amigas desde muy niñas.

—Mary… —gimió.

Sí, esa mujer era Mary Cooper, y conducía, calada hasta los huesos, una pequeña calesa tirada por una vieja mula, que esquivaban los rayos y las ramas medio hundidas en el fango de aquel camino prácticamente intransitable.

—Ya viene.

Jane supo que tenía que llegar cuanto antes al campamento pues, pegado a su pecho, atado con un largo chal de lana, sostenía un recién nacido completamente empapado, que no

paraba de llorar.

Un bebé que…

Cambiaría el destino de su gente y el de Waterford Hall… para siempre.

# CAPÍTULO 1

*Veinticinco años después.*

*1856. Derbyshire, Inglaterra.*

—¿Sabías que Dios creó a los hombres y luego a Jack Doran para disculparse?

Janet suspiró tras escuchar las palabras de su hermana, Liberty. Apoyó mejor el peso del cesto de ropa sobre su cadera y se la quedó mirando por unos instantes.

Las mejillas de ambas estaban tan rojas como las manzanas que Jack Doran les había traído esa misma mañana.

Él era el hombre más apuesto que ninguna mujer de ese poblado gitano hubiera visto jamás. Rubio, alto, fornido, de anchas espaldas y con un rostro que parecía habérselo robado a un arcángel. Mandíbula ligeramente cuadrada, fuerte mentón y una sonrisa capaz de inducir a una monja a tener pensamientos impuros.

¡Oh! ¡Esa sonrisa! Cuando la lucía en todo su esplendor, obligaba a dibujar a sus mejillas dos endiablados hoyuelos que hasta merecían el calificativo de impúdicos. Todo él, de la cabeza a los pies, era irreverentemente apuesto y no había mujer en toda Inglaterra y posiblemente en el mundo entero, que no suspirara a su paso.

Y el muy rufián era perfectamente consciente de ello.

—No has dicho nada más cierto en toda tu vida.

Las dos jóvenes gitanas venían de lavar sus ropas en el riachuelo que atravesaba el bosque de Waterford y no tuvieron más remedio que detenerse con los enormes cestos repletos apoyados en las caderas, ante lo que estaba sucediendo en el linde del campamento.

No estaban solas.

La mayoría de las mujeres del poblado, fueran solteras o casadas, jóvenes o ancianas, observaban con muchísima atención cómo se estaba desarrollando el chisme de la jornada. Un chisme del cual el apuesto Jack Doran volvía a ser protagonista, aunque bien era posible que saliese malparado esta vez.

—¡Te juro, Jack Doran, que no te pienso perdonar! —gritaba la hermosa gitana— ¡Con Jewel Ward no se juega!

Cuando la beldad morena utilizaba su nombre para referirse a sí misma, es que se avecinaba tormenta. Esta vez, Jack tendría que usar algo más que su encanto para ser perdonado, y las jóvenes que observaban la escena lo sabían. Aunque no hacían drama de ello, pues se reían en voz baja para no despertar la ira de Jewel.

Esta era, sin lugar a duda, la mujer más bella del poblado, pero también la que más mal genio tenía. Nadie, en su sano juicio, habría osado contradecirla, rechazarla o... serle infiel. Pero Jack Doran siempre había tenido cierta adicción al peligro.

—Mujer… No es para tanto —decía el rubio libertino, alzando ambas manos en señal de rendición.

En aquellos momentos, los ojos verdes de la gitana refulgían de forma casi maligna, como dos gemas que reflejan la siniestra luz de una vela de hechicería.

Llevaba los cabellos largos y negros sueltos y un turbante verde claro le cubría la frente y rodeaba su cabeza, haciendo que la larga y oscura cascada que era su melena, hondeara tras la espalda hasta casi rozarle las nalgas. En cada una de las muñecas lucía cinco aros de oro que tintineaban a medida que avanzaba. En esos momentos, subía las escaleras del carromato de Jack, con las manos apoyadas en la estrecha cintura y agitando la roja falda de un lado a otro, como si fuera una campana.

Doran mantenía los puños apretados, mientras maldecía por lo bajo.

—¿Qué demonios está pasando? —se oyó la voz de West tras las hermanas, que cuchicheaban la una con la otra. Ninguna de las dos volteó el rostro para mirar al apuesto gitano.

West era el primo segundo de Jewel y el futuro jefe del poblado. Su masculina figura y el apuesto rostro, adornado con ojos de ámbar y enmarcado por un cabello negro como el ónice pulido, quitarían el hipo de cualquier joven casadera. Pero ahora el auténtico espectáculo era ver a Jack maldecir mientras Jewel salía de su carromato cargada de varios fardos con sus pertenencias, para después echarlas al fuego.

—Jack y Jewel se están peleando.

—¿Por qué? ¿qué ha hecho mi prima esta vez? —Mientras West preguntaba, Liberty se encogía de hombros y miraba a su hermana diciéndole con los ojos que no había mentes más simples que las de los hombres.

Al verse ignorado, el apuesto gitano frunció el ceño y tras dar un manotazo al aire, se marchó.

En ese momento, Jewel miró con los ojos muy abiertos a Jack, quien hizo una mueca, como si no comprendiera qué demonios le estaba queriendo decir.

—Me debes un chelín —le dijo Liberty a Janet, que asintió contrariada y pagó lo que había apostado.

—¿¡Qué!? —le espetó Jack a Jewel.

Enfurruñada, volvió a meterse en su carromato y cuando salió, en las manos llevaba una preciosa camisa con chorreras de color negro.

—¡No! —gritó Jack.

—¡Sí!

Vio, con espanto, como Jewel avanzaba hacia el fuego.

—¡Jewel Ward, ni se te ocurra!

Intentó detenerla, pero ella lo esquivó, agachándose hasta que finalmente llegó a la hoguera. Entonces, Jack pudo ver, horrorizado, como los largos dedos de Jewel dejaban escapar la preciada prenda hasta que esta caía suavemente sobre las llamas.

—¿¡Por qué demonios has hecho eso, Jewel!? —gritó dolido, mientras metía las manos en el fuego para intentar salvarla.

Ella se cruzó de brazos, evitando su mirada.

—No mereces otra cosa, Jack Doran.

Alzó la camisa hasta la altura de su cara y gritó, mientras ella se tapaba las orejas con las palmas de las manos.

La malograda prenda tenía un enorme boquete justo en la espalda y las mangas ya no existían. Así mismo, los botones de nácar habían sobrevivido.

Con todo, Jack jamás la perdonaría.

Todavía con la camisa en la mano, se volteó para mirarla con el ceño muy fruncido, luego la señaló con dedo acusador y empezó a caminar hacia ella con grandes zancadas.

Jewel ni se inmutó, se cruzó de brazos y bajó el rostro para mirarlo entre sus largas y rizadas pestañas.

—Te lo tienes bien merecido, Jack Doran. Por haber coqueteado con la tabernera. —Su voz no salió, ni de lejos, convincente. Porque era mentira, como la farsa que estaban representando.

Aunque Jack ya no representaba nada, estaba enfadado de veras.

Jewel se había sobrepasado. Volvió a gritar con indignación mientras se acercaba lo suficiente como para que el corrillo que observaba la fingida pelea entre supuestos amantes no pudiera oír lo que iba a decirle a esa… ¡embaucadora!

—¡Esta vez has ido demasiado lejos, Jewel!

Ella lo miró apretando los labios mientras él le ponía delante de las narices la prenda destrozada.

—¡Era mi mejor camisa! —bramó— ¡Y la has dejado inservible!

Jewel asintió, aún de brazos cruzados.

—Pues tú… ¡Te has besado con la tabernera!

Jack dio una vuelta, tiró la camisa al suelo y luego la volvió a encarar.

—¡Este no era el trato, maldita sea!

—Cállate —siseó— ¡Tiene que ser creíble!

—Jewel… —Clamó al cielo, para después volver a mirar a su amiga—. ¿No ves que West ni se ha inmutado?

—Cállate. Eso no es cierto —respondió entre cuchicheos, al tiempo que miraba por donde se había marchado West. Mientras tanto, todos proyectaban sus orejas hacia ellos para enterarse de qué demonios estaban hablando—. Me ha mirado justo cuando he quemado los arreos de Artax.

—¿¡Qué has hecho qué!? —bramó, desesperado— ¡Jewel! ¡Esas riendas me costaron diez sacos de leña! ¡Y las acciones de los estribos estaban bordadas!

—Te compraré otras… —gimió, suplicando con los ojos que Jack no descubriera ante todos los presentes el teatrillo que le había obligado a interpretar—. Y también te compraré otra camisa.

Jack negó con la cabeza y cogió a Jewel del brazo para alejarla de allí.

—¿Qué haces? —Se quejó, soltándose de un tirón al llegar junto al carromato de Jewel —, se supone que estamos discutiendo y deberíamos seguir haciéndolo delante de todo el mundo.

Jack dio media vuelta y miró a los curiosos que habían empezado a seguirles a cierta distancia.

—¿Qué estáis mirando? —gritó, para que le oyeran bien— ¿Acaso mi prometida y yo no podemos tener un poco de intimidad?

Se escuchó un enorme grito ahogado mientras Jewel se ponía blanca como la cal.

—¿¡Prometida!? —jadeó, mientras todos daban un paso atrás, espantados— ¡No puedes ir diciendo por ahí que soy tu prometida, Jack Doran! ¡Entonces sí que West me ignorará para siempre!

—Seré yo quien te ignore el resto de mi vida si no me pagas todo lo que me has quemado, y con intereses.

—¡Eran cosas que no usabas!

—Si las usaba o no, no es asunto tuyo.

—El trato era que tiraría al fuego cosas que no te gustaban ¡Quedamos en que me lo

dejarías preparado en un saco!

—¡Ese saco me lo preparó mi abuela esta mañana!

—¡Pues yo no tengo la culpa!

—¡Me da igual el maldito trato! Estas tonterías se tienen que acabar. Ahora mismo me vas a escuchar.

La joven gimió y miró a su amigo con ojos de cachorrillo indefenso. Sabía muy bien que estaba a punto de echarle un buen sermón. Y ella no quería escucharlo.

—No me pongas esa cara que conmigo no te va a funcionar.

—¿Qué dices? ¡No te oigo! —La gitana se puso las manos en las orejas y pateó el suelo con la bota derecha mientras él movía la cabeza en señal de negación.

Jack asió las muñecas de Jewel con delicadeza y se las apartó de la cabeza para que le escuchase bien.

—No pienso volver a ayudarte con West.

—Pero… ¿Por qué? —Los ojos verdes de Jewel brillaban de nuevo, pero esta vez a causa de las lágrimas que se esforzaba en contener.

Jack sintió lástima por su amiga. Se querían mucho, se conocían desde que habían aprendido a gatear por el campamento en pañales, y sabía muy bien lo mucho que sufría por West. Lo amaba desde que eran niños y él jamás había mostrado el mínimo interés por ella. E ignorar la realidad no le ayudaría para superar el mal de amores.

—West no está interesado en ti y nada de lo que hagas cambiará eso.

—¿Ni siquiera brujería?

Jack suspiró.

—Cuanto antes lo asumas, mejor te irá.

—¡Jack, eres…! —Jewel solía tener la mala costumbre de expresar su dolor atacando a quien más quería— ¡Una mala persona!

—Sabes que eso no es verdad. Y también sabes que te lo digo por tu bien.

—¡No! —gritó, moviendo la cabeza de un lado a otro, haciendo que Jack perdiera de

nuevo la paciencia.

—Jewel, estoy harto de que finjas peleas conmigo para darle celos a un hombre que te ignora.

—¡Finge que me ignora, pero en verdad me ama!

A Jack se le agrandaron los ojos ante la forma con que su amiga evitaba la realidad.

—No, no te ama.

En ese momento los ojos de Jewel se desbordaron y Jack resopló.

—Anda, ven aquí. —La envolvió en sus brazos y ella rompió en llanto.

—Ya está, deja de gimotear o te saldrán más arrugas.

—Estúpido.

—Hablo en serio, también te saldrán ojeras.

Sin poder evitarlo, Jewel soltó una carcajada entre llanto y llanto.

Cuando finalmente se calmó, él se separó de ella para mirarla a los ojos. Secó sus lágrimas con los pulgares y la besó en la frente.

—Jewel, ¿por qué te empeñas en meterme en tus embrollos? No vuelvas a hacerlo o algún día alguien me romperá la nariz. Después mis admiradoras te arrancarían la cabellera.

—Yo no tengo la culpa de que seas el gitano más guapo del poblado —le dijo, cruzándose de brazos y haciendo un puchero.

—Yo tampoco. —Como lo dijo y la sonrisa de medio lado que esbozó obligó a Jewel a soltar una carcajada.

—Así me gusta. Ver reír a mi mejor amiga es… una maravilla.

—Jack.

—Dime.

—¿Sabes? —Jewel aleteó las pestañas, coqueta y su amigo supo que el diablillo interior de la arpía acababa de renacer de sus cenizas—. Podrías haberlo hecho mejor.

Alzó una sola ceja, sorprendido. Luego achicó los párpados y sus iris azules se recortaron entre las largas y rubias pestañas, creando un contraste que a ella le pareció absolutamente

espectacular y la obligó a tragar saliva.

—Cielos, Jack… Eres un brujo.

—¿A qué te refieres? —preguntó, extrañado.

Ella se secó las lágrimas y puso un dedo sobre el cuello de su camisa.

—Ciertamente, es posible que West no valga tanto la pena —le dijo, haciendo que él abriera mucho los ojos—. Qué estúpida he sido todos estos años en los que no te he obligado a casarte conmigo.

—Venga…

No tuvo tiempo de decir nada más, ni tampoco tuvo tiempo de sonreír.

Porque Jewel se puso de puntillas y, apoyando las manos sobre los anchos hombros masculinos, se impulsó hasta que sus labios rozaron los suyos.

Jack ni siquiera protestó. Desplegó los suyos para recibirla y agrandó mucho los ojos, atónito de que la lengua de Jewel explorase su boca.

Pero… ¿Qué demonios estaba haciendo esa insensata?

Estaba jugando con fuego y estaba a punto de quemarse.

Sonrió contra la comisura de sus labios, la asió por la cintura y esta vez fue él quien hizo que su lengua se encontrase con la suya.

Mientras tanto, el grupo de jovencitas que se había acercado de nuevo y ahora rodeaban a la pareja, suspiraban ruidosamente.

—Qué suerte tienen algunas —suspiró una de ellas.

Ni siquiera Jewel, que únicamente lo consideraba su mejor amigo, resultó ser inmune al hechizo de ese encantador de serpientes. Se quedó paralizada y con las mejillas ardiendo mientras él saboreaba su boca, mordisqueaba con suavidad sus labios para después degustarlos y succionarlos, hasta finalmente lamerle el cuello, haciéndola suspirar y gemir de éxtasis.

El calor que ese hombre desprendía, las caricias suaves y delicadas que le proporcionaban sus manos… y ese olor a corteza de sauce y a tierra recién bañada por las primeras lluvias del verano…

Cielos, ¿qué demonios estaba haciendo?

¡Qué descaro!

Reuniendo toda su fuerza de voluntad, Jewel consiguió posar las palmas de las manos en su pecho. Y si alguien le preguntase ahora, respondería que aún no es capaz de recordar cómo consiguió empujarlo hasta separarlo de ella.

Pero lo logró.

—¡Por Dios, Jack…! —gimió, al borde del desmayo.

Él sonrió de medio lado para después guiñarle un ojo, cómplice.

—Si esto no lo ha puesto celoso, nada más lo hará.

No hubo tiempo de réplica ni siquiera para preguntarle a qué se refería.

Jewel abrió la boca y ahogó un grito mientras una fuerte mano agarraba el hombro de Jack y lo obligaba a darse la vuelta. Acto seguido, un gancho con la derecha se estampó en su rostro haciéndolo caer al suelo después de volar por los aires.

—¡Ohhhh noooo! —exclamaron Liberty, Janet y todas las demás mujeres, como si la mismísima capilla Sixtina se acabase de derrumbar. Luego, todas se llevaron la misma mano al pómulo derecho, justo donde había impactado el puño de West en el rostro de Jack.

—¡No vuelvas a besar así a mi prima! —gritó el gitano, señalándolo con dedo acusador mientras él se ponía en pie.

Ocultó la sonrisa de triunfo y se mostró furioso.

—¡Y tú no vuelvas a tocar mi cara! —respondió, enfrentándolo.

La pelea no llegó a suceder porque todas las chicas se interpusieron, protegiendo con sus cuerpos a su adorado Jack Doran.

Janet soltó la cesta y miró a Jewel con reproche. Después le tocó el turno a West, pero esta vez la mirada que le dedicó fue de sumo desprecio.

—¡Debería estar penado por la ley golpear el rostro de Jack Doran!

—Ni que lo digas —la secundó Liberty, ante las miradas de aprobación del resto de las chicas.

West puso los ojos en blanco, después hizo una mueca. Incapaz de comprender lo que veían todas las mujeres en ese gitano desarrapado, soltó un gruñido y se marchó airado. No prestó atención a la expresión ensimismada de Jewel que lo miraba con el pecho henchido. Nadie que la mirara con atención pasaría por alto que no cabía en sí de dicha.

—¡Ha funcionado! —juntó ambas manos y empezó a dar pequeños saltitos mientras Jack se sacudía de tierra los pantalones.

—¿Qué es lo que ha funcionado? —preguntó Liberty, mientras Janet le daba un codazo.

Pero Jewel solo tenía ojos para Jack.

—Oh, gracias, gracias…—le dio un beso en la mejilla mientras él se acariciaba el pómulo dolorido—. Te juro, Jack Doran, que a partir de ahora seré tu criada, tu esclava, haré todo lo que me pidas ¡Todo!

Jack masculló algo ininteligible mientras la horda de mujeres lo rodeaba dispuestas a colmarlo de atenciones.

Hasta que una voz autoritaria las espantó.

—¡Jack Doran y Jewel Ward! ¿Qué demonios estáis tramando?

Ambos se dieron la vuelta para encontrarse con Jane Doran.

Los años parecían no haber pasado por ella, pero así había sido. A pesar de la enfermedad pulmonar que sufría, y que la mantenía impedida los días de demasiada humedad, la abuela de Jack seguía siendo una mujer hermosa, incluso con algunos mechones nevados, varias arrugas en los ojos y en la frente y haber perdido sus voluptuosas curvas. También intentaba mantenerse activa a pesar de los ruegos de Jack, que temía que a causa del esfuerzo pudiera empeorar.

Al ver que llevaba una cesta llena de leña apoyada en la cadera izquierda y algunas hierbas medicinales sobresaliendo del zurrón, el joven se preocupó.

—Abuela, no deberías haber salido con este frío —lo dijo con dulzura, pero evidentemente era un regaño.

—¡Tonterías! —contratacó su abuela, caminando hasta él con pasos firmes—. Nadie puede decirme qué puedo o no puedo hacer. Y menos tú, que andas besuqueándote con… —miró

a Jewel de arriba abajo—. Con tu mejor amiga. Oh, Jewel siempre te consideré una muchacha sensata, ¿en qué demonios estabais pensando?

La joven se encogió de hombros mientras le sonreía llena de dicha, pues solo podía pensar en que West estaba celoso.

—Haga caso a Jack, él sólo se preocupa por usted… —Jewel casi le hizo una reverencia que se quedó suspendida cuando Jane posó sus ojos esmeraldas en los suyos—. De acuerdo, ya me callo.

Entonces, retrocedió y poco a poco se fue colocando tras el cuerpo de Jack, utilizándolo como escudo.

La presencia de esa mujer impresionaba.

Se decía de ella que era una bruja muy poderosa. Cierto o no, jamás se equivocaba al leer los posos del café. Era alegre y de buen corazón, muy sabia también, pero nadie en su sano juicio osaría hacerla enfadar.

Cuando Jane Doran te miraba fijamente y dibujaba una línea recta con los labios, una podía sentir como era capaz de atravesarle el alma.

—Por amor de Dios, Jewel —dijo la mujer, sabiendo el respeto que infundía en los jóvenes, especialmente en las mujeres que se acercaban a su nieto—. Quita esa cara, no te voy a comer.

—Cla… claro que no, Jane. Mis disculpas. —Jewel cerró los ojos y suspiró en silencio.

—Sólo pagarás con intereses todo lo que acabas de quemar. Le preparé ese saco porque pronto tiene que salir de viaje.

—¿Cómo? —preguntó Jack, pero la abuela lo interrumpió.

—Y tú —Jane lo miró fijamente —¿Cuándo vas a madurar, Jack Doran?

Esta vez fue Jane quien suspiró. Luego miró a su nieto con pena y nostalgia.

Él alzó la ceja izquierda, inquisitivo.

—¿Qué está pasando aquí? —preguntó—. Pareciera que hayas visto a un fantasma.

La abuela volvió a suspirar.

Depositó la cesta de leña en el suelo y se acercó a su nieto.

—Así es, querido —puso las manos en sus hombros y se los apretó—. Los fantasmas del pasado han regresado y… ha llegado el momento de enfrentarlos.

# CAPÍTULO 2

Jane, la matriarca de los Doran, podía ver a la perfección el camino que la conducía a un lugar donde no quería ir. Los dos ponis, de patas peludas y largas crines, trotaban hacia Waterford Hall y, a cada tranco que avanzaban, el corazón de la vieja gitana se iba encogiendo hasta transformarse en algo seco y sin vida.

Pero algo que jamás había visto en aquella visión, que se repetía siempre que acampaban en el bosque de Waterford, la dejó perpleja.

Era una dama, su silueta oscura y delgada parecía flotar sobre una alfombra de niebla. Sus pasos eran ágiles, silenciosos y buscaba algo sin cesar. La voz suave y tímida, no evidenciaba la mente aguda que se escondía en esa mujer, pero su mirada era inteligente. No obstante, todo eso quedaba eclipsado por un miedo aterrador, que le atenazaba el alma y le impedía avanzar.

Eso era lo que la mente de Jane Doran veía con suma claridad, pero sus ojos llevaban varios minutos fijos sobre los desordenados posos del café.

Chasqueó la lengua, incapaz de ver nada más.

Sus dones no se marchitaban con los años, no obstante, pocas veces podía ver con nitidez lo que estaba por llegar. Pero presentía la tragedia. Algo en el aire había cambiado, los sonidos del viento anunciaban malas nuevas.

Parpadeó y vio como su nieto Jack la miraba con preocupación.

Después de lo sucedido con Jewel su abuela se encerró en su carromato.

Jack intentó persuadirla para que tomase algo de comer, pero no consiguió que probase bocado. Le preparó café y tampoco lo aceptó. Esa taza, que llevaba mirando fijamente varios minutos, no era otra que la suya, la que él había usado.

—¿Qué has visto abuela?

Una mirada penetrante que apenas duró unos segundos, hizo que a Jack se le erizara el vello de los brazos y la nuca.

Su abuela no respondió, pero era evidente que estaba leyendo su futuro.

No se atrevió a interrumpirla de nuevo, pues sabía que no hablaría hasta que no saliera de su trance.

De todos era bien sabido que Jane Doran era una mujer poderosa, no sólo en el poblado, como matriarca del clan Doran, del cual era la última descendiente, sino también en la práctica de la magia y el ocultismo. Gozaba de un lugar destacado en el consejo y no pocas veces había tomado decisiones importantes junto con los patriarcas.

Y sí, era temida.

Se decía de ella que era una mediadora entre el mundo real y el espiritual.

Así las cosas, Jane se esforzaba en ser discreta.

No solía compartir sus visiones y jamás hablaba de ellas a menos que fuera estrictamente necesario. Revelarle a alguien su porvenir, sobre todo si este era nefasto y no podía cambiarse, era peligroso.

Jack parpadeó con la mirada fija en su abuela. Puede que para muchos fuera peligrosa, pero para él… en el calor del hogar, era una abuela amorosa y dulce. A veces algo gruñona, pero, en definitiva, una anciana normal y corriente digna del más absoluto amor de su nieto y su cuidado.

Más ahora que había enfermado.

Tal vez por eso, porque la quería con locura, Jack nunca se tomaba en serio las cosas espeluznantes que decían de ella, como que era una bruja, una terrible hechicera o una maga oscura y que si la hacían enfadar podría echarles un maleficio y transformarlos en estatuas de sal. No, para él, Jane Doran era su querida abuela, la mujer que lo había criado desde que era un bebé, con todo su amor y su absoluta dedicación.

Sí, esa mujer frágil que tenía ante sus ojos, y que otros consideraban tan poderosa, le

había dedicado su vida después de encontrarlo en el río, sobre una cesta de mimbre, tal como sucedió con Moisés.

No, jamás creería las cosas horribles que decían de ella, es más, en opinión de Jack, la magia y la superstición no eran otra cosa que trampas y artificios para controlar a los débiles de espíritu. Y él, sin duda, no era de esos.

Pero ¡ah! Tampoco era estúpido. Pues sabía que no había nadie con un aura más intensa que la de su abuela. Al mismo Jack le bastaba una sola de sus miradas para hacerlo estremecer de la cabeza a los pies. Comparados con la loba de Jane Doran, los duendes y los fantasmas, no eran otra cosa que cachorrillos indefensos, perdidos en mitad de un bosque oscuro y lleno de peligros.

De pronto, la mujer empezó a temblar de frío y Jack pensó que ya había meditado lo suficiente.

—Un penique por los pensamientos de mi bellísima abuela —le dijo con dulzura, tomando su mano, y obligándola a que sus ojos verdes se alzaran hacia los suyos.

La expresión de Jane cambió al ver el hermoso rostro de su nieto.

—Cielos, Jack… —No pudo decir más, porque su voz se sesgó y sus párpados se llenaron de agua.

—Abuela… —Era absolutamente inaudito que Jane Doran se emocionara de semejante forma, por lo que su nieto se preocupó de veras—. Insisto en que deberías comer algo, aunque solo sea un poco.

—Oh, querido… Tú no lo entiendes.

—Pues explícamelo. Siempre estaré aquí, para escucharte.

Jane Doran negó con la cabeza.

No, en esos momentos su nieto no comprendía nada, tampoco se imaginaba lo que estaba a punto de sucederle. Pero pronto lo haría. Y no, no siempre estaría con ella. El destino tenía otros planes.

—Oh, querido, no sabes lo mucho que te quiero.

Jack sonrió, con preocupación. Por supuesto que se sentía amado por su abuela, pero las

formas en que ella se lo demostraba nunca eran palabras. Era con un pastel, elaborándole un perfume casero, cocinando el plato que más le gustaba… Algo estaba pasando.

—Bueno, yo también te quiero abuela —sonrió quitándole hierro al asunto, pero intensamente preocupado por lo que Jane podría haber visto en los posos.

No era habitual en su abuela tener los ojos anegados de lágrimas y expresar de forma tan efusiva el amor que sentía por él.

¿Qué habría visto en su destino? ¿O quizás no se trataba de él, sino de ella? ¿Acaso estaba cerca su final?

No. Eso era imposible.

—Abuela, ¿a qué viene todo esto? —indagó.

Jane sonrió con dulzura y colocó la mano en su pómulo izquierdo, ligeramente enrojecido por el golpe de West. Lo miró detenidamente y… cuan triste era saber que pronto se separarían y Dios quisiera que no fuera para siempre.

—Eres tan guapo. Ojos azules como el cielo, cabellos rubios y lacios, demasiado largos para un caballero y no lo suficientes para un gitano. Mandíbula definida y labios gruesos. Nariz augusta, postura irreverente y sonrisa de rufián.

Él parpadeó con una sonrisa ante tal descripción.

—Es culpa tuya que sea tan presuntuoso.

—Tienes derecho a serlo —rebatió—. Tu porte es el de un aristócrata, alto, esbelto, elegante. Llevas la nobleza en la sangre, pero también en el corazón.

—Pero, ¿por qué me dices esto? —parpadeó confuso.

La abuela no dijo más, no añadiría que su nieto representaba a la perfección el lugar de donde procedía y al mismo tiempo, los secretos que la atormentaban.

Suspiró, dejó caer la mano y miró por el pequeño ventanuco.

—Se avecina tormenta.

Lo supo, sin ver las nubes ni sentir la humedad en el ambiente. Y esta sería más cruel que la primera, porque entre sus truenos y relámpagos, el mismo diablo acechaba.

Y ese diablo ya había empezado a cometer atroces crímenes.

Y no pararía.

Se estremeció de la cabeza a los pies, y esta vez, su nieto sintió el arrebato del miedo y parpadeó, confuso.

—Abuela —insistió Jack, al verla callada y ensimismada de nuevo— ¿Qué está ocurriendo? ¿o qué va a ocurrir?

Como única respuesta obtuvo el silencio.

Pero él insistió.

—¿Por qué hemos venido al bosque de Waterford tan tarde este año? —Jack no tenía el don de la visión, ni poseía una aguda intuición como Jewel, pero sí comprendió que la inquietud de su abuela, tenía que ver con él.

Respiró hondo.

No solo con él, sino con el lugar donde se encontraban.

Waterford de nuevo.

No sabía nada cierto de su procedencia, pero había escuchado las habladurías del poblado y todos decían que había sido hallado por Jane en aquel mismo río, aunque ella jamás lo confirmó.

—Solemos venir antes de que entre el verano y el otoño ya se está marchando. No es bueno para tu enfermedad que esperemos a que llegue el invierno.

Jane suspiró.

—Tienes algo que hacer aquí y no nos marcharemos hasta que lo hagas.

Miró a su abuela y comprendió que él tenía razón. Su desazón tenía mucho que ver con él y el lugar donde se encontraban.

—¿Yo? —vaciló—, ¿qué tengo que hacer?

Tomó aire, antes de responder a su nieto.

—Aún no lo sé, cariño —movió la cabeza de un lado a otro—. Solo sé que algo va a pasar, pero no sé exactamente el qué.

Jack hizo un gesto de negación para después apoyar la espalda en el respaldo de la silla. Se cruzó de brazos y la miró, sin comprender.

—La mayoría de las veces no te entiendo.

—No es necesario que lo hagas —se encogió ella de hombros—. El tiempo te lo dirá todo.

Su abuela se ajustó el chal y la vio temblar de nuevo. Se percató de que la pequeña estufilla ya no daba tanto calor, las brasas ya se estaban apagando. La poca leña que ella había traído por la mañana prácticamente se había consumido.

—Bueno —dijo Jack, poniéndose en pie y apartándose el pelo de la cara en un gesto que tenía la única finalidad de quitarse la pereza de encima—. Voy a buscar leña. No voy a permitir que pases frío esta noche, ni ninguna otra.

La abuela sonrió, pero su rostro aún guardaba el temor que sentía.

—Hijo. —Se dio la vuelta y alzó la ceja izquierda, a modo de pregunta—. Con quien te encuentres en ese bosque, sé amable.

Jack parpadeó confuso. Su corazón dio un vuelco, como si esas palabras no fueran una simple petición, sino una advertencia del destino.

Incómodo la miró por última vez antes de salir.

—¿Por qué no habría de serlo?

Jane Doran no respondió, sólo asintió y volvió a clavar la mirada en los posos del café.

***

Tras enjaezar a Artax y montar sobre su lomo, Jack apretó ligeramente los flancos y se adentró en el bosque al paso. Le palmeó el cuello y acarició su pelaje, blanco como la luz de la luna y el animal resopló, complacido.

—Buen chico.

El sol tardaría en ocultarse para dar paso a la noche. Pero de igual forma, la espesura del bosque no dejaba pasar los rubios rayos solares. Tal vez por eso no fue del todo consciente de que el cielo se había tapado, aunque sí de que la penumbra empezaba a embargarlo todo. Tampoco el viento traspasaba la muralla verde, pero arriba, las copas se agitaban cada vez con más fuerza.

Jack supo en ese instante que pronto se desataría una tormenta y que por eso debía recoger la leña antes que se mojara.

No tendría que haberse alejado tanto del campamento, pero ese bosque era magnífico, hermosísimo. ¿Qué tendrían las retorcidas ramas que tanto lo atraían?, ¿qué tendrían los anchos páramos que lo llamaban para cabalgar sin reservas? Waterford era su hogar, así lo sentía. Y eso era algo muy extraño para un nómada.

Aquel atardecer no parecía ver su entorno con la mirada de siempre. Parecía estar en un mundo distinto, un mundo en el que se sentía arropado y al mismo tiempo, sabía que en él se guardaban muchos secretos.

Artax avanzaba tranquilo. Le acarició la crin rizada y el animal cabeceó, buscando más contacto. Era un corcel templado y bien educado que compró en el circo de potro. Un animal muy inteligente e intuitivo al que no le fue difícil enseñarle varios trucos. Además, a los críos del poblado le encantaba verlo danzar. Sabía hacer cabriolas, caminar de lado y toda clase de piruetas, pero también era capaz de galopar como un demonio cuando se le requería.

No se lo pediría en un lugar como ese. Los bosques eran peligrosos para los caballos, bien lo sabían los gitanos. Siempre era mejor galopar a campo abierto. Por ancho que fuera el sendero, el bosque en otoño estaba cubierto por delicadas hojas secas, de tonalidades rojizas y amarillas y ese hermoso manto podía ocultar alguna raíz que hiciera tropezar al caballo o romper la rueda de un carromato. Y si en otoño eran las hojas, en invierno la nieve y en verano la niebla. No, no era un lugar seguro para galopar, ni para trotar.

Continuó avanzando con tranquilidad, buscando con la mirada un lugar donde las ramas

de los árboles estuvieran secas, pero en ese lado del bosque los troncos eran demasiado altos, y escaseaban los arbustos.

Esperaba no demorarse demasiado.

Llegó a un lugar más bajo y al poco se dio cuenta de que la niebla empezaba a reptar frente a él, abrazando los troncos de los árboles hasta quedar el suelo cubierto. El bosque se tornó aún más oscuro. En sus oídos zumbaba una brisa suave, como si le cantara una vieja canción cuyo significado desconocía. Artax intentó volver grupas, pero su jinete lo apremió a seguir adelante.

—¿Qué sucede, amigo?

No terminó de hablar cuando escuchó un chasquido.

Artax se detuvo en seco y cabeceó.

El fiel corcel sabía, por la postura de su jinete, que este quería detenerse para oír de dónde procedía el sonido.

Y de pronto, justo en frente, a pocos metros en mitad del sendero, apareció de entre los matorrales un animal, que se detuvo, como desorientado, en mitad del camino.

Jack se lo quedó mirando.

¿Era un perro?

Entrecerró los ojos. Sí, uno muy viejo, negro como el carbón, de pelo largo y algo erizado y con unos calcetines color miel, salpicados cada uno de los dedos de sus patas con una manchita negra. El hocico lucía nevado de pelillos blancos y en sus ojos marrones podía verse una fina capa blanca, que le indicó que estaba a punto de quedarse ciego, si no lo estaba ya. Lo vio mover la cabeza de un lado a otro y dar varios pasos cuando Artax resopló. El pobre animal no sabía adónde ir y caminaba con dificultad, moviéndose con lentitud, sin apenas poder ver a más de una zancada de distancia, buscando algo que ni siquiera él mismo recordaba.

Llevaba un collar ancho de cuero, de muy buena calidad. Era evidente que tenía dueño y se había perdido.

Sintió lástima por él.

—Eh, amigo, ¿qué haces aquí? —Presionó ligeramente los flancos de Artax para que se acercara despacio y no asustarlo.

Al escuchar su voz, el animal alzó las orejas puntiagudas y movió la cabeza en su dirección.

—Sí, aquí estoy amigo, no te dejaré solo —volvió a decir y el perro movió el rabo, feliz de encontrarse con alguien.

Jack estaba dispuesto a desmontar, mientras valoraba la idea de si podía o no llevárselo al poblado para después buscar a sus dueños, cuando de nuevo se volvió a escuchar el crujido de una rama al partirse.

Jack parpadeó entrecerrando los ojos y observando la dirección de donde procedía el sonido.

Al chasquido le siguieron nuevos sonidos, empezó a escuchar unos pasos cada vez más acelerados.

Pisadas de hojas secas. Un leve gemido. Sonidos cada punto más cercanos.

Al fin, por la derecha, apareció una silueta delgada.

Jack contuvo el aliento. Se fijó en la capa oscura, la capucha cubriendo la cabeza de una figura esbelta y menuda.

Una mujer… completamente vestida de negro.

La figura, que parecía flotar sobre la niebla como si de un espíritu se tratase, salió de la espesura del bosque y se adentró en el sendero, de espaldas a Jack.

No fue consciente de la presencia del gitano.

—¡Lupo! —llegó a los oídos de Jack, una voz femenina.

Su tono era de preocupación y a pesar de no ver su rostro, estaba seguro que se encontraba al borde del llanto.

De inmediato, el perro se giró hacia ella y empezó a avanzar en su dirección, moviendo el rabo y agachando la cabeza, con las orejas hacia atrás, intentando trotar con sus largas patas, doloridas a causa del reuma que parecía.

A pesar del dramatismo, ese reencuentro le robó una tierna sonrisa a Jack. Hasta que la mujer se abrazó al cuello del animal y rompió en un llanto desesperado. Entonces, esa alegría se esfumó del rostro masculino y una ligera arruga le apareció en la frente.

—Oh, Lupo… —La vio besar el espeso pelo de su perro y continuó llorando, abrazada a él—. Pensé que te había perdido para siempre.

Jack se quedó en el sitio, aguardando a que ese momento acabase y al fin ella pudiera darse cuenta de su presencia, y así saludarla convenientemente.

—¡No vuelvas a escaparte! No sé qué haría sin ti.

Jack guardó silencio, sin querer revelar su presencia.

De pronto las palabras de su abuela se escucharon en su cabeza. *Se amable*.

Iba a serlo, aunque no pensaba poner fin a tan tierna escena. Sin embargo, fue Artax quien lo delató con su suave relincho y a Jack le pareció que el caballo intentaba consolarla.

En ese momento, ella volteó la cabeza y miró en su dirección. Con el movimiento, se le bajó la capucha.

Inmediatamente después, se secó las lágrimas.

Jack presionó suavemente los flancos de Artax, indicándole que se acercara un poco más mientras una amable sonrisa le nacía en los labios. Pero lo que sucedió a continuación fue tan extraño que lo dejó atónito.

La mujer, de cabellos oscuros y labios gruesos, lo miró como si acabara de ver al mismísimo diablo.

—No, no… —Abrió desmesuradamente los ojos y su piel se tornó aún más pálida. Tanto, que Jack pensó que caería desplomada.

La vio abrir la boca para decir algo más, pero solo pudo temblar.

—No se asuste —dijo Jack en un tono amigable.

No sería la primera dama que se mostrara asustada ante la aparición de un gitano en mitad de un bosque sombrío.

—No, aléjate —le dijo como si acabara de ver un fantasma.

La sonrisa se congeló en el rostro de Jack y apretó en un puño la mano que le había tendido a la dama y cuando fue a hablar para explicarle que no había amenaza alguna de la que temer, ella sacó una cuerda. Sus movimientos fueron rápidos, casi violentos. La ató al collar del perro y dio media vuelta sobre sí misma.

—¡Espere!

Pero la mujer no estuvo por la labor de escuchar.

Corrió como alma que lleva el diablo.

Jack vio como ambos desaparecieron entre los árboles del bosque, justo por donde habían aparecido.

Se quedó desconcertado y con la boca abierta.

—Pero… ¿qué demonios ha sido eso? —se rio tontamente, como si su mente estuviera juntando las piezas de un rompecabezas.

Luego resopló, indignado porque pensó que acababa de pasar lo que siempre sucedía: que los gitanos no eran bienvenidos por los lugareños, a pesar de tener el permiso del señor de aquellas tierras.

—Bien, ella se lo pierde, Artax.

Movió la cabeza de un lado a otro y se apresuró a encontrar la maldita leña.

# CAPÍTULO 3

El corazón de Amelia latía con tal fuerza y tan rápido que pensó que reptaría por su garganta hasta acabar saliéndose por la boca.

—Corre, corre… —apuró a Lupo, que la seguía con la lengua fuera, colgándole de un costado de entre sus viejos dientes.

A medida que trotaba entre los árboles del bosque, asustada y más deprisa, empezaba a sentir ganas de devolver lo poco que había comido.

¿Qué había sucedido? ¿En verdad era él?

No, quizás solo fueran imaginaciones suyas. Su mente a veces volaba lejos. Tenía demasiada imaginación, bien lo sabía Dios. Pero… ¿y si fuera un fantasma?

No. No. Para su desgracia, el diablo no estaba muerto, y siempre acababa yendo a por ella.

De súbito, un tirón detuvo su carrera.

Su perro se paró, agotado y ella también se vio obligada a hacerlo. De pronto recordó que era demasiado anciano para tanto esfuerzo.

—Oh, Lupo —gimió, aprovechando para tomar aire ella también—. Por poco… —Sollozó, sabiendo que había estado a punto de perderlo.

Si ella no hubiese aparecido justo en el momento preciso, ese demonio habría acabado con su amado Lupo.

—No era un fantasma, ¿verdad? —le dijo arrodillándose a su lado y besando su frente de no pocas canas—. Ha vuelto. Quizás nos espere un castigo por haber huido de él.

Amelia tragó saliva y cerró los ojos con fuerza

—Volvamos.

Caminó a un paso más tranquilo, por Lupo. Porque si por ella fuera, correría hasta que sus piernas no respondieran.

Se estremeció al pensar en el hombre que había dejado atrás. Uno de sus pasatiempos favoritos era martirizarla. Jamás le había puesto la mano encima a ella o a sus hijos, pero sí a sus seres queridos, especialmente a los más débiles.

Miró a Lupo y movió la cabeza de un lado a otro.

Estaba demasiado nerviosa y debía calmarse.

Sí, estaba muy nerviosa. Puede que incluso todo hubiera sido producto de su imaginación. Ese hombre no era… él. No era posible que fuera él. No vestía igual, esa sonrisa no podía ser la suya y… era posible que el miedo constante que sentía le acabase de jugar una mala pasada.

—Sí, tan sólo mi imaginación —le dijo a Lupo, con esperanza.

Quizás ese encuentro no hubiera sido real. Y se descubrió rezando porque así fuera.

Él no podía haber vuelto, ¿verdad?

Últimamente lo veía por todas partes, en todos los rostros, hasta en los cuadros que, siniestros, decoraban la galería lúgubre del primer piso.

Tragó saliva y avanzó sobre la hojarasca.

¿Cuándo empezaría a dejar de temerle?

El pobre animal se había detenido nuevamente y jadeaba, moviendo el rabo agradecido, al ver que su ama se había parado a esperarle.

—No te preocupes —le dijo a Lupo, mientras acariciaba el pelaje de su cuello, aunque en verdad esas palabras tenían la intención de tranquilizarla a ella—. No era él. Estaba demasiado lejos y a contraluz. Me lo habré imaginado, ¿verdad amigo?

Lupo dibujó una sonrisa perruna y movió el rabo feliz de saberse de nuevo en casa.

Cuando salió de la espesura del bosque y empezó a caminar por la llanura, frente a Amelia se alzaba la gran casa Waterhouse, de piedra oscura por la humedad que durante dos siglos se había colado en sus piedras. Vio varias ventanas iluminadas por la luz de una vela, pero

aquella escasa luz parecía ser engullida a cada paso, por la oscuridad implacable del anochecer.

—Ya llegamos —intentó animar al perro, o quizás a sí misma.

Mientras la mole oscura se iba haciendo cada vez más grande a sus ojos, pensó que no parecía tan aterradora esta vez. Después de lo que acababa de ver en mitad del bosque, Waterford Hall no era más que una jaula de oro, siempre que el bello pájaro que guardaba no se viera acosado por la comadreja, igualmente hermosa pero también cruel.

Cuando llegó a la cancela de la parte trasera, la que daba acceso a las cocinas, Amelia se arrodilló para quitarle la cuerda del collar. Lupo aprovechó para lamer las mejillas de su ama. Se le escapó una tenue sonrisa, pero su corazón seguía aplastado por el terror del hombre que había martirizado su vida por largos años.

—Ya estamos en casa —le dijo a su fiel amigo.

Lástima que no pudiera llamar hogar a esa tenebrosa casa, con demonios y secretos habitando en su interior.

Rebasó el último árbol del jardín antes de alcanzar la puerta de la cocina.

Lupo la seguía como su amigo fiel que era.

Se asió la falda y avanzó hacia la casa como la polilla a una tea, sabiendo que se abrasaría, una vez más. Pero también sabía Amelia que era lo único a lo que podía asirse. Sus seres queridos, sus hijos, la amarraban a aquel lugar y ella antes moriría que dejarlos solos con el monstruo.

Recordó el día que llegó por vez primera a Waterford Hall, siendo una jovencita de apenas dieciocho años, muy bien educada, algo estricta consigo misma y muy inocente. Buena conocedora de las reglas sociales, siguiéndolas a rajatabla y aceptándolas sin réplica, tal y como había sido educada.

A Amelia jamás le gustó llamar la atención, se había acostumbrado a pasar desapercibida. Avanzaba por la casa entre las sombras, con pasos silenciosos, como un espectro que flota sin rozar el suelo.

Había aprendido a caminar con sigilo para no ser detectada. Algunas veces le funcionaba,

otras no.

En los años que llevaba en aquella casa, se había acostumbrado a sobrevivir, más que a vivir. Y lo hacía bajo unas reglas que ella se había autoimpuesto. No molestar jamás a su marido, no alterarlo jamás, no mirar nunca sus ponzoñosos ojos.

Sí, así era más fácil sobrevivir.

No hay que molestar al diablo cuando está ocioso.

Amelia era la última hija de los condes de Cambridge. Sus dos hermanos mayores habían muerto al principio de la guerra de Crimea, dejando a sus padres solo con el consuelo de que les sobreviviría una hija. Eran algo mayores cuando ella nació, poco después enfermaron de gripe española, y el Señor se los llevó, dejándola sola en el mundo y con una promesa de matrimonio que su padre había conseguido arrancar al conde de Waterford. Al ser mujer no podía heredar, y todo pasó a manos de su tío, el que se convertiría en el actual conde de Cambridge tras la muerte de su padre.

Así pues, su compromiso con el conde de Waterford siguió adelante.

Amelia recibió la noticia de su propio tío con nervios. La instaba a casarse cuanto antes y abandonar la casa donde había pasado su infancia, sin conocer otra cosa. No quiso, ni pudo negarse, y esperaba el día de la boda con cierta ilusión. Aunque jamás lo demostró, pues una dama no mostraba sus emociones en público y en privado se afanaba en contenerlas. Hizo creer a todos que aceptaba su destino con paciencia, templanza y sumisión. Una mujer de su posición se casaba por conveniencia y el conde de Waterford era un buen partido. Mucho más de lo que ella podría aspirar.

Convencida de que su destino estaba escrito y marcado por su clase social, jamás pensó en la opción del amor.

Cierto era que no en pocas ocasiones había leído novelas románticas, pero jamás se habría dejado impresionar por un caballero andante de brillante armadura. Ella guardó sus ilusiones para con su prometido, del cual guardaba un retrato. Fantaseaba, cuando lo miraba, con su primer encuentro. Con la boda y la futura vida en común. Aún podía recordar como al

despertar su feminidad, en las noches se besaba el interior del codo, imaginando que eran los labios de su amado. ¿Como no esperar tiernas caricias…?

Se veía en el gran salón de Waterford Hall, bailando con su apuesto esposo hasta caer rendidos, entre risas y miradas cómplices. Aunque los casados no bailaban, ellos incumplían ese mandato, cómplices. Imaginaba también largos paseos por el campo, cenas sencillas a la luz de las velas, conversaciones en su despacho, donde él la ponía al corriente de los asuntos del condado y tenía en cuenta su opinión… En definitiva, imaginó un matrimonio feliz.

Cuan ingenua había sido al suponer una realidad inexistente, dejando atrás el único hogar que había conocido y poniéndose bajo la tutela de su esposo.

Y pensar que se sintió afortunada de ser la esposa de un conde, tal y como había sido su padre. Pero… pronto se dio cuenta de que el matrimonio no era tan ventajoso como se le prometía. No por el oro y las joyas, puesto que los Waterford eran inmensamente ricos en ambas cosas. Sus carencias tenían mucho más que ver con los dones divinos, como la piedad, la misericordia o la compasión. Palabras del todo extrañas en aquella casa.

Al principio no quiso quejarse, pues, ¿quién no querría ser la condesa de Waterford? Pronto se dio cuenta, de que la respuesta era fácil: nadie en su sano juicio, se habría casado con semejante caballero.

Jonathan Stanley, sexto conde de Waterford, era el hombre más apuesto que Amelia había visto, pero también el más malvado. Solo una joven sin familia, ni perspectivas podría haber aceptado semejante trato.

Fue ingenua los primeros años, y desconocedora de los rumores sobre su esposo.

Pero pronto las evidencias se revelaron ante sus ojos.

Los actos crueles de Jonathan Stanley no pudieron ocultarse. Al menos no a aquellos que compartían su locura en aquella casa.

Jamás imaginó que el dulce y divertido esposo de su imaginación sería en realidad…

Un auténtico diablo.

Uno como el que se acababa de encontrar, como el que acababa de resurgir entre la niebla

montado sobre un precioso caballo blanco. Podría ser una imagen embriagadora, pero ella sabía cuan traicionera era la belleza. Bajo su tacto de seda podía esconderse la putrefacción.

—Vamos, Lupo. —Animó al perro a entrar finalmente en la cocina. Le faltó tiempo para echarse cerca del fuego.

Con sus doce inviernos, ese perro era el equivalente a un anciano de noventa años.

Mientras lo contemplaba se descubrió la cabeza y sus cabellos castaños se esparcieron como un manto sobre su espalda y pecho. Miró al fuego, notando que este no la calentaba.

Sintió la casa a su alrededor, como un ente vivo y opresor. Cuan aterradores le parecían sus torreones, siniestros, apuntando al cielo, como si quisieran arañarlo hasta hacerlo sangrar, y su piedra negra, como la que escupe un volcán.

Se quitó los guantes y apretó los puños.

Por mucho que odiara a esa casa y a sus habitantes, había dos grandes motivos para quedarse. Sus dos hijos, Anita y John.

Por ellos haría cualquier cosa. Le iluminarían el alma, como siempre hacían. Y por ellos podría sobrevivir un poco más en ese infierno.

Con ese pensamiento, dejó atrás la cocina, avanzando sobre las ricas alfombras, atravesando salones solitarios, hasta llegar al comedor donde la esperaba su suegra.

Sí, regresaba a su jaula de oro.

# CAPÍTULO 4

Ensimismado, Jack cabalgaba de regreso al campamento con las alforjas llenas de leña. Sus ojos vagaban sobre la hojarasca, y apenas era consciente de la sonrisa dibujada en su rostro. La bella dama cuya faz apenas había visto un instante, lo había deslumbrado.

Chasqueó la lengua al saber que la había asustado, pero ¿era algo tan fuera de lo común? ¿Qué gitano no asustaría con su sola presencia a una dama de alta cuna? Porque no había duda que eso era.

¿Trabajar en Waterford Hall? Ni hablar, aunque tampoco podía saberlo a ciencia cierta. Jamás traspasó, ni él ni ningún otro gitano, la frontera del bosque de Waterford.

Pero era poco probable. No, aquella mujer era una dama. Lo sabía por sus zapatos, demasiado finos como para ser los de una sirvienta. El vestido de un azul oscuro, casi negro, que había asomado bajo aquella capa de gruesa lana, revelaba el abundante dispendio que se habían gastado en aquellas prendas.

¿Sería alguien de la casa Waterford?

Además de la condesa viuda, solo había otra dama a la que podía pertenecer aquella hechicera mirada, y no era otra que Amelia Waterford, la esposa del demonio.

Chasqueó la lengua y su sonrisa desapareció.

Su ánimo había cambiado. De la dulce sensación que se había formado en su pecho, ya no quedaba más que un toque de amargor que tardaba en disiparse.

Siguió avanzando hacia el campamento. No podía negar que sentía fascinación y curiosidad a partes iguales por la misteriosa mujer. Esos ojos grandes y azules, llenos de sorpresa y miedo. Muchas mujeres lo habían mirado con temor, pero había algo más en aquellos ojos, quizás… ¿reconocimiento?

Puede que ni siquiera estuviera en sus cabales…

*Con quien te encuentres en ese bosque, sé amable.*

Tampoco podía quitarse de la cabeza las palabras de la abuela Jane. Había sido una casualidad, sin duda, pero… Se había encontrado con alguien y… había sido amable. No obstante, la había asustado.

Siguió fantaseando con sus grandes ojos.

No se los quitaba de la cabeza.

Eran preciosos, azules y temerosos. Por la sobriedad de su atuendo, alguien menos avispado podría haberla confundido con una criada del tenebroso castillo al que nadie osaba acercarse. Y más si uno se fijaba en ese peinado tan aburrido

Suspiró audiblemente y para su propia paz, decidió no pensar más en ella.

Palmeó el cuello de su corcel.

—La abuela Jane no podrá quejarse de tener el mejor de los nietos, ¿eh, Artax? —dijo, mirando las alforjas llenas de leña, pero realmente se refería a su amabilidad con la muchacha. Cualquier otro día quizás se hubiera divertido atormentándola con preguntas indecorosas.

Se encogió de hombros y siguió avanzando hacia la quietud de su hogar. De lejos vislumbró los carromatos de diversos colores. El de su abuela era de un verde vistoso, decorado con flores blancas y rosas pintadas en la puerta trasera. Jewel le había hecho aquellos adornos dos años atrás cuando empezaron a desgastarse los dibujos en espirales que tenía.

Le gustaba su vida con los gitanos.

Se sentía uno de ellos, aunque… no lo fuera del todo.

Amaba a su abuela por encima de todas las cosas y portaba con orgullo el apellido Doran. Pero todos sabían que no eran de la misma sangre.

Jack no era gitano, bastaba con echarle el ojo para darse cuenta. Pero había llegado al poblado con pocas horas de vida y se había convertido en uno más.

Al parecer, sus padres lo abandonaron nada más nacer. ¿Qué clase de personas eran capaces de hacer algo así? Muchas, más de los que uno podía llegar a pensar. ¿Los motivos?

Pobreza, o simplemente maldad.

Jamás hablaba con su abuela de aquello. Y, a decir verdad, con nadie, pero eso no significaba que en el poblado no se contara su historia de vez en cuando. Esta no era otra que, durante una fría mañana que la abuela Jane fue al rio a lavar la ropa, se encontró flotando un pequeño cesto en mitad de las aguas. Dentro había un querubín, rubio como el sol, con pulmones fuertes y rostro rubicundo. El llanto pudo escucharse desde todo el valle, y fue lo que la alertó. Su abuela se había arremangado las faldas y había avanzado, aplastando con los pies, las rocas del lecho del rio. El pequeño sorteó las fuertes corrientes, como en su tiempo hizo Moisés. Alargando la mano, asió el cesto y lo atrajo hacia ella.

Los ojos vidriosos del niño se clavaron en ella y en ese instante supo que era el retoño que había estado esperando. Los espíritus le hablaron de él antes de que se conocieran. Y como decía su abuela, por eso siempre supo la clase de hombre en que se convertiría. Había una chispa de orgullo al decirlo, y también algo que a Jack le sabía a tristeza.

Siempre pensó que en su destino había una mancha que solo su abuela veía. No obstante, eso no le impidió que lo amara como a su nieto de sangre.

Esa era la verdadera historia.

La otra, aquella menos plausible, era la que Jane le solía contar antes de irse a dormir.

*Mi querido Jack, eres en realidad un regalo de la luna. Ella te dejó en mitad del bosque, y me guio hasta encontrarte.*

Incluso ahora, ese cuento le arrancaba a Jack una bonita sonrisa.

Para el pueblo gitano, la luna era un astro muy importante. Se la relacionaba con la muerte, el nacimiento, pero también era una figura de potencia y deseo. Según Jane Doran, él había sido engendrado bajo la luz de la luna de febrero, durante su embrujo, por lo que su nombre secreto era *Jyotsna*, que significaba luz de luna.

A Jack no le gustaba demasiado, porque era un nombre atribuido a las mujeres, pero aún le producía ternura que su abuela se lo dijese.

En cualquier caso, no tenía padres, jamás le quisieron porque lo abandonaron en ese

mismo bosque, donde cualquier alimaña podría haber acabado con su vida.

Puede que esas personas aún estuviesen vivas, y no muy lejos de aquel lugar, pero para él no tenían la más mínima importancia. El amor de su abuela era o único que le importaba, era más que suficiente. La quería, más que a nada en el mundo. Ella era su todo. Su única familia.

Pero ahora… ahora había enfermado.

El año pasado contrajo una gripe que casi le costó la vida. Tardó demasiado en recuperarse. Jack pensaba que aún no lo había hecho del todo.

Su tos no cesaba, incluso había empezado a expulsar sangre. Ella intentaba ocultárselo, pero no podía engañarlo, ni a él, ni a Jewel con quien compartía miradas cómplices, llenas de pesar.

Uno de los problemas de su abuela, era su testarudez, se negaba a visitar al médico.

Jane Doran tenía demasiado carácter, puede que por eso jamás quiso casarse. No le faltaron pretendientes, el clan Doran era muy respetado y ella fue y seguía siendo una mujer hermosa. Aunque de haberlo hecho, habría perdido su independencia y era posible que tampoco hubiese podido acoger a un niño huérfano, o al menos habría necesitado del permiso de su esposo para quedarse con él y no todos los gitanos estaban dispuestos a criar a un hijo ajeno.

Siempre fue y seguiría siendo una mujer totalmente independiente.

No se dio cuenta del tiempo transcurrido cuando al fin se adentró entre los carromatos. El sonido del río, junto al cual habían acampado arrullaba sus pensamientos.

A pesar de que el sol estaba a punto de desaparecer en aquel lado de la tierra, los carromatos gitanos tenían ya las lámparas de aceite encendidas.

No seguían una formación concreta, cada familia acampaba donde quería. Las más pudientes, por disponer de más caballos, tenían el privilegio de hacerlo río arriba, donde las aguas estaban limpias. Jane Doran era una de ellas, tenía a Artax, dos ponys y un asno que Jack ganó años atrás en los bajos fondos de Londres, después de vencer al campeón irlandés de boxeo.

Desmontó, pisando fuerte sobre la hierba y la sonrisa en su rostro delataba lo orgulloso que se sentía de aquellos combates de antaño.

Esos duros combates, a parte del burro, le dejaron como recuerdo una pequeña cicatriz que le adornaba la frente, desde el nacimiento del pelo hasta partir ligeramente la ceja izquierda.

*Esta marca no afeará jamás tu rostro, al contrario, lo diferenciará del diablo.*

No acabó de entender nunca esas palabras, pero… ¡ah! El destino siempre llama, tarde o temprano a la puerta, y Jack estaba a punto de comprender el significado de esas palabras que pronunció, años atrás, su abuela.

Al sobrepasar el primer carromato, vio una elegante calesa tirada por una yegua castaña. Frunció el ceño al no reconocerla como la de uno de los suyos, y con sinceridad… ¿quién se adentraría en un poblado gitano a la luz del negro anochecer?

Alguien estaba de visita. Y no eran gitanos.

No tuvo tiempo de pensar mucho en ello, pues de repente Jewel se asomó desde la cortina de su carreta. La cerró de súbito para salir de nuevo, esta vez con un pañuelo rojo rodeando su frente y un grueso chal de lana sobre los hombros.

—¡Jack! —lo llamó, cuando ya estuvo a su altura.

Él bufó mientras palmeaba el cuello del animal.

—No pienso dirigirte la palabra. Nunca más.

—Calla —lo amonestó Jewel—. Ha venido una mujer. No es gitana.

—¿No me digas?

—Es una inglesa, Jack. Vieja, larguirucha y estirada.

Jewel miró por encima de su hombro hacia el carromato de la abuela Jane, como si temiera que la estuvieran escuchando. Al darse cuenta de que Jack se alejaba, le siguió los pasos. Caminaba junto a su amigo mientras él ataba a Artax a una cuerda que iba de un árbol a otro. Luego le soltó la cincha y ella se colocó frente a él.

—¡Jack!

—¿No ves que tengo cosas que hacer?

—Está con tu abuela —le espetó, mostrando su enfado por no haberse dado cuenta—, ¿no te parece raro?

—¿Raro? Habrá venido a que le eche las cartas.

Jewel se ajustó más el chal y miró a su alrededor, como si los árboles pudiesen oírla.

—No sé, Jack, me da mala espina.

A pesar de que estaba dispuesto a no darle importancia, frunció el ceño, mirando a su amiga.

—A ti todo te da mala espina.

—Ayer por la noche vi una lechuza.

—¿No sería la tía Esmeralda? —se mofó, con una sonrisa socarrona.

—¡Jack! —Jewel golpeó suavemente el hombro de su amigo, pero no pudo evitar reír.

Todos en el poblado coincidían en que la tía Esmeralda era… fea. Tanto, que si te la encontrabas por la noche te podía matar de un susto.

—¿Entonces, no era ella? —preguntó, mientras sacaba la leña de las alforjas, la ataba con una cuerda y se la cargaba al hombro.

—Venga, ya sabes a qué me refiero, Jack.

—No tengo la menor idea —mintió.

Él y cualquier gitano sabía que las lechuzas eran un mal augurio, sobre todo si se las veía de noche.

Era reacio a creer en supercherías, pero tampoco podía obviar que se había criado con ellos y tenía arraigadas sus costumbres y creencias.

—Jack, si está con tu abuela, y es inglesa… No sé, yo…

Jewel no quería pronunciar en voz alta lo que todos cuchicheaban cuando acampaban en el bosque de Waterford. Que Jack podría proceder de aquel lugar tenebroso.

—No te preocupes, Jewel. Estoy tocado por la luz de la luna, ¿recuerdas?

Cuando iba a entrar en el carromato de su abuela, la gitana se colocó frente a él, impidiéndole el paso por unos momentos.

—Jack, tengo miedo.

—¿De qué? —parpadeó confuso al ver que no mentía, ni se burlaba.

Por algo que no quiso revelar, Jewel se arrepintió y lo dejó pasar.

—Nada, ve y habla con tu abuela.

Él asintió sin demasiado entusiasmo.

Antes de entrar en la carreta dejó la leña en el suelo y se encaminó hacia los escalones de madera. Tras subirlos y abrir la pequeña portezuela, corrió las cortinas y entonces la vio.

Esa mujer era exactamente a como la había descrito Jewel, vestía una falda parda, los cabellos revueltos por el inexistente viento y sobre los hombros portaba un chal de lana que había conocido otros tiempos… Como si hubiera sabido de su presencia, se dio la vuelta y al verlo, sus ojos se agrandaron, pero no por simple sorpresa, había espanto en aquella mirada.

Luego se llevó la mano al corazón, cerró los ojos y Jack se dijo que era la segunda vez en un día que alguien lo miraba de esa forma.

—Disculpa, Jane —dijo la invitada, volviéndose hacia su abuela, como si él no existiera —. Me ha causado una honda impresión ver su rostro.

Jack la miró sin comprender. Pero cuando se volvió para que su abuela le diera una explicación, simplemente lo ignoró.

—¿Qué demonios significa que mi rostro…? —Empezó a preguntar mientras fruncía el ceño. Pero cerró la boca al ver como, lejos de querer responder, esa mujer empezó a temblar de puro miedo.

—Jack, deberías esperar fuera.

Pero este ignoró a su abuela al escuchar la voz de la mujer.

—Es el mismísimo demonio.

—¡Oiga! —exclamó, esta vez ofendido.

La mujer cerró los ojos y tomó aire.

—Discúlpeme —dijo, sin dejar de temblar y apartando la mirada—. Se parece usted tanto a…

—¿A quién? —No era capaz de entender nada.

Ambas mujeres lo ignoraron.

—Lo sé, Mary —dijo su abuela, revelando el nombre de la mujer. Y entonces siguió hablando con palabras que él no supo comprender—. Hay mucho trabajo por hacer aún.

—Pero no tenemos tiempo, Jane.

La gitana asintió ante la incredulidad de Jack.

—No lo hay.

La mirada azul se clavó en su abuela Jane, pero no obtuvo respuesta alguna a su pregunta silenciosa.

*¿De qué demonios estáis hablando?*

# CAPÍTULO 5

Jack apenas parpadeó durante el tiempo en que Mary Cooper se sentó frente a él, y junto a su abuela le dijeron por qué había acudido aquella noche hasta ahí.

—Debo revelarte tu origen.

Aquellas palabras le sentaron como un jarro de agua fría.

¿Revelar su origen? ¿Ahora, cuando ya era un hombre adulto y no podía importarle menos de dónde procedía?

—Entonces… —La voz de Jack era apenas un susurro mientras su mirada vagaba de una mujer a otra— ¿Ha venido aquí para hablar de mis orígenes?

Mary asintió, a pesar de la ira de Jack.

—Sí.

—¿Por qué ahora?

—Porque es el momento —dijo su abuela, mirándolo con sus ojos verdes.

Su mirada era directa y franca, no le mentiría cuando él preguntara sobre sus orígenes, quizás porque llevaba demasiados años guardando ese secreto. Uno que sabía que tarde o temprano debería revelar.

—Ha pasado algo, y los secretos deben salir a la luz para que podamos sobrevivir.

Jack tragó saliva. Era bien sabido que su abuela no hablaba de la muerte en vano.

—Es hora de que conozcas tu historia. Como te encontré o, mejor dicho, como fue que te pusieron en mis brazos.

El semblante de Jack se puso serio, y apretó los labios para no gritar, o hacer preguntas que interrumpieran a su abuela.

—Hace veinticinco años, Mary, la mujer que ves ante tus ojos, te trajo envuelto en finos

paños. Berreabas con los pulmones llenos de júbilo. Eras un bebé fuerte, feliz de haber llegado a este despiadado mundo.

Como si quisiera colaborar con la historia, Mary asintió, pero no interrumpió las palabras de la anciana.

—Ella fue quien te tomó de los brazos de la partera, una mujer que, por orden de tu padre, debió decirle a tu madre que habías muerto. No, —se apresuró a negar—, no creas que tu madre te lloró demasiado, incluso años después cuando supo la verdad, se sintió aliviada de que vivieras muy lejos de su lado. Haberte quedado hubiera significado muerte y locura.

Él chasqueó la lengua y se atrevió a desviar la mirada mientras pensaba en lo que se le estaba revelando.

—Tu madre te quería, como cualquier madre quiere a su hijo recién nacido. Pero la diferencia es que una vez supo el destino que te acompañaba, prefirió tenerte muy lejos de sí.

—¿Tan malo es el destino que vio para mí?

—Hay una maldición…

—¡Supersticiones de viejas! —respondió, lleno de rencor—. Sí, sé muy bien qué clase de maldiciones esparcen nuestras gentes.

—Está vez era verdad —se ofendió su abuela—. Haberte quedado hubiera significado tu muerte, y quizás la de alguien más.

Furioso, apretó los dientes y consiguió exigir.

—Acaba de contar lo que has empezado y hazlo con palabras que yo pueda entender.

Su abuela no se sintió ofendida por su mal carácter, al fin y al cabo, acababa de revelarle a su nieto que había sido abandonado por su padre y que su verdadera madre jamás hizo nada por recuperarlo. Se había criado entre gitanos y aunque esa vida de libertad no la cambiaría por nada, era comprensible que le ofendiera el hecho de haber sido rechazado como un despojo.

—Tus padres no son otros que los condes de Waterford —dijo finalmente su abuela—, ¿son lo suficiente claras estas palabras?

Sintió como la bilis le subía por la garganta al tiempo que sus ojos se agrandaban llenos

de espanto y dolor.

—¿Qué?

Miró a Mary y esta asintió justo antes de agachar la cabeza y rehuir su mirada.

—Tu padre era consciente de la maldición que siempre ha pendido sobre los Waterford. Si nacen dos gemelos idénticos en el linaje que tiempo atrás maldijeron los gitanos, uno de ellos morirá a manos del otro, o enloquecerá.

Jack se centró en su abuela, y vio completa seriedad en aquella revelación.

—¿Te crees esas cosas?

—Me las creo —respondió, firme—. Sé que la maldición existe. Tu padre, aunque no te quería, te salvó la vida. Te alejó de tu hermano y evitó que os matarais.

Jack rio sin humor, pero enseguida se sumió en un oscuro pensamiento.

—¿Por qué me reveláis la verdad ahora?

Mary y Jane se miraron, y tardaron demasiado tiempo en reaccionar para el gusto de Jack.

—Verás… —Mary tartamudeó y se frotó las manos llenas de nerviosismo.

Al no poder continuar, Jane lo hizo por ella.

—Quizás te quedaste demasiado cerca —se encogió de hombros su abuela—, puesto que el conde de Waterford ha enloquecido.

Jack respiró hondo por la nariz.

Ese miserable a quien todo el mundo apodaba el demonio, había enloquecido hacía años. Era una persona cruel con sus arrendatarios, déspota y egoísta. Todo el mundo lo sabía, a pesar de que se le había visto en contadas ocasiones. Se decía que la condesa viuda, era una mujer con carácter suficiente como para mantenerlo a raya, pero… quizás el demonio se había vuelto incontrolable, y su madre estaba demasiado cansada como para luchar contra el mal.

—El conde… ha cometido atrocidades y su madre —dijo Mary—, tu madre —se corrigió, haciendo que él diera un respingo—, lo ha encerrado en un sanatorio para que no vuelva a cometer actos tan atroces.

—¿En un manicomio? —preguntó incrédulo—. ¿El conde está en un manicomio?

Reinó el silencio más absoluto, hasta que las carcajadas de Jack lo rompieron.

Se serenó en seguida hasta que Mary se inclinó hacia él y le suplicó.

—Debe venir conmigo, y hacerse pasar por el conde de Waterford. De lo contrario todos estaremos arruinados. Su madre, la esposa de su hermano, sus hijos… Si no regresa es posible que salga la verdad a la luz…

—¿La verdad de que no es hijo único?

—La verdad de que el conde es un asesino.

Jack miró a su abuela, exigiendo una explicación. Pero no fue necesario, sabía de qué asesinatos se trataban.

—Todas esas mujeres…

Ambas asintieron para horror de Jack.

—Sí.

—¿Queréis que me haga pasar por un asesino? ¿Que ocupe su lugar? ¿Y para qué? —parecía hablar solo pues su mirada vagaba por las paredes del carromato— ¿Por qué querría hacer algo semejante?

Su abuela estiró el cuello y Jack vio a la mujer vital de antaño.

—Porque es tu deber, y porque te corresponde. Jamás debiste estar entre nosotros. Tu lugar está en aquella casa.

—¡No me vengas con esas ahora, abuela! —espetó ofendido.

Él era gitano, un hombre libre. ¿En verdad pensaba que iba a sacrificarse y a hacerse pasar por un estirado aristócrata?

¡Jamás!

—Que si fui concebido bajo el embrujo de la luna llena, que si fui hallado en el río dentro de una cesta… —rio, con sarcasmo— ¡Tú me tiraste al río!

—Yo… —La mujer se había quedado sin habla, por lo que Jane Doran respondió por ella.

—No, Jack. Mary te salvó la vida. Sorteó la tormenta más cruel que hayas visto jamás y te protegió hasta entregarte a mí. Le debes la vida.

—¡No le debo nada! ¿Cómo te atreves ahora a mirarme a la cara y decirme que soy el hermano gemelo de lord Waterford, y que ahora que lo han internado en un manicomio, tengo que hacerme pasar por él para que esos… idiotas, no pierdan toda su fortuna?

—Jack…

—¿En serio pensáis que voy hacerme pasar por un hombre cruel y despiadado? ¿¡Por un loco de atar!? ¡Ni pensarlo!

Negó una y otra vez con la cabeza.

Jane podía ver el dolor que le había provocado aquella revelación, pero poco podía hacer para calmar su corazón.

—Lo siento.

—¡Pues no lo sientas! —le espetó Jack—. He sido más feliz en este carromato que ese demonio en ese infierno de oro.

Se guardó las palabras que estaban deseando salir de su boda. Apretó los puños, para contener el disgusto. Fue consciente que cuando hizo eso, Mary Cooper empezó a temblar, sin duda recordando al que era el señor de Waterford.

Su hermano gemelo debía ser un monstruo. Sí que estaba mal de la cabeza para provocar semejantes reacciones.

Parpadeó confuso y recordó los bellos ojos azules de la mujer del bosque. Apretó los dientes y gruñó. Ahora entendía por qué aquella mujer se había asustado tanto en el bosque al verlo ¡Lo había confundido con lord Waterford!

—Maldita sea, ahora entiendo lo de la lechuza de Jewel. Malos presagios —dijo, con disgusto.

Jane y Mary se miraron, una chasqueó la lengua y la otra negó con la cabeza.

—No será fácil convertirlo en conde —oyó la voz de su abuela y se dio la vuelta, haciendo que la inglesa diera un respingo sobre la silla.

—Perdonadme si mis modales os ofenden —dijo furioso—. A mí me ofende tu mentira, abuela. ¡Tú lo sabías! —Miró a Jane, señalándola con el dedo, furioso—. ¡Lo has sabido todo este tiempo, y jamás me dijiste nada!

—Tenías que descubrirlo por ti mismo, Jack.

—¿Por mí mismo? Pues poca paciencia has tenido, puesto que al final me lo has confesado, antes de que el estúpido de Jack lo averiguara —cerró los ojos y al volver a abrirlos, su mirada acusadora se centró en Jane— ¿Jack? ¿De veras me llamo así?

—Ni siquiera te dieron nombre —confesó la abuela—. Así te llamé y Jack es quién eres.

Siseó con furia, pero se mordió la lengua.

—Cálmate.

—¡No pienso calmarme! —se llevó las manos a la cabeza y se apartó el pelo de la frente mientras miraba al techo.

La verdad había sido revelara. Una verdad que distaba mucho de ser la que siempre se había imaginado.

No hubo abandono en el bosque, no hubo cesta flotando en el río cual Moisés. Solo hubo unos padres que se habían desecho de él, incapaces de soportar su presencia en la casa que llamaban hogar.

—A partir de ahora vas a tener que hacerlo. Un conde no debe comportarse de semejante forma.

—¿Y crees que voy a hacerme pasar por mi hermano? ¿De verdad piensas que voy a dejarme arrastrar por esta mentira?

Su abuela bufó, como si ya hubiera perdido la paciencia.

—¡Basta! —Esa sola palabra y una mirada de advertencia hizo que Jack dejase de caminar como una fuera enjaulada—. Irás con Mary y te harás pasar por lord Waterford.

Jane Doran tenía una gran determinación y era un símbolo de autoridad en aquel lugar, pero a pesar de todo eso, Jack no iba a hacer nada que le pareciera injusto.

—Me niego a hacerme pasar por quien no soy.

—Te vas a hacer pasar por tu hermano gemelo. Pero no creas que es todo un engaño. Eres tan conde como él, eres hijo del mismo padre y la misma madre.

—¡Soy un gitano! Y a mucha honra.

—¡Tu familia te necesita!

—¿Esa misma familia que iba a asesinarme?

—Eso no es del todo cierto, señor Doran —intervino Mary.

—¡Señor! —exclamó, soltando una risa sarcástica— ¡Me ha llamado señor!

De pie, se asió del techo, quedándose quieto, mirando desde lo alto a ambas mujeres que lo miraban entre órdenes y súplicas.

—Jack, haz el favor de comportarte y sé razonable…

—Os diré algo, a las dos, y no pienso volver a repetirlo. —Las señaló, primero a una y luego a la otra—. No pienso fingir ser quien no soy, un noble relamido, estirado y cruel, por lo que veo. No voy a formar parte de una sociedad encorsetada a la que odio profundamente y de la que, además, fui expulsado sin ninguna compasión. Deseo esta vida. Deseo mi libertad. Deseo seguir siendo un gitano. Es lo que soy y siempre seré y ni tú, ni ese espantapájaros, ni la lechuza de Jewel me haréis cambiar de opinión.

Mary juntó las manos en señal de súplica antes de hablar.

—Hay dos niños y una esposa que te necesitan, Jack. A esa familia es a la que me refiero. Debes cuidar de ellos. Son tu cuñada y tus sobrinos.

Jack estuvo a punto de escupir en el suelo. Lo de los niños fue un golpe bajo.

Jack adoraba a los niños. Pero, aún así, no iba a ceder.

—Discúlpame abuela, por pensar hasta este momento que tú eras mi familia.

—Jack…

—No pienso seguir discutiendo.

Dio media vuelta, dispuesto a dejar solas a ambas ancianas.

Salió airado del carromato y con el corazón latiendo como un tambor enloquecido. Bajó los escalones y cuando sus pies tocaron la tierra, se llevó una mano al corazón por el repentino

susto.

—Jack Doran —la voz de Jewel lo sobresaltó.

—¡Aaah! —gritó, sobrepasado.

Necesitaba respirar. Necesitaba pensar… no que su mejor amiga lo acosara como habían hecho aquellas dos mujeres.

—¿Qué demonios quieres?

Furiosos, los ojos verdes de Jewel parecieron relampaguear en la negra noche.

—¿Acaso has perdido el juicio Jack Doran?

# CAPÍTULO 6

Jewel le salió al paso y lo encaró.

—¿Acaso has perdido el juicio Jack Doran?

Cruzándose de brazos y apoyando todo el peso de su cuerpo en la pierna derecha. Su mirada decía con suma claridad que le quedaba muy poca paciencia y que no tardaría en perderla si no era capaz de adivinar sus pensamientos. Aunque eso no era difícil para Jack, pues su mejor amiga era de una transparencia cristalina a la hora de mostrar sus sentimientos.

Puso los ojos en blanco y preguntó.

—¿Qué es lo que quieres? —Jack no estaba de humor.

En menos de una hora había descubierto quien era, de donde procedía y para colmo, le habían pedido, o más bien exigido, que se hiciese pasar por lord Waterford. ¡Su hermano gemelo!

¡Oh, Señor! ¡Tenía un hermano gemelo!

Pero era un ser depravado y malvado que en estos momentos disfrutaba de una larga estancia en el manicomio.

—No estoy de humor, Jewel.

No, no tenía tiempo para su amiga, ni para sus exigencias.

Pero ella no se dio por vencida, como era de esperar.

—Jack Doran, no me puedo creer que no huelas el negocio que se te acaba de presentar.

Parpadeó confuso, pues eso era lo último que esperaba escuchar.

—¿Disculpa? —Alzó la ceja izquierda, escandalizado por lo que Jewel insinuaba.

—¿Aún no te has dado cuenta de que esa gente es asquerosamente rica? —Ya no insinuaba, ahora hablaba claramente. Y era también evidente que había estado espiando la

conversación que había mantenido en el interior del carromato. No hacía falta fingir que no sabía de qué le estaba hablando. A esas alturas, ella ya había trazado un plan de líneas claras para sacar provecho que era el hijo de un conde abandonado por su malvado padre.

—Por favor, ¿realmente me ves capaz de ser tan ruin? —Sonó sincero porque lo dijo muy en serio.

Jack tenía motivos para pensar que fingir quien no era, estaba mal. No era ningún santo, pero tenía límites.

—¿Y por qué no habrías de serlo? —Al parecer, Jewel no los tenía.

—No pienso seguir escuchándote. —Empezó a caminar hacia Artax, que pacía tranquilamente sobre un improvisado cercado, que consistía en una cuerda que rodeaba varios árboles, pero ella insistió.

—¡Te abandonaron al nacer! —Jack se detuvo, bajó la cabeza y cerró las manos en puños —. Si no llega a ser por ese espantapájaros —continuó, refiriéndose a Mary, animada por su reacción—, harían ya veinticinco años que serías polvo, después de haber dado de comer a los gusanos.

Jack tomó aire con lentitud.

No le faltaba razón, pero no era plato de buen gusto tener que oír que su familia se había desecho de él.

Se giró y ella pudo ver el dolor en sus ojos.

Chasqueó la lengua, pues no le gustaba ver de ese modo a Jack. Siempre tan risueño, y ahora tan dolido en lo más hondo.

Se acercó, arrepentida, e intentó tomarlo de las manos, pero él se apartó.

—¿Hasta dónde has escuchado?

—Lo he oído todo, Jack. Todo —confesó, entrelazando las manos—. Pero, con sinceridad, no estás pensando con la cabeza, lo estás haciendo con el corazón.

—Me conoces, y sabes que no sé actuar de otra forma.

—¡Jack! —se quejó—. ¿Cuántas veces crees que tendrás una oportunidad como esta?

¡Podías ser rico!

—Prefiero el honor al dinero. No regresaré con alguien que me abandonó a mi suerte.

—No quiero que regreses para que los disculpes. ¡Desplúmalos! Y luego regresa. Es lo que se merecen.

—No quiero ni verles la cara.

—No lo hagas, roba todo lo que puedas, todo lo que te pertenece ¡Eres un Waterford! Y luego vive tu vida sin preocupaciones, como siempre has deseado.

Se quedó quieto como un muerto. Apartó la mirada y al poco la hizo serpentear por el suelo, como si sus pensamientos fueran tan profundos que no quisiera seguir viendo, ni escuchando nada a su alrededor.

Pero finalmente dijo:

—Me duele —confesó, con voz quebrada.

—Oh, Jack.

—Aún no he asimilado que mi padre, ojalá no halle descanso en el hoyo donde mora, ordenó mi muerte. —Negó con la cabeza como si no pudiera creerse que alguien fuera capaz de algo tan vil por una mera superstición gitana—. Y que mi madre la aceptó sin ni siquiera rechistar. ¿Y ahora me pides que regrese por dinero? No puedo. No soy capaz. Y me resulta doloroso que seas tan fría como para pensar eso de mí.

Jewel sintió lástima por él, pero no se parecían ni por asomo. Y por supuesto, no compartía su opinión. Jack siempre había tenido un alto sentido del deber. Aún así, insistió, porque entendía que debía convencerlo, por su propio bien.

—Sé que no lo harás por ti, pero lo harás por la gente que amas.

—¿Qué quieres decir?

—Tu abuela está enferma —alegó encogiéndose de hombros—. Con todo ese dinero, podrías pagar a los mejores médicos. Llevarla a Londres… ¡A un hospital, que la atiendan como es debido! No has pensado en eso, ¿verdad?

Resopló a disgusto, sabiendo que en parte tenía razón. El dinero lo compraba todo y

podía darle lo mejor. Pero no era estúpido, su abuela jamás consentiría en ir a Londres. Preferiría morir en la paz de su carromato, rodeada de los suyos, y no bien atendida en un hospital lleno de extraños por muy suaves que fueran las sábanas de esa cama.

—Buen intento, Jewel —resopló, con frustración—. Prueba a que acepte verla un matasanos y tal vez sigamos hablando del asunto más adelante, cuando a las ranas le salga pelo.

Iba a darse la vuelta cuando su amiga lo agarró de la mano. Nuevamente, él se apartó.

—Estoy segura de que podríais llegar a un acuerdo.

—¿A qué te refieres?

—Solo digo que, si le pones esa condición, si le dices que solo aceptarás ser lord Waterford si está dispuesta a ser atendida por un médico, aceptará.

Parpadeó confuso y también algo molesto porque esa idea no se le hubiera ocurrido a él.

¡Dios! ¿Podría funcionar?

Por primera vez, Jewel supo que la estaba escuchando, que valoraba la posibilidad de ser lord Waterford. Pero sólo duró unos segundos, instantes después, Jack volvió a tener dudas.

—Ese hombre tiene esposa y dos hijos pequeños. Fastidiar a… a quienes me abandonaron podría tener cierto atractivo, pero ellos son inocentes. Les estaría mintiendo y no sé hacer eso. Simplemente, no me veo capaz.

—Tal y como yo lo veo, ese hombre es malvado. Y tú eres una buena persona. Saldrían ganando con el cambio. Si no te haces pasar por él y ese hombre enfermo termina por morir en el manicomio, quien sabe qué penurias pasarán esos críos. El tutor del futuro conde sería el primo de Waterford. ¿No te acuerdas de él? Tuviste que darle una paliza de muerte cuando apenas teníais dieciséis años porque intentó propasarse con una de las chicas. ¿Crees que esa buena persona cuidará bien de los críos?

Jack apretó los labios, frustrado. No había pensado en ello.

Cerró los ojos y respiró hondo. Era por eso que su abuela insistía tanto en que él se hiciera pasar por el conde. Si ese primo se hacía cargo de todo, echaría a los gitanos sin contemplaciones. No tendrían a donde ir.

—Maldita sea, me había olvidado de él.

—Pues yo no, y tu abuela tampoco. —Lo vio dudar unos minutos más—. Además, te encantan los niños.

Alzó la mirada, incómodo.

—No tanto como para arruinarles la vida.

—¿Y quién dice que se la arruinarías? Por primera vez tendrían un padre de verdad y no un loco.

—¿Y la esposa? —preguntó, casi desesperado—, ¿Qué voy a hacer con esa mujer? ¿Crees que no se dará cuenta de que le han cambiado el marido?

Jewel parpadeó confusa.

—Eso siempre que no esté al corriente. Y de no estarlo… ¿De verdad crees que va a quejarse con el cambio? Pobre mujer, lo que habrá tenido que soportar de ese monstruo.

—No sabemos como es ella, ni que tan victima sea de su marido.

Jewel lo miró como si ni él se creyera esas palabras.

—Puede que esté al corriente del cambio, que el espantapájaros…

—Lo dudo. Y sinceramente, eso es lo que más me preocupa.

La zíngara chasqueó la lengua como si se le estuviera agotando la paciencia.

—Ignórala, Jack. Intenta no coincidir con ella, no sé… envíala a un convento.

Jack abrió la boca, sorprendido.

—¿A un convento? Bonita mejor vida.

—Pues no sé. Algo se te ocurrirá —Se encogió de hombros como si no le diera importancia—. Quien sabe, quizás te guste y quieras pasar unos bonitos momentos con ella.

Sabía a lo que se refería, y no.

—No voy a seducir a esa mujer.

—Como quieras. Si te molesta sé que encontrarás la manera de que funcione.

Jack negó con la cabeza.

—Eres una descarada.

Como respuesta Jewel se puso a reír, pero no estaba tan contenta como quería aparentar. Al igual que él estaba preocupada, por su abuela, por su pueblo y por el porvenir que les esperaba a todos si aquello no salía bien.

Jack miró hacia el carromato y pensó en su abuela. Si lograra convencerla para que la viera un médico, tal vez…

—Dime al menos que lo pensarás.

Regresó la vista a su amiga. Suspiró y volvió a darle la espalda.

Avanzó hasta el corral, donde estaba su caballo. Le pasó una cuerda por el cuello y de un salto montó en su lomo. Volvió grupas y miró a Jewel.

—De acuerdo. Lo pensaré.

Dicho esto, apretó los flancos de Artax e hizo algo que jamás había hecho antes: galopar por el bosque como un demonio. Necesitaba vaciar su cabeza de malos pensamientos, y rumiar sobre lo que haría en los próximos días.

Vagó por las inmediaciones durante un tiempo indefinido hasta que, sin saber cómo, llegó al prado que delimitaba el bosque con Waterford Hall.

Frunció el ceño, al ver a lo lejos la imponente construcción. De cuatro pisos de altura, la casa evidenciaba la riqueza que escondía en sus entrañas. La piedra se había oscurecido por la humedad y el paso de los años y los enormes jardines, junto al bosque, solo hacían más fantasmagórica.

Dios Santo, y todo eso podía ser suyo.

Su corazón empezó a latir desbocado, como si ese lugar quisiera atraparlo y engullirlo.

Tomó aire y lo expulsó con lentitud, logrando así la calma.

La luna llena ya presidía el firmamento, luciendo su blanca faz en las alturas, bañando con su luz el inmenso prado que rodeaba el castillo. Las estrellas eran inexistentes, la luna parecía haberse comido sus tímidos destellos.

Hizo avanzar varios trancos a Artax, para que la luz los bañara a ambos. Cerró los ojos y dejó que el embrujo de esa hechicera hiciera su efecto. Cuando los abrió, vio la sombra que él

mismo proyectaba sobre la hierba y supo que ya había tomado una decisión.

# CAPÍTULO 7

Había amanecido hacía unas horas. Después del desayuno, Amelia había huido de la presencia de su suegra y se había instalado en uno de los salones, junto al área de servicio. Ahí estaba tranquila, nadie la molestaba y menos ahora que su marido no estaba.

Se equivocó la noche anterior al jurar haberlo visto en el bosque. Su suegra había insistido que quizás su imaginación le había jugado una mala pasada. Pero ella sabía lo que había visto.

Jonathan estaba ahí. Por qué no había regresado esa misma noche a casa era un misterio para ella.

Cuando se marchó hacía más de un mes, sin decir nada, la condesa viuda le anunció que su hijo estaría una larga temporada en Londres, por asuntos de su herencia. No sabía qué asuntos podían tenerlo tan lejos de casa, pero agradecía a Dios cada uno de ellos.

Apenas había dado varias puntadas, deteniendo la aguja sobre la fina tela, pensando en aquel hombre con su corcel blanco. Había algo extraño en la mirada de su marido, si es que era él.

Suspiró inquieta y se obligó a volver a su labor.

Junto al gran ventanal del saloncito, escuchó los pasos apresurados en el corredor que la sacaron de su ensimismamiento.

Unos golpes en la puerta hicieron que alzara su cabeza.

—Adelante.

Mary Cooper no esperó mucho más para asomar su cabeza y sin parsimonia, abrió la puerta y entró, inclinándose enseguida para dejar pasar a la figura que avanzaba tras de sí.

Con lentitud, la condesa viuda entró en el saloncito arrugando la nariz. Los opulentos

salones de la planta principal eran dignos de ella, pero no aquel rincón anodino y sin gracia. Odiaba que se escondiera ahí. Porque eso hacía, y su suegra lo sabía.

Golpeando el suelo con su bastón de forma rítmica, había anunciado su presencia antes incluso de aparecer.

Amelia asomó los ojos con disimulo tras el tambor de bordado, como si ese objeto tuviese el poder de protegerla de cualquier mal, como un escudo. Cuando su suegra giró la cabeza y la vio, Amelia tragó saliva.

—Buenos días, querida. —La mujer se detuvo y dio un golpe de bastón en el suelo

Su nuera evitó dar un respingo y le dedicó una sonrisa nerviosa, al tiempo que apoyaba el tambor sobre el regazo.

—Buenos días —respondió, alzándose en señal de respeto del sillón orejero que había arrastrado junto a la ventana.

Su suegra, con expresión impertérrita, hizo un ligero asentimiento con la cabeza y luego su rostro cambió, la miró con un deje de reproche, alzando ligeramente la ceja izquierda.

—¿Has pasado buena noche? Espero que entiendas que a quien viste no era mi hijo, o de lo contrario hubiera regresado a casa.

—Sí, me confundí, sin duda —dijo, sin saber qué más añadir.

—De todas formas, creo poder decir que no tardará mucho en volver.

Mary Cooper miró de reojo a Amelia para ver que apretaba ambas manos para ocultar un ligero temblor.

—Que alegría —respondió, sin ningún entusiasmo.

Por supuesto Margaret, su suegra, sabía que mentía al mostrarse entusiasta con la llegada de su esposo, puesto que era de dominio público que el conde de Waterford era un hombre difícil que era mejor mantener alejado.

—Bien, te informaré de cualquier novedad —dijo Margaret—, seguramente escribirá cuando parta de Londres, para que preparemos su llegada.

Ella, más que nadie, sabía que su hijo no haría tal cosa, pero no iba a dejar caer ni una

sola pista de lo planeado.

Se volvió hacia Mary Cooper, y esta agachó la cabeza, sumisa.

—Querida —le dijo a su nuera—, ya sabes que las puertas de esta casa deben permanecer siempre cerradas.

—Por supuesto. —Hizo una reverencia al verla partir del salón—. Espero que pase un buen día.

Mary Cooper caminó hasta allí y cerró la puerta, sabiendo, por los sonidos del bastón alejándose, que la condesa viuda siguió su camino.

—Señora…. —dijo Mary al darse la vuelta hacia ella.

—¿Dónde estás los niños?

—En el salón de juegos, con la institutriz, pero enseguida saldrán a jugar al jardín.

Amelia asintió. En particular le gustaba ese salón porque ahí podía vigilarlos mejor.

Se quedó mirando a Mary, como si esperara que la doncella dijera algo más, pero no parecía muy dispuesta a iniciar una conversación.

—¿Pasa algo, Mary?

—No, solo que… —carraspeó y finalmente se animó—. Creo que debería prepararse para la llegada de su esposo.

Aquellas palabras cayeron sobre ella como un jarro de agua fría. Aunque intentó disimularlo de todos los modos posibles, sus manos temblaron tanto como su mentón y tuvo que darse la vuelta para caminar con paso firme hacia la ventana.

—Sí, supongo que casi dos meses es mucho tiempo. Regresará en breve.

—Quizás lo note un poco cambiado.

Amelia la miró por encima del hombro.

—¿Cambiado? —preguntó, con curiosidad.

—Ha ido a ver a un doctor, y quizás sus ataques de ira se hayan suavizado considerablemente.

—Oh. —No podía negar que aquella era una gran noticia—. Me alegra mucho escuchar

eso. Todo lo que sea una mejora en la salud de mi esposo, es una alegría.

Mary Cooper sonrió y sin pensarlo mucho hizo una reverencia.

Le caía bien la señora de Waterford, y procurar que tuviera algo de calma le parecía un acto noble. Ya había sufrido demasiado la pobre.

—Si me disculpa, iré a ver si la condesa viuda necesita algo.

Amelia la vio partir en silencio y volvió a quedarse sola.

Suspiró, se llevó una mano al corazón para intentar calmarse y aceptar el inminente regreso de Patrick, su esposo.

Se escuchó el clic de la puerta. Por poco puso los ojos en blanco. Tenía por costumbre dejar siempre las puertas abiertas, aunque sabía que a su suegra le disgustaba esa costumbre. Por suerte estaba siempre ahí para recordárselo.

Tragó saliva.

No le gustaban las puertas cerradas, y más cuando su esposo estaba cerca. Ahora que él no estaba, no se le hacía un mundo que estuvieran cerradas a cal y canto, pero… no podía evitarlo.

Por respeto a la condesa viuda y para no recibir una reprimenda, la mayoría de las veces dejaba sólo una pequeña rendija, para que no se diese cuenta, pero ahora que su esposo estaba de regreso… sintió que debía dejar las dos baldas abiertas.

Odiaba sentirse encerrada, necesitaba esa vía de escape, por si algo… por si algo saliera mal.

La de su habitación era la excepción, la mantenía siempre cerrada, exceptuado las noches en que su esposo solicitaba sus deberes conyugales, aunque eso, por fortuna, no sucedía con demasiada frecuencia. Lord Waterford dormía en una habitación contigua y ella, a veces, a escondidas, dormía en la habitación de los niños.

*Quizás lo note un poco cambiado.*

¿Qué habría querido decir Mary? Si estaba tan cambiado, entonces quizás el hombre del bosque, sí fuera su esposo. Pero… ¿por qué no había vuelto a casa? Era probable que estuviera

cazando. O…

No quería pensar qué podría estar haciendo. Prefería no saberlo. Le producía escalofríos.

Siempre pensó y seguía pensando que era un hombre muy apuesto, pero la forma en que se movía, cómo miraba a los demás, su frialdad y su falta de compasión, provocaban que se le acelerase el corazón y a veces hasta se mareaba en su presencia.

Sin embargo, aquella tarde en el bosque no se había sentido igual.

Se asustó al encontrárselo súbitamente, sobre aquel caballo y entre la niebla, pero tenía que reconocer que no sintió la misma sensación de pavor que sí percibió en otras ocasiones.

—Cambiado… —susurró para ir haciéndose a la idea de qué clase de nuevo monstruo podía llegar a casa.

—¿Mamá?

Dio un respingo al escuchar la puerta abrirse de golpe.

Amelia se llevó una mano al corazón, agitada al ver aparecer la carita de su hija, interrumpiendo sus lúgubres pensamientos.

—¡Anita! Me has dado un susto de muerte —se rio muy a su pesar.

No había nada que le diera más felicidad en el mundo que ver los rostros de sus dos hijos: Lo único bueno que le había dado su esposo.

—Lo siento, mami.

—¿Acabaste tus deberes con la institutriz?

—Sí, pero la acuarela no se me da muy bien —hizo un mohín y se acercó a su madre que la cobijó entre sus brazos.

—Te entiendo —le dijo sonriente—. A mí tampoco se me daba muy bien.

Anita le enseñó sus dedos que movió en el aire.

—Se me manchan los dedos y odio pintar flores —la pequeña mostró las palmas de sus manos y Amelia ladeó la cabeza.

—No te preocupes, cariño. Con agua se limpiarán.

—¿No se enfadará la abuela?

*Por supuesto que sí, la abuela siempre está enfadada.* Pero se guardó de decir eso y le respondió:

—No, si no se lo decimos, y si te lavas las manos después.

Anita sonrió, y se lanzó a sus brazos.

Amelia cerró los ojos, aspiró el aroma a talco de sus cabellos y acarició los rizos rubios de su hijita de casi seis años. Aunque tenía que reconocer que aparentaba unos ocho, era la niña más lista y madura que había conocido.

Pero aquella mañana estaba triste y Amelia quiso saber el por qué.

—¿Qué te pasa, cariño?

Los ojos azules de la pequeña la miraron con súplica.

—No encuentro a Pity.

Amelia suspiró.

—¿La has buscado bajo la cama y en el armario?

Su hija asintió.

No supo que decirle. Su corazón empezó a latir al pensar en su esposo.

No, no podía ser que él… De hecho, no estaba en casa ¿no? Y aún así, Amelia no pudo evitar pensar en que quizás fuera un castigo digno de su esposo por haber abandonado Waterford Hall para salir en busca de Lupo.

Jonathan no amenazaba, ni advertía. En cuanto algo le disgustaba, se lo hacía saber a los demás haciendo desaparecer lo que más amaban. Lupo había tenido suerte, pero puede que la dulce gata carey de Anita, la pequeña Pity, hubiese pagado las consecuencias.

—No te preocupes mi vida, seguro que en cuanto menos te lo esperes, aparecerá, endulzándote el día con sus ronroneos.

—Seguro que padre anda cerca y por eso se ha marchado.

Le partió el corazón escucharla decir eso. Una niña siempre debería sentirse a salvo en su casa, y mucho más con sus padres. Pero ese no era el caso.

—Oh, Anita.

—Le tiene miedo.

Amelia se guardó un suspiro.

Sí, Anita era demasiado lista…

—Quizás solo se ha quedado dormida en algún rincón y no tiene suficiente hambre como para salir —alegó, pero eso no convenció a la pequeña, que seguía con el ceño fruncido.

—No te preocupes, Anita. —. La voz del pequeño Jonathan resonó en el salón—. Seguro que lo que ha pasado es exactamente eso.

Amelia sonrió y abrió los brazos para recibirlo a él también.

Jonathan tenía ocho años, era un niño muy bueno y de mayor sería muy apuesto. Pero según la condesa viuda, tenía poco carácter para ser conde. La dama era de la opinión que se parecía demasiado a Amelia, cabellos oscuros, rostro amable y demasiado afable y compasivo. Sin embargo, para su madre, era absolutamente perfecto.

Por el contrario, Anita se parecía más a su padre. Su rostro era la versión femenina e infantil de lord Waterford. Había heredado sus cabellos rubios y sus ojos azules. Era extremadamente inteligente para su edad y a veces, sus largos y misteriosos silencios hacían temer a Amelia que, en un futuro, pudiera llegar a ser cruel. Por supuesto, se equivocaba. Tenía un lado muy dulce y cariñoso, especialmente cuando iba tomando confianza.

Jonathan hizo una mueca, y empezó a forcejear para soltarse, cuando creyó que el abrazo de su madre debía llegar a su fin.

—Ya no soy un niño pequeño —se quejó.

—No, no lo eres —respondió su madre—, pero yo necesito abrazos fuertes y largos, muy largos. Y tú, pequeño hombrecito, me los vas a dar siempre que te los pida.

—¿Los necesitas de verdad?

—Así es —asintió, convencida—. Y no sólo los tuyos, también los de Anita.

Anita puso los ojos en blanco, pero los dos niños rompieron a reír cuando su madre empezó a hacerles cosquillas y volvieron a abrazarla. Una vez satisfecha, los besó por última vez y los tomó uno con cada mano.

—Anita —le dijo Jon a su hermana—. Te ayudaré a encontrar a Pity, te lo prometo.

—Eres todo un caballero —respondió la pequeña—. Cuando heredes estas propiedades, todo irá mucho mejor. Pero me temo que esta vez es demasiado tarde para Pity.

—Anita… —la regañó, Amelia.

—Solo he dicho la verdad.

—Mamá dice que hay verdades que es mejor callar —la corrigió el pequeño Jon.

Cuando Anita hizo un puchero, Amelia pensó que era el momento de cambiar de asunto.

—¿A quién le apetece pastel de manzana?

Miró a sus dos hijos, ya sonrientes, y su corazón se sintió en paz. Cualquier sufrimiento valía la pena, solo por saberlos felices.

# CAPÍTULO 8

Mary Cooper cerró la puerta con llave mientras la condesa viuda se sentaba frente a la gran mesa de caoba.

—¿Qué has estado hablando con Amelia?

—Nada señora, simplemente le he preguntado si quería una taza de té —mintió.

—Bien —se enfurruñó Margaret—. No quiero que sospeche nada. Aunque… —miró por la ventana, a lo lejos. Nubarrones grises amenazaban en dejar los campos anegados aquel día—. Creo que será un poco difícil que no se dé cuanta del cambio.

Por supuesto, pensó Mary Cooper, ¿qué mujer no se daría cuenta de un cambio de marido? Solo esperaba que Amelia aceptara de buen grado el cambio. Aunque, Mary estaba convencida de que el carácter de Jack podría ser un tanto brusco y extraño, después de haberse criado entre gitanos, era evidente que físicamente no había diferencia alguna. Quizás algo más de bronceado, al ser acariciado tantas veces por el sol a lo largo de su vida.

Margaret se dio la vuelta para encarar a Mary.

Se habían reunido en el despacho del conde, lejos del salón, donde en esos momentos se encontraba Amelia y los niños. Nadie podía saber de qué trataría la conversación. La única persona en Waterford Hall que sabía qué se traían entre manos era el señor Wilson, el mayordomo, pero ese buen hombre era la discreción personificada y moriría antes que revelar los secretos de la gran mansión.

Lady Waterford se llevó una mano a la frente y suspiró como si un pensamiento la hubiera asaltado de repente.

—Siento tanto haberle desgraciado la existencia a mi nuera.

Aunque la señora Cooper no logró saber si lo decía en serio, pues era de sobras sabido

por el servicio que la antigua señora no sentía afecto por nadie.

—Nadie obligó a Amelia a casarse con su hijo, milady.

—Quizás las circunstancias —afirmó.

¿Qué podría haber hecho una joven después de la muerte de sus padres y con un tío que había heredado el condado, y que claramente no la quería ahí?

—No puedo culparla —dijo Margaret—. Aunque las circunstancias hubieran sido otras, la pobre no sabía con qué clase de hombre iba a desposarse. Tuvimos que ocultarle su excéntrico carácter, de lo contrario no habría aceptado.

—Permitidme que lo dude —respondió Mary Cooper, y no sabía si era para darle consuelo o llevarle la contraria—. Y, aunque no lo aparente, lady Waterford es fuerte, a pesar de que su aspecto delicado y su timidez indiquen lo contrario.

—¿Fuerte? —El sarcasmo fue totalmente evidente en el tono de voz de la condesa viuda —. Lo único bueno que ha sabido hacer es darme dos nietos para perpetuar el linaje. Sobre todo, estoy agradecida por Anita. —Qué duda cabía que la excéntrica niña era su favorita—. Es tan inteligente y se parece tanto a mi hijo, Jonathan… Con respecto al primogénito, no puedo decir lo mismo.

—Son dos niños maravillosos, mi señora. Aunque son como el día y la noche.

Margaret hizo una mueca de disgusto.

—Jonathan es demasiado blando, es más que evidente que ha sacado el carácter laxo de su madre. La niña, sin embargo, tiene algo extraño en su mirar. Una mezcla de inteligencia y picardía que contrasta con su carita de ángel. —Puso cara soñadora al describirla—. Y esos rubios tirabuzones que le dan el aspecto de una muñeca de porcelana. Siempre parece no enterarse de nada, pero es tremendamente lista.

—Lo es.

—Se entera de todo —asintió con orgullo Margaret—. Si al menos su madre fuera como ella…

—Hasta el momento, lady Waterford ha capeado el temporal con éxito. —Mary Cooper

sentía la necesidad de defender a Amelia. No eran amigas, pero sentía compasión por ella. No era fácil tener que lidiar con semejante esposo y qué decir de la suegra—. Dios quiera que, con el nuevo conde, no surjan problemas.

Margaret sintió como un escalofrío le recorría toda la columna vertebral. Tuvo el impulso de abrazarse a sí misma y apartarse de Mary.

De nuevo se situó junto a la ventana, perdiendo la mirada en los verdes y húmedos campos.

Aún no se creía que fuera a ver a su hijo por primera vez… Bueno, a su otro hijo.

Cuando hacía años, al revelarle su difunto esposo en su lecho de muerte, lo que había hecho, se sintió traicionada, pero también… aliviada.

Aliviada de haber escapado de la maldición.

Sintió miedo de lo que pudiera pasar.

—¿Ha aceptado? —La condesa viuda miró a la ama de llaves por encima del hombro, con la esperanza inundando su rostro.

—Con condiciones, pero sí.

Alzó una ceja por la sorpresa.

—¿Condiciones? —graznó, dando un golpe de bastón—, ¿qué condiciones?

—No concretó, así que espero que os las comunique él en cuanto la ocasión se precie a ello.

—¿Cómo es eso posible? —la dama no salía de su asombro—. Le ha caído un condado del cielo, por amor de Dios.

Algo se le revolvió por dentro. Estaba hablando de su propio hijo, pero no lo sentía como tal. Era como si debiera entregar su herencia a un gitano. ¿Qué clase de educación habría recibido de ellos? Chasqueó la lengua, molesta. Quizás tendrían suerte si no les abría la garganta mientras dormían.

—¿Cómo es él, Mary?

—Bueno. —La señora Cooper no quiso decirle que Jack Doran y la condesa viuda no

compartían ni un solo principio—. No es como su otro hijo —sentenció.

—Eso no me trae ningún consuelo. Puede que mi hijo Jonathan sea como es, pero… quizás con este nos encontremos con algo peor.

—No lo creo —se apresuró a asegurar.

—Quiero creerte. Pero…

—Sí, lo entiendo —aceptó Mary. Al fin y al cabo, no conocían a Jack Doran de nada—. No podemos lanzar las campanas al vuelo, pero al menos es un paso adelante. Lo que sí es seguro es que vendrá.

—¿Cuándo? —exigió saber.

—Lo antes posible, espero.

La dama no dijo nada, a pesar de sentirse tremendamente aliviada.

—¿No habrá problemas con su apariencia? Mmm… no, porque son idénticos —pareció hablar más consigo misma—. Y… ¿cómo es? ¿Es apuesto? Oh, claro que lo es —se rio de la absurdidad de sus desvaríos—. Oh, cielos… al fin y al cabo es mi hijo… —se secó una lágrima inexistente con su pañuelo.

—Son como dos gotas de agua —aseguró Mary—. Es tan parecido a lord Waterford que ni siquiera lady Waterford notará la diferencia.

La expresión de Margaret cambió de nuevo. Su máscara siempre impertérrita mudó a una molesta, como solía suceder cuando pensaba en Amelia.

—Esa mujer tiene la inteligencia de un pajarillo. Por supuesto que no se dará cuenta de nada.

Mary Cooper no era de la misma opinión, por lo que entrelazó los dedos, nerviosa, y no dijo nada, dejando que su señora siguiese hablando.

—Con sinceridad —dijo, ahora pensando en su hijo Jack—, deseo conocerle, pero… pero por otra parte…

—No os preocupéis, milady—la interrumpió, sin poder evitarlo—. A pesar de sus parcos modales, que tendremos que pulir, ese hombre es un diamante en bruto.

—Parcos modales —bufó—. Por supuesto, ha vivido con los gitanos.

—Sí, hay mucho trabajo por hacer.

—Y de eso te encargarás tú. —sentenció enfurruñada porque las cosas no salían tal y como a ella le gustarían—. Oh, a veces pienso qué habría sido de él si mi esposo no hubiera tomado aquella nefasta decisión de entregarlo a los gitanos. Quizás, ahora sería todo un caballero.

Mary la miró contrariada.

—Señora, no quiero que crea que me esfuerzo en contradecirla, pero, las órdenes de su esposo fueron que lo hiciera desaparecer. El buen Dios puso en mi camino a los gitanos.

El cuerpo de la condesa viuda se puso en tensión, y Mary sabía que no era una mujer a quien quisiera hacer enfadar, pero tampoco podía callar ese hecho que por supuesto conocía tan bien. El que quisiera tergiversar la verdad, daba a entender lo culpable que se sentía.

Por unos minutos lady Margaret no habló, hasta que finalmente pareció despertar de su letargo.

—¿Realmente crees en esa absurda profecía, Mary? —la pregunta iba acompañada de una expresión de culpa—. Yo llevo años creyendo en ella, tal vez para justificar mi pecado, pero…

—No lo sé señora —No pasaba a menudo que Mary sintiera compasión de su señora, pero al ver los ojos vidriosos y la mirada perdida, un aguijonazo en el corazón la llevó a pensar que al fin y al cabo esa mujer era humana—. No obstante, os diré algo. —Mary se acercó a la condesa, pero antes miró en derredor, por si algún fantasma estuviese escuchando tras uno de esos oscuros y tenebrosos tapices—: Esa gitana, Jane Doran, dijo algo que me estremeció.

—¿Qué dijo? —preguntó, con los ojos muy abiertos.

—Que el muchacho estaba predestinado a ser lord Waterford.

—¿De verdad dijo eso?

—Así es.

Pero no era exactamente cierto, pues las auténticas palabras de Jane Doran fueron las

siguientes:

*El bien y el mal están en ambos corazones, entrelazándose como raíces para comerse la carne del uno y del otro. Cuando se vean las caras, uno de ellos morirá.*

—Ohhh, mi pobre hijo… —la voz de la condesa sacó a la señora Cooper de sus pensamientos tenebrosos—. Tuvo que vivir alejado de su familia, y malvivir como un pordiosero. ¡Criado con los gitanos! Mientras tanto, mi Jonathan siempre tuvo todo lo que deseó. Fue tan querido. —Se llevó las manos a la cara y sollozó—. Jamás pensé que podría ser tan… especial.

Mary se guardó un comentario mordaz. Especial era poca palabra para describir al actual conde de Waterford.

—Siempre es doloroso encerrar de por vida a un hijo en un manicomio, pero es por su propio bien. Las autoridades…

—Lo sé, lo sé… —acalló a Mary.

Bien sabía el enorme dispendio que había tenido que hacer para tapar sus atrocidades.

—Jack nos ayudará a que Waterford Hall tenga un conde. Así conservará sus propiedades y ese primo indeseado no asomará las narices por aquí.

Margaret gimió con las manos tapando su rostro. Siempre olvidaba al maldito primo. Si no hubiera engendrado a sus hijos, a la muerte de su marido las propiedades irían a parar a manos de ese mezquino mocoso.

—Él se encargará de que sus nietos tengan un padre y que todo siga en su sitio —continuó diciendo Mary—. Todo va a salir bien.

—Dios te oiga, Mary. Dios te oiga.

# CAPÍTULO 9

Jack avanzaba por la propiedad a lomos de su fiel caballo, Artax. Se había vestido adecuadamente, con unas elegantes ropas que Mary Cooper le había hecho llegar. Los zapatos le apretaban y la corbata blanca anudada al cuello, le molestaba lo suficiente como para ser un recordatorio constante de que ese no era su lugar. Se había quitado la chaqueta, incapaz de soportar ir encorsetado, la llevaba plegada en las alforjas, esperando que le fuera útil más adelante cuando hubiera de presentarse ante su madre, o su esposa.

Puso los ojos en blanco, no sabía cual de los dos encuentros detestaría más.

Las ropas elegantes entorpecían sus movimientos, lo oprimían, haciendo que fuera consciente de que estaba perdiendo su libertad.

Había atravesado bosque, tan frondoso que apenas pasaba la luz a través de aquellos robustos árboles que no habían perdido sus hojas, para después vadear el riachuelo sin ninguna incomodidad para Artax. Poco antes de vislumbrar Waterford Hall, había descubierto un hermoso lago de aguas cristalinas que, al parecer, en algunos lugares estaban templadas, incluso en invierno. Sabía, porque no era la primera vez que acampaban en las vastas tierras del conde que, en algunos lugares, concretamente en las ruinas de una pequeña ermita, que ya había sido construida por los antiguos, se encontraban unas pozas naturales de aguas termales. Más de una vez las había visitado, con alguna que otra amiga.

Después de perder de vista la gran masa de agua, ante él se alzó la grandiosa casa. No le era del todo ajena, se había visto empujado hacía allí en más de una ocasión. Admiraba su parte frontal con pórticos y columnas, de piedra grisácea, que un día fue dorada. Tampoco le eran ajenos sus majestuosos jardines. Estos, tanto como la casa, siempre los había visto desde lejos. ¿Quién era él para pasearse por aquellos dominios?

Hizo una mueca de disgusto.

Ahora ya sabía quién era él, el hijo del antiguo conde, el hermano gemelo del actual, y quien ahora se haría pasar por él. ¿Para qué? Quizás para salvarlos a todos del escándalo de que su hermano Jonathan estuviera loco y encerrado. O para que el imbécil de su primo no reclamara una herencia que no le pertenecía.

Apretó los dientes y siguió avanzando hacia aquella mole alta y majestuosa, pero con un aura oscura, maligna.

Jack no era dado a sobrecogerse, pero ese lugar provocó de nuevo que su corazón se agitase, como si fuese un pájaro intentando escapar de una jaula. Lo rodeaban varias hectáreas de terreno cubierto de césped. En esos momentos, las nubes que tapaban el sol se abrieron para dejar pasar los tenues rayos, que iluminaron brevemente los verdes campos, haciéndolos brillar como si fueran una descomunal esmeralda.

Era increíble y posiblemente inmoral que alguien pudiera tener tantas riquezas y otros tuviesen que mendigar para subsistir. Sin embargo, las tierras y las riquezas te ataban a ellas, como los árboles que no pueden moverse ya que sus raíces se lo impiden.

No, Jack no quería eso.

Había decidido hacer caso a Jewel.

Aprovecharía lo que ese lugar pudiera darle, lo tomaría sin ningún reparo y después se marcharía y no regresaría.

Siguió avanzando con lentitud, a medida que la imponente casa oscura se iba acercando a su vista. Su abuela le había explicado que era una de las casas del siglo XVI de estilo isabelino, mejor conservadas del país. Por supuesto que la fortuna de la familia había posibilitado grandes reformas, pero tenía un estilo único que, a decir verdad, causaba curiosidad a Jack. ¿Sería tan siniestra por dentro como por fuera?

Había sido construida como segunda residencia de los condes, pero al poco tiempo, la belleza del entorno y su aislamiento… Jack se preguntó si ya de antaño los condes estaban mal de la cabeza y decidieron apartarse de las grandes ciudades. Sea como fuere, esta solitaria

mansión ahora sería su hogar, quien sabía por cuanto tiempo.

Apretó los flancos de Artax y el fiel caballo se puso al galope.

De repente, le vino a la cabeza la muchacha que había visto en el bosque. Seguramente viviría en aquel lugar. Llevaba una capa oscura y por su peinado recatado, podría tratase de una sirvienta. Sí, su mente tenía vida propia, debería sentirse furioso por ser arrastrado a esa vida, y no andar fantaseando con una bella doncella de la casa.

No obstante, sus labios se estiraron formando una suave sonrisa. ¿Volvería a verla? Esperaba que sí, como también esperaba no asustarla de nuevo.

Cuanto más se acercaba a la casa, el muro que bien podía considerarse muralla, se alzó ante él, impidiéndole ver la casa en todo su esplendor. Puso a Artax al trote, y después redujo hasta colocarlo al paso, solo para entrar bajo el gran arco que daba acceso al enorme jardín delantero.

Entonces… algo sucedió.

Artax piafó, se detuvo en seco y pateó el suelo con la mano derecha. Jack volteó el rostro hacia esa dirección y entonces la vio.

Era una niña pequeña, de unos cinco o seis años y lo estaba mirando fijamente. Sus ojos azules parecían estar acusándolo. Era menuda, con una rubia melena llena de tirabuzones y vestía un bonito vestido azul de puntillas en mangas y dobladillo. Rodeando la pequeña cintura, un lazo blanco a juego con el que llevaba en el pelo, justo sobre la coronilla. La pequeña, desde luego era lista, un brillo en las pupilas le dijo a Jack cuanto lo era.

¿Sería esa pequeña, la hija de su hermano?

Suspiró.

Por cómo lo miraba, diría que sí.

De pronto le sobrevino un pensamiento totalmente fuera de lugar. Puede que los niños sí ataran a uno, pero no eran como las tierras. Ellos podían moverse de un lado a otro. Se sorprendió aceptando esa idea como si siempre hubiese estado ahí, oculta en su corazón.

Cerró los ojos un segundo y movió la cabeza, sutilmente, para desecharla.

Cuando los abrió, la niña tenía el ceño fruncido, los brazos cruzados y estaba tan seria que habría estremecido hasta al más curtido de los soldados.

Jack carraspeó e intentó iniciar una conversación con aquella mocosa que lo miraba de tan insolente forma. No le caía bien, eso era seguro.

—¿Qué haces aquí, fuera del castillo, pequeña?

Ante la pregunta, la niña abrió mucho los ojos, tanto, que Jack pensó que se le saldrían de las cuencas.

—¡Oh… no! —gimió la pequeña, como si de pronto estuviese decepcionada.

—¿Qué sucede? —preguntó, con extrañeza.

Tenía sus sospechas y era más que probable que esa niña fuese su sobrina, pero no quería decir nada de más, para no meter la pata.

—Eres exactamente igual que mi papá —Los ojos de la pequeña se abrieron haciendo desaparecer todo enfado y dejando ver su sorpresa.

—Yo… bueno… —¿Qué iba a decirle? No podía revelar que no era su padre.

—No finjas, sé que no lo eres —le hizo un gesto con la mano, como si despachara la idea de seguirle el juego—. Así que no me puedes ayudar a encontrar a Pity.

Esta vez fue Jack quién abrió mucho los ojos.

No iba a preguntar quién era Pity, eso lo delataría. Aunque, ¿qué más daba? Aún no había entrado en Waterford Hall y esa niña ya lo había calado.

Gruñó, malhumorado porque empezaba a sospechar que no iba a engañar a nadie haciéndose pasar por Jonathan.

Por otra parte, acababa de confirmarle que era su sobrina.

—Bueno… esto…

—Anita.

—Anita —estuvo a punto de chasquear la lengua frustrado por lo mal que le estaba saliendo esto de fingirse el conde de todo cuanto veían sus ojos—. Yo soy tu papá —afirmó, poniéndose muy serio—. Y te prometo que encontraremos a Pity, cueste lo que cueste.

Aunque supuso que quien había hecho desaparecer a Pity, seguramente habría sido su desalmado hermano. Bueno, su padre, el conde loco.

La niña apretó los puños y decidió no seguirle el juego.

—¿Cueste lo que cueste? —se sintió entre abatida y molesta—. Yo de ti no prometería algo que no vas a poder cumplir.

—¿Por qué dices eso?

—Seguro que mi padre ya ha hecho desaparecer a mi gata —alzó la mirada y con determinación le confirmó lo que ya sabía—. Con desaparecer, me refiero a que la ha matado. Seguramente por diversión, o para hacernos llorar. Pero… —se mordió el labio inferior—, si tenemos suerte y aún no lo ha hecho, ¿me ayudas a buscarla?

Jack se conmovió. Quizás porque no esperaba esa descarnada sinceridad en una niña tan pequeña, ni tampoco ver esa chispa de inteligencia que la había hecho madurar mucho antes de lo necesario.

Jonathan era un monstruo y le dolía en el alma que su hija pequeña lo supiera.

No pudo decir nada en respuesta, porque de pronto, de entre los árboles apareció otro niño. O tal vez hubiese estado allí todo el tiempo y Jack hubiese estado demasiado centrado en la pequeña como para darse cuenta.

Tendría unos ocho o nueve años y era más serio que Anita, pero su expresión de inocencia destacaba con la de la niña, que parecía ser más lista que el hambre. Sus cabellos eran castaños con algunos reflejos rubios y los ojos del mismo color, posiblemente más claros. Además, su cara le era tremendamente familiar…

¿Dónde habría visto esos rasgos?

Entrecerró los ojos.

¿Se parecía a la mujer del bosque?

—¡Anita! —exclamó el niño, interrumpiendo los pensamientos de Jack.

—Qué —respondió esta, sin dejar de mirar fijamente al hombre que se parecía tanto a su padre.

—¿Acaso quieres que se enfade? —musitó, acercándose a ella y mirando a Jack con temor.

Anita puso los ojos en blanco.

—Papá es muy malo, y deberíamos temerle, aunque nunca nos haya pegado nunca. Pero, Jonathan, este no es papá.

—¡Sí que soy tu padre, niña! —exclamó Jack, a la desesperada.

Resopló y puso los ojos en blanco. Solo le faltaría fracasar en su misión antes de empezar.

Por fortuna, los críos lo ignoraron. Estaban demasiado enfrascados en su discusión como para hacerle caso.

—Pues a mí me parece bastante malo —dijo Jonathan tras escuchar el grito de Jack.

—Sí, soy muy malo —dijo Jack, desesperado.

—No, que va —se burló la niña—, basta verle los ojos.

—Soy vuestro padre, y he vuelto de… un lugar donde me han cambiado un poco, con… medicación y esas cosas.

—¿Esas cosas? —Anita entrecerró los ojos—. No me creo nada. Si fueras papá nos habrías mirado como si fueras a matar a todos nuestros seres queridos y nos habrías ignorado.

—¡Vaya con la niña! —A Jack se le pusieron los pelos de punta. Parecía salida de una novela gótica—. Deja de decir cosas así.

—¿Entonces es papá o no?

—Que más da. —Se encogió de hombros Anita—. ¿Me ayudas a encontrar a Pity?

—Mamá querrá bañarnos, hoy es jueves.

La niña suspiró, bien sabía que tenían el tiempo justo para huir antes de que su madre saliera en su busca.

De repente, el relincho de Artax la distrajo.

Anita movió la cabeza de un lado a otro. Luego caminó hasta Jack y alzó la manita para acariciar el morro de Artax.

—Este caballo es nuevo.

Jack parpadeó. Más relajado, expresó su agrado por el interés que mostró por su caballo.

—¿Te gusta? —preguntó Jack.

—Mucho.

—Pues dame la mano —dijo él, ofreciéndosela.

La niña empezó a dibujar con sutileza una sonrisa mientras su hermano abría la boca de par en par. Luego, Jack la estiró y acabó sobre el lomo de Artax, frente a él, que la rodeó con los brazos para que no cayese.

Una vez arriba, Anita se rio sin poder contenerse.

—Johnny, sube tú también —le dijo a su hermano, que dio un paso atrás.

—Eso, sube Johnny, tú irás detrás.

El niño vaciló, hasta que Artax se colocó con delicadeza junto a él. Entonces, aceptó subir y con la ayuda de Jack, se colocó tras él, sobre la grupa.

Una vez se cercioró de que los críos estaban bien sujetos, apretó los flancos de Artax y lo hizo avanzar al paso.

—¿Qué hacíais solos y tan lejos de la casa principal? —preguntó a los niños—. Salir es peligroso y podríais perderos. Anita es muy pequeña todavía —esto último se lo dijo a Johnny, que no pudo ver su cara, pero se sonrojó de la vergüenza.

—No soy tan pequeña. Además, estamos buscando a Pity.

—Ajá…

—No le habrás hecho daño ¿verdad? —preguntó Johnny.

—Hmmm, no. No entra en mis planes hacerle daño a Pity —respondió, preguntándose quien diablos era Pity.

—Es muy buena gata, caza muchos ratones y me los trae a mi habitación, a modo de obsequio.

Acababa de quedar confirmado que Pity era una gata.

—Eso es asqueroso —dijo el niño.

—Muy siniestro —convino Jack.

—¡Pity me trae regalos porque para ella los ratones son importantes! Lo que significa que le importo.

—Tu hermana tiene razón —le dijo a Jon—. Eso hacen los gatos que aman a sus dueños. Aunque realmente lo hacen porque te creen un ser inferior incapaz de cazar y valerte por ti mismo.

—Yo podría valerme por mi misma.

Jack sonrió con afecto. ¡Menuda era la pequeñaja!

—No lo dudo, pero para algo me tienes a mí. Yo cuidaré de vosotros.

Anita lo miró torciendo el cuello y luego gritó a su hermano.

—¿Ves? Este no es papá.

—Cállate, Anita —le gritó Jonathan.

*Eso, cállate, Anita.*

Si la niña seguía diciendo esas cosas, al final los mayores acabarían por creerlo. Y no quería que eso sucedería, al menos no tan pronto. Necesitaba tiempo para ir llevándose algunos objetos de valor que aseguraran el bienestar de su gente y sobre todo de su abuela, en el futuro.

Sí, aunque la niña fuese tan lista, no podía dejarla creer que estaba en lo cierto.

—Anita, no digas tonterías —respondió, sin más—. Sólo estoy algo cansado por el largo viaje, nada más. Pero pronto volveré a ser yo mismo.

—Espero que no —murmuró Jon, en voz baja. Y sintió como el niño se agarraba con más fuerza a su camisa.

Anita, por su parte, volteó el rostro y lo miró, achicando los ojos.

Cuando Jack bajó la vista hacia ella, se encontró con los ojos azules de la pequeña de cinco años escrutándolo con intensidad. Sin poder evitarlo sintió como si se estuviera mirando al espejo.

—No eres papá —aseguró—. Así que… ¿quién eres?

Jack sonrió de medio lado y le revolvió el cabello a la pequeña.

—Soy papá, así que deja de decir tonterías y agarraros bien los dos que vamos a galopar.

—¿Qué? —No hubo miedo en el tono de la niña, más bien puro entusiasmo. Y lo confirmó cuando su risa se escuchó por el gran jardín delantero de la casa. Las flores tardías eran una maravilla. Permanecían con ese esplendor sin duda gracias a la buena mano de la condesa de turno.

Puso los ojos en blanco.

Le daba tan igual lo que hicieran con esa propiedad, aunque… no le daban tan igual las gentes que habitaban en ellas, y mucho menos ahora que había conocido a los niños y… ¿pensaría lo mismo después de conocer a su… esposa?

Sonrió por su propia chanza.

Jack, presionó los flancos de Artax y los tres atravesaron los senderos por los que avanzaban entre parterres llenos de plantas, muchos de ellos sin flor y fuentes cubiertas de musgo y moho.

Jack alzó la vista al acercarse a la entrada principal.

Waterford Hall aguardaba.

# CAPÍTULO 10

—Ven, te llevaré a que conozcas a mamá.

Jack gruñó entre dientes cuando la niña lo tomó de la mano y juntos cruzaron la puerta principal, no sin antes entregar su caballo para que fuera atendido, a un asustado lacayo que lo miró poco menos que aterrorizado.

Casi le arrancó las riendas de las manos y se empeñó en desenjaezar a Artax y después asegurar que iba a lavarlo y cepillarlo. Jack habría protestado con energía si no se encontrase en semejante situación. Jamás, alguien ajeno a él o su familia, tocaba a su caballo y tampoco le gustaba a Artax ser manipulado por un desconocido. La prudencia de la que jamás había hecho gala, le recordaba constantemente que debía interpretar el papel de su hermano cuan bien le fuera posible.

—Estará en el salón azul, como todas las mañanas —dijo Jonathan.

Jack lo miró por encima del hombro, para descubrir que el niño trotaba tras ellos mientras Anita insistía en tirar de su mano porque no se daba la suficiente prisa. Pero dejó de hacerlo en el mismo momento en que Jack entró a lo que parecía un salón medieval.

Si había tenido la esperanza de que la casa fuera menos tétrica por dentro que por fuera… erró.

Había una larga mesa que presidía el salón, quizás para veinte invitados. Un lugar extraño para ofrecer un ágape, pues él habría jurado que detrás de la entrada principal de la casa debía encontrarse un opulento recibidor, no… aquello. Miró en ambas direcciones, dos enormes chimeneas apagadas daban la dudosa bienvenida a quienes los visitaran, sobre estas los tapices que ornamentaban las paredes, sí que eran auténticas joyas, pero deslucidas por el paso del tiempo.

—La abuela dice que son de la época de la reina Isabel. A mi me parecen feísimos, pero a ella le encantan.

Su madre tenía gustos siniestros y más si uno se fijaba en el pobre ciervo despedazado por un perro de caza.

—Ya veo.

—Ven, por aquí.

Jack siguió a la niña, encorvado para que ella siguiera tirando de él sin dificultad. Miró al techo y la descomunal lampara debía ser un espectáculo digno de admirar cuando estaba encendida. Del primer piso podía verse la galería, un corredor cerrado por dos puestas en los extremos, que seguramente daban a las habitaciones de la familia. Al no ver escalera principal por la que subir, no se sorprendió que la niña lo arrastrara a otra sala, de menor tamaño, llena de retratos.

—Por aquí —le soltó la mano y corrió a una nueva habitación. Jack pudo ver la escalera de piedra que ascendía recorriendo la pared hacia el primer piso. Era impresionante, pero lo fue más la anchura de los peldaños y lo retorcida que se volvía hasta llegar al primer piso—. Mamá está por aquí.

Él asintió sin perder detalle.

Más tapices, candelabros de plata, baúles en cada descansillo de la escalera. Más oscuridad por las pesadas cortinas que no dejaban que la luz del sol desgastara los tapices.

—¿Te gusta? —le preguntó la niña.

—Vive aquí desde siempre —la amonestó Jonathan—. Seguro que le gusta.

—Me gusta —dijo Jack, antes de que estallara una discusión tonta entre hermanos. Y era cierto, sobre todo lo que le atraían eran los candelabros de plata, más que la casa en sí—. Pero todo está muy oscuro.

—La abuela y su obsesión por los tapices.

—Y eso que no has visto el último piso. Te dejará de piedra.

—Puedo asegurar que sí —se mofó Jack.

Vaya, con lo que los ricos se gastaban su dinero.

—Ahí debe estar mamá. —Anita señaló por fin una puerta y Jack aminoró la marcha.

Sin saber muy bien como se llevó una mano al corazón.

Ahí estaba su primera prueba de fuego. Tendría que hacer creer a la esposa de su hermano que él era… en fin, su marido.

¿Cómo sería la señora de la casa? ¿Hermosa? ¿Consentida? ¿Altiva?

Hizo una mueca. Eso era todo lo que se esperaba de una condesa, los nobles eran presuntuosos y relamidos, aunque estaba seguro de que, si desplegara todos sus encantos, lograría seducirla y la dama acabaría rendida a sus pies, o ambos revolviéndose sobre las sábanas.

Bueno, ese era sólo un pensamiento poco práctico que le asaltó la cabeza en ese momento. No tenía previsto hacer tal cosa.

Sonrió satisfecho. ¿Qué mujer se resistiría a sus bellas palabras? Muy pocas. Y eso le había valido más que una buena discusión con Jewel.

¡Oh! ¡Jewel! Estaba deseando contarle todo lo que escondía esa casa.

Jack se dio cuenta de que siguió avanzando, pero esta vez solo.

Se paró en seco y volteó para mirar a Anita y Jon, que se había quedado plantados sobre la vieja alfombra.

—¿No venís?

La niña negó con la cabeza el niño empezó a retroceder sin perderle de vista. Pronto una sonrisa se dibujó en su rostro.

—Será mejor que te presentes tú solo —le dijo Anita. Y con esas palabras Jack entendió que la niña quería perderse ese primer encuentro.

Miró la puerta entreabierta, apenas un palmo y al volver a mirar a los niños, estos ya habían desaparecido.

Respiró hondo, sintiéndose intranquilo por primera vez en mucho tiempo.

¿A qué venía tanto nerviosismo? Solo era una mujer, la esposa de su hermano para más

señas. Alguien a quien engañar hasta que decidiera que ya tenía suficiente de todo.

Fue una suerte que la niña le hubiera indicado el lugar, pensó acercándose a paso lento. De haber tenido que empezar a hacer preguntas se hubiera delatado antes de empezar. Seguro que el señor de la casa sabía exactamente donde se encontraba su esposa en todo momento.

Debía tener cuidado y no preguntar cosas que el señor ya debería saber. De no ser así, el plan de lady Waterford y la señora Cooper podría irse al traste.

Aunque, pensándolo bien, no es que a él le importase mucho que lo descubrieran.

Suspiró y como si hubiera hecho algo mal, miró a su alrededor por si lo hubiera visto alguien. Se acercó a la puerta. La curiosidad se volvió demasiado intensa y por el espacio que dejaba la puerta entreabierta vio la estancia luminosa con las paredes pintadas de azul. Ese tenía que ser el lugar donde ella pasaba el tiempo ocupada en… lo que fuera que hicieran las condesas. ¿Sería hermosa, inteligente, callada?, ¿dulce o malvada, como lord Waterford? En realidad, no le importaba demasiado, pero estaría en serios apuros si fuese hermosa y encantadora.

En eso estaba pensando cuando se obligó a reaccionar.

Alzó la mano y la cerró en un puño, dispuesto a llamar a la puerta, cuando cambió de opinión. Esa era su casa, no tenía por qué anunciarse para entrar en una habitación.

Dejó la mano suspendida en el aire, la abrió en palma y en lugar de golpear la blanca madera, la empujó.

***

Amelia intentaba concentrarse en la lectura, pero le estaba resultando prácticamente imposible.

Sabía que su marido andaba cerca, de nuevo y… siempre que él estaba cerca tenía los nervios a flor de piel y un dolor agudo se agitaba en su pecho, como si tuviese un enjambre de

avispas alborotadas en su interior. Era una sensación tan complicada…estaba intranquila y esperando… No sabía muy bien qué esperaba, pero algo malo, eso seguro.

Habían pasado dos días desde su encuentro en el bosque, y no entendía por qué tardaba tanto en regresar a la casa. Que Dios la perdonara, pero no lo echaba nada de menos, y aunque su suegra había dicho que su llegada era inminente, esperaba que realmente estuviera equivocada, y que su esposo vagabundeara un poco más por donde le pareciera, pero lejos de ella y de sus hijos.

Volver a su lado significaría estar siempre pendiente de cada palabra que salía de su boca, para que él no estallara. Algo que parecía inevitable. Por otro lado, si ella se mantenía callada, era mucho peor, pues a veces, sus silencios le parecían una provocación.

No había forma de contentarle. Y como consecuencia había dejado de intentarlo. Hacía años que ya no expresaba sus opiniones. Para Jonathan, ella era una mujer tonta, insulsa y gris, quien no era digna de su consideración.

Hablar o permanecer en silencio, siempre le traía problemas. Por lo que jugaba desde hacía años a adivinar su humor, encontrar un término medio entre callar y preguntar. Ciertamente, se había convertido en una experta a la hora de evitar conflictos, pero el conflicto estaba en su interior. Esas avispas… Esas malditas avispas la matarían tarde o temprano.

Por fortuna, su esposo jamás había mostrado demasiado interés en ella, más allá de las escasas veces que había visitado su alcoba con el objetivo de procurarse un heredero para el condado. Entonces, Amelia sólo tuvo que tumbarse en el lecho, cerrar los ojos y esperar a que él terminase de hacer lo que tenía que hacer. La primera vez fue dolorosa, la segunda incómoda, la tercera y el resto que vinieron, se limitó a pensar en las hermosas rosas que crecían en su jardín y a hacer listas de lo que necesitaba para mantenerlas vivas, abonos, poda… Cada uno ocupa su mente como puede para evadirse de la realidad.

De repente, una sombra oscura bajo la rendija de la puerta captó su atención.

Contuvo el aliento un instante, hasta que necesitó aire para respirar, entonces su pulso se aceleró y sus labios entreabiertos dejaron escapar un gemido cuando la puerta se abrió.

—¡Cielo santo! —jadeó, llevándose la mano al corazón.

Había mantenido la esperanza de que su anciano perro estuviera tras la hoja de madera lacada, pero no fue así.

—Buenos días, querida.

Pasado sobresalto inicial, Amelia pasó a la perplejidad. Sobre todo, cuando a quien descubrió fue a su esposo, bajo el marco de la puerta.

—¿No te alegras de verme?

Jack ladeó la cabeza ligeramente sonrió como lo haría un gato al arrinconar a su presa, si es que los felinos podían sonreír de puro deleite.

Vaya, con la esposa de su hermano.

Respiró hondo y mantuvo su pose relajada mientras observaba a la hermosa mujer que tenía ante sus ojos, su cuñada… No, no. Su esposa.

Mientras se preguntaba dónde había visto antes esos ojos, y esa expresión, ella se puso en pie con rapidez, como si de pronto algo hubiese inducido su cuerpo a reaccionar.

—Milord. Quiero decir, esposo.

El libro que había estado intentando leer cayó a sus pies, causando un gran estruendo, haciendo que Lupo entrara en la estancia meneando su cola y acercándose a sus pies para reposar ahí tranquilamente.

Mantuvo la mirada fija en el perro, siguiendo todos sus movimientos. Fue así que Jack lo supo.

La hermosa dama en el bosque… Amelia. Esa era la mujer que estaba de pie ante sus ojos. Aquella a quien debía seducir para que sus planes salieran bien y no ser descubierto.

El primer impulso de Jack fue dar varios pasos hacia ella para recoger el libro y dárselo, pero al ver su reacción, casi de pánico, se quedó quieto en el sitio. Un suspiro cortó el aire. Sin duda su hermano era un desgraciado y poco castigo era para él estar encerrado en el manicomio si era capaz de causar tanto pavor a su pobre esposa.

Era ella, la mujer con la que se había topado en el bosque, y su expresión era exactamente

igual a la de entonces, de excesiva cautela y miedo, como un ciervo que en mitad del bosque acaba de divisar al lobo, oculto entre los árboles y se pregunta si será su próxima cena o, por el contrario, ese día su apetito está saciado.

Carraspeó para aclararse la garganta al ver que él no correspondía a su saludo. Así que lo intentó de nuevo.

—Jonathan —saludó nuevamente, de pronto repuesta, al tiempo que se quitaba con manos temblorosas una inexistente mota de polvo—. Esposo…

—Esposa —respondió él, sin saber qué más decir.

Mantuvo su sonrisa ladeada, y apoyado su hombro en el marco de la puerta, fue consciente de que lejos de parecer un conde, sin duda parecía un canalla.

Al tiempo, sucedió algo inaudito para Amelia. Lupo se puso en pie con dificultad, movió tímidamente el rabo y caminó con lentitud hacia Jonathan.

—Hola, amigo —lo saludo su esposo, y Amelia quedó muda por el asombro.

Vio, con los ojos muy abiertos, como él sonreía de forma encantadora y se agachaba para acariciar al perro. Observó también, anonadada, como le daba unas palmaditas cariñosas en el lomo y cuando el animal lamió sus manos, una suave y al mismo tiempo grave carcajada escapó de su garganta y, en sus mejillas, se dibujaron dos perfectos hoyuelos.

—Buen chico, buen chico…—Todavía agachado, alzó la mirada hacia Amelia para añadir—: Es un viejecito encantador, ¿no te parece?

Amelia parpadeó, confusa.

¿Un viejecito encantador? Lo más halagüeño que le había dicho jamás Jonathan era, maldito saco de pulgas, y el único contacto con ese perro fueron las veces que le había propinado salvajes patadas para quitarlo de en medio.

Confundida, quiso hablar, pero una vez más no supo qué decir.

Lo vio ponerse en pie y al poco se metió las manos en los bolsillos, en una postura absolutamente… informal para un conde.

Al parecer, Jack se dio cuenta al ver la dirección que apuntaban sus ojos, y se sacó las

manos para entrelazarlas a la espalda.

—Bueno —empezó a decir con un sutil carraspeo antes de llevarse el dedo índice al cuello de la camisa que se encontró desabrochado.

Suspiró.

Sí, muy conde, no parecía.

—¿Te han ido bien los negocios en Londres, esposo?

Jack frunció el ceño. Pero enseguida se repuso. Por supuesto, negocios en Londres, y no duchas frías en un manicomio. Otro suspiro, ¿cómo iba a aguantar toda aquella pantomima?

—De maravilla, esposa.

—Me alegro. Te ves… muy cambiado.

Solo entonces, Jack fue consciente de que Amelia lo miraba con cierto interés. Sus hermosos ojos azules acariciaron su rostro levemente para desplazarse por su informal atuendo, su camisa entreabierta, el suave vello de su pecho, el estrecho cinturón ce cuero que mantenían bien sujetos los estrechos pantalones enfundados en unas botas altas.

Fue tal el escrutinio que él mismo tuvo que mirar si había algo raro en él.

—Lamento no haberme adecentado para ti —le dijo, después de inspeccionar que no tuviera nada fuera de lugar.

Un mechón rebelde cayó sobre su frente, y Amelia cosió su mirada a la de su esposo, siendo muy consciente de que jamás la había mirado así.

Con curiosidad y… hambre.

Amelia tragó saliva y dio un paso atrás, hasta que la parte posterior de sus rodillas tocaron el sillón donde había permanecido sentada, disfrutando de su lectura.

—¿Qué estabas leyendo antes de mi interrupción?

Parpadeó un largo instante, y solo cuando comprendió lo que le estaba preguntando, abrió la boca para responder.

—Yo… —vaciló.

—Al parecer, te he dado un susto de muerte.

Se apresuró a negar con la cabeza.

—¿Perdón?

Amelia frunció ligeramente el ceño, aún estaba tan confusa que no sabía qué responder. Cuando él señaló el libro caído en el suelo con un movimiento de cabeza, más propio de un tabernero que de un conde, Amelia dibujó una “O” perfecta con los labios.

Se agachó con rapidez, cogió el libro y lo cerró con ambas manos. Para cuando se puso en pie, lo estaba apretando contra el pecho, a modo de escudo.

—Es solo un libro.

—Ya veo —de nuevo, esa sonrisa pícara que ella jamás había visto antes de ese día.

—¿Y de qué trata?

Amelia se sonrojó.

—Un… romance.

—Hmm —Jack sabía que cuanto menos dijera, mejor, pero sentía tanta curiosidad por esa dama y sus asuntos… —¿Me lo muestras?

Amelia no sabía si le sorprendía más que se interesara por su lectura, o le hablase de forma tan informal y con ese tono de voz tan ufano. Así que volvió a parpadear y luego tragó saliva. Y es que, a pesar de llevar años casados, su marido siempre la había tratado con formalidad, mostrando así su total indiferencia hacia ella.

¿Qué le sucedía ahora? Era él, eso era evidente, pero su comportamiento era del todo… habría dicho que inapropiado tratándose de un conde, pero se decidió por inusual.

Sí, su esposo se comportaba de forma inusual, pero como la seguía mirando, esperando una respuesta, se apresuró a responder.

—Oh, sí. —Le tendió el libro y cuando Jack fue a cogerlo, ambas manos se rozaron.

Amelia se estremeció. Apartó la mirada, sorprendida por el brinco de su corazón. ¿Había él propiciado ese contacto a propósito?

No, no era posible. Su marido tenía tan poco interés en ella, como ella en él.

Incomprensiblemente, se sonrojó y clavó la mirada en el suelo.  Es que había sentido algo

extraño, como si lo tocara por primera vez.

Tragó saliva cuando vio como sus bonitas manos, de dedos largos y elegantes acariciaban la tapa.

Parpadeó confusa.

¿Manos finas y elegantes? Frunció el ceño. No, aquellas no eran manos elegantes y finas, sin mácula. Más bien eran las manos de un hombre acostumbrado al trabajo duro del campo, y con sinceridad, podría decir que su marido no había trabajado duro en su vida.

Levantó la mirada para encontrar aquellos profundos ojos puestos en ella. Su esposo seguía acariciando el lomo del libro, pero sin prestarle la más mínima atención, pues toda estaba puesta en ella.

No pudo soportar el escrutinio y guardó silencio, aún consciente de su mirada sobre ella. Pero antes de voltear la cabeza y carraspear se había fijado bien en aquellas ásperas manos. Se dio cuenta de que tenía cicatrices en los nudillos y parecían antiguas. No era posible que en un mes se hubieran formado, ¿y bajo qué motivo? Tragó saliva contrariada. Quizás no las había visto antes.

Cuando alzó la mirada para observar su rostro, distinguió en su frente, entre los mechones del flequillo que caía y le llegaba a rozar la punta de la nariz, una fina cicatriz que también parecía antigua pero que nunca antes había visto.

Se le cortó la respiración. ¿Era posible que durante los últimos años hubiera prestado tan poca atención a su esposo?

Lo cierto es que sí. Era muy probable. Al fin y al cabo, le temía tanto que la mayoría de las veces no lo miraba directamente a la cara.

—Ja… Jane Eire. Charlotte Brönte. —Las palabras, dichas con asombro por ese hombre la sacaron de sus cavilaciones.

Alzó la vista y se topó con su mirada azul.

Expresaba sorpresa, como si entre las manos no estuviera sosteniendo un simple libro, sino una piedra lunar.

Amelia alzó una ceja, aún más extrañada que él.

—¿Cuál de las dos mujeres ha escrito esto?

Amelia lo miró como si acabase de ver un caballo de dos cabezas.

—¿Perdón? —Sin poder contenerse, ni pretenderlo, dejó escapar una carcajada que sonó como el cacareo de una gallina ahogada.

Ante ese sonido tan ridículamente encantador, los labios de Jack se curvaron hacia arriba. Sin saber por qué, le alegraba hacerla reír.

Por primera vez se había relajado en su presencia.

Era un buen comienzo.

—¿Acaso… he dicho algo malo? —preguntó, sin perder su sonrisa y con cierta suavidad para que ella no dejara de lado su buen humor.

Pero erró.

De nuevo, esa expresión de pánico en el rostro de la dama.

—¡No! —exclamó, asustada—. No, en absoluto. Me parece una broma muy aguda —dijo, al percatarse de que eso debía haber sido. Su esposo sabía sobradamente sobre literatura, aritmética y botánica. Pero seguía sin dar crédito a que hiciera cualquier tipo de broma con ella.

Jack ladeó la cabeza y achicó los ojos.

Esa mujer… había algo en ella que lo atraía como la miel a las abejas. No era una belleza exuberante ni llamativa como lo era Jewel, pero tenía algo tan especial, que lograba que se quedase embobado, mirándola, como si ella fuera un dibujo al carboncillo y al tocarla con el dedo se hiciese más y más bella.

Sin duda no era una gran habladora, o quizás su esposo la intimidara. Era perfectamente posible, pensó Jack. Como fuere, ella era callada, parecía tímida, pero algo le decía a Jack que no siempre se mostraría así. Había fuego en ella, y a través de aquellos ojos profundos que atravesaban el alma, podía verlo con claridad.

Sin lugar a dudas, ahora solo estaba siendo cauta.

Sus ojos azules mostraban una gran inteligencia y si miraba bien, también vería valentía.

La piel blanca como luz de luna, lucía sin ninguna imperfección. Las mejillas estaban sonrosadas y los labios eran gruesos y jugosos. Mmm… eso hizo que se relamiera los suyos por puro instinto. Curiosamente, el superior más grueso que el inferior, lo que le daba un aspecto encantador, sobre todo cuando sonreía. Los cabellos color de la noche, deberían ser todo un espectáculo, derramados sobre la almohada. ¿Tendría la fortuna de verlo? Se juró que sí. No era tan estúpido como para privarse de algo así. Puede que ella estuviera vetada para él, pues no pensaba aprovecharse de una mujer que pensaba que él era su marido, pero mirar… oh, mirar siempre estaba permitido, ¿no?

Se vio forzado a tragar saliva cuando un mechón rebelde que escapaba de su peinado, bien recogido en su nuca, se escapó de su encierro, acariciando la punta de su perfecta nariz. El fenómeno hizo que esa naricilla tan respingona se arrugara de vez en cuando, algo… realmente encantador.

—¿Jonathan?

La voz de su esposa lo sacó del trance.

Parpadeó, saboreando la forma en que ella tenía de hablar, esa voz suave y tan… dulce.

—Discúlpame, esposa. Yo, últimamente tengo tendencia a distraerme.

—No —lo interrumpió—, solo me preguntaba cuando llegaste. Te vi en el bosque y…

Jack supo el momento exacto en que se arrepintió de haber hablado de más. Puede que él se mostrara amigable, pero algo le decía que su hermano no habría actuado así con ella. Quizás ni siquiera le hubiera permitido dirigirse a su persona sin morderla.

Debía marcharse, quizás sonsacarle algo de información a Mary Cooper para que le diera algunas directrices para actuar correctamente con su esposa.

—Bien…

Le devolvió el libro.

A Jack le habría gustado decirle que le encantaría leerlo, pero con total seguridad, no lo haría.

—Si me disculpas.

—Por supuesto —dijo ella, algo dubitativa.

La vio apretar el ejemplar con fuerza contra su pecho y ahí se quedó, viendo como retrocedía un paso tras otro. Sin dejar de mirarla al principio, y es que no había sentido un embrujo tal desde… nunca.

—Adiós esposa. Me marcho. Ya nos veremos en la alcoba.

—¿Qué? —Sus palabras dejaron a Amelia absolutamente perpleja. De pronto, sus mejillas se pusieron más coloradas que una manzana y, como si estas fueran realmente el fruto prohibido, se llevó los dedos a ellas y se dio cuenta de que su piel ardía como las brasas.

—¿En la… alcoba? —le preguntó ella antes de morderse el labio inferior.

Con esa magnífica visión, Jack se dio la vuelta para salir del saloncito y dejar de nuevo a solas a su esposa. Pero algo sabía con certeza, no lo haría por mucho tiempo. Algo dentro de él lo impulsaba a buscar su compañía.

Salió y cerró la puerta tras de sí. Aunque no marchó veloz, sino que apoyó la espalda contra la hoja de madera.

¿Buscar su compañía? Menudo idiota estaba hecho. Lo mejor sería evitarla lo máximo posible. Era demasiado encantadora y eso podría echar al traste sus planes.

# CAPÍTULO 11

Jack salió del salón. Una vez echas las presentaciones con su esposa, se había quedado más que impresionado. Tan impresionado como cuando vio por la ventana del espléndido jardín trasero.

Su esposa debía tener unas manos que valían oro para tenerlo tan bien cuidado. Bueno… Obvio no era su esposa, aunque quizás no le supiera ningún sacrificio pasar por el altar con una criatura tan encantadora.

La había mirado con detenimiento y no había pasado por alto la mancha de tierra en la punta de sus zapatos y en la manga de aquel sencillo vestido azul. ¿Se encargaría ella de las rosas? Jack pensó que, si Amelia tenía tan buena mano con las flores, no podía ser más que una criatura de los bosques. Hermosa y etérea.

Siguió avanzando y mientras descendía la escalinata, su mirada se centró en el jardín. No apartó la mirada de las rosas. Había todo tipo de ellas, pero las rojas y amarillas eran las reinas indiscutibles del lugar. Algunas no habían florecido aún y formaban perfectos capullos, otras ya se habían abierto tanto que empezaban a desprenderse de sus pétalos. La brisa que los hacía volar hasta que llegaban al suelo de grava blanca, también impulsarían su dulce aroma.

Vaya, quien iba a decir que era un romántico.

Después de un suspiro, bajó la gran escalinata en silencio, pero observando todo cuanto había a su alrededor. Realmente intentaba no parecer un bobo sorprendido.

—Vaya, vaya…

Los ojos le brillaban de puro deseo al ver todas las riquezas que ostentaba ese lugar tan lúgubre: Candelabros de oro y plata, relojes, sillas tapizadas de terciopelo, cortinas cosidas con hilos de oro… Estaba mirando el cuadro de un hombre terriblemente feo y siniestro, cuando sin

querer, se topó con algo… ¡Cielos! ¡Una armadura! Relucía tanto que parecía de plata. Se llevó el pulgar a la boca y lo lamió para después posarlo sobre la superficie y abrillantarla un poco. Si lo fuera, podría tener su propio establo de caballos con eso. Tuvo que hacer malabarismos para que esa cosa no cayese al suelo e hiciera un estruendo que lo delatara.

Después de resoplar, dio un par de pasos hacia atrás.

—Wow… —exclamó, al ver la espada de la armadura, era francamente impresionante y su empuñadura lucía un enorme rubí—. Pronto serás mío, grandullón.

Lo golpeó con el dedo índice y sonrió como un niño ante sus regalos de Navidad.

Siguió caminando con las manos en los bolsillos y silbando, mientras pensaba que, en cuanto acabase aquella farsa, iba llevarse un buen botón. Por las molestias.

El corredor era oscuro, las paredes estaban cubiertas con gruesos y polvorientos tapices y las ventanas con enormes y espesas cortinas echadas. Separó una y un chorro de luz entró violentamente, inundándolo todo. Las fue abriendo todas, una a una, a medida que iba avanzando, dejando que la luz lo persiguiese, que siguiese sus pasos.

Con la claridad a su paso, llegó a un gran salón, que también estaba totalmente a oscuras. Iba a pasar de largo cuando justo en el centro vio un piano de cola. Su corazón empezó a latir entusiasmado, pero se contuvo. No era el momento, ni el lugar.

Tenía que ver si Artax estaba bien, después podría seguir explorando antes de la cena y descansar un poco de tanto trajín.

Volvió sobre sus pasos hacia la entrada principal, para salir justo por donde había entrado. Fue en ese instante que se dio cuenta de que no estaba solo.

Un gruñido se escapó de su garganta.

En dos filas, flanqueando la gran entrada, varios sirvientes mantenían la mirada clavada en el suelo. Jack hizo auténticos esfuerzos para no estallar en carcajadas. Aquello no sólo le parecía extraño, en su opinión, era del todo ridículo.

¿Esos hombres no tenían nada mejor que hacer que esperar a que él llegara, plantados como pinos y en silencio? Con lo grande que era esa casa, de seguro que tendrían tareas más

importantes, como sacar los tapices a que les diera el sol, o encaramarse a una escalera gigante para limpiar uno a uno los cristales de tan descomunales lámparas.

Sólo el mayordomo se atrevió a hablarle, después de colocarse ante él.

—Bienvenido a Waterford Hall, milord.

Jack alzó el mentón, fingiendo ser un perfecto caballero, al tiempo que se preguntaba si ese hombre se habría comido el palo de una escoba para desayunar.

Como el señor Wilson no dejaba de mirarle, y no hacía ademán de apartarse, Jack frunció ligeramente el ceño y se preguntó qué demonios querría.

—He ordenado que le preparen su alcoba, milord. ¿Quiere darse un baño antes de la cena?

¿Qué si quería darse un baño?

—Acaso, ¿huelo tan mal?

No debió haber dicho eso, pues observó con desconcierto que el rostro del mayordomo se ponía rojo de vergüenza.

—No, milord. Jamás quise insinuar…

Jack alzó una mano, altivo y el pobre hombre calló.

Vaya, sí que su hermano tenía intimidado al personal. Ninguno de los hombres y mujeres a su espalda osaron levantar la mirada.

—Disculpe, señor, pero estoy ansioso por ver a mi caballo —se apresuró a decir Jack—. Es un tanto difícil.

—Por supuesto, milord… ¿y el baño?

—Puede que la semana que viene.

Ante el espanto de ese pobre hombre, a quien el mismísimo conde había llamado “señor”, Jack empezó a desplazarse hacia la salida.

Una sonrisa malévola se dibujó en su rostro. Era gitano y tenía por costumbre adecentarse en el río cada anochecer, sobre todo cuando hacía buen tiempo. Y últimamente, lo hacía. El pobre hombre debió haber pensado que su señor se había vuelto loco. Y en verdad… no le

faltaba razón.

Se desplazó entre las dos columnas de servidumbre y al mirar al suelo, se dio cuenta de que había dejado la alfombra llena de barro.

Hizo una mueca.

—Señor criado —dijo, con toda la ceremonia que fue capaz de interpretar—, lamento el estropicio.

No hubo terminado la frase cuando el señor Wilson ya estaba frente a él.

—No se preocupe, milord.

—Quizás puedan tener unas zapatillas preparadas para cuando vuelva.

—¿Zapatillas, milord? —preguntó, totalmente desconcertado.

—Para no ensuciar la moqueta.

Hubo una risa incontrolada desde algún lado de las filas, pero Jack no se lo tomó a mal, sí se animó a averiguar quien se había reído.

Por fortuna, Mary Cooper, la ama de llaves, apareció como por arte de magia, para salvar la situación e impedir que el señor Wilson sufriera un infarto.

—Milord… —Jack se dio la vuelta y la miró, arqueando la ceja izquierda, la de la cicatriz.

—¿Desea algo, señora?

Mary Cooper carraspeó y Jack supo que no tendría que haberla llamado “señora”.

—En esta casa nos ocupamos de que todo quede perfectamente limpio. No hay necesidad de descalzarse.

—Oh —Jack se miró los pies—. De acuerdo, entonces. Aunque iré a los establos.

Aun así, la mirada de Mary Cooper le dejó claro que no iba a dar su brazo a torcer en eso. Iba a tener que comportarse como un caballero.

Mary reprimió un fuerte resoplido al verlo salir. Aunque fuera un impostor, Jack Doran era ahora lord Waterford.

Los criados rompieron filas cuando se hubo marchado y el humor del mayordomo y el

ama de llaves se fue agriando por momentos.

***

Una vez que se hubo asegurado de que su caballo estaba bien, su mente voló a la última presentación importante a la que debía asistir.

Su madre.

Pero no estaba muy preparado para ese mal trago.

¿Qué pensar de ella? ¿Era cierto que toda madre tiene instinto maternal? No, eso lo sabía muy bien Jack. Había conocido en tabernas a pilluelos abandonados por sus madres como si solo fueran un estorbo, totalmente prescindibles. ¿Le habría pasado eso a él? Por supuesto. Bien que habían prescindido de su participación en la vida que le hubiera tocado llevar.

Pero qué más daba, se dijo aún con un nudo en el corazón. Había tenido una buena vida, el destino había sido sabio y le había dado la mejor de las madres, su abuela.

Para tranquilidad de su mayordomo había aceptado finalmente un baño. Había visto divertido el trajín de los baldes de agua, arriba y debajo de la alcoba. Alguien le había prometido que se instalarían de inmediato tuberías para subir el agua caliente y que el baño se modernizaría como el de Londres.

¿Tuberías subiendo agua caliente? Casi se echa a reír en la cara del pobre hombre, pero Mary Cooper debía sentirse orgullosa, había aguantado sin burlarse de Wilson, aunque ganas no le faltaron.

Mientras los criados desfilaban, se había dedicado a toquetear todas sus pertenencias, y evaluar que podía vender con rapidez y que no.

Después bañarse, había tenido que echar de su alcoba al ayuda de cámara que intentó vestirlo.

¡Habrase vito! Nadie iba a vestirlo como a un niño de pecho.

Aseado y con un atuendo perfectamente formal, finalmente, Jack Doran bajó al comedor.

Tener el estómago vacío le quitaba el buen humor, pero no era nada que no se solucionase con una buena cena y si esta era tan copiosa como riquezas y oro había en aquella ostentosa casa, se daba por satisfecho.

Mientras bajaba por una interminable escalera, lo hacía con las manos en los bolsillos. Cuadros de personas con expresión antipática y lúgubre le hicieron poner mala cara. Bajó los últimos escalones de dos en dos, pero no calculó que la alfombra roja que los cubría lo haría resbalar y casi cae sobre sus posaderas si no llega a ser porque fue rápido en agarrarse a la baranda de mármol de carrara.

—Joder —se quejó, chasqueando la lengua.

Después de suspirar ruidosamente y echarse el pelo hacia atrás con ambas manos, se topó con el rictus no menos severo y siniestro que los de los cuadros. Pero no se trataba de un antepasado, sino del mayordomo, que seguía sin digerir el palo de la escoba que se había comido por la mañana. Por amor de Dios, ¿ese hombre jamás se relajaba?

—¿Qué?, ¿nunca me habían escuchado quejarme?

—Milord.

Carraspeó, antes de ponerse serio y decir, con voz petulante:

—Cambien esta… —señaló de malos modos el suelo con la palma de la mano abierta—, esta alfombra. Es cuestión de tiempo que alguien acabe desnucándose.

Dicho esto, caminó hacia el comedor, ante la espantada mirada del señor Wilson, que al parecer se tomaba las cosas muy a pecho.

Iba a entrar en el salón, cuando un lacayo se apresuró a abrirle la puerta. Pero no lo dejó pasar, sino que entró antes para posicionarse enseguida junto al mostrador, donde estaba expuesta la cena, o al menos las soperas y palanganas de plata repletas de comida.

Si no fuera por el dinero que iba a obtener, ese circo se le estaría haciendo muy pesado.

Carraspeó y se quedó perplejo al ver que todos estaban sentados a la mesa, con todos,

quería decir las dos mujeres de su vida. Por supuesto, su esposa, y su… madre.

La condesa viuda ocupaba el lado derecho de la cabecera. Su esposa, lady Waterford a su izquierda.

Menuda estampa más lúgubre y solitaria.

—¿Y los niños? —preguntó, retrasando el momento de saludar a su madre.

—Los niños, no comen con nosotros… jamás —le dijo directamente su madre que lo miró con fijeza y cierto reproche.

Se guardó un suspiro.

Esas habían sido las primeras palabras que le dedicara su madre.

—¿Los niños no comen con nosotros? —torció el gesto—. Eso debería cambiar.

—¿Por qué cambiar algo que funciona? —le preguntó.

—Porque quizás no funciona para todos, madre.

Esa última palabra se le clavó en el corazón a la condesa viuda, como un cuchillo.

Amelia desplazaba su mirada de uno a otro, sin saber muy bien qué decir o hacer. Normalmente en la mesa no se hablaba, a excepción de si había algo digno de mención en el sermón del párroco, o había pasado algo grave a los jornaleros. Pero desde luego no se hablaba de los niños.

Jack caminó hacia su esposa, e iba a sentarse a su vera cuando la mirada de la condesa viuda le advirtió de que ese no era su lugar. Sutilmente, siguió la dirección que apuntaban sus ojos, que era la cabecera de la mesa, y hacia allí se dirigió.

Cuando fue a apartar la silla, otro lacayo con una librea más limpia que las sábanas de su abuela después de darles un baño de sol en el río, le apartó la silla, impidiendo que la tocase, como si esta fuese a quemarle la mano.

Jack se sentó y se convenció de que, si quería que todo eso saliera bien, tendría que tomar clases con el espantapájaros.

Cuando vio todos los cubiertos que había sobre la mesa, sonrió con cara de circunstancias. *¡Madre Santísima!*

—¿Todo esto tengo que llevarme a la boca?

Acto seguido, se escuchó la risa de Anita y su mirada se dirigió hacia la pequeña. Apenas asomaba la cabeza por la puerta del comedor, y su abuela la fulminó con la mirada al verla.

—Anita, no deberías estar aquí. Ya habéis cenado.

—Pero seguro que no les importaría repetir el postre —dijo Jack, quien le guiñó un ojo y la niña volvió a reír— ¿Dónde está tu hermano?

—¡Aquí! —exclamó Jon, asomándose, también.

—Sentaos a la mesa —ordenó Jack ante el desconcierto de las dos damas.

—Pero… —la condesa viuda no se atrevió a decir nada más mientras los niños tomaban posiciones en la mesa y sonreían tanto a su madre, como a Jack.

Jack miró a la niña, con la misma cara que había puesto la abuela, pero ambos sabían que estaba bromeando. Entonces, Anita volvió a reír.

—¡Anita, no se ríe en la mesa! —advirtió su abuela.

A Amelia no le pasó desapercibido el mal humor de su suegra y lo extraño que actuaba Jonathan. No cabía en sí de asombro.

Miró de reojo a su esposo y cuando posó su mirada en ella, escalofríos la recorrieron de arriba abajo sin control. Se vio forzada a carraspear y beber agua para bajar el calor.

Era inaudito, como si alguien hubiese absorbido el carácter de su esposo para meter en el interior de su cuerpo a otra persona. Pero no podía relajarse. No, no iba a confiarse. Jonathan era… imprevisible. ¿Y si estaba intentando ganarse su confianza y la de los niños, para después…?

—Bueno, ¿y qué hay para cenar? —oyó que preguntaba, y todas las cabezas de la mesa se dirigieron a él.

Con tantos cubiertos rodeando los platos, seguramente sería un festín.

—Lo que más te agrada, hijo —dijo su madre.

*¿Y eso es?* Le preguntó con la mirada.

—Sopa de cebolla, higadillos de segundo plato y de postre, manzanas.

—¿Pastel de manzana? —preguntó Jack, con esperanza.

—Solo manzana. Como a ti te gusta, hijo.

Menuda porquería comían los ricos, ¿higadillo?

Se tragó un improperio y forzó una sonrisa mirando a los niños.

—Bien.

Pero no, de bien nada. Odiaba las manzanas.

Los tres lacayos sirvieron a la vez los platos a los adultos y los niños se quedaron mirando, porque ya habían cenado. Lamentaba haberles hecho quedar para comer postre, cuando este era una mísera manzana, pero ninguno de los dos se quejó. Parecían fascinados por el mero hecho de estar ahí.

Cuando depositaron la sopa de cebolla sobre el inmaculado mantel blanco, apenas tardó un suspiro en acabar con ella. Le supo a poco. Con los higadillos quedó espantado. Jamás había comido algo tan… poco sabroso y con esa textura tan desagradable. Y el hecho de que le trajeran las manzanas crudas, pero además peladas y cortadas en trocitos, le pareció un agravio en toda regla. No obstante, no dijo nada y comió en silencio, prometiéndose a sí mismo que antes de irse a dormir, haría una buena visita nocturna a la despensa.

Amelia no perdía detalle de su marido, y de vez en cuando se fijó en como su hija lo observaba, con una sonrisa en los labios y como si estuviera encantada con su presencia. ¿Qué demonios estaba pasando?

Sobra decir que no sería ella quien lo preguntara, pero también notó como su suegra no podía apartar la mirada de su hijo. Lo observaba con detenimiento, como si fuera un ave rara. Y sin duda era así. Jamás lo había visto con un carácter tan alegre, pero a veces sucedía que la alegría se tornaba en rabia cuando se le contrariaba. Tragó saliva y se centró en la manzana a medio comer.

Jack observó a su esposa, con la misma atención que ella le procuraba a él. De nuevo, la cercanía de la noche le hizo pensar en Amelia.

Solo imaginarse a ese ángel con los cabellos sueltos y únicamente cubierta por un blanco

camisón… ¿Cómo sería dormir en el mismo lecho? ¿Tendría relaciones asiduamente con su esposo? ¿Cómo se supone que tenía que actuar?

Se sentía un miserable con solo pensar en acostarse con ella, cuando ella creía que era su esposo, pero… no iba a dejar insatisfecha a una mujer tan hermosa, si ella lo buscaba, ¿no?

*Lo harás*. Se sintió frustrado. No eres un miserable que se acuesta con mujeres engañándolas. Engatusándolas, sí, pero jamás había mentido de aquella manera a una mujer para meterla en su cama.

Por la forma en que lo miraba, o más bien le temía, algo le decía que nada de eso sucedería. Ella no iba a meterse en su cama, ni le exigiría nada. *Mejor así*, pensó.

—¿La cena ha sido de tu agrado, hijo? —la voz de su madre lo sacó de sus pensamientos.

—Sí, todo ha estado exquisito, que alguien le envíe las felicitaciones al cocinero. —Mintió tan bien y sonriendo de tal forma, que ni el mejor timador vendiendo un milagroso brebaje que prometía crecer el pelo a un calvo lo habría hecho mejor. No obstante, su carácter burlón no le permitió acabar sin una última chanza—. El cocinero debe ser extraordinario, ha cocinado esta manzana de forma tan exquisita.

Anita se llevó la mano a la boca, pero John no tuvo tiempo y empezó a carcajearse.

—Solo la ha pelado.

Jack le guiñó un ojo a Jon mientras le devolvía la sonrisa. Hasta Amelia sonrió, aunque se guardó bien de hacerlo detrás de la servilleta con la que fingía limpiarse los labios. A la condesa viuda no le hizo ninguna gracia.

—Pelar una manzana puede ser todo un arte. Hay que felicitar al chef —le guiñó un ojo a Anita, quien soltó otra risita. Por su parte, Jack la miró con una expresión extraña— ¿He dicho algo indebido?

Amelia se tensó como una vara, reprendió a los niños con los ojos y todos en la mesa lo miraron.

La condesa viuda, con reproche, Anita seguía risueña, pero ocultaba su expresión con la mano derecha. El pequeño Jon tenía los ojos muy abiertos y Amelia… Amelia parecía

aterrorizada pensando que quizás había llegado el momento en que su esposo estallaría.

No fue así.

—¿Qué diablos sucede? —preguntó, más serio.

Amelia lo sacó de dudas.

—No tenemos cocinero —se atrevió a decir.

—A menos que la señora Ford haya abandonado Waterford Hall sin previo aviso, me temo que en nuestros fogones jamás ha entrado un cocinero —le dijo su madre, con tono de reproche, mientas él se encogía de hombros. Era evidente que estaba pensando que él jamás podría hacerse pasar por su hermano.

Y quizás tuviera razón.

La miró sin perder el buen humor, y tal vez lo hizo por el placer de molestarla.

—Bueno, pues felicidades a la señora Ford, pero… yo estoy cansado y es hora de irse a dormir.

Soltó la servilleta sobre la mesa, como si acabase de tirarle un guante a un contrincante en duelo, y se puso en pie de forma abrupta.

No pasó por alto que, una vez más, Amelia se había tensado y en sus ojos se podía ver un deje de pánico.

—Pero antes, deseo hablar contigo, mamá—. La manera tan informal con que habló y el tono con el que lo dijo, provocó que la condesa viuda le dedicase una mirada que distaba mucho de ser amable.

Amelia se puso en pie y sin mirarlo, se dirigió a sus hijos.

—Niños, haced lo que vuestro padre ha ordenado y marchad a vuestras habitaciones.

—Pero mamá, ¿podemos antes revisar los dormitorios? Necesito encontrar a Pity. —Se quejó Anita, en tono lastimoso. Pero su madre no cedió.

—No, mañana seguirás buscando a Pity, ahora hay que obedecer a vuestro padre. —Le echó una mirada nerviosa a Jack, y después, junto con los niños, salieron del salón comedor.

# CAPÍTULO 12

La condesa viuda y Jack quedaron a solas. Si se podía decir así ya que, a parte de ellos, había cuatro lacayos y el señor Wilson.

Se miraron a los ojos unos segundos.

Jack se preguntaba cómo una madre podía abandonar un hijo. ¿Qué criterios habría tenido para escoger a uno u otro? Pero eso no era lo que él necesitaba saber en ese momento, de hecho, no había otra cosa más que curiosidad en ello, ni le importaba realmente, ni sentía el más mínimo afecto por aquella mujer que más que mirarlo con curiosidad, lo hacía con cierto recelo.

No, tampoco sentía afecto hacia él, eso era lo único que tenían en común.

Era una dama elegante y en su juventud tendría que haber sido bellísima. Aún seguía siéndolo. Los cabellos rubios disimulaban a la perfección las canas, su rostro era anguloso, pero a causa de la edad y la delgadez. La nariz perfecta, labios ligeramente gruesos y ojos azules como el mar en verano. Sí, era hermosa y elegante, pero había algo… Algo oscuro.

—¿Y bien? —preguntó, mirándolo fijamente— ¿Qué es eso tan importante de lo que querías hablar, hijo?

Jack miró a los lacayos.

—Marchaos —ordenó.

No hizo falta decirlo otra vez, el que su hermano atemorizara a todo el mundo era una ventaja. Los cuatro sirvientes se marcharon, seguidos por el mayordomo.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó la condesa.

—Quiero que me expliques un par de cosas sobre Jonathan.

—Lord Waterford —corrigió su madre—. Empieza a hablar con propiedad o…

—¿O se descubrirán tus mentiras?

—Hijo…

La mirada que le echó la hizo callar de golpe.

—No me llames hijo. No soy tu hijo.

El mentón de la condesa viuda se elevó con altivez.

—Lo eres, mal que te pese.

—No, no lo soy desde el momento en que me abandonaste.

—Yo no te abandoné. Lord Waterford ordenó tu muerte y…

—Mary Cooper me entregó a los gitanos —sentenció, mientras sonreía sin humor—, porque al menos había alguien compasivo en esta casa.

Pasaron un largo minuto en silencio, evaluándose y ambos decidieron que no tenían por qué mentir, ni fingir el afecto que no se tenían delante de nadie. Puede que su madre amara a Jonathan, pero Jack dudaba de que su hermano fuera capaz de amar a nadie.

—No me interesan tus justificaciones. —Jack se reclinó en la silla, aparentemente relajado y haciendo ver que no le afectaba que su madre se hubiera desecho de él—. Lo que quiero saber es, qué tan loco está Jonathan, como para que su esposa esté aterrorizada. Ciertamente, no tengo claro si sabré fingir ser un monstruo.

La espalda de la condesa viuda no pudo permanecer más recta.

Jack era un hombre amable y jovial, pero en esos momentos sus ojos refulgían como dos brasas candentes. Estaba enfadado, más bien furioso. Había aceptado participar en esa pantomima porque su abuela estaba enferma y era la única manera que tenía de que la viera un médico. Le habían dicho que su hermano estaba mal de la cabeza, pero una cosa era ser un loco y otra bien distinta provocar semejante miedo en quienes convivían con él.

—Mi hijo no está enfermo —explicó, en tono lastimero, pero cuando dijo la siguiente frase, su rictus se tornó severo—. Amelia jamás ha tenido queja de lord Waterford.

Jack alzó una ceja, incrédulo ante aquellas palabras.

—¿Se aman?

—¿Disculpa? —preguntó, escandalizada.

—Quiero saber si Jonathan y Amelia están enamorados. —Era una pregunta de la cual ya sabía la respuesta.

Amelia no sentía ningún afecto por el conde, más bien sentía rechazo. Pero quería sacarle los colores a esa mujer, quería fastidiarla, ponerla entre la espada y la pared.

—Los condes de Waterford —lo corrigió de nuevo, nerviosa—. Y no soy yo quien debe responder a esa pregunta. Aunque los aristócratas no nos casamos por amor, eso deberías saberlo. Aunque…

—¿Aunque me haya criado con gitanos? —se burló—. Lo suponía.

—¿Qué es lo que pretendes, hijo?

—No me voy a quedar aquí por siempre.

—¿Cómo? —Eso sí que pareció afectarla—. Pero…

—Tienes dos meses para sacar a tu hijo del manicomio y enviarlo lejos y luego convertir legamente en viuda a Amelia. Después, me pagarás diez mil libras y adiós muy buenas.

—¿Qué estás diciendo? —inquirió, pálida.

—Exactamente lo que has escuchado. Sé a cuánto asciende vuestro patrimonio, aunque creas que es poco para que lo hubieran compartido dos hermanos.

—Ya te he dicho…

Jack alzó una mano, no estaba de humor para escuchar mentiras.

—Si no aceptas mis condiciones, ahora mismo saldré por esa puerta y no volverás a verme. Eso sí, pronto tendrás noticias mías, porque haré saber al mundo entero que ese cabrón está como una cabra.

—¡Cielos! ¡Ese lenguaje! —exclamó, al borde del desmayo.

—Te aseguro que mi lenguaje es lo que menos te va a escandalizar, madre —la última palabra fue acompañada de un escupitajo.

—Dios bendito… —Se llevó una mano al corazón por la repulsión que sintió ante ese hombre sentado frente a ella.

Sin duda se había criado entre salvajes. Y pensar que era carne de su carne. No pudo

evitar pensar en como habría sido ese hijo que le era totalmente desconocido de no haber sido criado entre gitanos.

—Rece, señora, porque va a necesitar a ese buen dios que tanto gusta nombrar pero que no sigue ni ha seguido jamás su ejemplo.

—¡Esto ya es el colmo! —la condesa, con renovadas fuerzas, se puso en pie.

Jack hizo lo mismo. Puso ambas manos en la mesa y se levantó, esperando lo que esa mujer tenía que decirle.

—Lo único que te pido es que cumplas bien con tu papel. Debes hacer creer a Amelia y a los niños que esposo y padre está aquí y no encerrado en un sanatorio mental.

—Arréglalo, señora, encierra a ese hombre de por vida y yo fingiré morir en un accidente. Luego organiza un buen entierro y págame religiosamente. Recuerda, esas son mis condiciones.

Su madre negó con la cabeza, pero no osó detenerlo cuando salió del comedor.

Una vez a solas, se dejó caer en la silla y sus ojos le escocieron por las lágrimas que estaba a punto de derramar, aunque no sabía muy bien por qué.

***

No se dio cuenta de lo tarde que era hasta que al bajar a las cocinas pudo comprobar que ya no quedaba nadie allí. Pero no iba a irse a la cama sin cenar, porque aquello que se había llevado a la boca en el comedor no era ni de lejos una cena.

—¿Manzanas? —casi escupe la palabra.

De pie en la inmensidad de aquella cocina, pudo ver las dos grandes mesas, los cazos y cazuelas colgadas de los ganchos, el gran horno sin encender, y la enorme chimenea que con el fuego que ardía en su interior iluminaba toda la estancia. Al fondo, más muebles cuyas

encimeras estaban llenas de especias, más cacerolas y más cuencos. Era sin duda una gran casa, con muchas bocas que alimentar. No había contado el número de criados, doncellas, mozos de cuadras… no podían ser menos de cincuenta, eso seguro.

Suspiró y se puso a mirar a uno y otro lado.

—Si yo fuera un rico aperitivo, ¿dónde me escondería?

Una risa juvenil lo hizo parpadear.

Se acercó a la despensa, una puerta de madera encerada, con un gran orificio para dejar pasar el aire.

Cuando abrió el armario de la despensa, se encontró con un pequeño duende de rubios tirabuzones y ojos de cielo.

—¿Anita?

—¡Sssh! —chistó, poniendo el dedo índice sobre los labios.

—¿Qué haces aquí?

La niña se encogió de hombros.

—Estoy esperando a Pity. En la despensa hay muchos ratones. Sé que, si está viva, tarde o temprano aparecerá por aquí.

Jack le sonrió con ternura, y antes de pensar en lo que estaba haciendo, se acuclilló junto a ella.

—Anita, ¿qué te hace pensar que Pity…?

La niña ya sabía qué le iba a preguntar, por eso respondió antes de que terminara la frase.

—Mi padre —lo interrumpió.

Jack asintió, sin saber qué más decir.

Si realmente Jonathan era un monstruo, no era de extrañar que le gustara hacer daño a criaturas indefensas, fueran gato o niños.

Apretó los dientes al pensar que Anita o Jon hubieran podido sufrir en sus manos.

—Es malo —Los ojos de Anita se volvieron vidriosos al intentar explicar lo que pensaba —. A veces, cuando algo no le gusta, desaparece.

—¿Sí? —Jack se sentó a su lado y la escuchó hablar. Sin duda aquella criatura lo necesitaba.

Dudaba de que algún adulto escuchara a una niña como ella. Era demasiado lista y a muchas personas no les gusta que una niña tenga más razón que ellos.

—Tuve un canario una vez, y… apareció con el cuello roto en su jaula.

—Oh, Anita. —Le puso una mano sobre el hombro y la niña se recostó contra él.

—Tú no harías desaparecer a mi gata, ¿verdad?

—No. —La miró a los ojos para que lo creyera—. Yo no he hecho desaparecer a nadie. Además, los gatos van y vienen, les gusta irse de excursión. Puede que Pity esté dando un paseo, o buscando un novio.

—¡Puaj! —dijo la niña y haciendo reír a Jack—. Pity es demasiado lista, no se dejaría embaucar por un gato callejero.

—¿Tú crees?

—Sí —dijo con pena—. Papá la hizo desaparecer.

—Anita, te prometo que la buscaremos.

—¿Sí? ¿Me ayudarás a encontrarla? —Había esperanza en la voz de Anita.

—Sí, y la encontraremos.

—¿De verdad lo crees?

—Lo creo.

Se quedaron unos largos minutos en silencio, hasta que fue evidente que la cabeza de Anita ya no podía aguantar su propio peso. Cuando vio que sus ojitos se cerraban, Jack sonrió con dulzura.

—Es hora de ir a dormir —le susurró.

Anita lo miró con ojos somnolientos.

—Sí.

—Yo buscaré a Pity, tú ve a dormir antes de que Morfeo te encuentre en la cocina.

Anita sonrió.

—¿También te gustan los dioses griegos?

—Me gustan todos los dioses con poder. Pero Zeus es mi favorito. Los rayos me encantan.

—A mí también.

Jack asintió y la ayudó a ponerse en pie. La vio caminar con pasitos cortos hasta desaparecer por el fondo de la cocina, rumbo a los dormitorios.

—Anita —la llamó en el último momento.

—¿Sí?

—¿A mamá le gusta el pastel de chocolate?

# CAPÍTULO 13

Se había hecho tarde.

Amelia estaba en su alcoba, sentada frente al tocador.

Quizás no tenía nada que temer. Era incluso probable que su marido volviera a olvidarse de su existencia. Sí, había vuelto ciertamente extraño. La miraba con una intensidad que jamás había notado, sus ojos eran más directos. La veían.

Tragó saliva, insegura, al mirar su propio reflejo.

—No, te equivocas —se dijo—. Ya verás como se olvida de ti. Solo te ha hecho caso porque hacía casi dos meses que no te veía.

Asintió para infundirse valor.

Se cerró la bata azul turquesa que cubría un camisón de seda, blanco, impoluto.

El otoño se marchaba, aunque había sido húmedo, no fue demasiado frío. Se llevó una mano al largo cuello y se rozó las clavículas con las yemas de los dedos.

Se preguntó si era hermosa.

Sí, después de dar a luz a dos hijos, y a pesar del tiempo transcurrido, podía considerarse así.

De muy joven, en su debut, fue considerada una rosa inglesa. Ella no se veía nada especial. Buscó sus ojos en el espejo y miró su tez, aún sin marcadas arrugas. Su cuello seguía firme y sonrió, aunque esa sonrisa no llegó a sus ojos, que seguían mirándola con cierto desconcierto.

Suspiró.

Nada a destacar. Aunque sonrió al recordar como las demás debutantes la observaron con cierta envidia. Su rostro tenía la mandíbula demasiado angulosa para ser una dama, los labios, así

mismo, extrañamente armónicos, el superior ligeramente más grueso que el inferior y unos ojos grandes y almendrados. Diría que su única cualidad residía en el color de los iris, azules como el verano y que destacaban aún más gracias a las espesas y negras pestañas que los enmarcaban. Pero… ¿hermosa? Tal vez una belleza sencilla y clásica, con poco o nada a destacar.

Siguió mirándose.

Aún llevaba el cabello recogido en dos trenzas que le rodeaban la cabeza y se acababan uniendo en un rodete, entre la nuca y la coronilla.

Suspiró, y se fue quitando las horquillas, una a una. Esa era tarea de su doncella, pero aquella noche estaba demasiado nerviosa y necesitaba unos momentos de soledad.

La tarea la relajó, era algo mecánico y cotidiano. Algo que podía controlar y cuyo desenlace ya sabía. Se trenzaría el cabello para que no se enredara y luego se iría a la cama.

La rutina la ayudaba a calmar sus nervios, siempre había sido así. Pero había noches, noches como aquella, que no estaba tan segura del desenlace.

¿Vendría su marido a visitarla?

No tenía por qué. Hacía meses de su última visita, y ella lo prefería así.

Alejado.

Había hecho dormir a Lupo fuera de la alcoba. Quizás estuviera durmiendo junto a la lumbre de las cocinas, siempre encendidas, o en algún rincón cálido de la casa. Temía por él cuando Jonathan estaba cerca.

Solía tolerar a los animales si estos no le molestaban, de ser el caso, no les prestaba la más mínima atención. Lupo podría haber dormido con ella, como había hecho en tantas ocasiones, pero era mejor no tentar a la suerte, y no tenerlo en la alcoba cuando su esposo estaba cerca. Especialmente si iba a visitarla por la noche, se lo habría tomado como una provocación.

Eran un matrimonio aristócrata aparentemente bien avenido.

Una vez superada la etapa romántica de su adolescencia, Amelia había entendido que el amor solo sucedía en las novelas, que la vida real era más dura y cruel, y que había muy pocas alegrías entre los esposos.

Alguna vez había conocido a una pareja que parecía disfrutar de la compañía mutua, pero Amelia no fue tan ingenua como para creer que se trataba de amor, quizás solo era una tímida amistad o un fingimiento magistral por parte de los cónyuges.

Desde luego, ella no podría fingir así.

No odiaba a Jonathan, pero eso no significaba que disfrutara de su presencia. Aunque… hoy parecía haber sido distinto.

Parpadeó confusa.

¿Qué le habría pasado en Londres? Su suegra le anunció que quizás notara algunos cambios. ¿Era posible que en la urbe hubiera visitado a algún doctor para equilibrar sus humores?

De todas formas, mejor no verle… mejor no tentar a la suerte.

Dormían en habitaciones separadas. Ni siquiera estas se comunicaban por una puerta contigua. Aunque su alcoba estaba al otro extremo del corredor, siempre quiso estar alejado de la de los niños, pues sus llantos lo molestaban y Amelia no quería alejarse de ellos, aunque según su posición no debería ocuparse de sus vástagos. Una condesa, como tantas veces le había recordado su suegra, tenía doncellas e institutrices a su cargo para que se ocuparan de ellos.

Fue por lo único que Amelia había luchado, por permanecer cerca de sus hijos.

Jonathan parecía ser totalmente indiferente a esos asuntos. Si su esposa quería quedarse en una habitación junto a críos llorones, él no tenía por qué hacerlo. Por fortuna la casa era enorme y sus dormitorios rivalizaban en tamaño y comodidades. No tardó en instalarse en uno que adecuó a sus gustos y convertirlo en el dormitorio principal del conde.

Amelia no puso objeción alguna, al contrario, era mucho más cómodo para ella y después de conocer su auténtico carácter, le resultó todo un alivio.

Seguía con la mirada perdida en el espejo, a pesar de que su mente estaba muy lejos de allí.

Podía verse una ligera línea de preocupación dividiendo su entrecejo.

Ya se había destrenzado el pelo y las suaves ondas caían por sus hombros y espalda.

Tenía tan larga la melena que bajo la lisa cascada oscura se formaban caracoles en el suelo.

Tragó saliva, sintiendo que su cuerpo, su rostro y toda ella, carecían totalmente de utilidad.

Su esposo jamás había sentido el más mínimo deseo y sólo podía deberse a que ella le causaba… No diría repulsión, pero sí indiferencia.

No, no era bella.

No tenía nada especial.

Aunque aquel día… podría haber jurado que en la mirada de su esposo había algo de… ¿interés? ¿atracción?

Carraspeó y agachó la cabeza para no ver encenderse sus mejillas.

En un alarde de valor, volvió a mirar hacia su reflejo. Suspiró, decidida a acostarse y dejar de pensar en si él se presentaría de improviso. Se cepilló la larga melena, mechón a mechón para desenredar y dar lustre.

Fue cuando casi había terminado el trabajo que, de súbito, algo hizo que su corazón empezase a bombear más y más rápido.

Un reflejo, oscuro y peligroso apareció en el espejo.

Jack tardó unos instantes en delatar su presencia en la alcoba de su esposa.

La hermosa lady Waterford cepillaba sus cabellos con brío y él entendió que estaba a punto de acostarse.

No era tan tarde. Desde luego él jamás se había ido a la cama a una hora tan temprana, pero supuso que en aquella casa las cosas eran diferentes. Él solía contemplar las estrellas fuera de su carromato hasta bien entrada la noche, y en verano se quedaba durmiendo bajo las estrellas.

Sonrió. Dudaba que esa beldad hubiera dormido al raso en su vida.

La miró sin apenas respirar. Parecía tan pequeña en aquel enorme dormitorio.

La alcoba era un lugar que evocaba elegancia, y majestuosidad. No había sencillez en

ninguno de sus rincones. Los marcos del techo de escayola, eran pura filigrana, la gran lámpara de techo debería estar en el salón y la cama con dosel… uno podría perderse en ella.

Lo que tal vez aportara sencillez en la estancia, era ella.

¿Siempre vestía con colores apagados? ¿Acaso una cabellera tan hermosa y exuberante debía estar reprimida en un tirante moño? No, debería prohibirle lucir esos peinados tan austeros, más propios de una solterona o una viuda de cien años.

Parpadeó, fijándose bien en las paredes. Estaban cubiertas con papel tapiz de un suave tono bajo la escasa luz de la lámpara. El cobertor de la cama era del mismo color y decorado con unas cenefas discretas y repetitivas con delicados motivos florales, en un tono ligeramente dorado. El suelo estaba totalmente cubierto por una enorme alfombra persa que acogía los pies descalzos de la mujer. Justo frente a él, se encontraba el elegante tocador de madera oscura con lujosos acabados y finos tallados también, decorados con flores y motivos bucólicos.

Desde su posición sólo podía ver los largos cabellos, pero si miraba a su derecha, se veía con perfecta claridad el rostro de la dama reflectado en el espejo.

Su esposa era hermosa.

Casi puso los ojos en blanco porque por un momento se dejó llevar por aquella fantasía.

No era su esposa.

Y nunca lo sería. Pero, aun así…

La miró con más detenimiento. Sus hermosos rasgos de piel nívea, mientras las delicadas manos de largos y elegantes dedos sostenían un cepillo de plata, que la luz del quinqué hacía brillar. Expresaba concentración, también una ligera preocupación enmarcado por unos largos y oscuros cabellos, gruesos y brillantes, que caían suavemente por hombros y espalda.

Jack sintió la necesidad de abrir la puerta de un portazo y besar ese delicado cuello, mientras su corazón latía como cien caballos enloquecidos.

Cielos, ¿qué tenía esa dama, que le resultaba tan apetecible?

Había conocido a infinidad de mujeres, exuberantes y mucho más hermosas, pero ella… Nunca había sentido tal atracción por una mujer.

Era inexplicable.

Se quedó quieto, muy consciente de su deseo, pero también de que era un hombre que sabía lo que estaba bien y lo que estaba mal. Y desear a la mujer de su hermano, aunque este fuera un monstruo, estaba mal. Sobre todo, porque ella no sabría quien la estaba seduciendo.

No podía acercarse de aquella manera, y hacerla suya, sin revelar su verdadera identidad.

No la tocaría.

No, no lo haría. Sería bueno con ella. Solo bastaba mirarla para ver que le temía o, más bien, temía a su hermano, el conde.

De repente vio un cambio en ella, notó como su espalda y sus hombros se tensaban, y esos ojos, como dos hermosos topacios, se agrandaban por la sorpresa.

Se había dado cuenta de que la estaba observando y su carácter burlón no pudo hacer otra cosa que empujarlo a sonreírle. Mostró sus dientes blancos y parejos para que lo viera atreves del espejo.

Y nuevamente, apareció el miedo en sus iris.

Un miedo que, en ese momento, Jack Doran se dispuso a eliminar.

# CAPÍTULO 14

Amelia empezó a temblar como una hoja al darse cuenta de que su esposo la observaba detrás de la puerta entreabierta. Así mismo, consiguió reunir el valor suficiente para voltearse y buscar, con sus ojos azules e inquietos, los suyos.

—Buenas noches, Jonathan —dijo, apenas controlando que su labio inferior no temblara.

La sorpresa de encontrarse con un rostro conocido pero una mirada completamente distinta, hicieron que su mano soltase el cepillo, que cayó al suelo acompañado de un sonido metálico que la alfombra amortiguó.

Él terminó de entrar y carraspeó, antes de dar un paso con el que atravesó el alto marco de la puerta blanca y labrada.

—Buenas noches, Amelia.

Los labios de ella se abrieron en una mueca que a Jack le pareció encantadora.

Amelia miró el cepillo en el suelo, pero no se movió para recogerlo. Mientras intentaba ignorar al hombre que había entrado en su alcoba, se sorprendió al pensar que no lo conocía de nada. Su voz sonaba distinta, igual de grave, pero no había maldad en ella. No le hablaba para reprenderla, ni para burlarse. No había sarcasmo en ella.

Eso, posiblemente, junto con su mirada, era lo que más desconcertaba a Amelia.

¿Qué le había pasado ese tiempo fuera de casa?

Por supuesto, no se atrevió a preguntar.

—No sé si te has quedado con hambre —avanzó un paso hacia el tocador—. Yo desde luego sí. He ido a la cocina y te he traído un trozo de pastel.

—¿Pastel? —Alzó la mirada para cerciorarse de que efectivamente no se estaba burlando de ella.

—De chocolate.

Su marido llevaba un platillo con una cuchara de plata. En él había un generoso pedazo.

Amelia parpadeó confusa.

—Yo… eh, no tengo hambre.

Jack vio como miraba lo que portaba en las manos, y sonrió.

—He pensado que tal vez te apetecía.

Se encogió de hombros y dejó el platillo sobre la mesilla de noche.

Amelia se llevó una mano al cuello. No sabía que pensar.

Lo cierto es que estaba desconcertada y sentía una gran curiosidad. Algo la mantenía completamente asombrada y era el hecho de que, de súbito, su esposo hubiese dejado de producirle miedo para causarle curiosidad. ¿Qué le habría ocurrido para que se produjera tamaña transformación?

Parpadeó y rumió en las sensaciones que le provocaba. No solo era el asombro de verlo como un hombre nuevo, sino que sus miradas y actos no hacían otra cosa que hacerla sentirse bien y a salvo. Algo totalmente contrapuesto a lo que siempre había provocado en ella.

Frunció el ceño y esta fue la primera vez que esa descabellada idea se le pasó por la cabeza. ¿Era realmente ese hombre lord Waterford?

Al darse cuenta de lo absurdo que era ese pensamiento, se apresuró a carraspear.

—¿Qué tal te encuentras después de tu regreso?

Él la miró con fijeza, pero con una sonrisa bailando en sus labios.

—Mucho mejor de lo que me habría imaginado. ¿Y tú, querida?

Entreabrió los labios para responder, pero cuando lo vio avanzar un paso, apenas logró soltar un graznido. Jack enseguida se dio cuenta, y se quedó dónde estaba.

Intentó que su postura no fuera amenazante, de hecho, se apoyó en uno de los postes de la cama. Esquivó la mirada de su esposa y la paseó a su alrededor, no quería que se diera cuenta de que era la primera vez que entraba en aquel lugar y que todo allí le sorprendía.

A pesar de que la señora Cooper le había explicado algunas cosas que eran necesarias

saber, como el hecho de que Amelia no dormía en la misma habitación que su esposo, no pudo evitar acercarse hasta allí para darle las buenas noches. Sentía cierta fascinación por esa dama y un impulso irrefrenable de estar en su presencia.

¡Dios mío! ¡Y todo ello apenas en unas horas!

Esa mujer era muy peligrosa para él y sus planes de coger lo que pudiera y alejarse rápidamente. Pero Jack nunca había sido un mentiroso, y ahora no empezaría a mentirse a sí mismo. Estaba allí por una razón, y no era para darle las buenas noches, sino porque deseaba compartir la alcoba con ella.

—Amelia —se tensó ligeramente, y sonrió—. A partir de ahora, deseo que no durmamos más en habitaciones separadas.

¡Ya está!

¡Ya lo había dicho!

Puso su mejor cara de póker y esperó a su reacción, que no tardó en producirse.

Ella abrió mucho los ojos, tanto, que casi provocó en Jack una carcajada, no porque le resultara placentero inquietarla, sino porque la expresión le resultó cándida, encantadora.

—Pe… pero… —Amelia no sabía qué responder.

—Si te parece mala idea… —Por supuesto, no iba a obligarla. Su respuesta le provocó otra sonrisa.

—¡No! —exclamó, e inmediatamente después ella misma se quedó anonadada ante tan pronta respuesta.

No lo había ni pensado y eso había sido imprudente. ¿De verdad quería a su esposo cerca? ¿Para qué? No disfrutaba del acto conyugal, ni lo haría. También sabía que su carácter era inestable y que debía estar lo más alejada de él. Pero… ¿y sí había cambiado? ¿Y si él hombre temible, había encontrado la manera de curar sus ataques de ira?

Lo miró a los ojos y se sorprendió de nuevo viendo en ellos, lo que jamás había visto antes.

Calidez.

De repente, no deseaba que él se marchara, de pronto, quería… su cercanía. Su… calor. Y ese pastel de chocolate que la llamaba desde la mesita de noche.

Oh, cielos, no se entendía a sí misma.

Sin embargo, los temblores de Amelia hicieron que Jack se mostrase receloso al pensar que seguía temiéndole.

—De verdad, puedo descansar en mi alcoba si así vas a estar más tranquila. —Al ver como Amelia se humedecía los labios de forma inconsciente, cambió de opinión—. Pero realmente me gustaría quedarme, si tú me lo permites.

Una extraña y desconocida sensación recorrió el pecho de Amelia. Y era… deliciosa.

—Es mi deber aceptar a mi esposo, siempre que él lo disponga.

Jack alzó una ceja.

¿Qué clase de respuesta era esa?

¿Acaso si ella no lo deseara, lo tendría que aceptar igual?

Sí, no era un estúpido, sabía cómo actuaba la mayoría de la gente. Pero una hembra gitana jamás soportaría algo semejante, al menos sin protestar enérgicamente.

—No es mi deseo que te sientas obligada —otra vez esa deliciosa lengua, lamiendo el grueso labio inferior. Dio un paso hacia ella, con la mirada clavada en la suya—. ¿Te sientes obligada, esposa?

Amelia parpadeó y Jack habría jurado que sus largas pestañas, como abanicos, eran capaces de impulsar aire cálido.

—¿A qué, exactamente?

Él le sonrió, cerniéndose sobre ella, apenas sin pretenderlo.

—A compartir la alcoba.

—¿Solo compartir la alcoba? —se sorprendió, preguntando de forma inocente.

Se hizo el silencio entre ambos. Jack la miró con fascinación y parecía no haber escuchado sus palabras.

Ya no daría un paso atrás, por mucho que ella hubiese vuelto a temblar.

La tomó por la barbilla mientras seguía sentada. Acarició el delicado mentón y la notó caliente. Con el dedo pulgar rozó su labio inferior y el superior, siguió la perfecta línea que eran las comisuras hasta acabar en la mejilla, para subir y detenerse en el alto y delicado pómulo.

—Oh, sí, eres realmente hermosa —dijo, con fascinación.

—N… no —respondió ella, sin poder dejar de mirar a ese hombre, que la observaba de forma tan diferente.

Con codicia.

Con apetito.

Amelia, no podía mentirse a sí misma. En ese momento no se sentía obligada a compartir el espacio con él, al contrario. Su cercanía la atraía aún más.

Extraño, pues nunca había sido así.

No comprendía como, al principio, se había conformado con mirar hacia el techo mientras su esposo la tomaba, porque era su obligación, porque él tenía derecho sobre ella. Nunca quiso pensar que la estaban obligando. Pero sí, podría decirse así. ¿Qué derecho tenía una mujer a negarle nada a su esposo? Era de su propiedad, había adoptado su apellido y su obligación era darle un heredero.

Se sintió triste por aquellos pensamientos. Cuántas habrían sufrido su mismo destino al atarse a un hombre que no amaban. Pero claro, el matrimonio no era la consumación del amor, al menos no más allá de las novelas.

Había sido así desde el principio de los tiempos. Estaba obligada, no sólo su esposo, la familia, la sociedad, incluso ella misma se obligaba a ello, a aceptarlo sin más.

Ahora… ahora todo parecía distinto. Porque Jonathan…

—Dime, Amelia. ¿Me quedo? —preguntó él, al percatarse de lo mucho que temblaba esa mujer.

—Yo… sí —respondió, cerrando los ojos y soltando todo el aire contenido en un suave gemido—. Quiero decir, no —se corrigió, después de mirarlo de nuevo, confusa.

Él abrió mucho los ojos.

Se había sonrojado hasta las orejas. Cielos, era tan adorable.

—¿No deseas que me quede?

Amelia asintió.

—Sí.

Seguía sentada en el tocador, con su esposo de pie, parado frente a ella.

Estiró más el cuello y lo miró desde una posición de inferioridad. Para sentirse más segura, se levantó de la silla.

Fue un error, o eso pensó ella en aquel momento, porque él no retrocedió, y las bocas casi se chocaron.

Tomó aire al notar los labios de su esposo demasiado cerca de los suyos. Su aliento era cálido y le cosquilleaba en la piel. Se preguntó por qué no sentía lo de siempre, por qué la indiferencia había escapado para dar paso a la curiosidad.

Quiso llamarlo así, curiosidad y no deseo. Pero lo cierto era que, por primera vez, deseaba comprender qué se sentía al besar al hombre deseado.

Y ese hombre deseado era…

Su esposo.

No. No era posible.

Reaccionó de pronto, echándose hacia atrás.

Tragó saliva y carraspeó.

Jack, al notar de nuevo su tensión, se apartó y se alejó lo suficiente como para que no se sintiera prisionera.

Amelia, inquieta, se colocó un largo mechón tras la oreja. De pronto, recordó que el cepillo seguía en el suelo y se agachó para cogerlo. Al tenerlo en las manos y ponerse de nuevo en pie, miró de reojo a su esposo.

—Aún he de peinarme —dijo, y reuniendo el valor suficiente añadió—. Deberías cambiarte tú también —lo miró, recordándole que todavía llevaba la ropa de la cena.

—Oh, claro.

—Tal vez desees llamar a tu ayuda de cámara.

*¿Tal vez desees?* No entendía esa forma de comunicarse. Si deseaba algo lo decía, si no, no.

—No lo deseo. En absoluto.

—Bien… —suspiró Amelia.

Y volvió a sentarse frente al tocador, dándole la espalda, más nerviosa que antes.

Jack vio desde atrás como alzaba los brazos y con los finos dedos se separaba la oscura melena en tres partes, mientras tanto, los mechones caían como hilos oscuros por su espalda.

No aguantó más.

Estiró las manos y capturó las suyas.

—Permíteme.

Amelia se giró sobresaltada y se sonrojó cuando volvió a perderse en aquellos ojos.

Sintió la calidez de sus manos en las suyas, ¿Cuánto tiempo había pasado desde que le dedicar un gesto tan cercano? No recordaba que en los últimos años la hubiera tocado para otra cosa que no fuera procrear. Bueno, quizás cuando se veía en la obligación de llevarla del brazo a la ópera o al teatro, donde habían asistido muy pocas veces.

Se volvió de súbito hacia el espejo y se negó a seguir mirándole.

Ahora, sus manos estaban acariciándole el pelo. Ahogó un gemido cuando notó los dedos masculinos masajeando su cuero cabelludo. El aire se escapaba de sus pulmones y sus respiraciones se fueron haciendo cada vez más profundas, hasta que cerró los ojos y se relajó.

—¿Te gusta? —preguntó Jack, con voz cavernosa.

—S… sí —casi fue un ronroneo.

Con los ojos cerrados, Amelia no pudo ver la satisfecha sonrisa del hombre.

—¿Sabías que hay partes del cuerpo más sensibles que otras?

—N… no. No lo sabía.

—Y otras, no son sólo sensibles, son eróticas.

Amelia abrió los ojos de súbito. ¿Cómo se había atrevido su esposo a decir algo tan…

inapropiado?

Lo miró a través del espejo y al ver su endiablada sonrisa se sonrojó hasta las orejas.

—Eso… eso…

Y cuando esa sonrisa se transformó en una suave y erótica carcajada, Amelia notó como las mejillas le empezaban a arder como si fueran brasas.

Jack entendió que el loco de su esposo jamás le habría dicho nada parecido. No le extrañaba, puesto que los nobles alardeaban de una moral encorsetada, al menos de cara a la sociedad, y seguramente hacia sus esposas. Algo que, gracias a Dios, los gitanos no tenían.

Suspiró. Él no era su hermano, y poco a poco ella iría entendiéndolo.

Amplió la sonrisa y continuó con la dulce tortura, sintiéndose, eso sí, un poco culpable, pues esa dama era realmente la inocencia personificada.

—Esta… —acercó la mano al largo cuello de cisne—, también es una zona sensible.

Acarició el cuello con el dedo incide, con un descaro totalmente indecoroso. Viajó por su piel, hasta la clavícula. Bajó y se detuvo en el nacimiento del seno derecho. Luego rozó el canalillo y en lugar de descender, navegó hacia la izquierda.

Notó como el pulso de Amelia se aceleraba.

La miró a través del espejo y se deleitó con sus jugosos labios entreabiertos. No pudo evitarlo, se inclinó y acercó la boca a su cuello. Lo besó y notó en los labios la vibración de un gemido y el pulsar de su corazón.

Inmediatamente después, Amelia se puso en pie.

Se dio la vuelta con rapidez y por cómo subía y bajaba su pecho, Jack supo que se había excedido, o ella se estaba sintiendo sobrepasada por unas emociones o sensaciones que no sabía como gestionar. Todo eso creyó él, sin tener certeza alguna, solo era perfectamente consciente de como ella temblaba y respiraba, agitada.

—Yo… —no le salían las palabras por mucho que lo intentara—. Creo que acabaré yo de trenzarme el cabello.

Jack la miró entre sorprendido y divertido. Pero finalmente asintió.

—Por supuesto.

No había más que decir, así que dio media vuelta y lentamente empezó a caminar hacia la puerta de la alcoba.

Amelia lo vio salir mientras su corazón no le daba tregua.

¿Qué había sido eso? No paraba de preguntárselo una y otra vez.

Tomó aire con lentitud y con miedo de que las rodillas le fallasen se sentó con cuidado, esta vez sobre el borde de la cama. Se hizo una rápida trenza con los dedos temblorosos y entumecidos, y tras apagar el quinqué se metió en la cama.

La contraventana estaba abierta y la luz de la luna se colaba por el cristal biselado.

Intentó no pensar en nada, y lo logró, tenía práctica. Sabía cómo controlar la respiración cuando esta la removía, para que los nervios no se la comieran por dentro.

Dios mío, ¿qué había pasado? ¿Realmente su esposo había ido para compartir su lecho? De ser así, ¿cómo había conseguido que se marchara?

No lo tenía claro.

Cuando los párpados empezaron a pesarle, su esposo regresó y entró en la alcoba.

—¿Jonathan?

—Querida.

Se llevó las mantas hasta la barbilla.

No, no habían sido imaginaciones suyas. Su esposo había vuelto, esta vez seguro que para quedarse.

Sin poder evitarlo se echó a temblar, aunque por motivos distintos a los de siempre. Su corazón se aceleró mientras escuchaba los pasos de él sobre la alfombra. Escuchó con atención. Sus pisadas le parecían realmente extrañas, el sonido de esos pasos no tenía nada que ver con los de su esposo. La cadencia, el peso de cada uno de ellos… Ya era la segunda vez que no lo reconocía por su andar.

Pero cuando sus ojos se acostumbraron a la penumbra, la luz de la vela que él portaba le permitió distinguir su rostro entre la oscuridad.

—Lamento haberte asustado, solo he ido a buscar varias cosas que necesito para dormir.

Amelia parpadeó confusa.

—¿Qué cosas? —se le escapó, a riesgo de parecer impertinente.

Se incorporó sobre uno de sus codos y se fijó en lo que estaba haciendo. Anonadada, vio como su esposo, tras colocar la vela sobre la mesilla de noche, extendía una manta en el suelo, sobre la alfombra.

—¿Pero qué…?

Luego, con mirada socarrona, cogió el almohadón de su lado de la cama y lo lanzó también al suelo. Acto seguido se agachó y se tumbó, desapareciendo así del campo de visión de su esposa.

—¡Jonathan! ¿qué haces? —preguntó ella.

Se asomó desde lo alto del colchón y, espantada, vio a su esposo tumbado en el suelo, con la nuca apoyada en sus manos entrelazadas.

—La cama es demasiado dura.

—Demasiado du… —¿Iba a repetir todas sus palabras como un autómata? No. Tragó saliva y se quedó observándolo por unos instantes más—. No puedes dormir en el suelo.

—Ya lo creo que puedo, Amelia.

—Pero, te harás daño.

—¿Y te importaría sí así fuera? —A pesar de la penumbra, pudo ver como él abrió los ojos y se la quedó mirando con fijeza.

—Bueno, eres mi esposo.

—¿Y si no lo fuera?

Ella abrió la boca y apenas sin meditar sus palabras respondió.

—No está en mi naturaleza desearle mal a nadie.

Jack se reincorporó, apoyando los codos en la cama y sonriéndole, tan cerca que ella pudo notar su aliento a menta en el rostro.

—Entonces, si no fuera tu esposo, ¿también te preocuparías por mí?

Ella vaciló, aunque finalmente asintió.

—Por supuesto.

—Bien. —Satisfecho como pocas veces había estado, Jack volvió a recostarse contra la almohada, cruzó las manos en la nuca y suspiró con deleite—. Es un buen comienzo saber que te despierto sentimientos nobles, Amelia.

—¿No vas a dormir en la cama?

La respiración de Jack se volvió profunda y ella quedó expectante, aún asomada por el borde de la cama.

No tardó en darse cuenta de que ese hombre se había quedado profundamente dormido, casi al instante.

Poco a poco volvió a echarse también boca arriba y ni sus ejercicios de respiración le permitieron pegar ojo durante varias horas, atenta a los sonidos del hombre que dormía en el suelo, junto a su cama.

¿En qué momento el mundo se había vuelto tan loco?

Minutos después, al ponerse de costado, el plato de pastel de chocolate captó su atención.

Maldijo entre dientes, como no debería hacer una dama. Como bien le advertía su suegra, siempre que podía, la gula era un pecado y ella una pecadora.

Se incorporó y se metió medio trozo de pastel en la boca. Miró de reojo el cuerpo masculino, relajado y en paz. Cuando hubo terminado con el pastel, ella también quedó en paz y pudo dormirse.

# CAPÍTULO 15

Cuando Amelia abrió los ojos a la mañana siguiente, después de una noche llena de extraños sueños que no habría de recordar, se giró sobresaltada hacia el lugar donde debería estar durmiendo su marido.

Pero él ya no se encontraba en la habitación. La manta y el almohadón que había utilizado, ahora estaban perfectamente plegados en su lado de la cama.

Suspiró con fuerza y volvió a tumbarse boca arriba, mientras las primeras luces del amanecer atravesaban la ventana. Era hora de saludar al nuevo día, pero antes de que sus piernas la obedecieran, estiró sus brazos sobre la cabeza y contempló el techo.

Amelia habría jurado que, mientras dormía y antes de marcharse, su esposo se había inclinado sobre ella, había apartado con cuidado un mechón de su rostro y la había besado en la frente. Aunque no estaba del todo segura de ello, puede que fuese uno de los raros sueños que la habían asaltado aquella noche.

Se sentía perezosa. Era la primera vez en mucho tiempo que la cama no la echaba, al contrario, deseaba retozar un poco más entre las cálidas mantas. No supo si se había quedado dormida o no, pero fue más que evidente cuando finalmente abrió los ojos como platos al ver, desde la ventana, la posición del sol.

—¡Cielos! —exclamó, casi saltando de la cama.

Hizo una mueca y sintió un escalofrío al poner las plantas de los pies descalzos sobre la fría alfombra. Se apresuró a ponerse las zapatillas y corrió a por la bata.

Iba a llamar a su doncella para ayudarla a vestirse, cuando de pronto escuchó voces alegres en el jardín.

Sí, ya era bien entrada la mañana y que Anita y Jon estuvieran correteando por los

alrededores de la casa, era buena prueba de ello.

Al asomarse a la ventana, se quedó atónita.

No estaba preparada para lo que vieron sus ojos. Su esposo se desplazaba de un lado a otro del gran claro del jardín, donde los niños solían jugar. Correteaba intentando alcanzarlos. Por sus expresiones, sobre todo la de Jon, estaban más que entusiasmados de que su padre quisiera jugar con ellos.

Jugar. Porque eso era exactamente lo que estaban haciendo, jugar.

—Dios del Cielo.

No, no pensaba haber vivido tanto como para que sus ojos vieran aquello. Pero ahí estaba. Su esposo, como un padre amantísimo persiguiendo a Anita y a Jon que corrían como pollos descabezados mientras reían a carcajadas.

¿Cuándo fue la última vez que había escuchado sus risas?

No pudo acordarse y eso la entristeció, pues era muestra de lo muy infelices que habían sido sus hijos en aquella casa.

Escuchó un ladrido y no pudo evitar sonreír. Lupo observaba la escena dormitando sobre el césped, recibiendo agradecido los suaves y dulces rayos de sol, de vez en cuando, cuando escuchaba chillar a Anita alzaba la cabeza y volvía a soltar un ladrido perezoso, para inmediatamente volver a hacerse el muerto.

Tragó saliva, se arrebujó la bata y tras tomar aire, dio media vuelta e hizo sonar la campanilla de su habitación.

Quizás ella también debiera participar en tan inusual escena.

Después de que Jack se rindiera, cayó fingiendo un ataque al corazón. Los niños, divertidos, se sumaron a la acción de estirarse junto a él en el césped, pero Jon tenía demasiada vitalidad para retozar mucho tiempo, así que hostigó a Lupo, hasta que este aceptó ir tras él, a por un palo, que hacía girar en su mano derecha mientras corría.

Al quedarse a solas con la niña, Jack preguntó algo que le había estado rondando por la cabeza desde que llegó a la gran casa.

—¿Anita? —La niña alzó la mirada y Jack la miró muy serio—, ¿puedes explicarme qué diablos hace un conde?

La niña no pudo evitar soltar una carcajada y menear la cabeza como haría una adulta que tenía sobrada paciencia con un crio.

—Para empezar, no decir “diablos”.

Soltó otra carcajada y Jonathan se acercó a ellos.

—¿Qué hace un conde, Johnny? —le preguntó ahora al niño.

Este agitó el pañuelo con el que habían estado jugando, cuando Jack quiso quitárselo, se lo lanzó a Anita que no tardó en recogerlo. Pero Jack era más rápido y cogió el pañuelo para, acto seguido, atrapar a la pequeña y hacerle cosquillas.

—Jugar toda la mañana con dos mocosos como vosotros, seguro que no.

—¿Ir a cazar zorros? —sugirió el pequeño, mientras Anita se deshacía de Jack entre risas.

Luego, ambos se miraron y la pequeña negó enérgicamente con la cabeza.

—A mamá le disgusta oír el sonido de los disparos, dice que ponen nervioso a Lupo.

—Entonces nada de cazar —suspiró Jack— ¿Y no tengo un trabajo, o algo así en que ocuparme durante el día?

—Creo que debes asegurarte de que a tus arrendatarios les vaya bien. A veces mamá les lleva cestas de comida, pero tú no estás muy de acuerdo con la caridad.

Como no, quienes más tienen son aquellos que más les cuesta desprenderse de unas cuantas monedas. Así que nada de caridad, ni portarse bien con la gente, si es que no quería ser descubierto antes de que volviera a ocultarse el sol.

Lupo ladró por última vez y se retorció sobre la hierba, barriga arriba.

—¿De dónde sacó a este chucho? —preguntó Jack, ante la sorpresa de los niños, que no consideraban a su mejor amigo un chucho.

—Ya estaba aquí cuando nacimos —aseguró Anita.

Los dos hermanos se miraron con cierto temor.

—Es muy bueno buscando trufas —lo defendió Jonathan.

En la mirada del niño se veía claramente que intentaba buscarle una utilidad a su amigo. Jack se preguntó que clase de monstruo atemorizaría así a sus hijos, pues la amenaza de acabar con Lupo era sin duda lo que les preocupaba.

—¿En serio? Entonces tenéis una mina de oro en forma de chucho. —A Jack se le iluminó el rostro y Jon se tranquilizó.

Anita sonrió a su hermano, como si le dijera que no tenía nada que temer. Por supuesto no había podido quitarle de la cabeza a la niña que él no era su padre.

—¿Sabéis a cuanto se venden las trufas en el mercado?

—No sabemos de esas cosas —dijo Jonathan—. La señora Ford, la cocinera y sus ayudantes se deben ocupar de las compras.

—Ya veo, pues para que lo sepáis, ¡se venden carísimas!

Anita soltó el aire de sus pulmones con un ruido muy poco femenino.

—Se supone que no deberías saber eso —lo regañó la niña—. Somos nobles, no necesitamos recolectar trufas.

Jack la miró cómicamente con el ceño fruncido.

—Da igual, es época de trufas e iremos a recogerlas.

Anita hizo una mueca.

—Eso no creo que lo haga un conde. Tenemos criados que lo hacen.

—Este conde sí lo hará —dijo, con una sonrisa exultante— ¿O preferís cazar zorros?

La niña se cruzó de brazos y frunció el ceño.

—Prefiero no cazar nada.

—Entonces a por las trufas. —Aunque Anita parecía reticente, Jonathan lo miró con un extraño entusiasmo que calentó su pecho—. ¡Ahora mismo!

Minutos después, en las caballerizas encontraron un bastón y una vieja cesta.

Los niños cogieron unos palos por el camino de tierra que se adentraba en la arboleda. Lupo los acompañó, brincando y moviendo el rabo, como si fuese un cachorrillo. Parecía más lleno de vitalidad que nunca.

Atravesaron el prado, bordearon el lago de aguas color esmeralda y se metieron todavía más en el bosque.

La pequeña avanzaba con el ceño fruncido y parecía inquieta, no así Jonathan, del todo despreocupado.

Tras varios minutos observando a la pequeña, Jack decidió preguntar.

—Anita, ¿qué sucede?

—Nada —respondió, pero Jack no la creyó lo más mínimo.

—Es mejor que sueltes lo que te angustia, —empezó a decir, mirándola de reojo, como si el tema realmente no le importara—, no te lo guardes o te comerá por dentro.

—¿Y eso quien lo dice?

*Es un dicho gitano*, estuvo a punto de responder Jack, pero calló a tiempo.

—Yo —se señaló con ambos pulgares y Jonathan decidió que a partir de ahora imitaría ese gesto.

—¡Él! —movió los pulgares hacia Jack y este asintió satisfecho por la gran imitación.

—Venga, suéltalo Anita —insistió el falso conde.

—¡Eso, suéltalo, Anita! —repitió su hermano.

Enfurruñada, la niña cedió.

—Solo estaba pensando.

—¿En qué?

—En que un día, mi padre acompañó a un pajarito al cielo.

Tras el desconcierto inicial, los labios de Jack se curvaron en una mueca que esperaba que los dos niños no hubieran visto.

—Qué lindo gesto por su parte —masculló.

La niña lo miró con cara asesina.

Sabiendo que acababa de meter la pata, plegó los labios en el interior de la boca y puso cara de circunstancias.

—La esposa del guardés me regaló un canario amarillo —prosiguió Anita, mirándolo entre enfadada y dolida—. Lo llamé limón.

—Buen nombre.

—Mamá le compró una jaula de plata —prosiguió como si no le hubiera escuchado—, muy amplia, donde podía volar de un lado a otro sin dificultad. El animalito cantaba todas las mañanas de pura felicidad. Me encantaba escucharlo y a mamá, también. Pero papá solía quedarse mirándolo con una cara inexpresiva. —A Anita le escocieron los ojos al recordarlo—. Un día apareció muerto.

—¿Muerto?

—Asesinado —dijo, como si fuera evidente—. Mi padre lo asfixió porque le molestaba su canto —gimió y añadió—. O quizás no le molestaba su canto, quizás solo le molestaba que mamá y yo fuéramos felices al escucharle cantar.

Jack no se dio cuenta que se había detenido para observar a la niña con más lástima de la que hubiera creído capaz.

—Anita, seguro que él… —carraspeó y miró al frente—. No recuerdo haber hecho tal cosa —respondió Jack, estremecido.

Anita negó con la cabeza y una triste sonrisa apareció al tiempo que estiraba la mano para agarrar la de Jack.

—Claro que no, tú no hiciste nada.

Jack iba a maldecir, pero se guardó de hacerlo frente a esos mocosos espabilados. Los niños ya habían descubierto que era un impostor, pero él seguía fingiendo que no.

—Anita, no digas estas cosas —intentó consolarla Jon—. El pajarito se murió solo. Puede que de frío, pues mamá se olvidó de entrar la jaula un día de frío.

—¡No hacía frío! ¡Padre lo mató! —miró fijamente a Jack, no con reproche porque

pensase que era él el asesino, sino diciéndole con la mirada que no estaba dispuesta a permitir que se marchase para que volviese el malvado lord Waterford—. No soporta que seamos felices, odia nuestra risa. Quiere que toda la casa esté a oscuras, incluso de día.

—Sí, la señora Cooper me dijo que es para que los tapices carísimos no se desgasten.

—Que va, no es eso.

—Entonces, ¿qué es?

—Le molesta la luz del sol porque es un vampiro.

—¡Anita! —exclamó su hermano—, ¿de dónde sacas estas cosas?

La niña se encogió de hombros.

—De los libros de mamá.

—Anita —empezó a decir Jack, arrodillándose frente a ella—. Puede que estés equivocada. —Le dedicó una radiante sonrisa, porque le hizo gracia pensar que esa mocosa sabelotodo podría equivocarse en algo—. No lo pienses más.

—Yo sé que lo mató mi padre. Y por eso necesito encontrar a Pity.

—Anita, —decirle que él no lo mató, no serviría de nada. No obstante, podría hacerle la siguiente promesa—. Te prometo que te ayudaré a encontrar a Pity.

—¿De veras?

—Y la encontraremos, cueste lo que cueste.

La niña achicó los ojos.

—Hace más de un mes que papá se marchó y Pity desapareció la semana pasada, es probable que tengas razón y haya ido en busca de algún amigo —razonó, y Jack se dio cuenta de que esa pequeña niña, de mirada clara y ricitos de pan de oro, era más astuta e inteligente de lo que él habría imaginado.

—Bueno, pues no hablemos más del lado malo de lord Waterford —dijo Jack—. Hablemos de lo que le gusta a mamá, ¿de acuerdo?

—¿A mamá? —preguntó Jonathan, y luego se llevó el dedo índice a la boca y puso cara de pensativo—. ¿Qué le gusta a mamá?

—¡Jonathan! —lo reprendió, Anita— ¿En serio no sabes qué gustos tiene mamá?

—Sí, lo sé. Le gustan los perros.

—Y las rosas.

—Niños, eso es fácil. Decidme algo más… secreto.

—Las luciérnagas —dijo Anita, y Jack la miró con una sonrisa—. Adora más a las luciérnagas que a su collar de perlas favorito.

—¿De veras? —le pareció enternecedor que una condesa prefiriera las luciérnagas a las joyas—. Lo tendré en cuenta.

—Dentro de unos días es su cumpleaños —dijo Jonathan—. Podríamos celebrar una fiesta, eso la pondrá contenta.

—Siempre que la abuela lo permita.

—De esa bruja me encargo yo —Jack cerró los ojos ante ese traspiés—, quiero decir que hablaré con la abuela a ver que le parece.

Los dos niños empezaron a reírse, apoyando sus manos contra la boca para que sus carcajadas no se escucharan muy lejos.

—Johnny, lo de la fiesta es una magnífica idea, —dijo Jack—. Iremos a cazar luciérnagas y le daremos una sorpresa, ¿qué os parece?

—¡Sí! —gritaron al unísono, poniéndose a saltar.

De pronto, la pequeña Anita vio algo interesante.

—¡Papá! —señaló con el dedo a Lupo—. ¡Parece haber encontrado algo!

En ese momento, algo en el corazón de Jack se removió.

Sin darse cuenta, Anita lo había llamado “papá”.

Movió la cabeza de un lado a otro para eliminar esa emoción. No podía encariñarse demasiado con esos niños, debía recordarse que se marcharía en cuanto obtuviese lo que quería. Pero sólo llevaba allí dos días y ya les había tomado cariño.

Sonrió con sinceridad antes de centrar su atención en el perro.

—Ya veo —pero realmente la cabeza de Jack estaba lejos de centrarse en las habilidades

de Lupo para encontrar trufas. La sensación de que iba a traicionar a los pequeños le arañaba el corazón.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Anita, extrañada porque Jack se había quedado parado en el sitio.

Lo tomó de la mano, y ante el contacto los ojos de Jack se deslizaron sobre los de la niña.

Le apretó la mano.

—Nada —respondió, revolviéndole el pelo. Luego se acercó a Lupo y lo felicitó con una palmadita en el lomo—. Buen chico. Ha encontrado trufas. —Se sorprendió gratamente al ver el tamaño después de escarbar un poco—. Oh, sí, eres un buen chico.

Anita se quedó mirando a Jack, como si hubiera leído sus emociones.

Tenía que hacer algo.

No podía permitir que se marchara y volviera el monstruo cruel.

# CAPÍTULO 16

Después de vestirse con la ayuda de su doncella, Amelia no bajó al comedor para tomar el desayuno, ya sabía el buen Dios que era demasiado tarde, pero sí que quiso pasar por las cocinas, para ver si había algún bollo caliente antes de salir afuera a reunirse con sus hijos.

Todas las mujeres abandonaron sus quehaceres y guardaron silencio al verla entrar.

La señora Ford, la cocinera, que era la que gozaba de mayor rango, fue quien se dirigió a su señora.

—Lady Waterford, ¿qué se le ofrece?

No era extraño que los criados se sorprendiesen de que su señora bajara hasta sus dependencias o sus lugares de labor y Amelia no los habría importunado de semejante forma si no estuviese tan hambrienta o se sintiese incapaz de aguardar en su alcoba a que le subieran el desayuno.

—Buenos días, señora Ford —saludó, con su acostumbrada dulzura—. Espero que estén teniendo una buena mañana.

La mujer sonrió ante la delicadeza de su señora. Siempre tenía buenos gestos con el servicio, nunca les había hablado mal y cada Navidad se afanaba en regalar pequeños presentes a todos, su buen carácter y amabilidad eran de agradecer. No así sucedía con lord Waterford, o con la condesa viuda, pero jamás osarían quejarse. Es más, no deberían ni pensarlo.

—Gracias, milady. Espero que usted también. —La señora Ford aguardó a la petición de su señora, que no tardó en producirse.

—Me preguntaba si tendría un poco de pan caliente y un vaso de leche.

Una de las muchachas, la más joven, la miró durante unos segundos con los ojos muy abiertos, después recibió un codazo de una compañera más mayor.

Amelia se sintió una revolucionaria y se tapó los labios con la mano para ocultar una ligera sonrisa. Bien era cierto que era del todo inusual bajar a las cocinas, lo adecuado habría sido llamar desde su alcoba con la campanilla y pedir que le sirvieran allí el desayuno, pero… quizás la transformación de su esposo la empujaba a ser más osada y hacer cosas que ella antes nunca había hecho. Si Jonathan podía jugar con los niños, ella podía bajar a las cocinas a pedir un vaso de leche, para horror de su suegra, si es que llegara a enterarse.

Sonrió, sintiéndose traviesa. Ese parecía ser un buen día. Algo había hecho que durmiera como un lirón y que se despertara tarde y ahora lo único que deseaba era salir a respirar aire fresco y disfrutar del sol, con sus hijos y… su esposo.

Ese pensamiento la dejó desconcertada, pero la señora Ford, que pareció leerle la mente, la hizo regresar a la realidad.

—¿Desea que preparemos un picnic para lord Waterford y los niños?

Amelia sonrió.

—Muchas gracias, señora Ford, es una excelente idea —dijo complacida por la maravillosa idea—, ¿puede prepararlo de inmediato?, aunque el vaso de leche me lo tomaré aquí, si no es molestia.

—Enseguida, milady.

No transcurrieron muchos minutos antes de que la señora Ford le preparara lo que había pedido en una bonita cesta de mimbre. Al rato, Amelia abandonó las cocinas con una extraña sensación de victoria y se encaminó hacia los jardines, donde media hora antes había visto a su esposo y a sus hijos.

La decepción fue mayúscula cuando no los encontró.

Se quedó parada frente a la casa y se sorprendió de igual modo al ver que Lupo también había desaparecido y que no la recibiría moviendo el rabo.

Miró más allá del arco de entrada. Como si fuera capaz de adivinar hacia donde habían ido, estiró el cuello oteando el horizonte y la gran arboleda.

*Iré a alcanzarlos* pensó.

Cargando sin dificultad la cesta de picnic, que incluía una manta ligera y demás manjares, Amelia se dirigió en dirección a su esposo, de forma voluntaria, por primera vez en su vida.

***

Uno de los mozos de cuadras le dijo que lord Waterford y los niños habían salido de paseo con Lupo, y que habían tomado el camino en dirección al lago, por lo que Amelia se dirigía hacia allí, paseando todo lo relajada que podía estar después de lo sucedido la pasada noche.

Se sorprendió pensando en las nuevas emociones que estaba sintiendo en las últimas horas.

Nunca antes había sentido deseo.

Había leído en algunos libros, que ninguna dama se atrevería a confesar en público, sobre el amor, la sensualidad y el apetito que un hombre y una mujer podían llega a sentir el uno por el otro, pero nunca tuvo esa experiencia.

Todos sus tontos sueños infantiles habían muerto el día de su noche de bodas. ¿Amor y deseo? Eso lo dejaba para los libros.

Después de conocer el verdadero carácter de su esposo, lo único que deseaba era estar alejada de él. Por eso estaba tan sorprendida de correr a su encuentro aquella mañana.

No había vacilado a la hora de aceptar el picnic de la señora Ford. Y es que, algo había cambiado.

Él había cambiado.

Lucía la misma cara, el mismo cuerpo, pero mostraba un interior totalmente contrapuesto, como el lado oculto de la luna.

Lejos había quedado, de un día para otro, el rictus serio y huraño de lord Waterford para,

de pronto, convertirse en un hombre caballeroso, rebosante de simpatía y jovial, aunque de una forma un tanto… inapropiada.

Sí, fuera lo que fuera lo que le había sucedido en Londres, parecía haber perdido todos sus modales, como si nada le importase.

Estaba desconcertada, pero los niños al fin habían reído en su presencia y eso le había inundado el pecho de… ¿esperanza? Que Anita lo tratara con tanta familiaridad… ¿había podido soñar con semejante milagro?

Referente a ella… la pasada noche, fue como volver a empezar.

Mientras se acercaba al lago a grandes zancadas, sus mejillas se sonrosaron al pensar en lo sucedido en su alcoba. Todo su cuerpo se estremeció al sentir su boca en la sensible piel del cuello.

Acalorada, se llevó una mano a la mejilla y la acarició para darse frescor.

Se acercó al pequeño embarcadero y se dio cuenta de que la barca seguía donde siempre. Su esposo no la había tomado para dar un paseo con los niños. Sonrió al acercarse. Si ella lo hacía, quizás desde donde estuvieran podrían verla y la llamarían.

Sin pensarlo demasiado, puso dentro la cesta y después se sentó en uno de los travesaños. El manejo de la barca no le era extraño, por eso al tomar los remos, salió del cobertizo con relativa facilidad.

Se sintió complacida cuando la brisa golpeó su cara, refrescando sus mejillas.

Su esposo nunca, jamás, la había besado. Solo unieron los labios el día de su boda, frente al altar, y escasamente unos segundos. Después, solo quedó la inexistencia de toda caricia, de todo gesto de cariño, de toda palabra afectuosa.

¿Qué le habría pasado por la cabeza a Jonathan para besarla después de tantos años?

Pensó en ese gesto de cariño, quizás demasiado. En cuanto al amor, jamás lo esperó y se conformó en no conocerlo. Pero anoche, con una sola mirada, con una sola sonrisa, con un solo roce, había logrado que todo su cuerpo reaccionara. Que ardiera.

—¡Oh, cielos! —gimió, llevándose la mano a la mejilla para comprobar que volvía a

estar caliente.

Pensar así era del todo inapropiado y poco provechoso.

¿Y si únicamente la estaba engañando? ¿Y si, de repente, ese hombre amable y considerado volvía a transformarse en el ser frío y distante que siempre fue?

Ciertamente, ese pensamiento no paraba de repetirse en su cabeza, una y otra vez.

Cuando los remos, impulsados por sus brazos, la llevaron al centro del lago, entre pensamiento y pensamiento, decidió que era hora de hacer un alto en el camino.

Miró en derredor por si veía a su familia, pero no tuvo suerte. Escudriñó la orilla y se atrevió a gritar el nombre de su esposo y el de su hijo.

—¡Jonathan! —al no obtener respuesta, gritó el de su hija—. ¡Anita!

Seguramente se habrían adentrado en el bosque, aunque confiaba en que no se hubiesen alejado demasiado.

Se levantó de la barca para ahuecar ambas manos sobre sus labios y así proyectar el sonido de su voz.

—¡Lupo! —De pronto escuchó un ladrido.

Sonrió.

Su fiel amigo sí la estaba escuchando.

Volvió a gritar.

—¡Lupo!

Respiró profundamente, la hermosura del paisaje era sobrecogedora. Todo era un remanso de paz, tan diferente a aquella casa opresiva, oscura y tétrica. Como si Waterford Hall hubiera sido sacada de una de las famosas novelas góticas que circulaban de mano en mano por la sociedad victoriana.

Cerró los ojos por un instante, y la pena y la paz la invadieron a partes iguales.

Su sonrisa murió en sus labios cuando una ráfaga de viento hizo volar su chal, asustada bajó las manos y no encontró apoyó. Su cuerpo se movió intranquilo y la barca empezó a zozobrar.

—Oh, Señor —gimió asustada, mientras sus brazos se alzaban y agitaban, intentando recuperar el equilibrio.

No lo hizo. Y un grito agónico se proyectó por el lago antes de caer al agua con un fuerte chapoteo.

# CAPÍTULO 17

Con la cesta llena de trufas y Lupo correteando tras él y los niños, Jack decidió que era hora de regresar con el botín.

A su lado, Anita tarareaba una canción y Jonathan la siguió dando palmas. El gitano se sorprendió sonriendo. Eran unos niños adorables, espabilados y con ansias de saber. Los había visto trepar a los árboles y se acordó cuando él lo hacía de pequeño con Jewel.

Pensó en su amiga, y en que pronto debía recibir una visita suya.

—En la cocina se va a asombrar muchísimo —dijo Jonathan, sacándolo de sus pensamientos.

—Quién más se sorprenderá será mamá —aseguró Anita.

—¿Le gustan las trufas? —preguntó Jack, y Anita achicó los ojos.

—No lo sé, pero un día felicitó a la señora Ford por preparar una rica salsa con ellas.

—Estoy deseando que la pruebe de nuevo.

Siguieron caminando todavía dentro de la arboleda. No muy lejos empezó a vislumbrarse el lago.

—Vamos por ahí —dijo Anita señalando el lago—, lo bordearemos. Verás que hermoso es.

—Tenemos una barca, y a veces papá pescaba algunos peces con ella, aunque lo que más le gustaba era cazar.

Jack no reaccionó ante las palabras de Jonathan, pero asintió para asegurarle al niño que le estaba prestando atención.

La mañana había empezado siendo azul y cálida, pero a medida que pasaban las horas, se iba volviendo gris. Unas nubes bajas se posaban sobre el paisaje como una silenciosa capa

incolora.

De pronto, Lupo ladró.

—¿Qué ocurre, amigo? —le preguntó Jack, acariciándole el lomo.

El perro siguió mirando hacia el lago, aún cubierto por espesos arbustos que dificultaban verlo en todo su esplendor.

Un nuevo ladrido hizo que Jack se pusiera en pie y observara al animal correr hacia el agua.

—¡Anita! —la voz lejana de Amelia llegó a sus oídos.

—¿Es mamá? —preguntó Anita mientras empezaba a correr.

Todos la siguieron, llegando a una porción de tierra, desprovista de árboles y desde donde podía verse a la perfección la maravillosa estampa del lago Waterford.

Sobre sus verdosas aguas, que proyectaban una aparente soledad, se dibujaba la delicada silueta de una mujer. Portaba un vestido de seda que, a pesar de lucir tonos apagados de azul y gris, brillaba cuando el sol, mágicamente, se asomaba de nube en nube. La tela caía suavemente hasta los tobillos, pareciendo flotar sobre el agua. Lucía un peinado que no permitía ni un solo mechón suelto y, desde la distancia, parecía una figura etérea que estremecería a quien la mirara.

—¡Mira Anita, es mamá! —exclamó Jonathan, señalando en su dirección. Estaría a unos trescientos pasos, pero su silueta era inconfundible para el pequeño.

La niña frunció el ceño y se colocó la mano sobre la frente a modo de visera, acto seguido asintió con convicción.

—Es cierto —dijo mirando a Jack.

Desde la distancia, la observó, acercándose a la orilla. No gritó, pues deseó contemplarla un instante más antes de delatar su presencia.

Pensó que esa postura proyectaba una profunda melancolía, como si en esa misma agua estuviesen sumergidos todos sus sueños. Si la hubiese mirado de cerca, habría podido ver cuan equivocado estaba. Podría haber visto que sus ojos no carecían de emoción alguna, que simplemente observaban el paisaje, como quien observa una obra de arte.

De pronto, una bocanada de viento hizo que se le deslizara el chal de los hombros y justo en ese momento, perdió el equilibrio.

Desde la distancia, a Jack le pareció que ella se había dejado caer, y eso lo removió hasta las entrañas.

—¡Amelia! —gritó, mientras la veía caer en el lago.

Con horror vio como los brazos de su esposa salían a la superficie, no así su cabeza que lo hizo un instante después para volver a hundirse de nuevo.

El vestido. Era demasiado pesado. La arrastraría al fondo sin remedio.

—¡Mamá! —los gritos de los niños lo impulsaron a actuar.

—¡Madre se acaba de tirar al lago! —el grito del pequeño Jonathan fue ensordecedor, pero Jack ya corría hacia ella como alma que lleva al Diablo y lo sintió lejano.

Se quitó la chaqueta y la dichosa corbata que se había obligado a llevar para parecerse más al monstruo y un poco menos a él. Perdió unos segundos quitándose las botas, muy consciente de que, con ellas, sus brazadas serían más ineficaces cuando lo empujaran hacia el fondo.

—¡Amelia! —se lanzó al agua y nadó hacia ella.

Lo vio correr hacia ella mientras de los labios escaba un grito ahogado. La sorpresa y la impresión fueron mayúsculas cuando el líquido y frío elemento la envolvió por completo, apagando el murmullo de su caída en las aguas del lago, que de pronto se le antojaron oscuras.

La falda de su vestido se elevó, para flotar unos instantes en la superficie, como una campana de seda, hasta que la engulló, haciéndola desaparecer, seguida por un chapoteo.

Luego, solo se vieron algunas burbujas que desaparecieron instantes después y, de regreso, la calma.

Jack, no tardó ni quince segundos en llegar a su altura. Angustiado, no vio rastro de Amelia. Al parecer, el peso del vestido la había impulsado al fondo y, aunque las aguas parecían claras, al llegar el cuerpo abajo habría esparcido los sedimentos, enturbiándolas. Jack no podía ver absolutamente nada más que un caldo confuso y marrón.

—¡Maldita sea! —gritó.

Su corazón pulsaba tan rápido que amenazaba con reventarle la caja torácica.

Las aguas estaban tan turbias que era difícil diferenciar algo en el fondo. Pero el vestido de Amelia era de un tono claro y tras unos segundos de angustia pronto percibió su silueta, en forma de rosa abierta y muy al fondo.

No se lo pensó dos veces, tomó aire.se sumergió y empezó a bracear hacia el fondo, donde la pálida flor que era la falda, se extendía.

Entró en pánico unos momentos al darse cuenta de que empezaba a quedarse sin aire.

Allí habría unos seis o siete metros de profundidad y aunque era buen nadador, los nervios le estaban consumiendo el oxígeno. No sería capaz de alcanzarla si no subía de nuevo hacia la superficie para tomar aire y era muy probable que fuera demasiado tarde. Llevaba demasiado tiempo sumergida.

En un último intento, dio varias brazadas más y, de forma milagrosa, su mano tocó algo suave y delicado.

¡Era su mano!

A ciegas, cerró el puño en su muñeca y dio un fuerte tirón.

Pesaba, pero no iba a rendirse.

Logró moverla un poco y rodeó con los brazos su cintura. Expulsó varias burbujas a causa del esfuerzo y supo que se estaba perdiendo las fuerzas. Tocó con los pies el lecho del lago y los sedimentos oscuros los envolvieron aún más. No se rindió. Flexionó las rodillas y las estiró con fuerza, impulsándose hacia arriba.

Con Amelia entre sus brazos, Jack se precipitó hacia la superficie y la luz y el aire se hicieron de nuevo.

—¡Ah! —Sus pulmones le quemaron al respirar—. Amelia —jadeo, echándole un vistazo.

No se movía.

—¡Mierda! —exclamó, sin pensar que los niños estarían oyéndolo.

Nadó hasta la orilla arrastrando el peso muerto que era Amelia, al tiempo que jadeaba.

La sacó del agua con muchísima dificultad. Las capas de tela de ese vestido y el polisón estaban empapados, haciendo que pesara más del doble de lo que pesaba el delicado cuerpo y arrastrarla hasta la orilla fue toda una odisea que se transformó en un infierno cuando, después de colocarla boca arriba, vio que no respiraba.

Rebuscó entre sus ropas la navaja que siempre lo acompañaba.

—¡Mamá! —gritaron sus hijos, pero Jack ni siquiera los miró. Alzó una mano y estiró el brazo para que se quedaran atrás.

Empujó el cuerpo de Amelia hasta tenderla bocabajo.

Al desplegar la navaja, su filo se hundió en la ropa de Amelia. Mientras soltaba una maldición, le rasgó el vestido por la espalda. El corsé resultaba prácticamente imposible de romper y destrenzarlo hubiese sido demasiado complicado en ese momento.

En un rápido movimiento rasgó con la afilada hoja las cintas, una a una hasta que, al fin, la endiablada prenda liberó el torso femenino. Cortó los lazos de su corpiño y el corsé y tiró con todas sus fuerzas hasta dejar su espalda cubierta solo por una camisola empapada.

En ese momento, Jack se dio cuenta de que los niños estaban a su lado. Sus caritas expresaban el miedo que les producía ver que su madre no reaccionaba.

—Se pondrá bien, ¿verdad?

—Jonathan —dijo, mirándolo fijamente—. Ve de inmediato a Waterford Hall y trae ayuda—. Miró a Anita—. Y tú, ve con tu hermano.

—Pero…

—¡Idos! —gritó y, tras dar un respingo, los pequeños dieron media vuelta y salieron corriendo. Vio sus cuerpecitos, agitarse veloces, serpenteando por los senderos rumbo a la gran casa.

Lupo observaba la escena gimiendo de forma imperceptible. Jack regresó la atención a Amelia ahora que los niños habían obedecido.

—Amelia —jadeó. La hizo rodar de nuevo, hasta tenderla bocarriba. Puso su oreja junto

a los labios mojados y se dio cuenta de que no estaba respirando—. Dios mío, Amelia.

Colocando la palma de la mano en su mejilla y sintiéndola fría, le dio varios golpecitos para reanimarla.

—¡Amelia, respóndeme!

La sacudió, pero ella estaba completamente inerte. Puso el oído en su pecho y notó su pulso muy débil. El rostro estaba pálido, casi amarillento, y los labios empezaban a tornarse violetas.

—¡Amelia, regresa! ¡Regresa!

Hizo lo primero que se le pasó por la mente, algo que había visto hacer a Jewel con una niña que se había caído al río. Golpeó su espalda para que expulsara toda el agua que había tragado, y milagrosamente funcionó.

—¡Amelia, Amelia! —el terror a perderla provocó que su voz sonase desesperada.

Ella empezó a toser y escupir agua.

—Amelia, gracias a Dios.

La puso de lado a fin de que todo el líquido acabara recorriendo el camino que marcaba la ley de la gravedad. Siguió tosiendo y escupiendo agua, se convulsionó varias veces y, cuando al fin pareció haberlo soltado todo, abrió sus enormes y almendrados ojos azules.

Y lo miró.

Miró el rostro de ese hombre.

Aquel que le había salvado la vida.

—Jona…

—Ssssh —él negó con la cabeza—. No hables, solo respira.

No quería escuchar el nombre de su hermano en los labios de Amelia.

Cerró los ojos y sintió tal alivio que bien podría haberse echado a llorar. Sin pensar alargó los brazos, y las manos tomaron los hombros de Amelia, la alzó hasta apretarla contra su pecho, acunándola como una niña pequeña.

—Ya pasó, Amelia. Todo va a estar bien.

Se apartó solo para mirarla a los ojos y cerciorarse de que iba a estar bien.

Entonces Amelia vio la preocupación en sus ojos de cielo. Vio con claridad una emoción que ella jamás había visto antes en él: el miedo a perderla.

Abrió la boca para decir algo, pero no lo consiguió.

Las palabras la habían abandonado para transformar su voz en un sonido ronco, parecido al graznido de una urraca.

—No hables, Amelia —dijo él, acunando su cabeza con los brazos, aliviado de que al fin hubiese abierto los ojos y respirara—. Maldita sea, nos has asustado. Amelia, me has asustado.

De pronto, sus ojos reflejaron una mezcla de dolor y reproche, y poco a poco fueron mostrando enfado.

Ella abrió la boca para decir algo, pero él no se lo permitió.

—Los niños, Amelia. ¡Lo han presenciado! —La voz de su esposo estaba rasgada por el dolor y la rabia—. ¿Cómo has podido hacer algo así? ¿Por qué lo has hecho, Amelia?

Su esposo estaba furioso, Amelia podía notarlo, pero milagrosamente no le provocó el pánico que solía producirse cuando él estallaba en ira.

No, esta vez era diferente.

Esta vez el enfado venía del miedo y no producido por la crueldad.

—No… —quería hablar, decirle que había sido un accidente, pero Jack la acunó de nuevo entre sus brazos, impidiendo que le revelara la verdad.

Su garganta estaba tan inflamada a causa de haber respirado agua, que era imposible que pudiese articular palabra, pero lo que quería decirle era que ella jamás habría atentado contra su propia vida. Tenía a unos hijos que amar y proteger.

Proteger… ¿de quién? ¿De ese hombre?

Estaba agotada, sus pensamientos eran confusos, pero cuando él volvió a mirarla, Amelia tuvo la certeza de que él jamás le haría daño. Ni a ella, ni a sus hijos.

Algo había pasado, algo había logrado transformar a un hombre cruel en el héroe que tenía frente a si.

No sabía a quien agradecérselo, pero alguien había obrado el milagro.

Se abrazó a su pecho y mientras perdía el conocimiento, los ojos de cielo de su esposo se difuminaron entre las tinieblas.

Finalmente, todo a su alrededor se volvió oscuridad, pero pudo notar una caricia de ángel en su rostro.

# CAPÍTULO 18

Jack no esperó a que llegara la ayuda, alzó en brazos a Amelia y se apresuró a volver a la casa.

Sentía su camisa pegarse al pecho, empapada. Iba descalzo y aunque algunas piedras lastimaron sus pies por no prestar atención donde pisaba, siguió adelante. Solo podía pensar en Amelia y en ponerla a salvo.

Unos veinte minutos después, sus piernas a penas le respondían, entumecidas por el frío.

Al divisar la casa, observó como varios criados empezaban a correr hacia él. Pero fue incapaz de ceder a Amelia a ninguno de ellos y siguió avanzando con ella entre sus brazos.

Vio a los niños llorando mientras aguardaban junto a la señora Cooper. Observaban la escena, conmocionados.

—Niños —dijo el ama de llaves—. ¿Por qué no vais con la señora Ford? Seguro que os dará un tazón de chocolate caliente para que entréis en calor. Nosotros ya nos ocupamos de vuestra madre.

—Quiero estar con mamá —insistió Jon, mientras Jack subía las escaleras con largas zancadas.

—Obedeced, chicos —ordenó Jack con tono firme—, cuando vuestra madre entre en calor os haré llamar.

Los niños los observaron con ojos muy abiertos, pero ninguno se atrevió a protestar. Cuando la señora Cooper los empujó hacia una de las doncellas, esta se los llevó amorosamente hacia la cocina.

Mary Cooper observó como Jack se desplazó por la casa, dejando un reguero de agua por la fina alfombra roja.

Con un suspiro angustiado, la mujer los siguió hacia la alcoba.

Jack subía las escaleras que daban a las habitaciones, de dos en dos. El cuerpo de Amelia pesaba menos que una pluma, no así sus ropas mojadas, tan aparatosas que no le facilitaban el trabajo.

Al llegar a sus aposentos, la señora Cooper se adelantó para abrirle la puerta y él, tras entrar, la depositó directamente sobre la cama. Cuando se deshizo del peso de su cuerpo, se dio cuenta de lo exhausto que estaba.

—Llame al médico de inmediato —ordenó.

—Sí, será lo mejor —La señora Cooper tiró varias mantas sobre la cama para que tapara con ellas el cuerpo de su señora y pudiera entrar en calor—. Pero primero hay que quitarle las ropas mojadas.

—Lo haré yo, no pierda tiempo.

Cooper dudó, pero se dio cuenta de que, si él no iba a avisar al médico, es porque estaba exhausto, temblando tanto como ella.

—Usted también debe quitarse las ropas.

—¡Vaya! —la apremió.

Mary Cooper asintió y salió de la habitación dispuesta a cumplir la orden.

Se quedaron a solas y mientras le echaba una manta sobre su cuerpo helado, los labios de Jack se movieron para murmurar.

—Amelia, ¿cómo has podido?

Ella seguía inconsciente, pero temblaba de forma convulsiva. Su piel estaba cada vez más pálida y fría sus labios ya eran del color de las moras. Le tocó la mejilla y la notó helada, como un cadáver. El peinado se le había deshecho y cabellos mojados se le pegaban a la frente y al cuello. Se los apartó con cuidado.

—Todo irá bien —le dijo—. Saldrás de esta, Amelia.

Después de pensar unos segundos si debía o no hacerlo, decidió quitarle las ropas mojadas. No fue tan difícil, la navaja le había facilitado el trabajo al cortar todos los lazos. Ahora solo era una pesada mole de telas empapadas.

Empezó a desvestirla, con cuidado. Primero el torso. Le quitó el corsé y la camisola que había debajo. Tuvo la delicadeza de hacerlo deslizando las manos bajo la manta que la cubría de la cabeza a los pies, respetando su intimidad.

Jack cerró los ojos y se inclinó sobre ella. Acarició sus mejillas y vio como bajo el abrazo de las mantas, iba recuperando el color, poco a poco.

—Eso es —sonrió—. Muy bien.

Al pasar unos minutos sin que Cooper hubiera vuelto, miró en derredor, en busca de alguien, quien fuera, que pudiese ayudarle.

Únicamente se encontró con la pequeña Anita, mirando desde la puerta.

—Anita —le dijo, con toda la dulzura que pudo expresar en ese momento tan delicado— ¿Podrías ir en busca de la señora Cooper? Necesitamos encender la chimenea y preguntarle cuando tardará el médico. También necesitaría beber algo caliente.

La niña no se movió.

—¿Se va a morir? —preguntó la niña, con los párpados húmedos y la carita llena de preocupación.

Jack se acercó a la puerta, la abrió del todo y se agachó frente a ella para mirarla a los ojos, poniéndose a su altura.

—No, no se va a morir ¿de acuerdo?

Anita pareció relajarse y luego asintió, efusiva.

—Pero sí que va a agarrar un buen resfriado. A quién se le ocurre darse un chapuzón entrando el otoño, ¿verdad?

La broma no animó mucho más a la niña, pero sí la hizo reaccionar.

—Voy a buscar a la señora Cooper.

Cuando la pequeña se hubo marchado, Jack regresó a la cama. Se quitó las ropas

mojadas, echando un vistazo al rostro de Amelia que parecía tener mejor color. Se cubrió con una bata holgada, sin duda masculina, alguna que habría dejado el conde en el armario para alguna ocasión. No quiso pensar mucho en ello, ni con cuanta frecuencia su hermano la visitaba. Al atarse el cinturón de seda, se puso una manta sobre los hombros y se sentó en la cama, junto a Amelia.

El colchón bajó por su peso, pero ella no protestó.

La tomó de la mano y al notarla helada, se la frotó. No paraba de temblar, desnuda bajo la manta. Necesitaba entrar en calor cuanto antes. Buscó con la mirada y sus ojos dieron con un pesado arcón a los pies de la cama. Lo abrió y descubrió varias prendas, entre ellas, ropa de dormir. Escogió el camisón más grueso y se acercó de nuevo. Se lo pasó por la cabeza y a medida que iba deslizándolo por su piel, iba destapando la manta, para respetar su pudor. Cuando ya lo tuvo puesto, la volvió a cubrir.

En ese momento apareció una doncella acompañada por la señora Cooper.

—Encended la chimenea —ordenó Jack. La joven obedeció inmediatamente.

—He enviado a un criado en busca del médico, espero que no tarde en llegar.

Jack asintió, para añadir:

—Traed también varias toallas, hay que secarle el pelo o cogerá una neumonía.

Mary Cooper asintió y fue a por lo que el señor había pedido.

Cuando la chimenea estuvo encendida y la señora Cooper hubo traído la toalla, Jack se colocó junto a Amelia y le envolvió el pelo con ella.

—Podéis marcharos ya —les dijo, sin siquiera mirarlas.

Mary Cooper iba a protestar, pero se lo pensó mejor al ver con qué diligencia trataba a su señora. Asintió y abandonó la alcoba detrás de la joven.

***

Amelia sentía un frio tan desgarrador que a duras penas podía respirar. Le dolía la cabeza y el pecho cada vez que inflaba los pulmones para tomar aire. Ese aire, parecía quemarla por dentro. Sí, tenía frío, pero ese frío parecía abrasarla.

Abrió los ojos unos instantes y pudo ver sobre ella el rostro preocupado de su marido. Lucía el ceño fruncido y una expresión turbada. Notó como sus cálidas manos la desvestían, como le rozaban la piel con los dedos en lugares donde no recordaba que la hubiese tocado jamás. Se sintió completamente desnuda debajo de una áspera manta, pero seguidamente él la volvió a vestir con ropa cálida.

Oh, sí, recordaba ese camisón, lo tenía guardado en el arcón con el resto de la ropa de invierno. Si era capaz de hilar ese pensamiento, es que no debía estar tan mal.

Iba a preguntar si se iba a morir, pero fue como si la oscuridad la engullera para escupirla de nuevo al escuchar a su esposo hablar con la señora Cooper.

Acto seguido, sintió el peso de su cuerpo hundiendo el colchón a su izquierda, y como las grandes y fuertes manos masculinas le apartaban el pelo y le masajeaban el cuero cabelludo.

Oh, recordaba esa placentera sensación de la noche anterior.

Fue un alivio sentir como su cabeza entraba en calor. Como todo su cuerpo se relajaba y dejaba de temblar. Poco a poco sus párpados dejaron de vibrar hasta que cayó en un sueño inquietante.

*Corría por el bosque. Las ramas de los árboles le rasgaban la ropa y le arañaban la piel. Sus pulmones le quemaban cada vez que intentaba tomar una bocanada de aire. Pronto las piernas le fallarían.*

*Pedía ayuda, pero nadie acudía.*

*Se sentía sola, con todo el peso del mundo sobre los hombros.*

*Pudo escuchar una voz tras ella, o puede que a su derecha… Esa voz la tranquilizaba, pero al mismo tiempo, sabía que ese sonido estaba unido a un rostro que le producía temor.*

*Pensó en su esposo, en el ser que era antes, y luego visualizó su rostro de nuevo y vio aquella mirada clara. Ese hombre jamás le haría daño.*

*Siguió corriendo por el bosque, su cuerpo cada vez más pesado, sus pulmones ardiendo.*

*Una sombra oscura apareció y empezó a perseguirla.*

*Por momentos, olvidaba quien era y a ratos lo recordaba. Perdió la noción del tiempo, pero la sensación de urgencia no desapareció.*

*Alguien la perseguía.*

*Puede que fuera el diablo…*

*—¡Amelia!*

*Se dio la vuelta al tiempo que jadeaba.*

*Miró hacia la oscuridad, buscando al que acababa de pronunciar su nombre. Era su marido, pero al mismo tiempo no lo era.*

—Amelia —le susurró la voz.

Ella gimió.

No quería responderle, no quería llamarlo por su nombre, porque evocaba demasiado sufrimiento.

—No eres Jonathan.

—Lo soy —le dijo la voz con temor—. Yo…

—¿Cómo puedo llamarte?

No hubo respuesta a su pregunta y cuando la oscuridad quiso volver a arrastrarla hacia el fondo de la inconsciencia, escuchó un nombre.

Jack.

# CAPÍTULO 19

Amelia gemía y se agitaba. Había empezado a mover brazos y piernas y se había destapado, despertando a Jack de su duermevela.

Se acercó a ella, acarició su rostro y lo acunó entre las manos.

—Amelia, estoy aquí, no debes temer.

Ella volvió a gemir y alzó las manos para posarse sobre las suyas. Temblaba demasiado, estaba demasiado caliente. No necesitaba cubrirse con las mantas. Empezó a patear con las piernas y alguien la abrazó, inmovilizándola.

—Amelia, es solo una pesadilla.

En ese justo instante, despertó. Al ver su rostro tan pegado al suyo y sus manos acunándolo, abrió tanto los ojos que pareció que se le saldrían de las cuencas. Soltó un grito tan desgarrador que, de haber sido posible, el castillo mismo habría cobrado vida.

—¡Aaaaaaaahhhhhgggg!

Jack no daba crédito.

Ver a esa mujer en semejante estado hizo que un nuevo sentimiento, desconocido para él, naciera.

La inseguridad.

El rechazo.

De pronto entendió que ella lo estaba mirando como si fuera un monstruo. De repente, comprendió el motivo por el cual todos los sirvientes en el castillo temblaban en su presencia. Nunca, jamás, había visto el terror en los ojos de una persona siendo él la causa de esa emoción.

—Amelia, no soy yo. Jack. Soy Jack.

Cuando ella se calmó, empezó a respirar con rapidez. Sus ojos azules no se apartaban de

los suyos.

—Jack —gimoteó, delirando.

—Eso es. Jack.

Gimió varias veces y después ese terror fue desapareciendo.

Amelia, tragó saliva cuando, de alguna manera y de forma inconsciente, supo que él no era quien pensaba que era. Solo entonces, plegó los párpados y se sumió de nuevo en la inconciencia.

En ese momento, Jack se puso en pie.

Iba a atravesar la puerta cuando, alertada por el grito que había dado su señora minutos antes, apareció Mary Cooper.

—Milord ¿qué ha sucedido?

Jack frunció tanto el ceño que casi sintió dolor en la frente.

—¿Milord? —escupió, con desprecio—. Guárdate esa mentira para cuando haya gente delante.

La señora Cooper no quiso hacerle mucho caso, era evidente que Jack estaba de muy mal humor. Estiró el largo cuello para mirar hacia el lecho.

—¿Puedo pasar?

Jack no contestó, sino que la agarró del brazo y, sin mucha delicadeza, la sacó de la habitación, cerrando la puerta tras de sí.

—¿Qué demonios le habéis hecho a esta mujer para que esté tan aterrada?

—Lord Waterford jamás le puso la mano encima, si es eso a lo que te refieres.

—No hace falta la violencia física para acabar con el alma de una persona.

—Debería alegrarse de haber tomado la decisión de estar aquí en su nombre y que ella no tenga que verse abocada a su presencia ni un instante más.

Jack apretó los labios, más furioso que antes.

Después de tomar varias bocanadas de aire y calmarse un poco, su tono fue áspero, pero al menos no dirigía su ira hacia ella.

—Me vas a decir quién diablos es en realidad lord Waterford o…

—Más bien, querrás saber qué clase de demonio es. —Ante la ceja alzada de Jack, Mary Cooper continuó—. Yo te lo diré. Es de los peores que he creído que pudieran existir.

Jack achicó los ojos y luego resopló.

—Y, aun así, todos en esta casa habéis permitido que alguien así esté con Amelia y los niños.

—Son sus hijos, y su esposa —sentenció Mary Cooper—. ¿De verdad piensas que una criada puede hacer algo contra un conde?

Lo miró como si fuera mucho más ingenuo de lo que creía capaz.

Jack apretó los puños. No era imbécil, por supuesto que nada habrían podido hacer, pero…

—¿Y mi madre?

—¿Qué puede hacer una mujer contra el cabeza de familia? —Cooper suspiró—. De verdad hijo que me pasma tu inocencia. Parece que haberte criado con los gitanos no te ha hecho ver el mundo tal cual es.

—Creo que tendrías que aprender mucho de los gitanos —le dijo, pensando en Jewel.

Ella desde luego no era como Amelia, y no se hubiera dejado avasallar, ni aterrorizar por su marido.

Suspiró, apartándose de Mary Cooper.

—No obstante —dijo la mujer—, entiendo lo que quieres decir.

Por un momento, creyó ver como bajaba la cabeza, avergonzada.

Impotente, miró al final del corredor.

—Voy a hablar ahora mismo con la vieja bruja de su suegra.

—Es decir, tu madre.

Jack ignoró el inciso.

—Te aseguro que esta vez me va a oír.

Al decir esto, la señora Cooper se atrevió a preguntar:

—¿Qué piensas hacer?

Jack se dio la vuelta y la miró de tal forma que ella pensó que estaba ante su hermano y no frente al alegre Jack Doran.

—Lo que alguien debería haber hecho hace mucho tiempo.

Se giró y empezó a caminar, pero no llegó muy lejos en su busca, pues la condesa viuda de Waterford apareció en el corredor junto con el doctor Jackson. Se miraron por un largo instante, durante el cual ella avanzó junto al buen hombre.

Era un hombre grueso, con un largo bigote y unas patillas que se le unían a la barba, rodeando la mandíbula y disimulando la papada. Sus ojos eran pequeños y oscuros. De inmediato se posaron en la puerta de la habitación, luego viajaron hasta Jack.

—Lord Waterford.

—La he hecho entrar en calor —fue directamente al grano. También lo hizo el doctor.

—Si me lo permite, examinaré a su esposa.

—Para eso se le ha mandado llamar y lamento que haya tardado tanto —contestó, haciéndose a un lado mientras la condesa viuda le soltaba a su hijo una mirada cargada de reproche.

Cuando el hombre hubo entrado en el dormitorio, después de que la señora Cooper lo acompañara junto al lecho, Jack centró toda la atención en su madre.

Miró por encima del hombro y cerró la puerta después de cerciorarse de que Amelia era atendida.

—Ahora que el doctor Jackson ha empezado a hacer su trabajo, tú y yo vamos a tener una seria conversación —las palabras dichas con los dientes apretados, no le gustaron nada a la mujer, pero mucho menos le gustó el despreció que vio en sus ojos.

—Recuerda quien soy —dijo con altivez.

—No —la acalló, Jack—. Recuerda tú quien soy yo.

La cogió del brazo y prácticamente la arrastró hasta la primera puerta que encontró a su derecha.

Lady Waterford se dejó llevar, espantada y muda por la sorpresa, hasta que Jack la metió en la habitación contigua, que resultó ser el despacho de su hijo, para después cerrar la puerta de un portazo.

Lo vio caminar hacia el gran ventanal y abrir las cortinas con violencia. Todo era demasiado siniestro, oscuro.

—Vivís en las sombras —espetó, molesto.

Para un hombre que se había pasado toda la vida recorriendo caminos y durmiendo bajo las estrellas, vivir en semejante penumbra, era desquiciante.

Su madre no dijo nada, pero se lo quedó mirando cuando se acercó de nuevo a ella, con lentitud.

—Quiero luz en toda la casa. Se acabó esta maldita penumbra, ¿me has entendido?

La condesa viuda lo miró impertérrita, pero asintió.

Por la expresión que lucía su hijo, era evidente que estaba furioso. Así mismo, la mujer seguía sin ver ningún parecido en carácter con su hermano gemelo, al contrario, vio aún más diferencias.

Jack era pasión, puro fuego, un terremoto que arrasa con todo a su paso, Jonathan era calculador, la frialdad personificada.

Pero el fuego quemaba.

—Algo muy grave tiene que estar sucediendo en esta casa para que esa mujer intentara quitarse la vida.

Lady Waterford abrió los ojos como platos.

¿Cómo? ¿Amelia había intentado quitarse la vida? ¡no era posible!

—¡Eso es absurdo! —dijo, alzando el mentón y ofendida de que pensara eso de Amelia.

No es que su nuera fuera lo que hubiera querido para su hijo, pero tenía la cabeza muy bien amueblada, y aguantaba con estoicismo los defectos de su marido. Nunca la había escuchado quejarse. ¿Por qué intentaría quitarse la vida?

—No, no es absurdo. Yo mismo vi como se lanzaba al río.

—Debiste ver mal —insistió—. Amelia jamás haría algo así. Ella ama a sus hijos, jamás los dejaría huérfanos. Y si no lo hizo cuando Jonathan estaba aquí, pregúntate porque lo haría ahora que se supone que la has tratado bien. Porque la has tratado bien ¿no?

Jack la miró boquiabierto.

—¡Por supuesto!

—Bien —dijo, suspirando—. Entonces lo que dices es absurdo, tu esposa no tenía motivo alguno…

—No es mi esposa. Ese es el motivo —respondió, con sequedad—. Si fuera mi esposa no tendría ninguno que la hiciera desdichada. Pero ha vivido por años con su hijo desquiciado…

—Ya es suficiente. Lo he entendido —dijo alzando la mano y apartando el rostro para ignorar la verdad—. Pero entiende tú que Amelia jamás se quitaría la vida. Debió ser un accidente.

Jack por primera vez dudó, y para calmar los nervios empezó a caminar como una fiera enjaulada. Tal vez esa bruja tuviera razón, o puede que le doliera demasiado pensar en que había atentado contra su vida y prefería creer que había sido un accidente.

Sacudió la cabeza en señal de negación.

Aunque así hubiera sido, aunque hubiera sido un accidente, era evidente que algo estaba sucediendo allí. Algo muy grave.

Miró a su madre nuevamente, y esta vez la mujer se estremeció de la cabeza a los pies.

—Siento que me has mentido. Siento que aquí está pasando algo que no es normal. Los criados palidecen cada vez que me ven aparecer. Amelia no deja de temblar, aunque cree que no me doy cuenta. Toda la casa está a oscuras. Las doncellas se espantan cada vez que las miro o les pido algo.

—Por eso, mi pobre hijo está en el manicomio. Ya sabías qué clase de hombre era al venir aquí. Deja de sorprenderte tanto.

—¿En qué manicomio? —quiso saber.

—Eso no es de tu incumbencia.

La condesa palideció al darse cuenta de que quizás Jack querría verlo, enfrentarse a él. No se lo iba a permitir.

—Señora, ¿qué les hizo a todos lord Waterford ? ¿Como es posible que Amelia esté tan sola? Tu hijo es un monstruo. ¿Como lo has consentido?

La condesa viuda golpeó el suelo con su bastón.

—¿Vivir como un salvaje, criado por gitanos, no te ha enseñado que las mujeres no tenemos poder ni influencia? —respondió con altivez y aspereza— ¿Acaso las gitanas no se deben a sus esposos y obedecen sus órdenes?

—Esto no tiene nada que ver con lo que te estoy diciendo. —Hizo un gesto con la mano, desechando sus palabras—. Anita me ha contado cosas que no tiene por qué vivir una niña de cinco años. A veces Jon me teme, se asusta cuando me ve. Y Amelia…

—Hijo, espera a que todo pase. —El tono de voz de la dama se suavizó, pero Jack supo que era un subterfugio—. Pronto se acostumbrarán a ti, y dejarán todos de temerte.

—Sienten pavor.

—Dales una buena vida a esa mujer y a los niños. Quédate con ellos para siempre y poco a poco las cosas se arreglarán.

Jack la miró como si le hubiesen salido dos cabezas.

—¿Por qué tengo que soportar esta carga? —Nada más decir eso, Jack se arrepintió.

Cierto que no tenía por qué ocuparse de ellos, pero en el poco tiempo que llevaba en aquella casa, sentía que tenía una responsabilidad, no sólo con Amelia, también con los niños. Especialmente con ellos. Además, eran sus sobrinos. Eran su familia. Y no, no eran ninguna carga.

Aun así, habían llegado a un acuerdo y esa mujer lo cumpliría.

—Primero dejaste que me abandonaran. —Se acercó a ella con dedo acusador—. Luego permitiste que una pobre joven se casara con un monstruo. No me hagas responsable a mí, de mirar hacia otro lado.

—¡Hijo!

—Ni se te ocurra llamarme así.

Dicho esto, abandonó la habitación dejando el sonido de un portazo tras de sí.

Empezó a caminar por el pasillo y se dio de bruces con el doctor Jackson cuando él salía de la alcoba de Amelia.

—¿Cómo está? —preguntó, nervioso.

—Ha hecho bien en hacerla entrar en calor, milord. Aunque, como mínimo, habrá agarrado un resfriado. Es de constitución débil y delicada. Necesita mucho reposo.

Jack ocultó una mueca de disgusto. Quizás Amelia no sería tan frágil si no se hubiera visto abocada a una vida encerrada en esa casa, que bien podría ser una mazmorra. Tomó nota de sacarla a pasear bajo el sol cuando todo esto pasara.

—Hay que vigilarla para que no termine en neumonía, lo que resultaría fatal.

Jack asintió cuando las palabras del doctor lo devolvieron a la realidad.

—Entiendo.

La señora Cooper salió de la alcoba y ralentizó sus pasos para quedarse cerca del doctor y poder acompañarlo a la puerta.

—Ordene que beba mucho líquido y, sobre todo, que descanse. No debería salir de la cama en unos días.

—Gracias doctor.

—También deben darle este jarabe —le ofreció un frasco, que la señora Cooper se apresuró a coger.

—Me encargaré de que lo tome, doctor.

—Bien, que pasen una buena tarde y si la dama empeorase, Dios no lo quiera, no duden en mandarme a llamar.

—Así lo haré, doctor.

Cuando el hombre se hubo marchado, Jack miró a la señora Cooper y le quitó el frasco de las manos.

—Yo me encargaré de dárselo —le dijo, para después mirar a la condesa viuda, que acababa de salir de la puerta contigua—. No confío en nadie. Este es el hogar del demonio.

# CAPÍTULO 20

Tras la discusión con la condesa viuda y visiblemente alterado, Jack regresó a la alcoba de Amelia. Pero nada más entrar, al verla sobre la cama, tan indefensa y con ese aspecto febril, el enfado se transformó en preocupación.

De nuevo, tomó asiento en el sillón que había estado utilizando para velar por Amelia. La observó con detenimiento inclinándose hacia delante para poder ver mejor su rostro. Había recuperado el color, pero la preocupación hizo que no la viera fuera de peligro. Alargó una mano para tomar la manta que la cubría y tiró un poco más hacia arriba hasta taparle la barbilla.

—Así, mucho mejor, ¿verdad? —le habló como si pudiera escucharle.

Desplazó la mirada por la mesilla, consciente de que aquella ahora era la habitación de una enferma. El médico le había administrado una tisana y un jarabe, por lo que empezaba a sudar copiosamente.

—No te preocupes, te pondrás bien. —Apartó un mechón invisible de su frente y al ver sus párpados vibrar, apartó la mano, con miedo de haberla despertado.

Debía descansar y por ello, procurar no estorbar su sueño. Pero no se apartaría de su lado, sólo él se encargaría de Amelia.

No se fiaba de nadie en aquella casa. Si aquellas personas que la habitaban, la habían dejado a merced del monstruo de su marido sin intervenir, no eran dignas de confianza.

Cuando se hubo sentado, pasados unos minutos, entró la señora Cooper.

—¿Desea que le traiga algo, milord?

Iba a protestar de nuevo por el tratamiento recibido, pero enseguida se fijó en la doncella que traía una jofaina de agua y trapos limpios para refrescar la frente de Amelia.

Carraspeó al tiempo que se la arrebataba de las manos.

—Que traigan a Lupo de las cocinas —exigió. La muchacha miró a la señora Cooper al ser desplazada en sus deberes, pero Mary asintió, permitiendo que la doncella se retirara.

—¿Estás seguro?

—Su cercanía la ayudará en su recuperación —aseguró—. Y si despierta, se sentirá más animada.

—Por supuesto.

Cuando la mujer asintió, añadió:

—Ah, y que una de las doncellas suba una palangana con agua fría cada cierto tiempo, no quiero tener que pedirla. —Necesitaba bajarle la fiebre y no serviría de nada si el agua se calentaba con los paños.

Mary Cooper tuvo el buen juicio de no contradecirlo y al poco tiempo, el perro entró en la habitación. Se sentó sobre la alfombra, junto a la chimenea, y Jack se dispuso a atenderla.

—Se pondrá bien, Lupo —habló como si el perro fuera de las pocas criaturas que se preocupaban por Amelia.

Estaba tan caliente que, al poco tiempo, los paños que le puso en la frente acabaron ardiendo.

La doncella entró varias veces por si necesitaba algo, parecía inquieta, como si le molestase que el mismo conde estuviese haciendo su trabajo. Cuando atravesó la puerta por cuarta vez, él le pidió amablemente que sólo acudiera cuando se la solicitara. La muchacha salió de la estancia absolutamente anonadada.

—Todo irá bien, cariño. Descansa. —Acarició la frente de Amelia y retiró el paño tibio para volver a refrescarlo en el agua.

Amelia sentía cómo su piel ardía. Las sábanas se le pegaban y parecían garras, que la arañaban, quizás intentando arrastrarla hacia lo profundo, hacia el fondo del lago. Hacia el infierno.

A veces abría los ojos y se asustaba al ver el rostro de su esposo tan cerca suyo, pero otras veces lo veía relajado, dormitando en un sillón, a su derecha. Era en esas ocasiones que se daba cuenta de que era su nuevo esposo. Desde luego el otro Jonathan jamás la hubiera cuidado y mucho menos con la devoción que sentía cuando él le acariciaba la mejilla o refrescaba su rostro y cuello con un paño húmedo. No, ese era su nuevo marido… Jack.

¿Jack?

¿Por qué le venía ese nombre a la cabeza?

Se revolvió inquieta, pateando las mantas y murmurando cosas incoherentes pero que ella veía al alcance de su mano.

*Quizás Pity no vuelva. Quizás él la tenga. Quizás se fue al cielo como el pajarito.*

Enfocó la mirada para ver los profundos ojos se ese hombre preocupado.

—¿Harías daño a una criatura indefensa? —Vio asombro en los ojos del hombre—. No, tú no —se respondió a sí misma.

Jack, no lo haría.

Sonrió al verlo tan cerca, inclinado sobre ella, acariciando su ceja con el dedo índice que iniciaba una y otra vez el recorrido por su sien, cejas y pestañas.

Cuando distinguía la cicatriz en su frente, se calmaba.

Ese era su otro esposo, no el indiferente, el frío y el cruel, sino el que cuidaba de ella, el amable, el de la hermosa sonrisa y la carcajada sincera.

Sólo entonces, se dejaba ir para volver a entrar en un sueño reparador.

—Duerme amor mío —escuchó que le decía. Y ella quiso complacerle.

***

El tiempo pasó despacio mientras Jack se preocupaba de que Amelia siguiera respirando

y sin fiebre. Pero como todo llega a su fin, la convalecencia de su esposa, también lo hizo.

Pasó casi una semana en la cama, pero después de la fiebre de los primeros días mejoró notablemente.

Amelia se sentía con fuerzas, sin embargo, su esposo se empecinó en no permitirle abandonar la habitación. Aunque tampoco le permitió aburrirse.

No la dejó sola ni un momento y cuando la vio lo suficientemente fuerte, avisó a los niños para que trasladaran su cuarto de juegos al dormitorio de su madre. Jack se había dado cuenta de que el estado de ánimo de Amelia mejoró con Lupo, ni que decir con sus hijos. Por supuesto, la condesa viuda puso el grito en el cielo, pero a ninguno les importó sus quejas, y mucho menos a Jack.

Durante esa semana, jugaron a las cartas, Anita trasladó allí todas sus muñecas y Jonathan no perdía oportunidad de demostrar su pericia con las canicas mientras Lupo dormitaba en el que se había convertido en su rincón favorito, junto a la chimenea.

Ver como Amelia sonreía cada vez que el perro abría los ojos para después bostezar, era como un bálsamo para él.

Para Amelia, la risa de los niños y los cuentos de hadas que su esposo les contaba antes de irse a dormir, le acariciaron el corazón. Se sorprendía contemplando la escena cotidiana de tenerlos a todos cerca, jugando y compartiendo momentos. Aquello era en verdad una familia, lo que nunca había vivido y que, al fin, estaba descubriendo.

Para Amelia, fue lo más parecido a la felicidad.

Y todo gracias a su esposo.

Los días pasaron y el cielo que había descargado todo su poder contra Waterford Hall y sus alrededores, se había calmado. Ahora solo disfrutaban de días plácidos y soleados. A Jack le encantaba quedarse junto a Amelia mientras ella se pasaba leyendo en el gran butacón del saloncito azul con una manta sobre sus piernas. A veces se compadecía de él y le leía algún

fragmento del libro que había caído en su poder para ser devorado.

Una tarde, tras rebuscar en la biblioteca en busca de algún entretenimiento para Amelia, Jack encontró un libro especialmente interesante. Cuando apareció por la puerta y le mostró el enorme tomo de *Frankenstein o el moderno Prometeo*, pudo ver la sonrisa de su esposa.

Ella se alegró de que él recordara su gusto por las novelas góticas.

—No he encontrado ningún libro de vampiros, pero creo que este va de un monstruo tan encantador como terrorífico.

Amelia rio la broma y tomó el libro cuando él se lo acercó.

—Muy atento por tu parte, esposo.

—Aquí pone anónimo —dijo, sentándose en el sillón, junto a la cama—. ¿Crees que podría haberlo escrito una mujer?

—Es posible —Amelia sonrió, pícara, como si guardara un gran secreto.

Jack la miró y le guiñó el ojo izquierdo, un gesto que ella jamás había visto en el antiguo conde, pero que iba siendo habitual en este hombre que la tenía realmente fascinada.

Cuando Amelia abrió el libro para empezar la lectura y compartirla con él, lo vio mirando por la ventana, sumido en sus más profundos pensamientos. Por su expresión sentía intranquilidad y eso le provocó cierto temor y tristeza.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Amelia.

—¿No te parece un engaño que alguien oculte su verdadera identidad? —preguntó, de pronto muy serio.

Amelia abrió la boca para responder, pero no salió sonido alguno.

Pensó en aquellas palabras.

—¿Qué quieres decir?

Jack volvió el rostro hacia ella y no pudo escapar de su fija mirada.

—¿No es mezquino ocultarse en… un pseudónimo? —Hizo una mueca como si no fuera lo que realmente quisiera decir—. En fin, son muchos los que piensan que anónimo es un hombre, lo dan por sentado. Pero si no lo es, si es una mujer. ¿No te sentirías engañada y

traicionada?

Amelia no dudó mucho al responder.

—En este caso, no.

—¿Por qué?

—Si es una dama quien ha escrito este libro, y yo creo que sí, esta sociedad encorsetada en la que nos ha tocado vivir, podría desacreditarla. Tiene sus motivos para ocultarse.

—Para mentir —sentenció Jack.

—Bueno, hay mentiras y mentiras.

Jack alzó una ceja, interesándose por llevar esa conversación hacia un lugar concreto.

—Entonces si una persona engaña a otra y la hace feliz…

Las pupilas de Amelia se dilataron.

—Si la hace feliz y sus sentimientos son sinceros, será una buena persona, y habrá un buen motivo para la mentira, ¿no es cierto?

—¿Entonces lo perdonarías?

Ella asintió.

—Lo perdonaría. —Y esas palabras valieron más que todas las joyas que ocultaba aquella casa.

Jack guardó silencio, pero no desvió la mirada de Amelia.

Se quedaron así por un largo instante, hasta que la voz de Jack volvió a resonar en la habitación.

—Si la autora es una dama, ocultándolo —terminó diciendo, Jack—, mantiene el misterio y puede ganarse su sustento con lo que más le gusta hacer, que es escribir.

—Exacto.

—Y a ti, Amelia —Jack apoyó los codos en las rodillas, y se acercó un poco más a ella —. ¿A ti qué es lo que más te gusta hacer?

—¿A mí? —preguntó, súbitamente ruborizada.

—Sí, a ti.

—Bueno… me gusta cuidar de mis rosas, estar con los niños. Y… Estar contigo.

Apartó la mirada mientras sus mejillas adquirían un rubor intenso. Carraspeó, sintiéndose algo avergonzada por su franqueza.

En ese momento, Jack sintió una fuerte presión en el pecho. Tomó aire con lentitud para que su corazón volviese a su ritmo normal.

Alargó el brazo para rozar su mejilla como tantas veces había hecho mientras estaba convaleciente.

Echaba de menos su contacto. Amelia era hermosa, pero no era esa belleza lo que lo atraía de ella. Era… todo, en su conjunto.

—Eres tan perfecta —susurró.

La mirada de ella volvió a posarse en el rostro de Jack.

—No lo soy.

—Para mí, sí.

¿Qué podía decir a eso? Que no era cierto, que sabía que nunca la había mirado de ese modo. Y, no obstante, lo que veía en la mirada de él, era pura honestidad.

—Jon…

Como le fastidiaba que lo llamara así, pero eso era algo que no podía cambiar. Todavía no.

—¿Sí?

—No me mires así, te lo ruego.

—No puedo evitarlo, eres lo más encantador que he visto nunca.

Los labios de Amelia se abrieron ligeramente para decir algo que se quedó suspendido en el aire. Porque en ese justo instante, entraron los niños, interrumpiendo un momento que empezaba a ser mágico.

# CAPÍTULO 21

Era una noche oscura, sin luna.

Jack había abandonado la habitación de Amelia, donde seguía durmiendo en el suelo para consternación de ella, que le había pedido en más de una ocasión que volviera a dormir a su lado.

Pero no podía hacerlo.

Dormir en la misma cama implicaría tenerla muy cerca. La tentación sería demasiado grande y no iba a aprovecharse de ella. No hasta que estuviera seguro de que Amelia comprendía que él no era el hombre con quien se casó.

A veces pensaba que lo había entendido, pero otras veces… No, otras veces Amelia simplemente pensaba que su esposo había recibido un tratamiento milagroso que por arte de magia lo había convertido en buena persona.

Chasqueó la lengua y revisó el saloncito donde se encontraba.

Dejó el quinqué sobre la cómoda y metió en el saco que llevaba entre las manos, dos candelabros de plata. De nuevo volvió a recoger el quinqué y salió de ahí para asaltar otra habitación.

Caminaba en silencio por uno de los corredores del ala oeste, con una mano sosteniendo el saco lleno de objetos de valor que balanceaba de un lado a otro, como si fuera un trabajo muy sencillo ese de robar a los Waterford.

Con un movimiento, colgó el saco tras su espalda. A cada paso que daba, sonaba un pequeño tintineo.

—Hmm… —Se paró frente un hermoso reloj, sobre la repisa de una chimenea que haría años que no se encendía y lo sopesó—. ¿Servirás?

Estaba bañado en oro y sus agujas eran de plata. Volvió a dejarlo en su sitio. Era

demasiado pesado y aparatoso de transportar. De momento sólo elegiría cosas pequeñas y fáciles de llevar, aunque los candelabros, sabía que se fundirían con rapidez y valdrían para que su gente pasara un buen invierno. Las joyas de la condesa viuda eran perfectas, pero no podía cogerlas o se darían cuenta de que había un ladrón en Waterford Hall antes de poder empezar de verdad con el espoleo.

Al ver una armadura de plata con detalles en oro, pensó que era una lástima por su tamaño, a menos que se la llevase puesta. Sonrió ante su propia broma. Seguro que al pequeño Jonathan y a Anita les encantaría verlo de esa guisa.

Siguió caminando entre la penumbra.

Hasta que se escuchó el reloj del salón dar las doce en punto.

*Oh, maldición, se me ha echado el tiempo encima.*

Con cuidado de no hacer excesivo ruido que pudiera alertar a alguien de la casa, y así evitar dar explicaciones, deshizo el camino. Bajó las escaleras de dos en dos y se metió en el corredor que conducía a las cocinas.

Esa noche le esperaba una visita importante y no podía faltar.

Entró sonriendo, y el quinqué que dejó sobre la mesa de trabajo de la cocina, iluminó la enormidad de la sala. Al fondo vio la acristalada puerta blanca que daba a un zaguán. Se encaminó hacia allí, y no se sorprendió al encontrarse a una figura encapuchada.

—Ya puedes salir de tu escondite —dijo abriendo la puerta de golpe.

La figura no se sobresaltó, puesto que lo había estado esperando.

La esbelta mujer, no demasiado alta, avanzó unos pasos hasta alejarse del frío de la noche. Se quedó cerca de los fogones apagados. Se deshizo de la capucha con un movimiento de cabeza y sonrió a su amigo.

—Oh Jack, pensé que no vendrías —dijo Jewel.

—Cuando escuché el reloj dando las doce tuve que atravesar medio castillo para llegar hasta aquí.

Ella rio al escuchar que había llamado a la casa castillo, pero lo cierto es que, a pesar de

ser de estilos muy distintos, sí que evocaba a algo medieval. Algo antiguo y siniestro.

—Oh, Jack —Jewel alzó los brazos para fundirse en un abrazo con su mejor amigo. Luego suspiró y lo empujó para hablarle con un todo totalmente despreocupado—. Cielos, no sé como no te pierdes en este lugar. Es grandioso. Me ha costado mucho encontrar la puerta adecuada. —Estiró el cuello hacia el saco que él acababa de dejar sobre la mesa central y se frotó las manos—. Bueno, bueno, ¿qué has conseguido robar?

—Dos candelabros, varios relojes de bolsillo del loco de mi hermano y parte de una cubertería de plata.

—¡Estupendo! —dijo Jewel, sacando una fina cucharilla de té, tras rebuscar en el saco.

—No las vendas en la aldea. Si alguien echa todo esto en falta, las autoridades estarán atentas y podrían descubrirnos.

—No he nacido ayer. Lo fundiré y las pequeñas piezas de plata nos aprovisionaran. Vienen tiempos difíciles.

—El otoño se acaba —dijo Jack, como si la encontrara demasiado dramática.

—Sí, pero… —Se volvió hacia él y sus ojos le mostraron una inquietud muy impropia en ella—. Están pasando cosas.

—¿Qué clase de cosas?

Jewel miró en derredor, precavida, para después clavar de nuevo la mirada en Jack.

—West y sus hombres están inquietos —dijo, en su oído—. Al parecer, un encapuchado ha estado merodeando por el bosque. Hace unos días, unos niños lo vieron oculto, junto a las antiguas termas.

—¿Y qué con eso?

—Que han desaparecido chicas.

—¿Cómo? —preguntó, asombrado.

—Y como te puedes imaginar, echarán la culpa a nuestra gente. Nuestro sustento no está asegurado, aunque tengamos un pacto con el conde de Waterford —lo miró significativamente —. Los caminos empiezas a ser peligrosos y la gente no nos quiere cerca de sus fincas.

—Podéis quedaros cerca de la casa.

—Dudo que a tu madre le guste la idea.

Él resopló.

—No me importa lo que le guste o no a mi madre.

Suspiró, mientras meditaba sobre lo que le estaba contando. Mujeres desaparecidas, y problemas para los gitanos.

—¿Sabéis de quién podría tratarse el hombre encapuchado?

—No le vieron el rostro, pero era corpulento, y eso no es todo, aún viene lo peor. —Jewel se acercó más a Jack, hasta susurrarle en el oído—. Ayer apareció un cadáver, flotando en el río.

—Maldición. —Jack sintió como se le erizaba el vello de la nuca. Se la frotó y ocultando su inquietud, asintió, invitándola a proseguir.

—Se trata de una mujer joven y rubia, pero por lo demás, está totalmente irreconocible. Una de las chicas que la vio nos contó que tenía una raja en el cuello y la cara desfigurada.

—¿La golpearon?

—La desfiguraron a cuchillo.

Jack no dijo nada, contuvo el aliento al suponer acertadamente que se trataba de algún perturbado, un monstruo… Sintió otro escalofrío recorrerle la columna vertebral y descartó la idea que acababa de aparecer en su mente.

—Supongo que no habéis echado en falta a ninguna mujer ni a ningún niño del poblado, o no estarías tan tranquila.

—No, todos estamos bien, pero no creas que estoy tan tranquila. Ni yo, ni los demás lo estamos. Ninguna de las chicas se atreve a lavar las ropas en el río, o a ir en busca de leña sin que las acompañe un hombre o dos.

—Jewel, me preocupa que regreses al poblado en semejantes circunstancias. Voy a tener que acompañarte de regreso.

—No hace falta —dijo, con una sonrisa coqueta—. Yo no me incluyo entre esas chicas. Y además, West me está esperando afuera.

Jack resopló.

—Se suponía que nadie debía enterarse de esto.

—Cállate —se rio—, he conseguido que se interese lo suficiente por mí como para pasar tiempo juntos. Lamento que sea huyendo de un asesino, y no retozando en una cama —se encogió de hombros—, pero qué le vamos a hacer.

—Por Dios —se quejó Jack—. Aunque me alegra que no tengas que atravesar el bosque tú sola.

—Anímate. West es de fiar.

Sí, lo era, además de ser el jefe del poblado, era un buen tipo.

—Lo sé.

—Y nadie sabrá que estás aquí y que no eres el verdadero conde de Waterford.

De pronto, temió por Amelia y los niños y se apuntó mentalmente pedirles que no saliesen solos del castillo.

—¿Sabes si se ha avisado a las autoridades?

—Jack, lo que más me preocupa es que alguien lo haga. Ya sabes hacia dónde recaerán las culpas. —Lo sabía bien. El pueblo gitano a menudo cargaba con crímenes que no había cometido.

—De igual forma, habría que detener a ese asesino que no tiene reparos en campar por mis tierras.

—Vaaaya —bromeó Jewel, tras darle un toquecito en el hombro con el puño cerrado—, ¿ahora son tus tierras?

—Olvida lo que acabo de decir, y ten mucho cuidado, ¿quieres? —dijo, tomándola por los hombros y dedicándole una sonrisa amistosa.

Jack estaba realmente preocupado.

—Sí.

—¿Y cómo está la abuela? La echo muchísimo de menos.

—Ya sabes como es Jane, se esfuerza en aparentar que está perfectamente, pero no puede

decir más de dos frases seguidas sin que le entre un ataque de tos.

Ese dato lo preocupó de veras.

—Necesito ir a verla. Tendré que escaparme de aquí cuanto antes para visitarla.

—No te lo recomiendo, se enfadará.

Jack alzó una ceja para dejarle claro que le daba igual.

—Me ha dicho que no te separes de esta gente ahora que el demonio ha empezado a enseñar la pezuña.

—¿Ha vuelto a tener visiones?

—Seguramente se refiera al encapuchado, pero ya sabes que también es muy reacia a compartir sus visiones.

—No me importa lo que crea o haya visto —se quejó Jack—, es mi abuela y ya que no me permite cuidar de ella como Dios manda, no me negará una visita.

—Descuida, yo me estoy ocupando. Confía en mí.

—Te confiaría mi vida, Jewel.

Ella asintió satisfecha.

Tomó el saco lleno de lo que parecía el botín de un rey y lo sopesó.

—Necesito vender esto rápido para que podamos llevarla con un buen médico y pagar el tratamiento, lo más pronto posible. —Jewel suspiró.

—Esta misma mañana ha venido el doctor Jackson, lleva una semana atendiendo a Amelia. Si se lo pido, podría haceros una visita.

—Inténtalo —asintió Jewel—, quizás ver a un matasanos vestido de punta en blanco le alegre el día a tu abuela. Sigue teniendo un sentido del humor muy particular.

—Pobre doctor Jackson.

Se rieron al unísono.

—Por cierto, ¿qué tal con la esposa de tu hermano? ¿Está mejor?

—Se ha recuperado.

Al ver que la condesa ya estaba fuera de peligro, se interesó un poco más por ella.

—¿Es bella?

Jack se llevó la mano al corazón de forma inconsciente. Acababa de sentir una fuerte oleada de calor, que le golpeó en el pecho. Al parecer, esa calidez se reflejó en su cara, porque Jewel soltó una carcajada musical.

—Vaya, vaya, Jack Doran. La damisela es de tu agrado.

—Es buena y encantadora. Claro que me gusta.

—Hhm… —Apoyó el peso del cuerpo sobre la pierna izquierda y colocó la mano en la cadera— ¿Sabes qué creo, Jack Doran?

—Sorpréndeme.

—Que te estás enamorando de Amelia.

De nuevo ese calor abrasador.

—¡Bah! No digas tonterías. —Le restó importancia con un manotazo—. ¿Enamorado yo? Eso no va a suceder.

Era una frase que siempre repetía cuando conocía a una mujer especial. Pero en ese momento, por primera vez en su vida, sintió que estaba mintiendo. ¿Por qué? Por su sonrisa, por la necesidad de protegerla y velar por ella, por esos ojos azules como el cielo que se abrían al verse sorprendida. Su cara de concentración cuando leía un libro, el sonido de su risa cuando le contaba una chanza o la expresión de amor incondicional que lucía al observar a sus hijos. Sí, puede que Jewel tuviese razón, puede que se estuviese enamorando de Amelia. Pero no iba a reconocerlo.

—Lo sabía.

—No sabes nada, Jewel.

—Oh, me estoy poniendo celosa —la bella gitana hizo un puchero, y Jack la agarró por la cintura.

Ella empezó a reír y en ese justo instante, algo en la cocina cayó al suelo causando un gran estruendo y haciendo que él y Jewel se volteasen de súbito.

—Lo… lo siento —dijo una voz, cargada de desconcierto.

Los ojos de Jack se abrieron como platos y sintió que le faltaba el aire.

Jewel había dejado de sonreír al ver que la esposa del conde de Waterford los había descubierto.

Y Amelia… estaba blanca como la pared.

—¿Jack Doran? —dijo Amelia, repitiendo el nombre que había escuchado en un susurro tan bajo que ni siquiera estuvo segura de que el sonido hubiera llegado a sus oídos.

Pero sí llegó a los de Jack. Y en ese momento, él palideció.

# CAPÍTULO 22

Amelia no podía dormir. No quería reconocerlo, pero llevaba horas esperando a que su esposo acudiese a su habitación, como cada noche. A pesar de que seguía durmiendo en el suelo, sobre la alfombra, se había acostumbrado a su suave respiración, que la apaciguaba y lograba que conciliase el sueño como nunca antes lo hizo.

Quien le hubiera dicho que la presencia de su esposo le resultaría un bálsamo, seguramente jamás lo habría creído, y sin embargo…

Pero aquella noche estaba tardando demasiado, y se sentía inquieta.

Durante los días en los que había permanecido convaleciente, y a pesar de las enérgicas protestas de su suegra, Jonathan mandaba subir la cena a la habitación que compartían de manera tan peculiar. Ambos cenaban con los niños, extendiendo una manta en el suelo. Los pequeños reían y si no se hacía especialmente tarde, se divertían jugando después de terminar el postre. Por supuesto, Amelia se quejó al principio. No era forma de educarlos y ese comportamiento iba en contra de todo recato, pero pronto se dio cuenta de que… sí, era divertido. Los niños reían y ella era feliz.

Frunció el ceño cuando escuchó el reloj del salón dar las doce.

Se incorporó, abrió el cajón de su mesilla de noche y sacó un fósforo con el que encendió la vela. Momentos después, ya se había calzado, puesto una bata sobre los hombros y salía de su alcoba con el candelabro en la mano. Bajaría a las cocinas para tomar un vaso de leche, y quien sabe si estirar el cuello dentro del despacho de su marido, o en la biblioteca y cerciorarse de que estaba en la casa.

Asegurándose de que no había vuelto a marcharse, ahora que su presencia era tan apreciada por los niños, le haría conciliar el sueño con más facilidad.

Se arrebujó la bata y salió al corredor. Caminó rápido, el contraste del calor de la cama y las frías corrientes de aire que soplaban por la casa la hicieron temblar y pronto le empezarían a castañear los dientes, pero cuando pasó por la habitación donde dormían sus hijos se asomó por la puerta entreabierta. Una sonrisa escapó de sus labios cuando los vio profundamente dormidos. Anita se había destapado, se acercó con cuidado de no despertarla y la arropó. La besó en la frente y luego besó a Jonathan. Los observó varios segundos más hasta que reanudó su camino.

Atravesó el oscuro corredor y bajó las escaleras, cruzó el salón y el recibidor y justo cuando iba a entrar en las cocinas, escuchó unas voces. Una de ellas era la de su esposo.

La otra, era de una mujer desconocida.

Se paró en seco.

Le extrañó la forma tan coloquial con que hablaban, como si fueran viejos amigos y hubieran compartido más de un secreto.

Al pensar en la posibilidad de que pudiera tener una amante, se olvidó de respirar.

Se llevó una mano al corazón y, de pronto, se dio cuenta de que no era una conversación íntima…

*Dos candelabros, varios relojes de bolsillo del loco de mi hermano y parte de una cubertería de plata.*

¿De qué estaba hablando Jonathan?

Dio un nuevo paso y se inclinó por la puerta entreabierta de la cocina. El resplandor de las velas y el fuego mortecino que aún quemaba en la cocina, iluminaron a la pareja.

*Me preocupa que las vendas en la aldea. Si alguien echa todo esto en falta, las autoridades estarán atentas y podrían descubrirnos.*

¿Avisar a las autoridades? ¿Qué estaba pasando?

Se descalzó las zapatillas para que el sonido de sus pasos no la relataran y avanzó hacia ellos, lentamente, ocultándose tras el arco de la entrada. Pero algo que dijo la mujer, la desconcertó.

*¿Qué tal te va con la esposa de tu hermano? ¿Es bella?*

¿La esposa de su hermano?

Durante unos largos instantes, Amelia no escuchó nada más que el latido de su propio corazón en los oídos.

Estaba soñando.

Eso era.

Porque todo aquello parecía salido de una pesadilla.

¿De qué hermano hablaba esa mujer? En ese momento, Amelia lo vio claro, y cuando la mujer volvió a hablar, no le quedó la menor duda.

*Vaya, vaya, Jack Doran. La damisela es de tu agrado.*

¡Jack Doran!

Los sueños febriles que había tenido en los que se repetía aquel nombre, no habían sido sueños, después de todo.

Jack Doran existía, y se hacía pasar por su marido.

Los ojos se le volvieron vidriosos al darse cuenta de lo que todo aquello significaba. El monstruo seguía lejos de la casa, lejos de la familia, pero significaba que podía volver en cualquier momento.

*No ha cambiado*, se dijo Amelia. Jonathan no se había convertido en un hombre bueno y razonable después de su estancia en Londres, sino que seguiría siendo el mismo de siempre en el lugar donde se encontrara, mientras allí, en Waterford Hall, alojaban a un impostor.

¡Ese hombre no era lord Waterford, sino un impostor!

Se asomó un poco más y vio con más claridad a… a Jack Doran y a esa mujer.

Supo que era gitana, por cómo vestía y por los aros y brazaletes de oro que llevaba pendiendo de las orejas y en las muñecas. Era preciosa, morena, piel bronceada. Llevaba suelta la larga y ondulada melena. Y su esposo… o más bien ese Jack Doran, la miraba como si la conociese de toda la vida.

¿Por qué no? Quizás así fuera y fuesen amigos… No le gustó nada ese pensamiento. Pero al parecer a la gitana tampoco, pues escuchó que decía: *Oh, me estoy poniendo celosa.*

Amelia vio claramente como él se acercaba a la mujer, la asía por la cintura y la hacía reír.

Decepcionada, dolida y humillada, Amelia tragó saliva y dio un paso hacia atrás, con tan mala suerte que tropezó con las zapatillas que había dejado y no tuvo otra opción que agarrarse a un estante, situado a su derecha. Este se descolgó y cayó al suelo, con los cazos y cazuelas que sostenía.

El estruendo que causó sorprendió a la pareja, haciendo que ambos se girasen en su dirección.

—¡Amelia!

Jack dio un paso hacia ella, mientras Jewel apretaba con fuerza el saco lleno de unas pertenencias que no eran suyas. No se quedó mucho tiempo contemplándola, de hecho, se afanó en escabullirse.

Echó un último vistazo a Jack y a la dama, antes de escabullirse por la puerta lateral, donde la esperaba West.

Amelia se quedó a solas con Jack.

Al ver que ese hombre se acercaba, empezó a retroceder poco a poco.

—Yo… Yo no…

Sentía que no podía hablar, sólo negaba con la cabeza y le temblaban las manos. Lo que acababa de ver y escuchar era… había instigado a su corazón latir tan rápido que su cuerpo era incapaz de reaccionar.

Pero sí pudo hacerlo. Algo le dio la fuerza suficiente como para dar media vuelta y echar a correr

—¡Amelia, espera!

Corrió tras ella varios segundos, pero cuando atravesó el salón y se dispuso a subir las escaleras, la alcanzó.

—Amelia, por favor —la agarró por la muñeca y ella intentó zafarse sin éxito.

—No… suéltame… —exigió, sin querer entrar en contacto visual con él.

—Amelia, no es lo que parece.

Armada de valor, se dio la vuelta y lo encaró.

Sus ojos expresaban dolor y traición, pero también determinación.

—Tienes razón, contigo nada es lo que parece —dijo, para después intentar huir de nuevo, consiguiéndolo esta vez.

—Amelia…

No quería escucharle, ni mirarle.

Se volvió y empezó a subir los escalones, pero perdió el equilibrio con los faldones de la bata y, si no hubiese sido por Jack, que alcanzó a tomarla en brazos, habría caído rodando por las escaleras.

Se sentía segura en sus brazos, él la sostenía, la rodeaba con delicadeza. Por un momento cerró los ojos, queriendo disfrutar de esa sensación de seguridad, pero no podía dejarse llevar. Él no era alguien de quien pudiera fiarse. Jack no era su marido. Aunque… daba gracias a Dios por eso.

Pudo sentir su aliento muy cerca de su boca, el calor que desprendía el cuerpo masculino hizo que se ruborizara.

Jack la sintió caliente, y sus párpados a punto de derramar lágrimas. Estaba enfadada, y eso le hizo preocuparse. ¿Qué habría escuchado?, ¿sabría…?

—No deberías ir descalza por la casa, apenas te has recuperado y el doctor recomendó que no salieses de la cama.

Ella lo miró por primera vez con ojos grandes y expresivos.

La mano de Jack voló a su frente.

—Hasta podría jurar que tienes fiebre.

Vio exactamente el instante en que los dientes de Amelia se apretaron en señal de rebeldía, estaba muy molesta. Hasta diría que furiosa.

—A Dios gracias que no he obedecido —susurró, para sí. *De lo contrario, no habría descubierto a ese impostor*.

Él no respondió e ignoró por completo sus protestas y empezó a subir las escaleras, sosteniéndola.

—Vamos.

Apenas fue capaz de hacen un mohín con los labios y mirar hacia cualquier otra parte que no fuese su apuesto rostro.

Jack terminó de subir con ella en brazos.

La observaba, preocupado, y pudo ver su suave entrecejo arrugándose por momentos. Los labios le temblaban y su rostro se había sonrojado, pero Jack sospechaba que no era a causa de la fiebre.

¿Qué habría oído? En realidad, no estaba del todo seguro si su reacción se debía a eso, o a los celos por descubrirlo en actitud tan cariñosa con Jewel.

Llegaron a la alcoba y con el pie empujó la puerta entreabierta, la cerró también de una patada una vez estuvieron dentro.

—Suéltame, por favor…

En contra de sus deseos, la dejó sobre la cama. Ella gateó hacia atrás, y se sintió dolido al saber que quería estar lo más alejada posible de él.

—¿Hasta dónde has escuchado, Amelia? —se atrevió a preguntar, aunque lo hizo con firmeza.

Ello lo miró con fijeza, apretando las sábanas contra su pecho, como si quisiera protegerse, eso le dolió.

Pero lejos de tener miedo, su voz demostró que más bien estaba furiosa.

—¿Quién es esa mujer?

Jack se negó a darle una respuesta. Meditó unos largos momentos, al tiempo que sus miradas seguían fijas la una en la otra.

—Amelia, ¿cuánto has escuchado?

—Nada. —Mintió—. Acababa de llegar.

Lo había escuchado todo.

Había oído que no era su esposo, sino su hermano, que les estaba robando para dárselo todo a esa gitana. Y que…

Tragó saliva y se sonrojó.

*Te has enamorado de ella, ¿verdad?*

Negó con la cabeza y cerró los ojos. No escuchó sus pasos sobre la alfombra, ni como se había acercado, pero sí sintió la calidez que desprendía su cuerpo al cernirse sobre ella. Ese hecho la empujó a abrir los ojos y cuando lo hizo, ese hombre estaba muy cerca.

Se había sentado en la cama y ambas manos descansaban abiertas sobre el colchón. Una a cada lado de sus caderas.

—¿Quién era esa mujer? —repitió.

Jack retrocedió un poco, pero su mirada no lo hizo.

—Ahora no te lo puedo explicar.

Estaba más tranquilo. Si Amelia lo hubiera escuchado todo, que estuviera coqueteando con Jewel sería la menor de sus preocupaciones. Seguro que antes le hubiera gritado a la cara que él no era su marido.

—¿No me lo puedes explicar ahora? ¿Cuándo entonces?

—Solo puedo decirte que es una amiga.

—¿Una amiga? —Soltó un jadeo cargado de incredulidad—. No sé si lo sabes, pero los hombres no tienen amigas. Y mucho menos los condes. Tienen amantes.

—¡Amelia!

Ella ladeó la cara para escaparse de su mirada.

Sus mejillas estaban cada vez más rojas y no era a causa de la vergüenza, sino de la fiebre, o eso pensaba, pues era posible que la cercanía de ese hombre la alterara.

—Amelia, te pedí que no salieses de la cama —acercó la mano a su rostro y la sintió arder—. Tienes mucha fiebre.

Ella tomó su mano y se la apartó, sin demasiada fuerza, pero con determinación.

Estuvo a punto de decirle que no la tocase, pero su labio empezó a temblar, y su mano

áspera, seguía entre las suyas. La acercó de nuevo a su rostro para que su frescor le diera consuelo.

—Amelia —le sonrió él.

—¿No es tu amante?

—No es mi amante —le confesó mirándola a los ojos.

—Bien.

Jack pensó que parecía satisfecha a pesar de no haberle dado ninguna explicación de qué hacía una hermosa gitana, de noche, esperándolo en las cocinas.

La mirada que le dedicó fue lo suficientemente clara como para que Jack se acercase más, y más… Hasta que Amelia quedó con la espalda pegada contra el enorme cabezal de madera labrada.

Por amor de Dios, era tan hermoso. Sus ojos azules carecían de toda maldad, pero en esos momentos la observaban con un brillo de deseo difícil de eludir. Amelia parpadeó, su pecho era amplio, llevaba la camisa entreabierta y entre los botones de nácar se percibía el suave y rubio vello.

Se relamió los labios resecos y soltó el aire entre estos, su sueve sonido se pareció mucho a un jadeo.

Cada vez estaba más cerca y… no pudo resistirse al poder que era capaz de ejercer sobre ella.

Jack estiró los brazos y la atrajo hacia sí.

Temblaba, y su cuerpo ardía.

—Vas a coger frío —le dijo, mientras se colocaba sobre ella y apoyaba los codos a cada lado de su cabeza.

Amelia lo tomó por la camisa, quizás para acercarlo, quizás para no apartarlo.

Dejó de temblar y el cuerpo masculino la calentó aún más.

A pesar de haber descubierto que no era su esposo sino un farsante, seguía sintiéndose segura junto a él. Puede que ahora más, pues ya no tenía excusas para temerle. Ya no tenía que ir

con pies de plomo, ni medir sus palabras. Sabía que ese hombre, quien quiera que fuera, no iba a hacerle daño. Podía verlo en sus ojos y lo había probado con sus actos. Y su abrazo, su fuerte pecho acariciando el suyo con cada respiro…

No, no era su esposo y lo que estaban haciendo, era totalmente inmoral.

—Apártate —pidió, sin demasiada convicción. Soltó la camisa, pero al tiempo, apoyó ambas manos en su pecho, para retirarlo también sin mucho convencimiento.

Fue entonces cuando Jack tomó su rostro con ambas manos, acercó la boca a la suya y la besó.

Amelia no pudo reaccionar ante su primer beso. Todo su cuerpo se estremeció, como si un rayo la atravesara. Gimió contra su boca y sus manos, desobedientes, se apartaron de su pecho para acariciarlo, subiendo por sus fuertes hombros y finalmente colgándose de su cuello.

Lo abrazó contra su pecho y Jack se dejó caer hasta cubrirla con delicadeza. No tan delicado fue su beso. Había empezado con un simple roce, pero la respuesta de Amelia lo había empujado a buscar más. Quería más de ella, siempre más.

Cuando Jack notó el tacto sus dedos, finos y delicados, hundiéndose en su pelo, jadeó y no pudo controlarse.

La abrazó con fuerza y con la lengua exploró su boca.

Ella correspondió con la misma pasión, haciendo que él se detuviese para intentar respirar.

—Eres… tan excitante —jadeó, con la voz enronquecida por la pasión.

Amelia era toda una visión. Tenía los ojos cerrados, los labios abiertos y gemía con cada respiración, aguardando a que él regresase a su boca.

Era adorable, inocente y… deliciosa…

La besó de nuevo, con las ansias de un sediento en mitad del desierto. La saboreó a placer, lamió su grueso labio superior, lo mordisqueó e hizo que ella le correspondiera del mismo modo, de forma urgente y apasionada.

Tardó un tiempo en darse cuenta de las emociones que la embargaban, emociones que

jamás hasta ese momento había experimentado. Una cosa era desear a ese hombre y otra… perder la cabeza por él.

Horrorizada por estar en la cama, besando a un hombre que no era su esposo, Amelia abrió los ojos con espanto, regresando a la realidad.

—Qué… Amelia, qué sucede —jadeó, absolutamente excitado.

—No —dijo ella negando con la cabeza—. Esto no está bien, tú…

Jack cerró los ojos y soltó una silenciosa maldición al tiempo que hundía el rostro en el hueco que había entre el hombro y su cuello.

No siguió besándola en contra de su voluntad, solo se quedó ahí, vaciando su mente de todo ese desatino.

Deseaba a la mujer de su hermano.

No, se corrigió, amo a la mujer de mi hermano.

Y que Dios lo perdonara, pero le importaba un pimiento lo moralmente aceptable. Ese maldito monstruo no se la merecía y no hubiera descartado arrebatarle a Amelia, sino fuera porque ella no correspondía a sus sentimientos.

Porque no lo hacía ¿verdad?

—¿Me deseas?

La sintió temblar entre sus brazos, como también sintió el movimiento de asentimiento que respondió a su pregunta.

Eso no hizo más que ahondar en la herida.

—Amelia…

—No podemos, esto…

—Lo sé —dijo muy serio, pero incapaz de apartarse y dejarla sola—. No haré nada que no quieras. Yo…

—Por favor, deberías apartarte —lanzó un sollozo—. No puedo pensar.

Él obedeció al instante. Al menos, Amelia tenía el buen juicio del que él carecía. No podía olvidar que no era su esposa, sino la mujer de su hermano y no podía tomarla sin

consecuencias. Sin embargo, esa preocupación no iba dirigida al verdadero lord Waterford, sino a ella. No podía hacerle eso, engañarla de semejante modo. Simplemente, no era capaz.

—Está bien —cedió y se apartó, dejando un mayor espacio entre ellos. Lo hizo con toda la fuerza de voluntad que logró reunir, y no fue poca.

Se sentó a un lado de la cama, mientras Amelia se incorporaba y se cubría con la bata, con la esperanza de recuperar la respiración y el juicio.

Se miraron a los ojos y Jack bajó la vista, clavándola en el suelo.

—Yo… lo siento, me he dejado llevar.

—No importa. Pero…

*Pero no vuelvas a hacerlo*. Amelia estuvo a punto de burlarse abiertamente de ese estúpido pensamiento. ¿Qué haría si nunca más volvía a hacerlo? Definitivamente, anhelarlo.

Por eso calló, porque esa frase era absolutamente contraria a sus deseos. Lo que en verdad deseaba era saciarse de ese desconocido, calmar el hambre que, de pronto, había empezado a sentir.

¿Deseo? ¿Eso era lo que sentía? Se dio cuenta de cuan poderosos era ese sentimiento que nacía en ella. Se veía capaz de hacer cualquier locura con tal de sentirse así de viva una vez más.

Pero no era correcto.

Tras un silencio incómodo durante el cual ambos recobraron la respiración, él se atrevió a hablar.

—¿Deseas que esta noche me quede en tu alcoba?

Ella lo miró, pareció pensarlo por un instante.

No se trataba de eso, ella deseaba que se quedara, de hecho, no quería estar sola. Junto a él lograba descansar, dormir.

Se sentía segura, a salvo.

Pero, por otra parte, era tan inapropiado seguir durmiendo a su lado, deseándolo… Quien sabe cuanta fuerza de voluntad les quedaba para poder resistirse a juntar sus labios de nuevo.

De nuevo sintió la garganta seca.

No solo quería juntar sus labios.

—Amelia.

Ella parpadeó confusa al escuchar su nombre y se dio cuenta de cuan fijamente estaba mirando los labios masculinos.

—Si me miras de ese modo, voy a tener que besarte de nuevo.

El encogimiento de hombros, fue casi imperceptible, pero suficiente para que Jack se diera cuenta de que el deseo que había visto en sus ojos, era real. Amelia lo deseaba tanto como él a ella.

Al ver que Amelia no respondía, se levantó, dándole la espalda.

Era lo más noble que podía hacer en aquel momento, huir.

Empezó a caminar hacia la salida. Pero justo en el instante en que iba a atravesar la puerta, escuchó su voz.

—¡Quédate! —exclamó Amelia—. Por favor —volvió a hablar, esta vez en un tono más suave y menos ansioso.

La miró, intentando ver algún resquicio de duda. Pero no lo encontró.

—De acuerdo —asintió Jack—, me quedo.

Aliviado, entendió que Amelia sentía algo intenso por él, algo que, esperaba, fuera parecido al amor.

Se tumbó en el suelo, tapándose con la manta, que solía reinar a los pies de la cama. Fue consciente como cinco minutos después, unos grandes ojos lo miraban al asomarse por el borde de la cama.

Sonrió y con una exclamación, Amelia desapareció de nuevo.

Jack supo que esa sería la primera noche más larga de toda su vida.

# CAPITULO 23

Pasaron las semanas y el otoño dio paso al invierno y a pesar de que no habían caído aún las primeras nieves, el frío ya calaba en los huesos y era imposible dormir sin un brasero en la cama o con la chimenea apagada. Algunas noches el viento soplaba tan fuerte que ponía los pelos de punta al más valiente. El aire se colaba por las rendijas de los ventanales y debajo de las puertas, viajando por los corredores y creando aterradores silbidos que parecían los gritos desgarrados de quien huye del diablo. Todo ello a pesar de los enormes tapices que adornaban la casa, tan siniestros como necesarios.

Durante aquella tarde, en la que el sol ya empezaba a besar el horizonte, le estaba resultando difícil bordar porque, a pesar de que la chimenea del salón azul llevaba encendida todo el día, el calor no era suficiente, y el frío entraba por las rendijas del gran ventanal. Además, su cabeza estaba atareada con otras cosas.

Con el misterioso Jack Doran, concretamente.

Amelia no volvió a hablar de lo sucedido aquella noche, aunque sobra decir las innumerables veces que se había preguntado quien era verdaderamente ese hombre y sobre todo, quien era aquella gitana.

No se sentía inquieta al compartir dormitorio con Jack, aunque no fuera su marido, era un buen hombre. De hecho, mucho mejor padre que su propio marido.

Había llorado, no podía decir que no, y es que tenía motivos. Las preguntas se le juntaban en una gran lista sin respuestas. ¿Dónde estaba Jonathan? ¿Se había cansado de todo y había conseguido a un hombre tan parecido a él para que ocupara su lugar? ¿Cuánto tiempo? ¿De por vida? ¿Por qué se parecían tanto?

Era horrible no tener respuestas, pero más horrible era saber que sus sentimientos, crecían

y crecían sin medida.

No quería que Jonathan regresara. Cuando escuchaba a sus hijos reír con Jack, o escuchaba la voz de ese hombre, contarle historias inverosímiles solo para hacerla reír… No quería que se marchara jamás.

Se había enamorado irremediablemente de él. Y, aún así, sentía una angustia parecida al miedo. No en pocas ocasiones, tras ponerse el sol, el que decía ser su esposo, salía del castillo y se adentraba en el bosque. ¿Para qué? No podía saberlo. Otras veces, era consciente de como de madrugada, abandonaba el dormitorio que compartían, seguramente para recorrer los lugares más recónditos de Waterford Hall, buscando cosas que rapiñar. ¿Era posible que le llevara otro botín a esa mujer?

Quizás.

Pero que robase no era lo que más preocupaba a Amelia. De hecho, sus preocupaciones respecto a Jack, eran pocas, más bien tenía… sentimientos. Sentimientos que no podía controlar.

Celos.

Sí, sentía celos de que la dejase sola en la alcoba para ir a verse con esa gitana tan hermosa. Aunque después, siempre regresaba. Una noche, hasta había sentido sus labios en la frente, tras regresar de una de sus salidas.

Suspiró.

Cuando se quedaban a solas en la misma habitación, se le aceleraba el corazón y toda su piel ardía. Era una tonta, incapaz de reaccionar cuando él sonreía. También una cobarde por no encararlo y pedirle explicaciones. Pero tenía miedo, miedo a que él se sintiera descubierto y se marchara para siempre. No obstante, necesitaba saber quién era en realidad y por qué estaba en Waterford Hall.

Después de haber robado lo suficiente, ¿desaparecería?

Tal vez sí, o tal vez no.

No eran pocas las veces que se quedaba absorta mirando su rostro, tan parecido al de su marido, si no fuera por esa leve cicatriz. Eran como dos gotas de agua, no había otra explicación

que la de que fueran hermanos gemelos y su intuición le decía que su suegra, la condesa viuda, estaba enterada.

En esa época del año Margaret solía partir a Londres. Los fríos inviernos en Waterford Hall le entumecían los huesos y los achaques de reuma se le hacían insoportables con la humedad. Amelia no tenía objeción, ella y los niños estaban más tranquilos y disponían de más libertad. Pero ese año se había quedado. Y Amelia sospechaba que había un motivo.

De todas formas, aun teniéndola a su alcance, dudaba mucho que pudiera reunir el valor suficiente para pedirle una explicación.

Dejó su labor, incapaz de concentrarse, y observó como los últimos rayos de sol desaparecían por el horizonte. Pronto la luz de la chimenea fue mucho más intensa. Llegaba la noche.

Anita seguía a su lado, en el saloncito azul. Se había mostrado taciturna todo el día y en esos momentos llevaba más de diez minutos peinando a la misma muñeca, con la mirada perdida en ninguna parte.  Jonathan, siempre feliz, se entretenía solo a las cartas, Depositó el tambor de bordado sobre la mesilla auxiliar y encendió varias velas para que pudiera seguir haciéndolo.

—Niños, ¿tenéis hambre? —se agachó junto al mayor y le acarició el pelo.

—He comido galletas para merendar. Puedo esperar a la cena —respondió Jonathan.

Pero Anita no contestó.

—Cariño, ¿tú has merendado?

—Ella no —respondió Jonathan.

Amelia contempló a su hija por casi un minuto, estaba ofuscada, sus pequeñas cejas se juntaban y sus labios se fruncían.

—Ha sido papá, estoy segura —dijo la pequeña, y Amelia parpadeó confusa.

—¿Cómo dices? —se sorprendió.

Entonces, Anita la miró con esos profundos y la dejó helada.

—Se llevó a Pity para hacerle daño, como hizo con el caballito de Johnny, con el pajarito y con todos los demás animales que le molestaban.

Amelia pensó que ninguna niña tan pequeña debería de tener jamás esas arruguitas de preocupación en el entrecejo. Ni tampoco sufrir las locuras de su padre y, aunque sospechaba que podía tener razón, intentó calmarla.

—Cariño, el caballo de tu hermano sufrió un cólico. A muchos les suele pasar si están demasiado tiempo estabulados.

—Peter, el mozo, lo sacaba a diario para darle cuerda —justificó el niño, haciendo que Amelia se mordiese el labio inferior.

—Aun así… —calló, porque la fría mirada que le dedicó su hija le recordó a la de su padre. No al impostor, sino al auténtico lord Waterford.

A veces, Anita la sorprendía con gestos que, si no fuera porque la conocía y sabía de su buen corazón, la habrían estremecido.

—Hay dos papás, ¿lo sabías? —dijo, logrando que su madre, al fin temblara—. Uno es un ángel y el otro es un demonio.

—¡Anita! —la cogió por los hombros, con delicadeza— ¿Cómo se te ocurre decir algo así?

Amelia sintió verdadero pánico, no de que su hija descubriera la verdad, sino del hecho de que, si lo iba contando, tarde o temprano, Jack se marcharía.

La niña se puso en pie, cerró las manos en puños y gritó.

—¡Es la verdad!

Dicho esto, echó a correr, abandonando el salón y dejando a Amelia y a Jonathan sumidos en sus pensamientos.

—Creo que Anita tiene razón —dijo Jonathan y Amelia sintió como empezaban a escocerle los ojos.

—Puede —respondioó, antes de echarse a llorar.

Aquella noche, ella y los niños cenaron temprano. El señor, tal y como la señora Cooper

les había anunciado, no se uniría a ellos durante la cena. Así que poco después de terminar el postre, Amelia acostó a los niños. Todavía intranquila por todos los pensamientos que la asaltaban sin que pudiera controlarlos, decidió ir a dar un paseo por el jardín.

Estaba nerviosa y necesitaba tomar aire fresco para despejarse.

Aunque hacía frío, la noche era hermosa. La luna menguante apenas iluminaba el cielo. No así las estrellas, que pendían del firmamento como lustrosos diamantes. Cerró los ojos para disfrutar del dulce aroma que desprendían las últimas rosas, y siguió caminando.

Jonathan o, mejor dicho, Jack Doran, se había ausentado durante la cena. Sospechaba que tenía asuntos pendientes en la aldea, o más concretamente con esa gitana.

*Entre ella y yo, no hay nada*, le aseguró en varias ocasiones.

No se lo creyó en absoluto. Sospechaba que tenían un enredo amoroso.

Sí, seguramente habría ido a verla.

Se sorprendió celosa, y se preguntó como era posible que, teniendo otra mujer, la mirase a ella con esos ojos azules tan…

Negó con la cabeza, dispuesta a desechar esos pensamientos de su mente traidora, hasta que, al voltear un alto rosal, prácticamente se le echó encima.

—¡Cielos, me has asustado! —exclamó Amelia, llevándose la mano derecha al corazón.

—Lo lamento, no era mi intención —respondió Jack. Y parecía sincero.

La miró con los ojos muy abiertos, iluminados por aquella sonrisa pícara. Desde luego parecía encantado de verla.

No tenía nada que temer, pues lo observó mejor y vio su cicatriz. Eso la calmó, pues no era su marido, sino el impostor.

Le devolvió una tímida sonrisa, cómplice.

Puede que tuviesen el mismo rostro, pero para ella, ese hombre era mucho más atractivo. Llevaba un abrigo grueso y elegante, cubriendo casi todo su cuerpo hasta los tobillos y, en los pies, unas botas de montar llenas de barro. Volvió a preguntarse de dónde vendría, pero no verbalizó sus dudas, temía demasiado la respuesta que él pudiera darle.

—¿Te gusta lo que ves?

Amelia alzó la vista de golpe y se perdió en aquellos ojos azules.

—¿Cómo?

—Me estabas mirando como si quisieras descubrir cada pequeña mancha de barro de mi abrigo, y mis pantalones.

Ella dio un paso atrás y cuando la musical risa de Jack la alcanzó, solo pudo chasquear la lengua.

—Eres malo —le dijo, dando un manotazo al aire.

—No lo soy —él no perdió esa sonrisa astuta y dio un paso hacia adelante para alcanzarla.

Se quedó muy quieta, consciente de lo cerca que estaba. No tendría escapatoria si él quisiera atraparla entre sus brazos y…

Carraspeó, sintiendo como sus mejillas se prendían por el calor que le provocaban esos vergonzosos pensamientos.

—¿Has podido solucionar tus asuntos? —preguntó, sin apenas mirarle.

Él le dedicó una impresionante sonrisa que la dejó desconcertada.

—Aún no, pero estoy a punto de hacerlo —respondió, para su consternación, pues pensó que, tal vez, él no tardaría en cumplir su misión, fuera la que fuera, para después marcharse.

—Me alegro —mintió.

Jack captó la vacilación en su voz, pero no dejó ver su desconcierto.

No pensaba estropear ese momento.

—¿Me permites? —Jack le ofreció el brazo y ella, tras dudar unos segundos, se asió a él —. Al verme te has puesto pálida por un instante.

—Por un momento pensé que…

*Pensé que eras Jonathan.*

Cerró la boca antes de que pudiera escapársele esas palabras.

No llegó a acabar la frase, porque aún no se atrevía a confesar que sabía que no era su

esposo. ¿Por qué? Muy sencillo. Amelia temía que, si él se enteraba de que su secreto había sido descubierto, se marchara para no regresar jamás. Alargaría el máximo tiempo posible la mentira. Y porque… porque era… feliz, después de mucho tiempo. Y no quería dejar de serlo.

Totalmente ajeno a sus cavilaciones, Jack preguntó, ufano.

—¿Qué pensaste?

—Nada.

Con esa ropa y entre penumbras… nadie los habría sabido diferenciar.

—¿Secretos? —suspiró—. Las mujeres y sus secretos.

Amelia no se alejó de su brazo, pero se paró y lo miró a los ojos.

—¿Conoces a muchas mujeres como para hacer esa afirmación?

Él parpadeó confuso.

—¿Qué afirmación?

—Que las mujeres tenemos muchos secretos.

—Emmm. No, sé… —Jack entendió que se avecinaba tormenta—. Yo estaba generalizando.

—¿Sí? ¿No pensabas en una mujer en concreto? ¿En mí, o en…? —Calló y volvió su mirada hacia el sendero que llevaba a la casa.

Jack ocultó una sonrisa, consciente de que no debía echar más leña al fuego. Pero le hubiera encantado que esa hoguera ardiera.

Amelia estaba celosa.

De Jewel, ni más ni menos.

Reiría divertido sino supiera que ese pensamiento le causaba dolor a Amelia.

Optó por quedarse callado y cuando ella reanudó el paso, queriendo olvidar aquella tonta conversación, él la complació.

Siguieron caminando y Amelia se acercó un poco más a él de forma sutil. Jack lo agradeció, sospechaba que, con el avance de sus pasos, dejaban atrás el enfado de ella y su malestar.

Amelia empezaba a sentir algo de frío, pero por fortuna, el cuerpo de Jack desprendía calor. Aunque el viento era inexistente, al estar el cielo tan despejado, el ambiente era más fresco. Él se percató de ello porque se detuvo y empezó a quitarse el abrigo.

—¿Qué haces? —preguntó Amelia, parpadeando con rapidez.

—Evitar que mueras congelada, esposa.

Amelia cerró los ojos y dejó que le pusiera el abrigo sobre los hombros. Él estaba frente a ella, maniobrando para que las solapas se ajustaran bajo su mentón. Cuando Amelia abrió los ojos, él todavía no se había retirado. Se dio de bruces con su belleza y abrió la boca para decírselo, pero la impresión la dejó sin pronunciar sonido alguno.

Era realmente bello, el vivo retrato de un ángel pintado por un artista barroco.

En ese momento y de forma sorpresiva, sopló el viento y le revolvió el pelo, haciendo que los mechones del flequillo le tapasen medio rostro.

Ahora era capaz Amelia de ver las diferencias con Jonathan. Este hombre, a parte de la pequeña cicatriz que le sesgaba ligeramente la ceja, tenía el pelo un poco más largo y liso, y puede que no tan rubio como el de Jonathan. Su piel estaba bronceada, al contrario que la de su esposo, que siempre lucía pálido y ojeroso. Y por supuesto, el rasgo más característico era esa bella y al mismo tiempo pícara sonrisa, que tenía el don de esculpir dos hermosos hoyuelos en cada mejilla.

—¿Sucede algo? —preguntó—. Te has quedado embobada.

Amelia abrió los ojos como platos.

—¿Embobada? —preguntó, para después soltar una risita nerviosa—. Eso son pamplinas.

—No lo son.

—Es poco caballeroso que me digas que me he quedado embobada.

—Es lo que has hecho —se burló él, al tiempo que se encogía de hombros.

—Por favor… —se llevó una mano a la mejilla, al ver que le ardía el rostro.

—Y además te has ruborizado.

—Eres insufrible —se molestó ella y empezó a avanzar sin su brazo.

Jack trotó tras ella.

—¿Es por qué soy tan guapo como el dios Apolo, esposa?

Ella bufó. Se vio tentada a poner los ojos en blanco. Pero en el fondo le hacía gracia su coqueteo, sus palabras diseñadas para pincharla y después hacerla sonreír. Porque lo cierto era que le resultaba muy agradable estuchar de sus labios la palabra *esposa*, aunque fuera la mayor mentira del mundo.

—Por favor…

Amelia avanzó, dejándolo atrás, pero él siguió trotando tras ella.

—Lo soy, admite que te encanta lo guapo que soy.

Ella se detuvo tan de golpe, que él por poco impacta contra su espalda. Cuando Amelia se dio la vuelta, lo encaró.

—Puede que no seas tan guapo como te crees.

—¡Por supuesto que lo soy! —se fingió molesto.

—Pues yo no me quedo embobada.

—Claro que sí —dijo como quien anuncia llover—. Lo has hecho y es normal, pues suelo causar ese efecto en las mujeres.

—Oh —resopló de forma poco femenina—. ¿Estás intentando ofenderme?

Él se paró mucho más cerca de ella, tanto que sus alientos podían entremezclarse.

De nuevo, lo miró como si realmente fuera tan hermoso como Apolo.

—¿No crees que soy guapo?

Ella no respondió. Siguió caminando en silencio. Lo único que se escuchaba eran sus propios pasos sobre la gravilla y un búho ululando sobre un ciprés cercano.

Amelia no podía dejar de mirarle por el rabillo del ojo.

Al no llevar el abrigo, se había quedado sólo con la camisa y un bonito chaleco que se abrazaba a su torso y destacaba su esbelta silueta. Esas ropas eran de su esposo, pero a él le sentaban mucho mejor. Jack Doran tenía un porte elegante y seguro de sí mismo y una alegría

innata al caminar. A pesar de ser un ratero, era una buena persona. Tenía que serlo.

—¿Lo ves? —rio él, al darse cuenta.

—¿Disculpa?

—No puedes apartar los ojos de mí.

—¿Nunca te han dicho que eres un engreído?

—Muchas veces.

—Solo te miro porque me preocupa que seas tú quien agarre un resfriado.

—Eso… —Jack se detuvo y se puso frente a ella. —Eso tiene fácil solución—. Se acercó tanto que Amelia pudo sentir el cálido aliento masculino.

—Yo…

Jack la vio tragar saliva, pero no retrocedió. Se quedó mirando sus labios y entendió que el deseo era mutuo.

Poco después, al ver que ella no se retiraba, la rodeó con los brazos dibujando una sonrisa de rufián.

—Así entraré en calor.

Amelia rio ante su ingenio y, a pesar de que su corazón empezó a latir desbocado, no hizo ademán de apartarse. Cerró un momento los ojos para calmarse y cuando los abrió, él la sorprendió, tomando su rostro con ambas manos.

De pronto ambos se quedaron muy serios, con las miradas atrapadas, la una en la otra.

—Eres guapo —se escuchó decir a Amelia.

—¿Sí?

—Sí.

—Bien, Amelia —alzó una mano para acariciarle el mentón con el dedo índice. Lo hizo de tal manera que cada fibra de su piel empezó a vibrar—. Bien, porque yo creo que eres la mujer más hermosa que he visto jamás.

—Yo… no, yo no creo…

—¿No sabes que eres una mujer preciosa? —dijo, con los ojos empañados de pasión.

Esa era otra de las diferencias que tenía con Jonathan. Esa mirada, sincera, sin subterfugios, y cómo la acariciaban esos ojos azules como el cielo de verano.

A pesar de todo, a pesar de que no debía y de que era un pecado imperdonable, Amelia estiró el cuello en busca de sus labios.

Él no se apartó y cuando los labios de ella impactaron contra los suyos, la recibió con gusto, quizás con una pasión arrolladora que no debería haber expresado con tanta franqueza.

La envolvió entre sus brazos y la besó con avidez, escuchado el gemido femenino contra su boca.

Las manos sin guantes de Jack tomaron su cintura y apretaron su fino talle hasta hacerla jadear. No se dio cuenta de los gemidos que salían de su boca, intentando tomar aire, pero Jack sí era consciente, y cada uno de aquellos sonidos lo empujaba, más y más, hacia el abismo.

Dio varios pasos para apartarla del camino, y empujó el cuerpo femenino contra el grueso tronco de un árbol.

Allí estaban protegidos del viento y de cualquier mirada indiscreta que pudiera estar viéndolos desde la casa.

—Amelia… —la besó con pasión.

La lengua la exploró, lamió sus labios y pujó sin esfuerzo alguno para que ella lo dejara entrar. No solo lo hizo, sino que le salió al encuentro, provocándole unos roces tan eróticos como no había experimentado con nadie.

Las manos de Jack se apartaron de su cintura y se deslizaron por sus caderas y buscaron arañar las gruesas faldas para bucear bajo estas.

Cuando lo consiguió, con su propia boca capturó el grito de sorpresa de Amelia. Sintió el frescor del aire, rozando sus espesas medias, y como la mano indecente de ese truhan avanzaba hasta meterse por debajo de su liguero.

—Por favor —gimió Amelia contra su boca.

—Por favor, ¿qué? —la apremió a decir lo que quería sin separarse de sus labios, ni abrir los ojos.

Estaba embriagado de ella.

Necesitaba poseerla, hacerla suya. Entregarse por completo.

Dios, la deseaba, pero no solo eso. Él…

—Te quiero.

Amelia sintió como le fallaban las rodillas, como se deshacía entre sus brazos por aquella confesión. Se colgó de su cuello y alzó una de sus rodillas para mantenerlo más cerca.

Jamás había experimentado nada igual.

Cuando Jack subió su mano para agarrar uno de los pechos de Amelia, ella se lo permitió, dejándose llevar por la maravillosa sensación de calor y deseo.

Las caderas de Jack, pujaron contra las suyas, hasta meterse entre sus piernas. La abrazaba con tanta devoción, devorando su boca, que no sintió la dureza la corteza del árbol contra su espalda, ni el frío golpear contra sus medias.

—Oh, Jack…

—Amelia —movió las caderas, dejándole claro cuanto la deseaba en aquel momento.

Pero de pronto se quedó rígido.

Se apartó de su boca y la miró bajo la escasa luz de la luna.

—Yo…

Amelia también había sido consciente de su desliz.

Había mencionado el nombre de Jack, un nombre que ella no tenía por qué conocer. Y mucho menos pronunciar cuando se suponía que estaba besando a su marido.

—Amelia… —gimió Jack con una expresión desolada en el rostro.

De pronto, ambos se volvieron hacia donde estaba la casa.

Un llanto desgarrador se empezó a escuchar por el sendero. Algo que les cayó como un jarro de agua fría. Antes de que la dueña de esa profunda tristeza apareciera, los dos se habían alisado las ropas y recuperado la compostura.

—¡Mamá! ¡No encuentro a Pity!

—Cielo Santo, es Anita —dijo Amelia, separándose de Jack—. ¡Anita!

—¡Pity! ¿Pity, dónde estás?

Amelia empezó a caminar hacia donde se oía la voz de la niña y Jack la siguió. Se sobresaltó al ver a su hija avanzando sola. Estaba descalza y solo llevaba puesto el camisón y el gorro de dormir. Tenía la carita bañada en lágrimas, pero su ceño estaba fruncido.

—Oh, cariño —Amelia la acarició, con manos temblorosas.

—Oh, mi amor…

Jack también se agachó y la pequeña se abrazó a él. La cargó en brazos y miró a su madre mientras la niña lloraba, con la carita hundida en su pecho.

—Llevémosla a su habitación.

—¿Qué haces aquí sola? —preguntó Jack, mientras Amelia se quitaba el abrigo para ponérselo a la niña.

—Estoy buscando a Pity —dijo algo confundida.

Era evidente que había tenido una pesadilla y aún no distinguía sueño y realidad.

—Ven, cariño —Jack se arrodilló junto a ella, y la tomó en brazos—. Vamos a dormir y te ayudaré a poner comida alrededor de la casa para que vuelva pronto.

Anita sorbió por la nariz y se aferró con sus bracitos al cuello de Jack.

—¿Me lo prometes?

—Por supuesto. Te lo prometo.

Amelia fue tras ellos, observando a su hija con ese hombre, quien parecía verdaderamente conmovido por las lágrimas de la niña.

No podía dejarlo marchar.

Sintió que ella también empezaba a llorar en silencio.

No podía dejar que los abandonase.

# CAPÍTULO 24

Aún con el corazón acelerado, Amelia se sentó en la cama, junto a su hija, después de arroparla. Jack se quedó junto a la puerta, observando la escena. En la habitación de los niños reinaba una luz tenue de la palmatoria sobre la mesilla central que separaba ambas camas de los niños.

En una de ellas, Jonathan dormía plácidamente, y en la otra, Anita se iba calmando, hundiéndose poco a poco en un sueño ligero mientras su madre le acariciaba los hermosos rizos rubios. Al instante, Anita volvió a abrir los ojos y se aferró a la mano de su madre.

Jack las observó con semblante preocupado.

—Cariño —empezó a decir Amelia—. Ya pasó.

—Hay que buscar a Pity.

—Pero no tu sola, ni de noche —se quejó Amelia, preocupada— ¿Por qué has hecho eso? Podrías haberte resfriado, o algo peor, haberte perdido.

La pequeña no quería hablar, con las manitas sostenía la manta y se había tapado hasta la nariz. Sí lo hizo su hermano, que acababa de despertarse.

—¿Anita se ha vuelto a escapar para buscar a Pity?

—Sssh… duerme Jon.

El niño suspiró, volviendo a cerrar los ojos y hablando sin saber muy bien qué decir.

—Tiene miedo, mamá —dijo, refiriéndose a su hermana.

—¡No tengo miedo! —respondió Anita, mirándolo con indignación.

—Es normal tener miedo —dijo Jack desde la puerta—. Si bien es cierto que demasiado no es bueno, sí es tenerlo un poquito. Hay que sobrevivir y no ser unos temerarios.

—¿De verdad? —preguntó el niño, sin comprender.

—Así es. Tener un poco de miedo nos mantiene seguros —dijo su madre, dándole la razón a Jack.

—A mí me da miedo esta casa. El suelo cruje a veces. Parece que esté viva por dentro.

—No hay nada que temer —les aseguró Jack—. Con los cambios de estación, la madera se mueve y crea esos sonidos.

—¿La madera puede moverse?

—Claro que sí. Pero me gustaría saber qué es lo que te da tanto miedo, Anita.

Como la niña estaba empecinada en no contestar, Jonathan lo hizo por ella.

—Dice que ha visto a un encapuchado merodeando por el jardín. Y el otro día, lo vio asomarse por la ventana de la cocina.

Amelia abrió mucho los ojos y luego miró a Jack. No dijo nada, pero por la mirada que se echaron, parecía evidente que ambos estaban pensando en lo mismo.

Amelia se llevó una mano a su corazón acelerado. ¿Habría vuelto su esposo? ¿Qué haría entonces Jack? ¿Se marcharía?

Cerró los ojos como si no pudiera soportar esa posibilidad.

—¿Mamá, estás bien? —preguntó Anita, viendo su expresión.

—Sí, sí. No es nada —mintió.

Hasta que Anita la obligó a centrar toda su atención en ella de nuevo.

—¡Eres un chivato! —gritó la niña—. Mira que has hecho, ¡has asustado a mamá!

—Tenía que decírselo —se justificó su hermano—. Es demasiado aterrador como para no decirlo, Anita.

—Jonathan tiene razón, tu padre y yo debemos saber estas cosas, cariño. —Jack se acercó unos pasos para ver mejor a la niña—. ¿Qué fue exactamente lo que viste?

La pequeña hizo un puchero y cruzó sus pequeños bracitos sobre el pecho.

—Anita —aseveró Amelia.

—¡Hoy lo he vuelto a ver, merodeando! —exclamó, casi al borde del llanto—. ¿Ya estás contenta?

—¿Donde?

—En tu rosaleda. Justo antes de que aparecierais.

Amelia sintió un escalofrío. Miró a Jack, que le devolvió la misma mirada intranquila.

¿Merodeaba por la rosaleda?, ¿justo donde ellos estaban antes de aparecer Anita? Si era así, significaba que el encapuchado probablemente habría visto qué estaban haciendo.

Amelia cerró los ojos consternada y solo rezó para que su peor pesadilla no se hiciera realidad, y no fuera su esposo quien había vuelto.

—No os preocupéis, seguro que tiene una explicación razonable.

Amelia se moría por dentro, pero dibujó una sonrisa para no asustar más a los niños.

—Ya lo creo que tiene una explicación —se ofendió Anita—. ¡Era papá!

Jack iba a abrir la boca, pero Amelia lo instó a callar con una mirada.

—Papá y yo nos encontramos en el jardín. —dijo Amelia—. Puede que antes de dar conmigo, lo hubieses visto pasar.

—Jack no iba encapuchado, ni llevaba abrigo siguiera —dijo Anita muy resuelta. A Amelia por poco se le escapa un gemido—. Además, el encapuchado era el otro papá, no este —susurró Anita en voz muy baja. Pero todos la oyeron bien.

Amelia no supo que decir, y sus pensamientos eran demasiado siniestros como para expresarlos en voz alta y no asustar a los niños. Jack también guardó silencio, aunque él sí sabía que era imposible que fuera Jonathan quien merodeaba por los alrededores. Por lo que él sabía, su hermano estaba bien encerrado en un manicomio.

Finalmente, Amelia se levantó de la cama de su hija y miró a ambos niños.

—Bueno, es hora de dormir —dijo Amelia, intentando ocultar los nervios que la ahogaban—. Mañana seguiremos hablando de las niñas que no pueden salir solas por la noche—. Besó las frentes de sus hijos, deteniéndose en Jonathan—. Cariño, cuida de tu hermana, ¿de acuerdo?

—Vale, mamá.

—Y tú Anita, no vuelvas a asustarme así.

—Quiero encontrar a Pity.

—Te prometo que la encontraremos, pero ahora a dormir. —Se alejó de las camas—. Dejaré la vela encendida, si prometéis no tocarla.

Ambos niños asintieron, ya sabían que no debían hacerlo, ni tenerla prendida junto a las cortinas o la alfombra.

Al llegar justo donde estaba Jack, ambos se tomaron de la mano y salieron por la puerta de la habitación de los niños, dejándola entornada.

Amelia no habló hasta que se alejaron por el corredor.

—¿Has sido tú?

—¿Qué?

—¿Quién está merodeando por la casa? —preguntó Amelia, mirándolo fijamente.

De un tiempo a esta parte, Amelia había cambiado de actitud con respecto a Jack. Ya no parecía temerle y, en ocasiones, se atrevía a contradecirle. Ahora, directamente lo estaba reprendiendo.

—No, yo no merodeo.

Amelia puso los brazos en jarras.

—Merodeas y llenas sacos con cosas que solo Dios saben a dónde van. —Jack abrió los labios sorprendido y consternado a la vez.

—Amelia, te juro…

—No jures nada, solo deja de hacerlo, asustas a los niños.

—Estás equivocada, Amelia. Si bien he salido algunas noches, no lo he hecho para merodear por los alrededores, ni en las cocinas.

Ella dudó.

—Ya has escuchado a nuestra hija. Dice que alguien encapuchado está vagabundeando por la casa. Y tú… —No podía contarle lo que sabía de él—. Tú hoy has vagabundeado.

Chasqueó la lengua, ofendido.

—De acuerdo, salgo por las noches. No tengo sueño y… —no podía decirle el por qué de

sus salidas nocturnas—, pero no soy yo. Yo no llevo capucha, si hasta me cuesta llevar chaqueta.

Ella pasó por alto ese comentario.

—Sea como sea… ya he tenido suficiente por esta noche —dijo Amelia, enfurruñada. Abrió la puerta de su habitación y en lugar de dejar entrar a Jack, le dijo—: Si no tienes sueño te recomiendo que vayas a leer a la biblioteca. Buenas noches. —Acto seguido, le cerró la puerta en las narices.

Jack se quedó mirando la puerta después de que esta fuera cerrada de un portazo frente a su cara. Sentía la acuciante necesitad de abrirla, entrar e ir tras Amelia para acabar lo que no pudo empezar en la rosaleda.

Deseaba rodearla nuevamente con sus brazos, atraparla entre su cuerpo y el mullido colchón y amarla hasta saciarse.

¡Dios! Desde que la besó aquella noche, desde que probó sus labios, era incapaz de arrancársela de la cabeza. Toda ella lo atraía, desde la punta de su perfecta nariz hasta los pies. Sus ojos azules, inteligentes, su piel blanca y suave pero, sobre todo, esa dulce boca, la calidez de su lengua y la música de sus gemidos mientras su rostro reflejaba un éxtasis prohibido, era algo que llevaba semanas intentando borrar de su mente pero que le resultaba imposible.

El incidente con Anita le había hecho olvidar por unos momentos todo eso, pero ahora que la sabía sola, tras esa blanca puerta, el deseo había regresado.

Llevaban más de un mes durmiendo en la misma habitación, pero no juntos. Él en seguía en el suelo y ella sobre la cama. No tenía problemas de comodidad, había descansado en lugares peores y, con sinceridad, esa alfombra era mucho más grata que el frío suelo del camino pero… lo que sí resultaba una tortura era saber que esa bendita mujer estaba a escasos metros de distancia y no podía ni mirarla. En realidad, podía y lo hacía, pero se esforzaba en no hacerlo. Tenía claro que se marcharía de aquel maldito lugar una vez esa vieja bruja le hubiese pagado lo que le prometió y después, no volvería a ver a Amelia, ni a los niños.

—Oh —le dolía físicamente el pecho de solo pensarlo.

Esa certeza se estaba convirtiendo en una tortura. No volver a verlos, sería doloroso. Más

que eso, sería un infierno.

Lo que sí haría sería protegerlos. Mientras ese asesino anduviera suelto por las inmediaciones de Waterford Hall, él no se marcharía. Se quedaría hasta que los supiera a salvo. No se quedaría de brazos cruzados mientras el peligro les acechara.

Dio media vuelta y bajó a la planta baja. Era ya de noche, pero no iría a acostarse, ni a leer en la biblioteca, porque tenía una cita con Jewel.

Si el asesino de la mujer del río era quien estaba rondando por Waterford Hall, todos corrían peligro y debía ponerse en marcha cuanto antes. Quien mejor que su amiga para decirle todo lo que había averiguado.

Atravesó el corredor y empezó a bajar los escalones de dos en dos. No tardó en llegar a los establos una vez hubo salido de la casa.

Artax lo saludó con un suave relincho.

Le acarició el morro y el animal lo movió de tal forma que le hizo cosquillas en la palma de la mano.

—Sí, amigo, hoy haremos una rápida visita al poblado. ¿También echas de menos la libertad?

El caballo dio un relincho como respuesta.

Después de enjaezarlo, se dirigió hacia una de las esquinas de la cuadra y desenterró de entre la paja dos pequeños sacos. Los metió en las alforjas y puso el pie izquierdo en el estribo para impulsarse.

No hubo colocado aún el trasero sobre su lomo, cuando el caballo ya estaba trotando hacia la salida. Empezó a galopar como un demonio cuando sorteó la enorme fuente que presidía la entrada a Waterford Hall.

# CAPÍTULO 25

Amelia observó desde la ventana la silueta de jinete y caballo, siendo engullida por la espesa niebla, que resplandecía al reflectar la luz de la luna creciente.

—Maldita sea —apartó las lágrimas de sus ojos.

No sabía en que estaría pensando. ¿Acaso en que Jack se quedaría una sola noche sin ver a su amante?

Se sintió traicionada, y más cuando acababa de prometer que los protegería.

Con las manos en el pecho suspiró, y cerró los ojos intentando que su corazón dejase de latir tan rápido.

Había esperado y deseado con toda el alma, que Jack entrase en la habitación después de que ella le cerrase la puerta. Pero no lo había hecho. Se había quedado mirando la madera lacada de blanco por varios minutos, hasta que oyó sus pasos, alejándose de allí. No debía desearlo, pero eso era exactamente lo que hacía.

Se había dejado llevar por sus sonrisas, por ese talante alegre, por el amor que dedicaba a sus hijos.

Era de cobardes negar lo que sentía. Se había enamorado de ese hombre y ahora no sabía como continuar con su vida. Y eso que de momento el devenir de los días podía llamarse vida. Pero cuando él se marchase, ¿qué le quedaría? Un largo infierno.

Sí, se había marchado, como solía hacer algunas noches, y algo le decía que esta vez no regresaría temprano, incluso puede que no lo hiciera hasta pasada la madrugada.

Miró el rincón donde él siempre dormía, justo al lado derecho de su cama, en el suelo. Por las mañanas, cuando la doncella entraba para adecentar la habitación, ella ya había colocado la almohada en su sitio y la manta sobre la cama. Ambas cosas seguían allí, donde debían estar,

sobre el colchón. Se acercó, y acarició el almohadón. Suspiró y empezó a desvestirse y a deshacerse el peinado. En poco tiempo, se puso el camisón, se trenzó la larga melena y se metió en la cama.

Los minutos pasaron. Estuvo intentando dormir, pero sólo pudo mirar por largo tiempo la tela del dosel de su cama, hasta que no aguantó más y se volvió de lado. Se abrazó a la almohada de Jack y, con su aroma a corteza de sauce y a tierra bañada por la lluvia, se relajó hasta quedar profundamente dormida.

***

En menos de una hora, Jack vislumbró, entre el frondoso bosque, las luces de los faroles colgados en los carromatos. Algunas hogueras estaban medio apagadas y las rodeaba un aura opaca, un efecto provocado por la espesa niebla que todo lo rodeaba.

Cada vez que regresaba a su hogar, siempre que veía a lo lejos el poblado y sus gentes, el corazón se le ensanchaba. En esa ocasión, la opresión que había notado en Waterford Hall se fue diluyendo hasta desaparecer por completo.

Allí todo seguía como siempre.

Los *tinker*, de capas pintas e iris claros, rodeados de párpados oscuros y largos bigotes en sus morros, descansaban tranquilamente junto a los carros, donde sus dueños les provisionaban de agua y grano para que no se mantuviesen alejados. Las mujeres tenían montados los tendederos, donde la ropa se secaría con el sol de la mañana. Casi todos estaban vacíos ahora, pero en algunos quedaba alguna prenda cercana a las hogueras, pues aquella noche había demasiada humedad.

Dingo, el viejo galgo de los Coffey salió a su encuentro para ladrarle, pero al reconocerlo a él y a Artax, se retiró de nuevo a descansar en su rincón, una caja de madera y paja, junto a las

enormes ruedas traseras. Eso hizo que varias cabezas se mostraran de entre las cortinas.

—¡Jack Doran! —gritó el patriarca Coffey— ¡Jack Doran ha vuelto! —anunció, y poco a poco más luces se fueron encendiendo.

Cuando desmontó y ató a Artax al carromato de su abuela, junto a la vieja mula, varias personas ya lo habían rodeado. Entre ellas, Jewel.

—¿Qué nos has traído, Jack Doran? —preguntó, poniendo los brazos en jarra, haciendo que los aros de sus muñecas tintineasen como campanillas.

Él no respondió, pero sí le dio un beso en la mejilla. No pasó por alto la manera en que lo miró West a lo lejos, ni el regocijo de su amiga al darse cuenta.

—No tienes remedio, ¿eh?

Le dio los pequeños sacos, mientras las otras mujeres, curiosas, estiraban el cuello hacia ella.

—¿Qué estáis mirando? —las espantó Jewel, para seguir los pasos de Jack hacia el carromato de su abuela.

Cuando apartó la cortina de la entrada sus ojos tardaron en acostumbrarse a la penumbra de su interior. Después, empezó a distinguirse luz de una pequeña lámpara de aceite, colgada junto a la puerta. Al cerrar la cortina tras de sí, notó el ambiente algo cargado.

Jane dormitaba en su sillón, tapada con una gruesa manta que descansaba en su regazo y caía hasta el suelo de madera. Se acercó, la arropó, y comprobó que el brasero estaba encendido.

—Abuela… —La mujer abrió los ojos cuando él posó las manos sobre las suyas, sintiéndolas frías.

—¡Jack! —se sorprendió la anciana— ¿Qué haces aquí?

De pronto, su rostro relajado dio paso a unos labios apretados y un ceño fruncido.

—¿Con esta cara es con la que recibes a tu nieto preferido? —se quejó, mientras las arrugas de su frente se hacían más evidentes.

—No deberías estar aquí —lo regañó—. Ahora eres lord Waterford y debes estar con tu familia, ocupando el lugar que te pertenece por derecho.

—Ya hemos hablado de esto —suspiró, y se sentó a su lado, mientras Jewel lo hacía justo detrás, en un banco adosado a la pared.

—No, no hemos hablado lo suficiente. —Jane apartó los ojos de él para posarlos en la gitana, con la intención de reprenderla también—. Tú deberías estar ayudándome con esto, y no andar conspirando con mi nieto para que te traiga baratijas.

—No son baratijas, son las joyas de la bruja —se quejó ella, sacando un precioso collar de perlas con un enorme rubí engastado en oro para mostrárselo. Al verlo, Jane puso los ojos en blanco y resopló.

—Jack Doran, no puedo creer que seas tan tonto como para robarte a ti mismo.

—¿Cómo dices?

—Todo es tuyo, desde las baldosas rotas del ala oeste, hasta las feas y oscuras cortinas de los corredores.

—¿Cómo sabe todo eso? —susurró Jewel, antes de santiguarse.

—Lo habrá leído en el café.

—¡Basta! —De pronto, los ojos verdes de la vieja gitana se agrandaron y en unos segundos pareció tener diez años más de vida—. El demonio anda suelto —susurró, con voz cavernosa, mientras el huesudo dedo señalaba el rostro de Jack—. No deberías cruzarte con él, pero, si el destino quiere que os encaréis, no puedes dudar.

Jewel miró con pena a Jack, al parecer su abuela cada día que pasaba tenía la cabeza más en las nubes. Pero que sus palabras no engañaran a nadie, echó una mirada rápida a Jewel para reprenderla, ella no chocheaba. Era la más lúcida de todos los presentes. La que verdaderamente notaba el peligro.

—Jack, si se cruza en tu camino, no dudes.

—¿Otra vez, abuela?

—Hazme caso, o te matará.

—¿De qué está hablando? —preguntó Jewel, pero la anciana no apartó la mirada de su nieto y la ignoró.

—Ha regresado y ha vuelto a matar. No dudará en hacerlo de nuevo.

—¿Se refiere al asesino encapuchado? —le preguntó Jack a Jewel, quien asintió, después de santiguarse otra vez— ¿Ha vuelto a matar? ¿Y cómo es eso de que ha regresado?

Jack unió cabos.

—¿Crees que mi hermano es quien está matando a esas mujeres?

La abuela no negó, ni asintió, pero Jewel parecía meditar en todo lo que había estado pasando.

—No solo está matando a mujeres.

Jack frunció el ceño y cerró los ojos al pensar en la gata de Anita.

—¿También mata animales?

Jewel negó con la cabeza.

—Se encontró otro cadáver —dijo la gitana—. Pero esta vez se trata de un crío del pueblo más cercano, de unos catorce años, que desapareció la semana pasada cuando su madre lo envió al obrador a comprar el pan. Nunca más regresó.

—Maldita sea… —masculló, mientras Jane asentía y Jewel tragaba saliva antes de continuar con su relato.

—Como la vez anterior, su rostro quedó irreconocible y apareció también en el río. Tememos que por la comarca se corra el rumor de que hemos sido nosotros.

—Seguro que ya ha empezado —dijo Jack, y Jane Doran asintió, acorde.

Siempre sucedía igual. Si había una desgracia y el pueblo gitano tenía la mala suerte de acampar cerca, en él recaían todas las culpas.

—Tenemos que encontrar a ese malnacido cuanto antes y entregarlo a las autoridades.

—O tomarnos la justicia por nuestra cuenta ¡Ojo por ojo!

—Los muertos no son gitanos —alegó Jack—, no podemos hacerlo.

—La policía no nos hará caso, Jack.

—Tienes razón… ¿deberíamos reunir una partida de hombres para interceptarle?

—Puedo hablar con West y los patriarcas.

—Jack —su abuela lo tomó por las manos, interrumpiendo el debate de los jóvenes—. Deberías mantenerte al margen. Ocúpate de tu esposa y de los niños. No debes encontrarte con ese demonio ni tener nada que ver con él. La profecía…

—Abuela —la interrumpió Jack—. Amelia y los niños están a salvo. Jamás permitiría que les sucediese nada malo. Pero el pueblo gitano es mi hogar y también debo protegeros. Puedo cuidar de todos. Como tú dices, ahora soy el conde de Waterford, mi palabra debe servir para algo, quizás para protegeros a todos de las autoridades.

De pronto, algo apareció en los ojos azules de Jack, que conmovió profundamente a Jane.

—Querido. —Se incorporó y tomó, cariñosa, su rostro—. Amelia te necesita, y los niños también. Incluso Waterford Hall, a pesar de ser un lugar lúgubre y sombrío, necesita tu luz para resurgir de sus cenizas. No te preocupes por nosotros, siempre nos hemos apañado bien.

—Pero…

—No se hable más. Regresa y cuida de tu familia. Tienes mi bendición.

—Pero tú eres mi fam…

—Jack, no me lleves la contraria.

Tomó aire y lo expulsó con lentitud para guardarse las ganas de contradecir a su abuela.

¡Oh! Jack quería gritar. ¡Maldita cabezota! No pensaba abandonarla, ni a ella, ni a los suyos. Pero no era tonto, sabía que llevar la contraria a Jane Doran, era darse cabezazos contra la pared. La dejaría pensar que se había salido con la suya. Y de paso…

—Está bien —cedió, pero con una mirada que decía que no aceptaría un no por respuesta a lo que estaba a punto de decirle—. Quiero que vayas cuanto antes al hospital.

—Jack, lo mío no tiene arreglo.

—No te lo estoy pidiendo, abuela. ¿Quieres que regrese con Amelia y los niños? Bien, yo quiero tu palabra de que irás donde te mande.

Jane Doran suspiró.

—Está bien, niño malcriado.

Jack la miró con recelo y exigió:

—Quiero tu palabra.

—La tienes —por primera vez parecía derrotada, envejecida por el cansancio—. Tienes mi palabra.

Tras besar a su abuela en la frente, Jack iba a salir del carromato, hasta que de repente una gata tricolor saltó sobre el regazo de su abuela.

—Oh, pequeño espíritu maligno —la arrulló la abuela.

Jack abrió los ojos como platos.

—¿Le llamas *espíritu maligno*?

—Es que es muy revoltosa —besó su cabecita y sonrió a Jack.

—¿De donde ha salido esta gata?

Jack entrecerró los ojos y miró los de la gata, verdes encendidos.

—Oh, llegó de Waterford Hall con Mary Cooper, seguro que escondida en su carromato. Pero desde que apareció, no se ha querido separar de mi lado. Creo que presiente el mal en esa casa.

—¡Dios Santo! ¡Abuela! Ella es Pity.

—¿Pity? ¡Bah! —hizo un gesto de descarte con la mano—. Es Espíritu Maligno —le dio otro beso en la coronilla mientras la gata ronroneaba.

—No puedes quedártela, su dueña está muerta de preocupación.

—Pues que no se preocupe tanto, aquí está a salvo —asintió, muy convencida—, pero no lo estaba en esa casa, al menos no lo estaba mientras el monstruo andaba cerca.

Los ojos de su abuela se empañaron y Jack guardó silencio, mirando de soslayo a Jewel, que se encogió de hombros.

—Se quedará conmigo.

Jack chasqueó la lengua y se levantó de pronto.

No tenía que ser avaricioso. Ya había conseguido que su abuela aceptara ir al médico, no podía ahora también ganar en el asunto de la gata.

—Está bien, quédatela. Volveré a verte pronto.

Jane ya no lo escuchaba y volvió a recostarse con la gata ronroneando sobre su pecho mientras le daban palmaditas en el trasero.

Gata astuta, pensó Jack, pero al menos podía decirle a Anita que su gata estaba fuera de peligro. Claro que… no iba a regresar, una vez un gato creaba un vínculo con su abuela, la seguía hasta el final.

Jack salió del carromato y Jewel lo siguió al tiempo que él se encaminaba hacia Artax.

—¿Qué vas a hacer? —le preguntó, mientras lo veía pasar las riendas por detrás del cuello del animal.

—Encontrar a ese malnacido y enviarlo de regreso al infierno.

No le quedó la menor duda de que lo haría.

—¿Crees que es tu hermano?

Él dudó, pero si debía hacer caso a las palabras de su abuela, era muy probable que así fuera.

—Está encerrado en un manicomio, si anda por aquí, quiere decir que se ha escapado.

—¿Y si así es, no debería la condesa viuda saber algo al respecto?

—Sí —dijo Jack, con los dientes apretados.

Miró fijamente al horizonte.

No se fiaba de esa mujer, aunque fuera su madre, nunca actuó con él como tal, pero sí lo hizo con el monstruo de Jonathan, ¿sería posible que lo estuviera encubriendo? ¿que lo hubiera hecho regresar a Waterford para tenerlo cerca?

—Tengo que irme —dijo finalmente a Jewel—, te mantendré informada. Tú haz lo mismo.

—Vendré a verte si sucede algo fuera de lo común.

Jack asintió y Jewel se lo quedó mirando, viéndolo montar en Artax para desaparecer en la espesura del bosque, como un fantasma.

—Pobre Jack. —Seguía siendo el mismo, pero desde que estaba en Waterford Hall, su mirada se iba tornando oscura por momentos.

—¿Crees que volverá?

Jewel se sobresaltó.

Fue West quien habló, tras su espalda.

—Si te refieres a que si transitará con nosotros de nuevo los caminos, no lo sé —respondió Jewel, un tiempo después—. Creo que este ya no es su hogar, nos quiere, pero… se ha enamorado de la dama, y todo indica que se quedará a su lado.

—¿Tú crees?

—Será un tonto si lo hace.

Lo oyó suspirar.

—¿Por qué crees eso?

Jewel lo miró por encima del hombro. Sus ojos oscuros se quedaron fijos en los del hombre del que llevaba tantos años enamorada.

—Porque sería idiota si abandona a la persona que ama, por una vida que jamás estará llena sin ella.

Incómodo porque aquellas palabras empezaban a tener un sentido que hasta entonces West no había entendido, pasó su peso de una pierna a otra, intentando encontrar las palabras que no pensó tener que buscar jamás.

Tragó saliva y finalmente Jewel suspiró.

Se cansó de esperar que ese tonto se diera cuenta de lo mucho que significaba para ella.

Se alejó de él, y se dispuso a entrar en el carromato, cuando algo suave y peludo le rozó en las piernas.

—¡Sweet! ¿Te has escapado por la ventana? —Cogió a la gata carey en brazos y hundió el rostro en su suave pelaje moteado. Se negaba a llamarla *Espíritu Maligno* —. No te alejes del carromato, los perros podrían alcanzarte—. Mientras caminaba con ella brazos, le preguntó con voz mimosa— ¿Quieres una rica sardina?

# CAPÍTULO 26

Aquel era un día especial y por eso Jack se despertó más temprano de lo habitual.

Recogió la manta del suelo, colocó la almohada en su lado de la cama y con cuidado de no despertar a Amelia, se echó a su lado, para deleitarse con su imagen.

Dormía profundamente y, como cada mañana, sucumbió a la tentación de acariciarla con la mirada.

*Hermosa.*

Su esbelto y delicado cuerpo estaba tapado por las sábanas de lino y una suave colcha de seda cubría las gruesas mantas. Parecía estar teniendo un sueño dulce, pues su expresión era calma y agradable, con el rostro sereno y los labios predispuestos a la sonrisa. Los cabellos reflejaban la luz de las primeras luces que se colaban por la contraventana entreabierta. Su piel, delicada y blanca, parecía resplandecer bajo esos primeros rayos. La larga trenza descansaba sobre el hombro izquierdo y se deshacía un poco al final, mientras su cabeza reposaba en la almohada, escapado por la frente algunos mechones color violín. Bajo las sábanas, Jack intuyó un fino y elegante camisón de seda.

Tuvo la tentación de despertarla con un beso, después acariciar su cuerpo y sentir el calor que emanaba, mientras se dejaba envolver por los gemidos que probablemente resonarían en su oído… Pero en el momento en que ese deseó lo hizo entrar en calor, caminó hacia la ventana, para refrescarse cuerpo y mente.

*Estás jugando con fuego, Jack. Y vas a quemarte.*

Acalorado, abrió la ventana y las delicadas cortinas blancas fueron acariciadas por el aire de la mañana. Poco a poco, los suaves sonidos de la casa despertado, hicieron que Amelia abriese los ojos.

Al hacerlo, se encontró con la silueta de Jack Doran, de espaldas y a contraluz, recortando los vastos prados de Waterford, que podían verse desde la ventana, hasta transformarse en horizonte.

Bebió de esa imagen hasta que él se dio la vuelta y la deslumbró con sus ojos color cielo.

—Buenos días, esposa —su voz sonó ronca, sensual.

—Buenos días —respondió, azorada.

Se incorporó y se cubrió el pecho con las sábanas como acto reflejo. Intentó peinarse el pelo con las manos, pero solo consiguió que sus dedos temblorosos se enredasen en la trenza. Jack, al verlo, soltó una carcajada.

—¿Qué tiene tanta gracia? —se quejó, pero él movió la cabeza de un lado a otro y después se acercó.

—Eres encantadora por las mañanas

Se sonrojó aún más cuando él se inclinó hacia ella, hasta que los labios de ambos quedaron a escasos centímetros de distancia.

Cerró los ojos y esperó que él la besara.

Pero eso no sucedió.

O al menos no en el lugar deseado.

Los labios de Jack se posaron en su frente y después se incorporó.

Cuando abrió los ojos, pudo ver en su expresión un deje de burla, pero también de deseo contenido.

—Hoy cenaremos fuera —dijo, después de aclararse la voz—. Ponte ropa cómoda. Nada de corsés.

—Pero…

—Hasta esta noche, Amelia —la cortó, dejando claro que era una sorpresa.

No le dio tiempo a responder, con tres grandes zancadas, Jack atravesó la habitación y salió por la puerta.

Amelia se dejó caer sobre el gran almohadón, preguntándose qué estaría planeando ese

hombre. Pero de pronto, sus labios se curvaron hacia arriba.

Era el día de su cumpleaños.

***

—¿Adónde nos llevas, Jonathan?

Jack tomó aire al escuchar la voz de Amelia. Le acababa de sorprender una fuerte presión en el pecho, al escuchar de sus labios ese nombre que no era el suyo. No era la primera vez que le sucedía, pero era incapaz de acostumbrarse.

La observó y algo debió captar en su mirada pues Amelia volvió a hablar, pero esta vez se abstuvo de pronunciar el nombre de su marido.

—¿Adónde nos llevas, cariño?

Jack sintió como el dulce calor se esparcía por su pecho. Cariño, no era Jonathan y cuando había dicho esa palabra mirándolo a los ojos, por un momento pudo soñar que se lo decía a él.

Con convicción.

Solo hablándole al hombre que tenía delante.

Parpadeó, sin apartar la mirada de Amelia y se deleitó con su imagen. Caminaba a su lado por el sendero de gravilla que comunicaba la rosaleda con el viejo invernadero y su rostro lucía tan hermoso y con una expresión tan animosa, que quitaba el aliento.

—Paciencia, esposa. No tardaremos en llegar.

Miró a los niños. Ellos sí sabían exactamente adónde se dirigían y reían como duendecillos traviesos.

Desde hacía unos días, lo habían ayudado a preparar una gran sorpresa para su madre. Era el día en que cumplía veintisiete años, y estaban entusiasmados. Johnny era el que tenía más

prisa por llegar y el que iba más adelantado, se moría por ver el rostro de su madre, iluminado de alegría. Anita era la más rezagada porque se detenía a cada momento para recoger algunas flores.

—Nos encantan las sorpresas, ¿verdad papá? —dijo John, mientras cogía una margarita y se la daba a su madre.

—¿Una sorpresa? —Jack se hizo el sorprendido— ¿Qué sorpresa?

—No hay ninguna sorpresa, solo estamos paseando, de noche —respondió Anita, mirando a su hermano de forma significativa—. Por si nos encontramos con el encapuchado.

—¡Anita! —exclamó Amelia.

Habían pasado pocos días desde el incidente en el jardín y la pequeña estaba un poco más animada. Jack le había asegurado haber visto a su gata en muy buena compañía. También le había dicho que se había buscado otro lugar donde era más feliz, aunque la echaba de menos. Anita se quedó tranquila porque vio la verdad en los ojos de Jack Doran, sobre todo cuando le aseguró que Pity iría de visita y que no debía temer nada por ella. Estaba a salvo y protegida.

Amelia dudó en algún momento que lo que le había dicho Jack sobre Pity era una mentira piadosa, pero en el fondo lo único que le importaba es que con ello, Anita ya no saldría en medio de la noche para ir en busca de su gata.

La pequeña se puso a corretear alrededor de Lupo, que los acompañaba con su eterna sonrisa de cachorro.

—Es una niña muy especial —dijo él, inclinándose hacia Amelia, con voz tranquilizadora —. Pero es lista y sensata. No te preocupes tanto.

Amelia asintió y sonrió. Sus palabras y su actitud tenían el don de calmarla.

—Es muy lista y temo que sea demasiado niña para entender lo que está pasando.

Se refería por supuesto a los asesinatos que se habían perpetrado en el condado. Anita había escuchado a escondidas a los criados, y era tan fantasiosa…

—Estará bien.

—No quiero que se meta en la cabeza cosas de las que no debería saber nada a su edad.

Cuando Lupo ladró, los sacó a todos de sus sombríos pensamientos.

Amelia rio al verlo brincar, pero la sonrisa desapareció al ser sustituida por una expresión de sorpresa.

Jack acababa de tomar su mano y le acariciaba distraídamente el dorso con el pulgar.

Amelia miró sus manos unidas y cuando buscó sus ojos, él le sonrió. No apartó la mano y ella se lo agradeció con una radiante sonrisa.

—Ya llegamos —dijo Jack en voz queda.

—¡Sí, estamos a punto de llegar! —rio Anita, entusiasmada.

Era más que evidente que habían preparado algo especial por su cumpleaños. A Amelia le resultaba encantador verlo a él y a los niños hacer tan buenas migas. Ese hombre era… maravilloso.

Interrumpió sus pensamientos cuando, de pronto, se adelantó y cogió a Anita en brazos.

La pequeña rompió a reír y Amelia sintió como su pecho se calentaba. Lord Waterford y ese hombre eran tan parecidos, y al mismo tiempo tan distintos. Eran como el día y la noche, como la luz y la oscuridad. Jack Doran era un ángel y su esposo…

Tomó aire con lentitud cuando él finalmente posó sus hermosos ojos azules sobre los suyos.

—¿A qué viene de pronto esa cara tan larga?

Amelia no pudo evitar que se le acelerase el corazón.

—Yo… es que…

Tragó saliva cuando Jack dejó a Anita en el suelo para acercarse y tomarla de nuevo de la mano. Después se la besó y le dedicó una sonrisa tan espléndida, que la hizo sonrojar.

—A mamá se le han encendido las mejillas —dijo Anita, obligando a su madre a llevarse la otra mano a la cara para comprobar que sí, que su piel ardía.

—¡Como farolillos! —añadió Jonathan.

Jack soltó esa carcajada que tanto la desconcertaba y la llenaba de energía. Jamás antes había escuchado reír a alguien así. Era tan… sensual.

—¿Sabíais que vuestra madre tiene un botón mágico en la mano? —les dijo a los niños,

alzándole el brazo para mostrarles la palma—. Cuando lo aprietas, o lo besas, se enciende.

Amelia soltó una risa nerviosa y Anita corrió hacia Jack.

—¿Yo también tengo un botón? —preguntó, con el ceño fruncido, extendiendo su manita.

—Seguramente —respondió, muy serio—. Pero el tuyo es el botón de la risa.

—¿De la risa?

—Sí, mira —Jack se inclinó y en vez de besar la mano a Anita, le hizo una pedorreta. Las cosquillas en su palma la hicieron estallar en carcajadas— ¿Lo ves?

Amelia se quedó embobada escuchando reír a Anita. Había ocurrido con tan poca frecuencia que era una bendición.

Amelia miró a Jack, y él le devolvió una mirada de puro amor.

—Nuestros hijos son maravillosos, ¿verdad? —Volvió a mirar a los niños y nuevamente, el pecho de Amelia se calentó.

—Sí —respondió, de pronto seria—. Lo son.

Ojalá fueran suyos.

*Ojalá él fueras el padre de mis niños.*

—Lo son porque se parecen a ti —dijo Jack.

La besó en la mejilla y le apretó la mano en un gesto cariñoso.

Su esposo jamás habría actuado así. Sin embargo, ese hombre al que a penas conocía, era capaz de mostrarse amable, atento, cariñoso y endiabladamente insolente, aunque esto último era el mayor de sus encantos.

¿Qué sucedería cuando decidiera marcharse? ¿Y si el auténtico Jonathan regresaba? La inquietud no la abandonaba. Si antes le había temido por parecerse a su marido, ahora lo que la aterrorizaba era que se marchase y que no regresase.

*Tú eres maravilloso.*

No se atrevió a pronunciarlo en voz alta, pero es lo que pensaba y no quería perderlo.

Cuando llegaron al viejo invernadero, Amelia se vio asolada por aquella emoción que

tanto desconocía, pero que últimamente empezaba a sentir cada vez que Jack Doran estaba cerca.

Todavía cogida de su mano, Amelia se paró en seco para admirar aquella maravilla.

Los niños empezaron a saltar a su alrededor, tan emocionados como ella.

—Es… Es…

No podía pronunciar palabra.

—¿Te gusta? —La voz de Jack hizo que volviera la vista hacia él.

—Yo… —Amelia se llevó una mano al pecho y cerró los ojos unos segundos. Cuando los abrió, soltó todo el aire contenido, en forma de jadeo.

Jamás había visto nada más hermoso.

Jamás nadie había hecho por ella algo así.

La noche era estrellada y el frío de aquella época del año les había dado una tregua. Olía a tierra mojada y a hierba, mientras la suave brisa acariciaba su rostro emocionado. La luna brillaba con suavidad sobre el pequeño prado, donde un carromato pintado con vivos colores y labrado con hermosos detalles, se encontraba justo en el centro. Macetas con flores de todos los colores lo adornaban, dándole al ambiente un aroma dulzón. También olía a pan recién hecho, a queso curado y frutas.

En el suelo, sobre la hierba, había extendidas unas mantas, y sobre ellas, una mantelería bordada sobre la que había varias cestas de mimbre, copas de cristal y platos de cerámica, todo rodeado por una decena de faroles, estratégicamente colocados para iluminarlo todo con precisión. No muy lejos había una hoguera que desprendía un calor agradable.

Los niños abrieron mucho los ojos y Anita empezó a dar saltos mientras juntaba sus manos, ilusionada.

—¡Un picnic! ¡Un picnic!

—¿Qué hay dentro de esas cestas? —preguntó John, y Anita lo miró con el ceño fruncido. Solo su madre lo ignoraba, pues ellos habían ayudado a prepararlo todo.

Jack soltó una carcajada.

—Creo que voy a sentarme a averiguarlo —dijo Amelia.

Jack chasqueó la lengua.

—Pues vayamos a descubrirlo, pero hay una, la del medio, que no se puede abrir hasta después de cenar.

Los niños fueron los primeros en llegar allí y Anita la primera en abrir la primera cesta.

—¡Puaj, es vino!

Amelia soltó una carcajada musical mientras se sentaba en su sitio.

—En esta hay pasteles —dijo Johnny, colocándose junto a su madre.

—Aquí queso y embutidos.

—Cielo santo, echaré a perder mi figura.

Jack la miró con unos ojos con los que jamás la habían mirado.

—Eso es imposible.

Soltó una risita nerviosa mientras él se sentaba a su lado.

—Niños, es hora de comer.

Sacaron la comida y la colocaron en los platos, que pusieron sobre la manta. Había de todo, pan, queso, embutidos, y algo muy especial: una docena de fresas.

—Oh, cielos, me encantan las fresas —exclamó Amelia, llevándose una a la boca para degustarla—, ¿dónde las has conseguido? —le preguntó a Jack—. Hace meses que ya no se encuentran.

—¿Sabías que tienes un hijo muy listo? —Jonathan soltó una risita ante el halago de Jack —. Resulta que hace unas semanas se le ocurrió la genial idea de trasplantar unos parterres silvestres y guardarlos en el viejo invernadero. Desde entonces, hemos sudado sangre y lágrimas para que dieran frutos el día de hoy.

—Oh, cariño, muchísimas gracias —besó a su hijo en la mejilla. El pequeño infló el pecho de puro orgullo.

—Feliz cumpleaños, mamá.

Amelia no lo podía creer. Era lo más bonito que habían hecho por ella.

Fue imposible no fijarse en como Jack la miraba, y ella a su vez lo miró sintiendo que la

emoción la embargaba.

—Gra… gracias de todo corazón, Jo…. —Calló a tiempo, no quería manchar ese momento tan especial con el nombre de su esposo. Así mismo, sus párpados se inundaron, pero se esforzó en no derramar las lágrimas.

Cenaron en el suelo, sobre las mantas que habían extendido. Se escucharon risas y más risas, tanto de los niños, como de los adultos. Fue una noche de lo más especial. Amelia, no pudo haber imaginado que un día sería la protagonista de esa escena.

El fuego encendido de la hoguera les dio calor mientras los adultos tomaban vino.

—Cuéntanos una historia —pidió Anita, que miró a Jack como si él fuera su cuentacuentos particular.

Amelia no tardó en darse cuenta de la facilidad con la que Jack relataba historias. Parecía tener un don innato para captar la atención de todos. Gesticulaba de una manera que atrapaba al espectador. Anita gritó para luego reírse muy alto.

—No sé si deberíamos contarles historias de miedo a los niños —dijo Jack guiñándole un ojo a Amelia.

—Por favor —suplicó Jonathan que no había tenido suficiente.

—Sí, sí —gritó Anita—, cuéntanos otra.

Con la aprobación de su madre, Jack empezó de nuevo, esta vez con una voz susurrante mucho más grave y los ojos más abiertos.

Los niños no paraban de reír cada vez que Amelia se sobresaltaba. Pero en realidad, estaban todos más pendientes de la voz suave y en la forma que tenía de modular el tono, que en el contenido. Jack era capaz de transportarlos a lugares totalmente distintos. En verdad tenía un don para la narración.

Los gestos que hacía con las manos, tenían una elegancia genuina y su risa era contagiosa. Amelia no podía apartar la vista de él. Su rostro se iluminaba cuando los niños reían y se volvía sensual cuando ella lo miraba por demasiado tiempo.

Ese hombre les estaba dando algo que jamás habían conocido: bienestar, tranquilidad,

felicidad y… amor.

Cuando terminó la cuarta historia, los niños empezaron a cabecear de sueño. Era muy tarde.

—Bueno, es hora de ir a dormir —dijo Jack a los niños.

—No, no —dijo Anita, quien lo miró con el ceño fruncido y cruzándose de brazos—. Te recuerdo que una de las cestas sigue cerrada.

Su madre sonrió a Jack, encogiéndose de hombros y este se acercó a la pequeña.

—¿De verdad queréis saber qué hay aquí dentro? —preguntó, dando unos golpecitos a la cesta, con la punta de los dedos.

Anita, sin apartar los ojos de esta, asintió.

—Pues ábrela —le dijo Jack—. Pero antes, hay que apagar las velas de los faroles.

—Pero nos quedaremos a oscuras —se quejó Jonathan.

—Estas son las reglas —señaló Jack.

Anita no discutió, sabiendo que algo extraordinario iba a ocurrir.

Sopló una a una todas las velas de los faroles, hasta quedar en penumbra, solo iluminados por las llamas de la hoguera.

Jonathan se acercó a la cesta veloz, pero Jack lo detuvo.

—¡Un momento! Vuestra madre es quien debe abrirla.

—¿Yo? —parpadeó mirando a los chicos que la miraban con los mismos ojos que instantes antes habían estado a punto de cerrarse por el sueño— ¿Por qué?

—Es tu cumpleaños.

—Está bien. Pero quiero que me ayudéis, niños.

Los tres pusieron las manos sobre la cesta y los pequeños miraron expectantes a su madre para que diera la orden.

—A la de tres. Una, dos y… ¡tres!

Juntos la abrieron y en ese instante, cientos de luciérnagas salieron volando hacia el cielo, iluminando las caritas ilusionadas de los niños.

Amelia sonrió, pero esta vez sus ojos acabaron humedeciéndose, presas de la emoción contenida. Sintió un fuerte nudo en la garganta, que la obligó a llevarse allí las manos.

Jack la miró a los ojos y le secó las mejillas con los pulgares.

—¿Sabías que eres aún más hermosa cuando en tus ojos se refleja la luz de las estrellas?

Los destellos de las luciérnagas que los rodeaban, parecían navegar en sus iris.

Amelia se dio cuenta de cómo la miraba y se ruborizó de nuevo, pero esta vez no apartó la mirada. Disfrutó de todo el afecto sincero que vio en esos ojos. Unos ojos que no pensaba olvidar jamás, mientras viviera.

—Mamá, no llores —se escuchó la voz de Anita, tras ella— ¿Dónde tienes el botón de la risa?

Todos rieron ante la inocente pregunta. Incluso Amelia.

# CAPÍTULO 27

—Son unos angelitos cuando duermen, ¿verdad?

Amelia, tapó a la pequeña Anita con una manta de lana, para después darle un beso en la frente a John, que hacía minutos que también se había quedado dormido.

Arrodillada en el suelo del carromato contemplaba a sus dos criaturas con el mayor de los orgullos. Dormían sobre un jergón, con un mullido colchón de lana, protegidos del frío. Un farolillo que colgaba del techo, desprendía una luz tenue, pero suficiente para ver a las dos criaturas dormir.

—Sí, lo son —respondió Jack, en un susurro, para no despertarlos.

Amelia vio como arropaba a Anita, le acariciaba el rostro y luego la besaba en la frente. Hizo lo mismo con Jonathan y no pudo evitar que se le acelerara el corazón.

Jamás había visto a un hombre comportarse de forma tan cariñosa con los niños, desde luego, tampoco a su marido. Jack era tan diferente. Era amable con ellos, les hacía reír y los cuidaba.

Ojalá… ojalá fuera él su padre.

—¿Crees que estarán bien? —preguntó, al ver una arruguita de preocupación en su frente —. No creo que pasen frío, las mantas son gruesas…

—Están perfectamente —respondió ella, emocionada.

Cuando bajaron las escaleras del carromato, Lupo se acercó y Jack le palmeó el lomo.

—Cuida de ellos, grandullón —le dijo, y el perro se echó, antes de bostezar.

Caminaron hasta la hoguera, donde habían dejado las mantas extendidas.

Ante la sorpresa de Amelia, Jack se recostó, entrelazando las manos debajo la nuca.

Ella lo contempló en silencio.

Del cielo de ónix pendían millones de estrellas, como si fuesen las piedras preciosas cosidas al gigantesco manto de terciopelo azul de una reina. La luna creciente era una gran perla que con su luz hacía brillar los cristales del viejo invernadero, el cual hacía muchos años que ya no se utilizaba. Su estructura era metálica, estaba pintada de blanco y algunos de sus grandes paneles de vidrio se habían roto con el paso del tiempo. En su interior crecían las malas hierbas, y Amelia pensó que era una pena dejar que se perdiera algo que podía ser tan hermoso.

—Una noche preciosa, ¿verdad? —preguntó Jack, que había deslizado su mirada del firmamento a Amelia. Pero por un sentimiento desconocido se apresuró a apartarla de nuevo.

—Lo es —dijo, sentándose a su lado—. Es preciosa.

*Tan preciosa como tú.*

Jack se esforzaba en mantener clavada la vista en el firmamento, pero de vez en cuando sucumbía y la desviaba hacia ella. Era irresistible.

Estaban muy cerca.

Demasiado para su propio bien.

Era cuestión de tiempo que enviara al demonio sus prejuicios y conquistara de nuevo su boca. Y algo más.

Amelia, aparentemente ajena a los deseos de Jack, tenía el cuello doblado hacia arriba. La noche era maravillosa, el mejor cumpleaños desde hacía… El mejor cumpleaños, sentenció. Se sintió feliz por primera vez en muchos años. Los niños, Jack, el cielo estrellado… no necesitaba nada más. Que tonta había sido en su juventud al desear joyas o vestidos bonitos. Lo que realmente la había hecho feliz en aquella vida, no era tangible. El amor que le daban sus hijos, la risa de Anita, las carantoñas de Jonathan… la mirada de Jack Doran.

Tragó saliva y su mirada se fijó en el gran hombre que yacía a su lado, sobre la manta de lana.

Él era magnífico.

Jamás nadie había hecho por ella algo así.

Los niños habían disfrutado de la fiesta, y ella... Se sentía en una nube de felicidad. Pero

no era capaz de tranquilizarse. Ante la cercanía de Jack, su corazón no le daba tregua.

—Relájate —pidió él con voz dulce, para después golpear con suavidad la manta con la palma de la mano—. Tienes que ver esto. Pero verlo bien.

Ella lo miró, sin comprender.

—¿Me estás pidiendo que… que… me recueste?

La notaba tensa, y así era, pero esta vez no era por miedo, era más bien vergüenza, o timidez.

La risa ronca de Jack hizo que le ardieran las mejillas.

—Sí, te estoy pidiendo que te acuestes a mi lado, Amelia. —Al ver que ella seguía dudando, añadió—: A menos que desees despertar mañana con un terrible dolor de cuello.

Se encogió de hombros, pensando que era lógico, así que se animó a recostarse junto a él.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad del cielo, pudo apreciar su magnificencia.

—Jonat… —empezó a decir, pero calló de repente.

Él volteó el rostro hacia ella.

—¿Sí?

Silencio.

—Gracias —lo rompió, finalmente.

Al no escucharla decir nada más, se encogió de hombros.

—No hay de qué.

Permanecieron un largo instante, cada uno sumido en sus pensamientos.

Pensamientos que no distaban mucho los unos de los otros.

—El carromato me lo han prestado los gitanos que acampan en el bosque —se animó a decir para romper ese silencio que, aunque no era incómodo, no les permitía avanzar.

Amelia ladeó la cabeza y lo miró al escucharlo hablar.

—La comida ha sido obra de nuestra querida señora Ford. Eso sí, las luciérnagas me ocuparon varias noches. No son fáciles de coger.

Amelia abrió mucho los ojos.

—Eso hacías, ¿verdad?

—Eso hacía —confirmó.

—Por las noches…

—Sí.

Jack se había estado ausentando, no para ir a visitar a su amiga gitana, sino para cazar luciérnagas.

—Yo… —De pronto lo comprendió todo— ¿Por eso has llegado tarde todas estas noches?

Él la miró, alzando la ceja izquierda y con una sonrisa endiablada en los labios.

—¿Dónde creías que estaba?

—Pues… —ella chasqueó la lengua y Jack entrecerró los ojos, observándola con detenimiento.

No le diría que había pensado que seguía robando en Waterford Hall, o que visitaba a su amiga gitana.

—¿Pues? —insistió Jack.

—Nada.

Sonrió y él la miró alzando la otra ceja.

—Pensé que quizás…

—¿Estaba con Jewel?

Ella hizo una mueca como respuesta y volvió a voltearse, hasta que su cabeza miró hacia el firmamento.

La risa ronca de Jack hizo que le golpeara el brazo con fuerza.

—No te burles de mí, ni…

—¿De tus celos infundados?

—No son celos —se quejó ella.

—Permíteme dudarlo.

Amelia se negaba a mirarlo, pero sabía que se estaba riendo.

—Eres cruel. —Esta vez fue ella quien lo miró con una media sonrisa y los ojos entrecerrados.

—Contigo, jamás.

Jack sintió como su corazón se desbocaba y notó el pecho arder.

Esas sutiles pecas sobre su perfecta nariz, la bonita sonrisa, los labios jugosos, y sus ojos, castaños y profundos, como el bosque… Lo enloquecían.

Sintió la acuciante necesidad de tocarla, de besarla.

Quisiera colocarse sobre ella y juntar sus labios hasta quedar saciado por un apasionado beso, pero no lo hizo porque tenía la certeza de que no se saciaría jamás.

No podía olvidar la última vez que se besaron. Cómo la sintió temblar, gemir, y retorcerse contra su cuerpo.

Estaba convencido de que ella lo deseaba tanto, como él a ella. Pero no podía. No quería engañarla, y besarla de nuevo, fingiendo ser otra persona…

—¿Por qué de pronto ese semblante? —preguntó ella con dulzura.

Él no respondió de inmediato, pero cuando Amelia pensó que no diría nada, la miró a los ojos de una forma que la hizo estremecer.

—Tanta belleza me pone melancólico.

—¡Oh! —Cuando sus labios dibujaron una perfecta “O” y sus mejillas se volvieron a sonrojar, se sintió morir de deseo—. Espero que lo digas por mí, o me sentiré como una tonta.

—Eres de todo menos tonta.

Amelia, poco a poco se fue dando la vuelta, para quedar tendida de costado y mirar a ese hombre con fijeza. Le encantaba contemplar ese fuerte mentón, sus ojos claros y sinceros que la miraban como si fuera lo más preciado sobre la faz de la tierra.

—Me gustaría detener el tiempo para siempre. —Amelia juntó las palmas de las manos y las usó como almohada bajo su cabeza, pero como acto reflejo, Jack estiró el brazo para substituirlas.

Amelia se encontró apoyando la cabeza en su hombro.

—Sólo estaba pensando en… —En realidad pensaba en estrecharla en sus brazos—. En que tal vez tendrías frío.

Amelia se acurrucó contra él.

—No, ahora me siento bien. Gracias —sonrió como una tonta, escondiendo su sonrisa.

Ambos respiraron con calma. A pesar de que Amelia le había dicho que no tenía frío, él la sintió temblar y desplegó una de las mantas que había traído, sobre el cuerpo de los dos.

—¿Mejor?

Ella asintió, acurrucándose más contra su pecho.

—Venus brilla como nunca esta noche —lo dijo por decir algo, y con un tono poco entusiasta que, por fortuna, ella no percibió.

—¡Fíjate, una estrella fugaz! —Amelia señaló la estela, que no tardó en desaparecer en la oscuridad. Luego cerró los ojos y se llevó las manos al corazón.

—¿Qué haces? —le preguntó Jack.

Regresó la mirada hacia él y sonrió.

—Acabo de pedir un deseo.

—¿Cuál?

—Si te lo digo, no se cumplirá.

Ambos regresaron la mirada al cielo, rogando que la estrella cumpliese sus peticiones. Momentos después, Jack rompió el silencio.

—Los gitanos dicen que las estrellas fugaces son el llanto de Venus.

Amelia volteó el rostro hacia él, aguardando a que le contase más de esa historia que ya conocía, pero le gustaba escuchar su preciosa voz. No la defraudó.

—Cuenta la leyenda que siendo Adonis un hombre casi tan apuesto como el mismísimo Apolo, la diosa Venus se enamoró de él. Por su parte, Venus era la amante de Marte, por lo que empezó a dejar de prestarle sus atenciones.

—Seguro que acaba en tragedia.

—Entonces, Marte se transformó en jabalí e hirió a Adonis en la ingle, provocando días después su muerte. La diosa Venus lloró amargamente, y aún pueden verse sus lágrimas en el cielo en forma de estrellas fugaces.

—Es una historia hermosa. Aunque hay otra versión que dice que Venus transformó a Adonis en una flor. Pero me gusta más lo de las lágrimas.

—A mí también. Las flores acaban marchitándose, sin embargo, la luz de las estrellas jamás se apaga.

*Es lo que empiezo a sentir cuando te tengo cerca, Amelia.…*

Emocionada por la explicación, acercó la mano a suya. Con el dedo meñique rozó su dorso y él, al notar el contacto, se la tomó y la apretó.

—Amelia…

Ella tragó saliva, cuando las miradas se cosieron.

Entendía que se estaba conteniendo. No estaba acostumbrada a eso. Su esposo siempre tomó lo que quiso, cuando quiso y sin importarle absolutamente nada más. Jack, en cambio… Ella deseaba que lo hiciera, a pesar de todo lo que eso supondría.

Sentía el latir de su corazón en sus oídos, sus mejillas empezaron a calentarse y le hormiguearon los dedos al sentir la necesidad de tocar a ese hombre.

Ese hombre que no era su marido.

—¿Jack…?

Notó la rigidez de su cuerpo en el preciso instante que pronunció su nombre.

—¿Por qué me llamas así? —preguntó él con cautela.

—Escuché como tu amiga te llamaba Jack Doran.

Reinó un prolongado silencio, consecuencia de que ninguno de los dos quería abrir esa caja de pandora.

—Amelia, yo…

—Los niños dicen que no eres su padre.

Jack cerró los ojos con fuerza, pero finalmente se volvió valiente.

—¿Y tú crees que no soy tu esposo?

Ella se incorporó sobre uno de sus codos y lo miró directamente a los ojos.

—Ojalá no lo fueras.

Cuando Jack alzó la mano, sintió la humedad en las mejillas de Amelia. Las lágrimas surcaban sus mejillas en silencio.

—Te quiero demasiado como para aceptar que eres ese hombre cruel y despiadado.

—Amelia…

—No… Sssh —le tapó la boca con los delicados dedos—. Por favor, no digas nada. Solo quiero que sepas que he sido más feliz estas semanas contigo, de lo que nunca fui jamás. Quiero que sepas, que jamás he querido a un hombre como te quiero a ti, y que no me importa si…

No pudo continuar.

Los labios de Jack estaban sobre los de ella, la besó con una desesperación que no había sentido antes. Amelia era todo lo que deseaba, todo lo que necesitaba. Ella y los niños eran su prioridad ahora. No iba a permitir que nada malo les pasara, y no solo eso, quería vivir cada día con el único objetivo de hacerlos felices.

—Amelia, yo…

Fue ella quien lo acalló. Se acercó a él y juntó de nuevo los labios con los suyos.

Por unos instantes, se quedó paralizado.

Su pecho subía y bajaba a un ritmo acelerado.

Amelia era exquisita, le gustaba todo de ella, y ese beso… hizo que perdiera la noción del tiempo. La lengua femenina, intentaba abrirse camino, tímida pero persistente. Cedió ante ella y cuando abrió la boca para recibirla, el corazón ya le latía desbocado y su mente apenas era capaz de discernir con claridad qué estaba sucediendo.

La abrazó, estrechándola contra su pecho. Sin separar los labios, rodó sobre la manta para sentirla bajo su cuerpo. Necesitaba todo de ella, tomar todo lo que ella quisiese darle.

En la vorágine del beso y con un resquicio de su mente aún funcionando, pensó en que debía ser cauto. No quería asustarla, si se dejaba llevar con toda la pasión que sentía, era

probable que sucediera exactamente eso.

Amelia era tan cálida y delicada, y él… simplemente era Jack Doran, un hombre libre, de toscos modales, que había caído rendido a sus pies. Su libertad no significaba nada si no la compartía con ella.

—Amelia… —gimió contra su boca.

Lejos de asustarse, ella le rodeó el cuello con ambos brazos, acercándolo, impidiendo que pusiera fin a ese beso.

No le tenía miedo. Jack se alegró al saber esa verdad. Más bien lo contrario, ¿era él quien estaba asustado?

Oh, sí.

Lo estaba.

Jamás se había sentido más vulnerable.

Siguió zambulléndose en aquel beso que los enardeció a los dos. La lengua de Amelia jugueteó con la suya. Él se atrevió a lamer sus labios, besar la perfecta y delicada barbilla hasta que se vio descender para tener mejor acceso al largo y delicado cuello de cisne.

De pronto, ella abrió los ojos y gimió.

Jack sintió pánico.

—¿Qué… qué sucede? —apenas le salía la voz.

Amelia ladeó la cabeza.

—No… no sé. Nunca había sentido algo así con… él.

Jack no supo qué responder a eso.

—Bueno —se encogió de hombros—, espero que te guste el cambio.

Eso hizo que Amelia se llevara las manos a la boca para ocultar una suave risa. Esta vez fue Jack quien se incorporó y se lanzó a sus labios. También rio contra aquella boca que lo volvía loco.

—¿Quieres esto? —le preguntó a sabiendas de que, a esas alturas, ella ya habría deducido que el hombre que la besaba con tanta desesperación no era el monstruo de Jonathan Waterford.

—Sí, es lo que he deseado desde la primera vez que me besaste.

La tomó de las manos, se las colocó a cada lado de la cabeza y la besó con pasión.

Ella correspondió de igual forma, retorciéndose bajo su cuerpo, buscando sus besos, ofreciéndole el cuello y gimiendo contra su oído.

Pudo sentir su dureza, cuando él alzó sus faldas y se rozó contra ella de forma indecorosa.

No importaba.

Lo quería, lo deseaba.

—Oh…

*Jack.*

Había estado a punto de decir su nombre, el auténtico.

*Jack.*

Pero él la había hecho callar, regresando a su boca.

Sintió que algo acababa de suceder cuando, de pronto, se detuvo.

Jack cerró los ojos, acunó su rostro con las manos y apoyó la frente en la suya, mientras su pecho la golpeaba, a causa de su acelerada respiración.

—¿Qué sucede? —jadeó, Amelia.

Buscó su boca de nuevo. Pero esta vez él no se la ofreció, más bien al contrario. Se separó de ella unos centímetros más para mirarla a los ojos.

Solo Dios supo lo mucho que le costó decir aquello.

—Es mejor que paremos.

Al escuchar aquellas palabras Amelia fue a protestar, pero Jack le rozó los labios con los dedos, haciéndola callar.

—Los niños podrían despertar y…

—Están profundamente dormidos. —Amelia miró el carromato a cierta distancia de la hoguera y del lugar donde se encontraban—. No haremos ruido.

Jack bajó la cabeza de nuevo y besó su boca entre risas.

—Haremos ruido, Amelia —le aseguró—. Mucho ruido. Cuando te tenga por fin desnuda

entre mis brazos, créeme que todos se darán cuenta de ello, a menos que sean sordos.

Ella rio más fuerte, pero siguió abrazada al cuerpo masculino que la atrapaba contra la manta, dándole un exquisito calor y placer.

—¿Me lo prometes? —preguntó Amelia.

Él la miró a los ojos.

—Te lo prometo. —Acarició su rostro con ternura—. Cuando seas mía, no quiero estar pendiente de si Anita sale sonámbula en busca de Pity, o si Jonathan se despierta con una pesadilla.

Ella asintió.

—Oh, claro. —Amelia suspiró y cerró los ojos, algo avergonzada.

Finalmente, apoyó las manos en su pecho y lo empujó para apartarlo con suavidad, pero él no le permitió apartarse.

—No —murmuró—, quedémonos así un instante más.

La miró con una dulzura infinita.

La rodeó de nuevo con los brazos y sus ojos se transformaron en súplica.

—Quédate —imploró. Tomó aire varias veces, como si así pudiera enfriar el fuego abrasador que tanto le quemaba por dentro.

Amelia cedió con una sonrisa.

Cuando finalmente él rodó de espaldas, ella lo siguió. Se acomodó contra él, apoyando la cabeza en su fuerte pecho.

—Seguiré aquí, siempre que tú me lo permitas.

Jack cerró los ojos, y empezó a acariciarle el pelo, mientras su cuerpo se esforzaba en obtener una temperatura más decente y su respiración un ritmo más pausado. Deseando, al mismo tiempo, que esa estrella le concediera el deseo de tenerla así, entre sus brazos, para siempre.

Unos minutos después, Lupo, que descansaba junto al carromato, alzó las orejas.

Jack se incorporó sobre su codo y Amelia levantó la cabeza.

Acababa de oír algo.

—¿Qué ocurre? —quiso saber ella. Pero Jack no respondió, observó el bosque y el crujido de una rama no muy lejana.

Lupo a su vez, elevó la cabeza y miró hacia el antiguo invernadero, pero sus ojos medio ciegos no lograron distinguir nada. Segundos después, volvió a apoyar la cabeza sobre las patas delanteras y gruñó de forma imperceptible.

Amelia y Jack enseguida volvieron a recostarse después de asumir que habría sido cualquier animal nocturno quien había alertado a Lupo. Por su parte, el perro anciano, al contrario que ellos, sí había podido sentir la furia que se ocultaba entre las ruinas del olvidado invernadero.

Escondido tras los vidrios rotos y las enredaderas que abrazaban la estructura de hierro oxidado, alguien se ocultaba entre las sombras.

Furioso, había presenciado los besos y los suaves suspiros, las risas y las caricias de los amantes. El encapuchado, abrazado por la oscuridad de la noche, tenía las manos manchadas de sangre. Deseó que aquella sangre no fuera la de su última víctima, sino la de aquella mujer infiel que retozaba con ese gitano.

¿Cómo una escoria semejante, podía codiciar un tesoro como aquel?

Acabaría con él. Tarde o temprano. Y Amelia volvería a ser suya.

# CAPÍTULO 28

A la mañana siguiente, Jack estaba agotado. Amelia había dormido con los niños en el carromato pero él, tras disculparse, decidió pasar la noche a la intemperie, junto a la hoguera. No era la primera vez que lo hacía y era algo que solía disfrutar, pero aquella noche no pegó ojo.

Amelia le quitaba el sueño.

No dejaba de pensar en ella, en sus besos y caricias. Pero también se mantuvo alerta, no olvidaba que alguien con malas intenciones rondaba por sus propiedades.

De madrugada, cuando el fuego se convirtió en brasas, su cuerpo habría quedado entumecido por el frío, si Lupo no se hubiese recostado con él para darle calor. Era un estúpido, y lamentaba no tener el valor de contarle a Amelia uno de los motivos por el que no pudo pasar la noche junto a ella. Y es que se sentía el mayor cobarde de Inglaterra.

Sentía que debía confesar quien era realmente y por qué estaba ahí, pero tenía miedo. Miedo a que Amelia no lo entendiera, a que no lo perdonara y el futuro juntos que había empezado a soñar se desvaneciera.

Muy temprano, tras comprobar que ella y los niños dormían profundamente, fue en busca de la señora Cooper y le pidió los atendiese adecuadamente en cuanto despertaran y que a él nadie le molestase en todo el día.

El sol ya asomaba cuando se dirigió a los establos y, mientras caminaba hacia la cuadra de Artax, empezó a arrepentirse de la decisión de marcharse.

Deseaba quedarse para siempre.

Quería a Amelia y a los niños… maldita sea, esos críos eran todo lo que un padre podía desear. Pensándolo bien, eran sus sobrinos. Y ella era la esposa perfecta. No sólo era hermosa, también inteligente y divertida. Paciente, amorosa y… tremendamente sensual.

—Mierda, Jack —se dijo, mientras pasaba el cepillo por el suave pelaje de Artax—. Detesto esta situación.

Odiaba usurpar la identidad de su hermano.

Odiaba fingir ser quién no era.

Pero lo que más odiaba en profundidad era engañar a Amelia.

***

A media mañana Amelia desayunaba con los niños en el comedor, y se preguntaba dónde estaría Jack. Nada más despertar, echó de menos su cercanía. Después, Mary Cooper le dijo que se ausentaría todo el día y las dudas y los miedos regresaron.

¿Habría hecho ella algo para ahuyentarlo? Quizás ser demasiado evidente. Ella sabía que se trataba de un impostor. ¿Y sí había huido porque se había dado cuenta de que ella lo sabía?

Esa posibilidad la entristeció mucho más de lo que podría haber imaginado.

Pero no, él no la dejaría sin decir nada. Puede que no lo conociera, pero… sí que lo conocía. Era un hombre bueno, aunque se apropiara de cosas de la casa para dárselas a los gitanos.

Mientras untaba un poco más de confitura en el panecillo, no pudo dejar de sonreír. A pesar de eso, sentía que estaba viviendo un sueño del que no quería despertar.

Era perfectamente consciente de que ese hombre era un impostor, pero no tenía la menor idea de cual era el verdadero motivo por el que estaba allí, ni dónde se encontraba su esposo.

Pero de algo estaba segura, su suegra tenía algo que ver en todo aquello.

Alzó la cabeza para contemplarla y esta le devolvió la mirada.

—Pareces muy contenta esta mañana.

Amelia, intentó no ser tan evidente.

—No más de lo habitual.

Pero Jonathan y Anita la delataron.

—Ayer fue su cumpleaños y lo hemos pasado de maravilla esta noche. Dormimos en un carromato —reveló Anita.

—¿En un carromato? —la condesa viuda lo dijo sin sorpresa, como si entendiera perfectamente que su nuera libidinosa estaba jugando a ser una gitana. La miró con reproche y Amelia apartó la mirada—. Ya veo.

Amelia comió en silencio. Definitivamente su suegra sabía algo. Pero, ¿Cuál era su papel?

Repasaba mentalmente lo sucedido la noche en que lo descubrió, pero no era capaz de recordar la conversación de su marido con Jewel, o no al menos toda. Era posible que la impresión que sintió al descubrirlo la hubiese obligado a no prestar la debida atención, pero sí llegó a oír claramente su nombre: Jack Doran.

Estaba convencida de que tal parecido solo podía deberse a que eran hermanos. Dios Santo, Jack el hermano del conde de Waterford. Pero no entendía por qué había ocupado su lugar, y lo peor de todo ¿sería algo temporal?

Esto último la aterraba de tal forma que se olvidaba hasta de respirar porque, ¿qué sería de ella y los niños, cuando él se fuera?

Había sopesado muchas veces la idea de pedirle explicaciones, necesitaba saber qué estaba pasando realmente pero, ¿esas preguntas, acelerarían su marcha o, por el contrario, lograría convencerlo para que se quedase? Y si finalmente sucedía lo que más temía, ¿regresaría el auténtico lord Waterford?

¡Cielos, no quería ni pensarlo!

Ojalá Jonathan no regresara jamás. Ojalá se perdiera para siempre.

—Mamá, ¿te encuentras bien? —su hijo reclamó su atención y ella dejó el cuchillo de untar la mantequilla sobre el platillo, junto al pan.

—Sí cielo, ¿por qué lo dices? —Era una pregunta absurda, los niños la miraban

fijamente, especialmente Anita.

—De repente te has puesto muy seria —dijo la pequeña.

—Oh, pues no me he dado cuenta —tomó un sorbo de zumo de naranja y sonrió.

—Le habrá sentado mal tanto aire fresco —dijo su suegra, mordaz.

—Está pensando en él —le dijo Anita a su hermano.

—¿En quién? —preguntó su abuela.

Amelia palideció porque no quería que la vieja bruja supiera que los niños sospechaban que Jack no era su padre.

Pero Anita era lista, y se apresuró a decir.

—En… papá, por supuesto.

—Bueno, —al echar una mirada a lady Waterford, Amelia carraspeó—, sí. Estaba pensando en papá. ¿Dónde estará?

—Lo he visto en los establos —dijo Anita—. Creo que se va a marchar.

Amelia sintió un nudo en el estómago.

—¿Adónde? —preguntó Amelia sin poder contenerse.

—Pues a dar una vuelta con Artax, mamá —se rio Jonathan al ver su cara de preocupación—. ¿Adónde quieres que se vaya?

Amelia no pudo evitar mirar a su suegra, y esta a su vez le devolvió la mirada.

—Regresará pronto —sentenció, como si ella estuviera enterada de algo que Amelia no sabía.

Y en ese momento, entró el señor Wilson, con su siempre inmutable rictus.

—Milady —anunció—, acaba de llegar una carta de Londres.

—Oh.

Miró el sobre y vio que estaba dirigida a lord Waterford.

—Es para mi esposo.

—Si me permite la indiscreción, parece urgente —dijo el mayordomo.

Su suegra la miró con la ceja levantada, esperando a que Amelia se la diera, pero no lo

hizo.

—Gracias Wilson. Yo misma se la entregaré.

Antes de que Margaret pudiera protestar, Amelia se levantó de la mesa y empezó a caminar.

—Niños, id con vuestra institutriz —luego, mirando a su suegra dijo—: buenos días.

Salió del comedor y los niños no tardaron en alejarse de su abuela e ir a tomar sus lecciones.

Amelia bajó a los establos en busca de Jack, pero cuando llegó, ni él ni su caballo estaban.

Se le subió el corazón a la garganta al pensar que podría haber decidido marcharse antes de lo previsto, pero ¿tenía eso sentido, o simplemente era el miedo a perderle lo que la inquietaba?

Miró la carta que llevaba en la mano. ¿Realmente sería para su marido, o era su marido quien le escribía a Jack? Oh, no había pensado en aquella posibilidad, de que Jonathan fuera muy consciente de que alguien lo suplantaba. Ese pensamiento hizo que se le aflojasen las rodillas.

Se recostó contra la pared de las caballerizas, muy atenta a que ninguno de los mozos de cuadras la viera. Su mundo estaba patas arribas.

Estaba enamorada de un hombre que no era su marido. Estaba enamorada de Jack Doran.

Cielos, estaba condenada.

Salió afuera y miró hacia a la explanada de hierba que se extendía hasta donde empezaba el bosque. Allí, había dicho Jack, la pasada noche, estaba acampado el pueblo gitano. Allí estaba también esa mujer, Jewel.

Gimió al recordarla.

Era tan hermosa, su risa era fresca y… Jack la trataba como si se conociesen de toda la vida. ¿Sería posible que el doble de su marido hubiera vivido siempre tan cerca de ellos? No le veía el sentido. Si eran hijos de Margaret, ¿por qué habría consentido separarlos al nacer?

Tragó saliva y siguió observando el bosque.

Deseaba verlo, hablar con él… aclarar las cosas de una vez por todas.

Pero no podía obviar cómo él la había besado. No quería ni pensar que estuviera fingiendo aquella pasión. Sí, era deseo. La besó con tal pasión que…

Se llevó las manos al estómago, para calmar ese cosquilleo que aparecía cuando pensaba en él.

Sin embargo, todas las noches había dormido en el suelo de su habitación, jamás habían llegado más allá de los besos. ¿Significaba eso que en realidad no la había tomado porque esa gitana era la dueña de su corazón?

Miró la carta y finalmente se la metió en el bolsillo.

Iría en su busca y… Saldría de dudas.

# CAPÍTULO 29

Maldita la hora en que tuvo la genial idea de adentrarse en ese bosque.

Era espeso, sombrío y húmedo. Amelia avanzaba por el sendero, bordeado por altos arboles de gruesos troncos cubiertos de musgo. El viento movía las ramas más altas, y el sonido que provocaba parecían murmullos. Más allá de eso, y de las hojas crujientes a su paso, la soledad era tan espesa que se podía cortar con un cuchillo.

A cada paso que daba, se arrepentía de su decisión.

No sabía a dónde iba, no tenía la menor idea de donde acampaban exactamente esos gitanos ni tampoco si sabría regresar por sus propios pasos. Después de media hora de caminar, el sendero se bifurcó y estuvo tentada a regresar. Pero ya había llegado hasta allí y decidió que seguiría adelante.

Se decidió por el camino más amplio, parecía el más transitado y lo lógico era que los gitanos lo hubiesen recorrido con sus grandes carros, pero en realidad se estaba arriesgando. ¿Y si se equivocaba?, ¿y si cuando llegara Jack no estaba allí? Por otra parte, una mujer sola visitando un campamento gitano…

—Oh, Amelia. ¿En qué estabas pensando?

Poco después, el camino se cortó y se topó con maleza.

Empezaba a pensar que era la mujer más estúpida de toda Inglaterra.

Aún no se había topado con nadie. ¿Y si se perdía? Miró hacia arriba para ver la posición del sol y las nubes bajas lo tapaban. La niebla amenazaba con aparecer y si eso sucedía, estaría perdida.

Cuando iba a avanzar de nuevo, un ruido a su izquierda la sobresaltó.

—¿Quién va? —Nadie respondió.

Siguió caminando entre los árboles, por si encontraba de nuevo el sendero y otra vez ese ruido.

Eran… como unos pasos, siguiéndola.

Se detuvo en seco y el sonido cesó.

¡Maldición, alguien la estaba siguiendo y no alcanzaba a ver quien era!

A cada paso que daba, sentía unos ojos clavándose en su nuca. El latido de su corazón se volvió intenso, tanto que pensó que ensordecería. Mientras sus pasos eran cada vez más rápidos, sus ojos recorrían nerviosos a su alrededor, buscando cualquier indicio de movimiento.

De pronto, se quebró una rama tras ella y, antes de que el miedo se apoderarse de su mente, cerró las manos en puños y se dio la vuelta con rapidez.

—¡Deja de seguirme! —gritó.

Pero lo hizo a la nada. Lo único que hubo frente a ella fue bosque, maleza y los dedos de la niebla, empezando a serpentear entre los troncos.

Cayó en la cuenta de que se había perdido.

—Maldita sea... —gimió.

Al darse la vuelta de nuevo, se llevó el mayor susto de su vida.

—¡Aaaaah! —gritó, en el momento en que una figura con una negra capucha se paraba frente a ella.

—¡Por Dios, tranquila! —oyó una voz femenina, amortiguada por la tela de abrigo—. Ni que hubieses visto un coche tirado por cuatro caballos negros, dispuesto para para darte el último paseo.

Asustada como estaba, solo pudo parpadear confusa. Tenía miedo, pero aquella voz no parecía ser la de un enemigo.

—¿Co… como dices? —jadeó, espantada.

—Chica, te has perdido.

*¿Chica? ¿Quién era esa mujer, y por qué la llamaba con tanta familiaridad?*

La encapuchada se descubrió y Amelia la reconoció de inmediato.

—Eres... eres tú.

—Si, soy yo —Jewel rio, divertida ante la cara de pasmo de la condesa—. La misma que viste y calza. Y tú eres lady Waterford, si no ando equivocada.

Tenía la misma forma de hablar y el mismo descaro que Jack.

—Te recuerdo de la otra noche.

—Yo también, condesita fisgona.

—¿A quién llamas fisgona? —La voz ofendida de Amelia divirtió a Jewel, que se animó a soltar una risotada.

Amelia la miró de arriba abajo, seguía siendo preciosa, con esos ojos verdes como joyas y el cabello negro como el azabache, con ligeros destellos azulados. Sintió celos y… eso le provocó unas terribles ganas de llorar.

—Pero dime, ¿qué haces aquí? ¿Por qué te has metido sola en el bosque? —Jewel miró en derredor buscando algo—. Al menos podrías haberte traído al perro.

Era una descarada.

¿Cómo podía hablarle así?

Recordó que era gitana y que ese pueblo no rendía pleitesía a nadie, mucho menos lo haría con la esposa de su amante.

—Lupo es muy mayor para estas caminatas y no tengo intención de hacerle pasar un mal trago. Y tú, ¿Por qué me estabas siguiendo?

La cara de la joven fue de sorpresa.

—¿Seguirte yo? —se señaló con el pulgar—. No te seguía. Me acabo de topar contigo.

Amelia se giró hacia el espeso bosque y se estremeció de nuevo.

—¿De verdad no me seguías?

En un instante Jewel perdió todo deje de diversión en su rostro.

—Juraría que alguien lleva siguiéndome un buen rato. Si no eras tú…

—¿Había alguien detrás de ti? —preguntó, con preocupación—, ¿has visto u oído a alguien?

Amelia la miró a los ojos y lo que vio la inquietó aún más.

—Sí… —dudó—, eso creo.

La gitana estiro el cuerpo hacia su izquierda para mirar tras Amelia y cuando volvió a su posición inicial, se mordió el labio inferior, mientras sus ojos recorrían nerviosos el lugar.

—Vámonos de aquí. —La cogió por la mano y, para su sorpresa tiro de ella.

—¿Adónde vamos?

—Al campamento. —Seguía tirando de Amelia que la siguió sin rechistar—. Estos no son tiempos para que una mujer ande sola por el bosque.

Echó un último vistazo sobre su hombro. Tras ella estaba oscuro, ya cubierto por la niebla y… tenebroso.

—Qué bien que te he encontrado. De un tiempo a esta parte, este bosque no es seguro.

Tomaron un atajo y llegaron al campamento gitano en poco menos de cinco minutos. Le sorprendió gratamente la alegría con que las recibieron, aunque no estaba demasiado acostumbrada a tanto revuelo y se mostró algo tímida.

Los niños fueron los primeros en acercarse, vestían con colores vivos y la mayoría iban descalzos, pero eso no les impedía corretear a su alrededor, extendiendo sus manos para tirarle de la falda. Sus caritas alegres y sus risas la contagiaron y Amelia no pudo evitar sonreír.

—¡Apartaos, mocosos del demonio! —los espantó Jewel, intentando pasar entre el gentío.

—¿Esta es la condesa? —preguntó una joven con un cesto lleno de leña—. Me la esperaba más alta.

—Y yo más guapa, no entiendo como Jack se ha podido prendar de esa.

—Cállate, Lucy y háblale con respeto, estas son sus tierras —la espetó Jewel.

Pero Amelia no estaba pensando en que las tierras eran propiedad de los Waterford, ni en que, al ser la esposa del conde, tenía poder en esos lares. Lo que pensaba era en las palabras de esa mujer: *Como Jack se ha podido prendar de esa.*

Bueno, ella era esa, y si Jack se había prendado de ella, no le importaba nada más.

Sonrió como una boba.

—Veo que te alegra la algarabía.

Amelia se encogió de hombros ante la mirada de Jewel, que le sonrió a su vez.

—Es un honor que esté aquí, milady —dijo la chica gitana que les había cortado el paso, y Amelia le dedicó una sonrisa.

—¡Es la esposa de lord Waterford, dejad paso! —gritó Jewel al resto, abriéndose camino entre los curiosos.

Aún la llevaba de la mano, volvió a tirar de ella y prácticamente la arrastró hacia uno de los carromatos, pintado de rojo y con unas cortinas azules con encajes blancos.

—¡Jane! —gritó, antes de entrar—. ¡Ha venido la condesa a hacernos una visita!

—Esto… yo… —Amelia no pudo decir más, casi fue empujada al interior del carromato.

Y se encontró con alguien a quién jamás habría esperado ver allí.

En un mullido cojín de terciopelo, ronroneando sobre el regazo de una anciana, descansaba una gata carey.

—¡Pity!

***

Las manos algo arrugadas, de dedos largos y elegantes, vertieron té en una taza de fina porcelana. Mientras tanto, los ojos de la gitana no se apartaban de Amelia.

—Sabíamos que vendría, aunque no esperábamos que tardara tanto, ¿verdad, querida?

Esa anciana tenía una mirada penetrante que logró estremecerla, sin embargo, también vio bondad en ella.

—¿Disculpe? —preguntó, desconcertada, cogiendo la taza que la mujer le ofrecía. Juraría que le había hablado a la gata, pero no podría asegurarlo.

—Está disculpada. Y disculpe también mis parcos modales. No estoy acostumbrada a recibir en mi humilde hogar a una personalidad tan importante.

—Bueno, yo… no soy tan importante.

La risa ronca de la anciana la puso aún más tensa.

—Es también demasiado modesta, si no le incomoda que se lo diga.

—No, no me incomoda, pero…—Amelia no podía apartar los ojos de Pity—. Discúlpeme de nuevo, pero, esta gata, ¿dónde la ha encontrado?

—Mejor pregúnteme, ¿Cómo es que nos encontró ella a nosotros?

Amelia suspiró.

Era evidente que se había escapado. Pero jamás pensó que podría llegar tan lejos.

—No entiendo qué quiere decir, señora. No obstante, me alegra que esté a salvo. Mi hija está muy preocupada. Es su gata.

La anciana hizo un ruidito y luego meneó la cabeza. No parecía estar muy de acuerdo con esa afirmación.

—Esta gata endemoniada, no es de nadie. Se maneja sola. Se metió en la calesa de Mary Cooper aquella noche… —miró a Amelia como si no pudiera explicarle todavía a qué vino Mary Cooper, aunque dudaba de que aquella mujer de ojos inteligentes, fuera tan tonta como para no saber que no estaba compartiendo el techo con alguien que no era su marido.

—¿Sí?

—No importa. Lo que digo es que Pity vino para avisarme de algo. También me ha dicho que aún debe quedarse un poco más de tiempo aquí. Dígaselo a la pequeña Anita, para que se tranquilice.

—Ya veo.

Amelia parpadeó.

—La necesito aquí. De momento.

No sabía qué decir, ni qué hacer. Así que bebió un sorbo de té en silencio y esperó a que la anciana reanudara la conversación.

Lo que estaba esperando realmente es que Jack apareciera en cualquier momento y la salvara. Si es que había algo de que ser salvada.

—¿Y… cómo sabe el nombre de mi hija? ¿Jack se lo ha contado?

La vieja mujer se echó a reír.

—Jack, ¿eh? —se mofó—. Jack no cuenta mucho, pero se le ve el corazón en los ojos, una solo tiene que mirar.

Amelia se sintió desnuda ante aquellos ojos sabios.

—A usted también solo hace falta mirarla una vez para darse cuenta de cuales son sus sentimientos.

—No sé a qué se refiere —se revolvió, incómoda.

—Está enamorada de Jack Doran, mi nieto.

El silencio fue denso y Amelia apretaba con tanta fuerza la taza de té que pensó que se le resbalaría de las manos.

—Yo, no…

—Oh, usted sí —le palmeó la rodilla—, algo que no tiene mérito —se burló—. Todas las mujeres del poblado, jóvenes y viejas están enamoradas de mi Jack. Pero… él solo se ha prendado de una.

Amelia se sonrojó y apretó los labios para guardarse la pregunta de como lo sabía.

—Pity —la acarició, y la gata ronroneó de puro placer—. Es una gata muy sabia. Vino a alertarnos del peligro.

La atención de Amelia regresó de inmediato hacia la anciana.

¿Sería posible que el peligro que presentía fuera real? Por supuesto que era imposible que una gata avisara a una gitana de que algo andaba mal, ¿no? Pero… ¡Bah! Ya dudaba de todo.

—Dígame de qué está hablando.

Amelia podría pensar que esa anciana estaba loca, pero no lo parecía. Sus ojos eran sabios y su voz, aunque suave y de tono amable, emanaba autoridad. Era evidente que se trataba de una persona importante.

—No ha venido usted aquí para hablar de la gata. Ni yo para ponerla en sobre aviso de un peligro que usted misma siente en los huesos. —Amelia tragó saliva, pero no la interrumpió—. Realmente ha venido por Jack Doran, mi nieto. ¿Me equivoco?

Amelia tomó aire con lentitud.

Necesitaba procesar esa información sin caer desmayada. ¿Su nieto? No era posible, a menos que…

—¿Él es…?

—El hermano gemelo de lord Waterford. —Se rio ante la expresión de asombro de Amelia—. ¿Por qué esa cara, muchacha? Usted es inteligente. Seguro que ya lo sabía.

—Lo sospechaba.

¿Cómo podía ser de otro modo? El parecido era tan evidente, solo si fueran gemelos…

—Fue rechazado por sus padres al nacer —la confesión de Jane la sacó de sus pensamientos—. Pero la fortuna se puso de su parte y llegó sano y salvo a nuestro poblado, la misma noche en que nació. Se quedó conmigo desde entonces. Bajo mi protección. Por eso, ahora es mi nieto.

Amelia asintió, sabiendo en el fondo de su corazón que lo que decía la anciana era cierto.

Jack había sido abandonado en el poblado, pero… ¿por qué?, ¿Cómo pudo Margaret Waterford ser tan malvada?

—Imaginé algo parecido, sin embargo…

—Sin embargo, no puede entender que maldad motivó eso. Pues ninguna, solo el miedo a una profecía.

—¿Cómo?

—El padre de Jack sabía que, si dos hermanos nacían el mismo día en la familia Waterford, uno de ellos acabaría con la vida del otro. Está escrito en los astros.

—¿Lo abandonaron por un cuento de viejas?

La anciana pareció decepcionada.

—Ningún cuento. Hay locura en los gemelos Waterford, sed de sangre… solo es cuestión

de tiempo que uno acabe con la vida del otro si llegan a encontrarse.

Inquieta, Amelia se levantó, pero al ver las dimensiones del carromato, volvió a sentarse.

—No te inquietes, niña. Podría asegurar que no será mi nieto quien acabe perdiendo.

En silencio, los ojos de Amelia se inundaron de lágrimas no derramadas.

—¿De verdad amas a mi nieto?

Amelia se negó a contestar. No era quien para expresar sentimientos que aún no le había confesado a Jack.

—Son muy distintos ¿verdad?

Amelia asintió.

—Tiene usted razón. Son tan distintos como el día y la noche.

Cuando Amelia removió el té con la cucharilla, la anciana miró la taza unos segundos, para después centrar toda su atención en ella.

—Ha venido en busca de respuestas, que por el momento no puedo darle. Debe encontrarlas en su corazón.

—De hecho, he venido a buscar a Jack, pero… sí. Quizás tenga razón y realmente esté aquí en busca de respuestas. —La anciana la miró, como si no pudiera decirle nada más, pero Amelia solo le sonrió—. Acaba de revelarme bastantes.

—Pero no son las que desea escuchar, ¿verdad que no?

—No, no se equivoca —le dio la razón—. Lo cierto es que no sé qué pretende Jack. No sé por qué motivo se hace pasar por mi marido y…

—Sólo quiere proteger a los suyos. Pero él aún no comprende que ha estado viviendo una vida que no es la suya y que debe regresar al lugar al que verdaderamente pertenece, definitivamente.

—No la comprendo, señora.

Jane Doran la cogió de la mano y se la apretó con ternura.

—Se ha enamorado de él ¿no es así?

Amelia pensó que se le saltarían las lágrimas de un momento a otro. No habló con

palabras, pero Jane Doran supo la verdad con solo mirarla. Estaba irremediablemente enamorada de Jack.

—Comprendo sus dudas, pero no soy yo quien debe disiparlas. No puedo hablar por mi nieto. No obstante, sí le puedo decir que lo he educado bien. —La sonrisa de la anciana era tranquila, como si supiera que lo que estaba por venir era inevitable—. Tenga paciencia y confíe en el destino. Cuando las aguas vuelvan a su cauce, se dará cuenta de que nada, absolutamente nada, es lo que parece.

—Pero… no lo entiendo —Amelia apartó la mirada y suspiró. No tenía por qué insistir. No iba a sacar nada en claro— ¿Dónde está él ahora? Pensé que le encontraría aquí.

—En estos momentos, os está protegiendo.

—¿De qué?

—Del mal, que acecha en los lugares más insospechados. Sólo debe tener fe y confiar en él. Y en el destino.

—Lo siento, pero sigo sin comprender.

La anciana iba a decir algo más, cuando afuera empezó a oírse un alboroto. Golpes, relinchos, cristales rotos y… gritos alertando que acababa de llegar la policía.

Amelia se puso en pie y se asomó por las cortinas de la entrada.

Lo que vio la espantó.

—Acaba de llegar la policía —alertó Amelia.

Jane suspiró.

—Sí, ya me lo imaginaba.

# CAPÍTULO 30

Eran unos doce hombres uniformados, la mitad de ellos sobre sus caballos, acometiendo con todo el que se interpusiese en su camino, el resto, registrando los carromatos.

—¡Soltadme! —Jewel gritaba y daba patadas al aire mientras dos hombres la retenían—. ¡He dicho que me soltéis, malnacidos!

—Cállate, gitana y dinos, ¿de dónde has sacado todo esto? —Quién habló fue el hombre que estaba al mando.

Tenía un saco en las manos y extrajo de él un collar de perlas y un candelabro de plata.

Amelia abrió los ojos como platos al reconocer los objetos enseguida. El collar, pertenecía a la condesa viuda. Seguramente Jack los habría sustraído de Waterford Hall.

—¡No soy una ladrona! —seguía gritando Jewel, mientras intentaba zafarse sin éxito— ¡No he robado nada! ¡Son un regalo de lord Waterford!

Amelia bajó las escaleras con rapidez y se encaminó hacia ellos.

—¿Qué sucede? —le preguntó al inspector de policía, que se sorprendido mucho al reconocerla.

—¡Milady! ¿Qué hace usted aquí? —Se bajó del caballo, en señal de respeto, pero Amelia no cambió su rictus de seriedad y lo encaró.

—Soy lady Waterford, y exijo que dejen de maltratar a esta gente y suelten de inmediato a esta joven. Ella no ha cometido ningún delito, doy fe.

—¿Y cómo explica usted el robo de sus joyas, milady?

Miró a Jewel y la gitana se mordió el labio. No sabía si Amelia se pondría de su parte. Por fortuna, así fue.

—Ya os lo ha explicado ella. Son un regalo de mi esposo, el conde —el hombre abrió los

ojos con sorpresa. Carraspeó incómodo. Si la joven había recibido aquellos regalos del conde, eso solo podía explicar que era su amante, y la condesa no parecía ajena a ese hecho.

—¿Y bien? —lo apremió Amelia—. Soltadla.

Jewel suspiró aliviada, y Amelia hizo auténticos esfuerzos para no romper a llorar. Aquello no hacía otra cosa más que probar que ella y Jack eran amantes. El inspector se acarició el largo bigote y mirando a los hombres que sujetaban a Jewel asintió para que escucharan sus órdenes.

—Aclararemos esto en la comandancia.

—¿Cómo? —Amelia se acercó un paso—. Pero…

Los gritos de Jewel empezaron de nuevo y a su alrededor los de los demás gitanos que habían empezado una refriega con los otros agentes.

—¡Soltadla!

—Lo lamento, milady. Será el mismo lord Waterford quien tenga que asegurarnos que esa mujer no sustrajo nada de su casa. Y por otra parte, han estado sucediendo cosas. —Por como lo dijo, Amelia supo que se refería a los asesinatos—. Debemos llevárnoslos para interrogarlos.

—¡Malditos seáis! —gritó Jewel.

Pero Amelia solo pudo contemplar, impotente, como se llevaban a media docena de hombres y a Jewel.

Amelia aguardaba en el despacho del inspector de policía la llegada de su esposo. No entendía como es que no estaba en el poblado, debía estar cerca y aún así los gritos no lo alertaron. Tuvo que mandar a alguien a que lo buscara.

Se estrujó las manos, mientras nerviosa, paseaba por la deshilachada alfombra.

Estaba tardando demasiado.

El edificio policial no era muy grande y no disponía de más de una docena de agentes y el

inspector Anderson. Se encontraba en la calle principal de Mansfield, un pequeño pueblo a ocho millas de Waterford, cerca de Nottingham. A pesar de su modestia, tanto en mobiliario como en su decoración espartana, todo estaba pulcro y ordenado, tal y como era el carácter del inspector Anderson.

Jack aún no había hecho acto de presencia, pero sabía que West, el hijo mayor del patriarca gitano, había ido en su busca después de que la policía prendiera a Jewel y se la llevase presa.

Amelia deseaba que diesen con él cuanto antes.

Miró a través del ventanal que separaba el despacho de Anderson con las zonas comunes y pudo verla. Ocupaba único calabozo del que disponían. Los otros detenidos estaban en el patio, vigilados por agentes armados.

—Inspector, insisto en que no es necesario mantener a esa mujer encerrada. —Intentó parecer firme, pero a voz le salió temblorosa, y ese hombre, una vez más, la miró con condescendencia.

—Los gitanos son embusteros y embaucadores, milady. Una dama como usted no puede entenderlo, pues jamás se ha visto en la obligación de convivir con ellos, gracias a Dios.

*Si usted supiera.*

—Ya le he dicho que esas pertenencias se las regaló mi marido.

—Pero tenemos serios indicios de que los asesinatos ocurridos cerca de Waterford Hall, han sido en la misma época en que los gitanos andaban por ahí.

—Los gitanos siempre andan por ahí —dijo Amelia molesta, que no vio relación alguna entre una cosa y otra.

—Precisamente por eso, era cuestión de tiempo.

—Arrgh… —Amelia debió parecer verdaderamente ofuscada, puesto que el inspector la miró con reproche. Su conducta no parecía la de una dama de alta cuna.

Amelia, finalmente se sentó en la silla y aguardó a que Jack se dignara a aparecer.

No iba a rechistar porque habría sido perder el tiempo, pero nadie la ganaba en tozudez y

no se marcharía de allí hasta ver libre a Jewel.

Puede que fuera la amante de Jack, pero también era una mujer sola rodeaba de barrotes y Amelia sabía muy bien lo que era eso, aunque los suyos fueran dorados.

Cuando, al fin, vio llegar a Jack por la ventana que daba al exterior de la comisaría, su corazón se aceleró y su pecho se calentó. Hasta que recordó que no había acudido allí por ella, sino por la hermosa gitana de ojos verdes. Sin embargo, al entrar en contacto visual con él, a través de los cristales, se dirigió hacia el despacho y abrió la puerta de forma brusca y sin anunciarse.

—¡Amelia! ¿Estas bien? —Ella asintió y se sorprendió al ver que tomaba su mano y la besaba con fuerza—. Gracias a Dios.

Ella se sonrojo. No estaban solos.

Se escuchó el carraspeo del inspector Anderson y Jack volteó la cabeza hacia él para dedicarle una severa mirada.

—¿Que ha sucedido? ¿Y por qué está aquí mi esposa?

—Buenas tardes, lord Waterford. Su esposa….

—Me perdí y los gitanos me encontraron en el bosque —interrumpió al inspector—. De hecho, gracias a ellos estoy viva —exageró las cosas para que Anderson se sintiera algo culpable, o al menos entendiera que había un motivo importante por el que defendería a esa mujer, y se la llevaría de ahí.

No hacía falta que Jack supiera que había ido al campamento con la excusa de entregarle una carta, y la única idea fija en su cabeza de averiguar cosas sobre él.

—En cualquier caso —se quejó el inspector—, tras arrestar a una pillastre que había robado varias joyas en su propiedad, no pudimos dejarla allí con esa gente.

—¿Esa gente?

Amelia se estremeció al ver la mirada cargada de rabia que le dirigió Jack al inspector.

—Bueno, milord… —vaciló al ver su enfado—. Usted ya me entiende, milord. Los gitanos son todos unos ladrones y...

—No, no le entiendo. ¿Me puede decir qué estaban ustedes haciendo en mis propiedades sin mi permiso?

—Me temo, milord, que lo que he de contarle no debería escucharlo una dama.

—Señor Anderson... —empezó a decir Amelia, pero Jack la interrumpió. No porque la considerase tan delicada e inútil como para escuchar según qué, sino porque demasiada información podría delatarle. Así que muy a su pesar, tendría que darle la razón a ese petimetre. Pero antes, era de acuciante necesidad liberar a Jewel.

—Muy bien, inspector. Empecemos por el principio, ¿por qué han detenido a esa mujer? —señaló con la mirada el calabozo y Anderson se atusó el largo bigote.

—Una gitana. Jewel Ward.

—¿De qué se le acusa?

Amelia intervino justo cuando el hombre se dispuso abrir la boca.

—Ya le expliqué al inspector Anderson que las joyas se las regalaste tú. —Mientras decía eso, Amelia no desclavó los ojos de Jack, fue un duelo de miradas en toda regla.

Él parpadeo, y regresó la mirada al inspector.

—A mi esposa no le falta razón —confesó, mientras el hombre empezaba a creer que aquello no era más que un lío de faldas y que la pobre condesa había ido al campamento gitano para quejarse sobre las infidelidades de su esposo—. En efecto, yo le regalé las joyas a Jewel Ward. Para… que pudiese pagar las medicinas para su abuela, que padece una enfermedad pulmonar.

Amelia frunció ligeramente el ceño, si eso era cierto… empezó a sentirse muy culpable.

—Vaya, eso sí que no me lo esperaba —murmuró, pero tanto uno como otro la oyeron y el primero la miró de nuevo con lástima.

*Pobre condesita, que su esposo le es infiel con una exuberante gitana y ella se cree a pies juntillas todas esas absurdas excusas.*

—Bueno, bueno —dijo el inspector, es posible que haya habido entonces un malentendido, milord.

—Suéltenla ahora mismo. Y a los hombres, también.

—Discúlpeme, pero tenemos que interrogarlos, han ocurrido…

—Lo sé, estoy enterado y tengo a mis arrendatarios muy atentos, y a esos hombres también les estoy pagando un sueldo para que me informen de todo lo que vean en mis tierras. Y es lo que han hecho.

—¿Cómo? —Al parecer, el inspector estaba tan atónito como Amelia.

—¿Cree que mientras usted hace oídos sordos a algo tan importante como unos asesinatos, yo como conde y dueño de esas tierras, no haré nada para proteger a mi familia? —espetó Jack—. Si lo quiere saber, todas esas joyas, plata y objetos valiosos es el pago por sus servicios. No han querido dinero, pero sí objetos con los que comerciar. —Y por si el inspector Anderson no se sintiera lo suficientemente humillado añadió—. Les estoy agradecido por cuidar de la seguridad de mis tierras y la de mi familia. Ya ha oído a mi esposa, estaban muy atentos para poder socorrerla cuando se perdió.

Amelia asintió, sin recuperarse del asombro que era escuchar todo aquello.

Vaya con Jack Doran. Podría dedicarse a ser actor y llenaría teatros, desde luego que sí.

—Milord, hay más cosas… yo —El inspector carraspeó y de pronto se puso serio, estirándose cuan largo era—. Hablemos a solas.

Miró a Amelia. Era evidente que su presencia estaba de sobra.

—Ahora es cuando debemos tratar el asunto… delicado.

Jack la miró también y asintió, invitándola a marcharse. Cuanto menos supiera, mejor. Aunque no le pasó desapercibida la mirada de reproche que ella le lanzó antes de salir por la puerta.

—Y bien, ¿qué tiene que decirme? —dijo, cuando quedaron a solas.

—Siéntese, por favor.

—Prefiero estar en pie, como hasta ahora.

—Bueno, como seguramente sabrá, han aparecido varios cadáveres en el río que cruza los terrenos de Waterford Hall.

—No me diga. Aunque veo que están más interesados en detener a muchachas inocentes que en buscar al auténtico asesino, pues hasta el momento no se habían presenciado, a pesar de las denuncias de algunos lugareños.

—Por eso fuimos al poblado gitano, para dar con el asesino. Pero cuando registramos los carromatos nos sorprendimos con las joyas.

—Y dígame, señor —escupió Jack—. ¿Por qué el asesino ha de ser un gitano y no alguien de Mansfield? Podría ser yo mismo, incluso usted, o alguno de sus hombres. Incluso un desconocido venido de Londres.

—¡Los gitanos son gentuza, milord! —se escandalizó Anderson—. Donde ellos van, atraen los problemas.

—Esa gente goza de mi protección. Llevan años en mis tierras, protegiendo el bosque, y no han dado más problemas que alguna insignificante riña de taberna.

El inspector carraspeó muy serio.

—Recibimos una carta, milord. Alertándonos de ellos.

—¿Quién la envió? —exigió saber Jack—. ¿Quién se ha atrevido a verter falsos testimonios sobre el pueblo gitano?

—De la condesa viuda de Waterford, milord.

Jack cerró los ojos y empezó a sentir como la rabia le recorría el pecho.

—¿Mi madre?

—Así es.

Esa maldita mujer… No contenta con abandonarle, no contenta con casar a Amelia con un monstruo y obligar a los niños a convivir con él, no contenta con todo eso, ahora se dedicaba a difamar a su pueblo. ¡Maldita sea!

Cuando abrió los ojos, tomó aire y cuando lo expulsó, también se sacó la furia.

—Comprendo. Y gracias por su preocupación, pero esa gente lleva acampando en mis tierras desde antes de que yo naciera y jamás han creado problemas. No sé qué pondrá esa carta, pero pondría una mano en el fuego por ellos y por Jewel Ward. Así que haga el favor de liberarla

a ella y a los demás, cuanto antes. Y libere también al pueblo gitano de toda sospecha o le aseguro que habrá consecuencias.

El inspector suspiró.

No quería tener problemas con ese hombre, y mucho menos con uno con la reputación de lord Waterford.

—Está bien, de acuerdo, milord.

Jack no tenía idea de que lo que realmente temía ese hombre era el donativo anual de Waterford Hall a la comisaría de policía, como tampoco sabía que ese donativo se hacía expresamente para hacer la vista gorda y que los crímenes de su hermano quedaran impunes. Aún no sabía nada de todo eso, pero pronto lo averiguaría. De momento solo podía pensar que su madre estaba detrás de esas acusaciones para encubrir a su hijo. ¿Acaso se habría escapado del manicomio?

Iba a averiguarlo a como diera lugar.

Amelia aguardaba en el recibidor.

Podía ver a Jack discutir con el inspector y al parecer, ninguno de los dos parecía contento.

—¡Eh! ¡Condesita! —Jewel le hizo señas a Amelia para que se acercara, y esta, viendo como el guardia que vigilaba a la hermosa gitana se había alejado para vigilar a los hombres que estaban en el patio, Amelia se acercó.

—Jewel.

—¿Va a sacarnos de aquí? —hizo un gesto con la cabeza hacia Jack.

Ella asintió.

—Seguro, estaba muy enfadado. Dudo que el inspector le niegue nada.

—Así me gusta —sonrió Jewel—. Ese es mi Jack.

Amalia abrió la boca para decir algo, pero enseguida la cerró. ¿Qué iba a responderle?,

¿que no era su Jack? Al parecer, sí lo era. O al menos su falso esposo no había dicho lo contrario.

Jewel vio como la puerta del despacho se abría y agarró los barrotes con ambas manos.

—¡Jack!

Cuando finalmente Jack salió del despacho, el inspector mandó llamar a uno de los policías. Tras recibir la orden de su jefe, el hombre camino hasta los calabozos y liberó a Jewel.

La joven, sin ningún pudor, se alzó las faldas para correr sin obstáculo alguno hacia lord Waterford.

—Oh, ya era hora —se rio Jewel tras lanzarse a sus brazos.

Amelia no fue la única sorprendida, realmente entre los guardias hubo miradas escandalizadas, sobre todo la del inspector, que carraspeó y se apresuró a cerrar la celda de un portazo.

—Muy bien, espero no tener más problemas con estos… —al ver como lord Waterford apartaba a Jewel y alzaba la ceja, animándolo a continuar, el teniente Anderson dijo—, con esta gente.

—No los tendrá —respondió entre dientes—. Y solo para que conste, están en mis tierras y bajo mi protección. Si necesito su ayuda, se lo haré saber.

Enfadado por el desplante, el inspector apretó los dientes y se negó a decir nada más.

Amelia se quedó atónita, sin ninguna capacidad de reacción, hasta que la gitana soltó a su marido para dirigirse a ella.

La tomó de las manos y se las apretó.

—Gracias, milady. Gracias por acompañarme y no dejarme sola entre todos estos hombres —luego miró a Jack de forma significativa.

No hicieron falta palabras para que entendiese que, lo que le había querido decir era:

*Esta mujer es un diamante. Serás un tonto si la dejas escapar.*

# CAPÍTULO 31

Ya en su habitación, Amelia no dejaba de pensar en la hermosa gitana y en Jack. No sólo era su compinche, a quien le daba los objetos de valor que sustraía de la casa, también era su amante, y eso era evidente, ¿no?

Ese abrazo, esas miradas de complicidad. La valentía y el tesón con que la había defendido ante ese imbécil de Anderson.

Pero… ¿Y si estaba equivocada y sólo había actuado como un caballero?

—¿Jack Doran un caballero? —espetó, con sarcasmo.

Resopló cruzándose de brazos, al tiempo que avanzaba hacia la ventana de su dormitorio y miraba fuera de la casa.

No sabía qué estaba esperando. Era ya de noche, y Jack había desaparecido de nuevo. No tenía dudas de que estaría en el poblado gitano.

Cerró los ojos dispuesta a calmarse. Se sintió mal consigo misma al darse cuenta de que esos pensamientos que la asediaban, no eran movidos por otra cosa que no fueran los celos.

Sí, celos.

Una emoción totalmente nueva para ella, como lo era el estar perdidamente enamorada de ese hombre. Y sí, era un caballero. Uno muy informal, pero… el único que la había tratado con respeto y… cariño.

Al cerciorarse una vez más de que Artax no aparecía por el horizonte, ni emergía del bosquecillo, Amelia se dispuso a acostarse. Se deshizo del peinado y se cepilló el cabello a conciencia. Veinte minutos después de estar absorta de nuevo en sus pensamientos y ejecutando el movimiento mecánico de peinarse, dejó el cepillo sobre el tocador, sin demasiada delicadeza.

Se sentó en la cama para trenzarse la larga cabellera, sin embargo, cambió de opinión al

verse reflejada en el espejo.

Ladeó la cabeza y se peinó con los dedos.

Resopló y puso los ojos en blanco al darse cuenta que su mente volvía a lo mismo. ¿En verdad tenía que envidiar a esa mujer por ser hermosa? Desde que conocía a Jack Doran había cambiado la opinión que siempre había tenido sobre sí misma. Puede que ella no fuera una belleza tan exuberante como Jewel, pero no era fea. *Sí*, se dijo convencida, *también yo soy hermosa*. Cuando él la miraba, se sentía una mujer y no un jarrón, como siempre sucedió con Jonathan. El recuerdo de su esposo la alteró.

Tensa como estaba y absorta en sus pensamientos, no se dio cuenta que Jack había abierto la puerta de la habitación.

Dio un grito, al verlo cerca de ella.

—¿Te encuentras bien? —preguntó, deteniéndose de súbito.

Amelia lo miró de reojo, con ambas manos sobre el pecho.

—S… sí. Sólo me has asustado, entrando de forma tan abrupta.

—No he entr… —sus palabras murieron al ver que ella fruncía el ceño.

Estaba enfadada.

—¡Sí, lo has hecho!

Muy enfadada.

Le dio la espalda más deprisa de lo que Jack hubiera creído posible.

—Amelia…

—No, buenas noches —lo cortó, metiéndose en la cama, con el firme propósito de ignorarlo.

—Pues… disculpa —oyó que respondía, con ese tono tan irritante.

Acostada de lado, giró la cabeza hacia atrás para ver que él seguía de pie, con cara de no saber qué estaba pasando.

Ella chasqueó la lengua. Ahí estaba él, con la corbata desatada y la camisa entreabierta. Un lobo con corazón de león con el don de hacerla vibrar con una sola de sus miradas.

Que injusto era que ella suspirara por él, mientras este tenía una amante. Una muy bonita.

Otro resoplido.

—Amelia…

Se tapó hasta la barbilla, dispuesta a ignorarlo. Cerró los ojos, y deseó que esa noche él no hiciera lo de siempre, que era dormir en el suelo. Pero… su orgullo le impedía expresarle sus deseos. No después de como había visto abrazar a aquella mujer.

Sintió pena de sí misma.

Tardó un par de minutos en darse cuenta de que no podía ignorarle por más tiempo. Por el rabillo del ojo, lo vio darse la vuelta y caminar hacia la chimenea. Se colocó de espaldas y empezó a desvestirse.

Amelia se sonrojó hasta las orejas, pero no fue capaz de apartar los ojos de él. Lo observó, quitándose la camisa y al encararla su torso quedó al descubierto. Tragó saliva al ver sus músculos moverse mientras realizaba el gesto. No se atrevería a quitarse los pantalones, ¿verdad? Tapada ya hasta la nariz y sin poder apartar la mirada de él, lo vio caminar hasta una silla para colocar ahí la prenda.

Gracias a Dios, Jack parecía no ser consciente de su escrutinio.

Su cuerpo era lo más parecido a la perfección que había visto nunca, parecía esculpido por los mismos dioses. Sus cabellos rubios y demasiado largos para un noble, le tapaban medio rostro, dándole el aspecto de un rufián. Lo sopló hacia arriba y así se apartó el flequillo de la cara, en un gesto tan sensual que le arrancó un gemido. Fue en ese momento, que él alzó la vista y ambas miradas se chocaron por unos instantes, hasta que Amelia, avergonzada, se tapó la cabeza.

—¿Seguro que estás bien? —preguntó, acercándose a la cama.

—Sí. Perfectamente, gracias —su voz quedó amortiguada por la colcha.

Jack, le sonrió con cierta picardía, aunque ella no pudiera verle.

—¿Quieres hablar de lo que ha pasado hoy?

*Sí.*

—No.

Cerró los ojos, deseando que él se echase a su lado, pero sin hacer nada para propiciar ese encuentro. Por lo que no sucedió.

Como cada noche, cogió la almohada y la tiró al suelo, sobre la alfombra e hizo lo mismo con la manta.

Oyó por como se recostaba en el suelo y se lo imaginó, como cada noche, entrelazando las manos bajo la nuca, mientras se quitaba las botas ya recostado. Lo maldijo mentalmente, hasta que su voz la sobresaltó.

—¿Podrías apagar el quinqué? Hay demasiada luz.

Entonces, Amelia hizo algo que jamás pensó que haría.

Se incorporó como un resorte y se arrastró hacia su lado de la cama para asomarse y mirarle.

—No quiero.

Jack la miró sorprendido.

—¿Qué? —la miró confuso— ¿Por qué?

Maldición.

No se atrevía a decirle que…

—Quiero que, a partir de esta noche, dejes de dormir en el suelo —la frase se le escapó en contra de su voluntad, o no tan en contra.

Se sintió algo tonta, ¿qué se suponía que iba a hacer él ahora?

Indignada consigo misma, regresó a su lado de la cama y cerró los ojos con fuerza mientras se lamentaba.

¡Se había atrevido! Oh, al fin lo había hecho, y ahora se moría de vergüenza al dejarle muy claro que quería compartir su cama con él.

No se atrevió a girar la cabeza para ver qué hacía Jack. Aunque la verdad es que transcurridos unos minutos, no sucedió absolutamente nada.

Amelia ya empezaba a desesperarse. Pero no estaba dispuesta a rendirse.

Palmeó el cobertor con la mano y volvió a incorporarse.

—Si Mahoma no va a la montaña, la montaña va a Mahoma.

—¿Qué quieres dec…? —Jack no tuvo tiempo de terminar de hablar, ni de pensar por más tiempo si ir con ella o no, pues Amelia tomó la iniciativa.

La vio salir disparada de la cama y rodearla hasta quedarse frente a él, con los brazos cruzados y mirándolo fijamente.

—Que, si no te subes a la cama, bajaré yo al suelo.

Por Dios, esa mujer era… una tentación.

Los cabellos, largos y sueltos, casi le llegaban a la altura de las rodillas. Llevaba un fino camisón de seda que caía por su cuerpo, dejando entrever sus maravillosas curvas. Tenía los brazos cruzados, y sus senos se alzaban de forma pecaminosa con su agitada respiración.

Se le secó la boca, cuando la vio agacharse y gatear por la alfombra hasta echarse a su lado.

—Esto… Amelia.

—Sssh…

—Pe… pero.

—¿Acaso es un pecado dormir con mi esposo?

*Sí. Porque yo no soy tu esposo*, iba a decir.

¡Dios Santo! Y no era ningún imbécil. Sabía perfectamente que ella estaba enterada, aunque no entendía por qué fingía no saberlo.

¿Acaso se habría enamorado de…? No, no. Eso era un sueño más que inalcanzable. ¿Cómo iba ella a amar a alguien como él?

Se calló cuando Amelia se acurrucó a su lado. Rendido a esa calidez y a su belleza, estiró el brazo y la rodeó, para atraerla más hacia sí.

—Jack —sintió como correspondió a su abrazo.

*Mierda*.

Si ella estaba dispuesta, y todo indicaba que sí, no podría evitar hacerla suya. Pero antes

tenía que confesarle la verdad, debía ser honesto. Que ella no tuviera ninguna duda de con quien iba a compartir el lecho.

No podía…

Cuando notó la mano femenina, acariciando su torsp desnudo, recorriendo la suave línea de vello rubio que le cubría el pecho… sintió que su miembro pugnaba por liberarse de sus pantalones de forma violenta.

—Amelia, yo…

—Cállate —dijo ella, posando el dedo índice sobre sus labios.

—Pero…

—Sólo bésame.

—No puedo…

—Lo que no puedes es negarte —le dijo ella antes de hacer descender su cabeza y juntar los labios con él.

Lo asaltó, algo que Jack se tomó como algo totalmente innecesario. Jamás habría desobedecido una orden como esa, más viniendo de ella.

El beso fue breve. Ella se apartó enseguida para mirarle a los ojos, y esta vez fue Jack quien se acercó y la miró como si fuera lo más preciado de su vida.

Su piel era suave, y esos labios jugosos, invitaban a la locura.

Con un último coletazo de honorabilidad, preguntó.

—¿Estás segura? —dijo, mientras acariciaba su delicado rostro—. Porque… porque si te beso ahora, me será prácticamente imposible detene…

Sus ojos, inundados de pasión, y un ligero asentimiento, se lo confirmaron.

—Sí, quiero, Jack Doran.

Escuchar su auténtico nombre de labios de Amelia, le hizo perder la razón.

—Bien —respondió emocionado—. Es lo que siempre he querido escuchar.

La besó con una pasión desmedida, incapaz de reprimir el ardor que sentía por ella. Su boca la sedujo, y la lengua la exploró, saboreándola.

Paladeando la victoria, ella le devolvió el beso con más pasión. Lo rodeó con los brazos y lo atrajo, mientras él se colocaba sobre ella, con cuidado de no hacerle daño.

Lo recibió gustosa, arqueando la espalda, gimiendo y suspirando contra su boca.

Las manos de Jack la recorrían, acariciándola por encima del camisón. Quería abarcarlo todo de una vez, pero no era posible. Ella se mostraba receptiva. Deseaba recibir sus caricias, y acariciarlo a él. Estaba ansiosa y, de sus labios entreabiertos se escapaban suspiros y gemidos al tiempo que las manos masculinas se iban abriendo camino por la suave seda hasta llegar a sus muslos.

—Amelia, me vuelves loco.

Gimió como respuesta y se dejó ayudar, alzando la rodilla, hasta que Jack pudo acariciar su perfecto glúteo.

Gruñó contra su boca mientras se lo apretaba, para atraerla más hacia sí. Empezó a balancear las caderas, rozándose contra ella y Amelia, con el camisón ya por la cintura, abrió las piernas para recibirlo, mientras él la escuchaba gemir contra sus labios. Se frotó aún más cuando ella alzó las rodillas para abrazarle, entrelazando los tobillos, atrayéndolo aún más.

—Aaaah —su voz era música para los oídos.

Podía notar su dureza a través de la tela de su pantalón. Podía sentir como su propio cuerpo se encendía como una antorcha, y cómo el fuego la recorría de arriba abajo. Ella también se movía, se arqueaba, lo buscaba, volviéndolo loco por momentos.

—Amelia, te lo ruego —gimió contra sus labios—. Si sigues haciendo eso no podré contenerme y…

—No lo hagas —exigió, mordiéndole el labio inferior para añadir—: no te contengas.

No respondió y mientras la besaba nuevamente, su mano buscó su sexo. Lo encontró, húmedo y caliente.

Cuando los dedos masculinos se abrieron camino entre los suaves pétalos, Amelia arqueó la espalda y boqueó, buscándole. Al notar cómo le introducía un dedo, y luego otro, se aferró a él con más fuerza y le clavó las uñas en la espalda.

Jack la sentía ardiendo, estrecha y muy húmeda.

—Cielos, necesito entrar —dijo, besando su cuello y el nacimiento de sus senos.

—¡Hazlo! —demandó, sintiendo un goce que a cada punto era más intenso.

—No… —rectificó—. Aún no.

Quería honrarla, darle más placer, hasta hacerla enloquecer. Lograr que se retorciera bajo él, entre su lengua, con los dedos, y que alcanzara el éxtasis varias veces antes de conquistarla.

Protestó cuando él abandonó su humedad, pero luego la acalló con un beso húmedo, bebiéndose sus jadeos. Después, se separó lo suficiente de ella para terminar de desnudarla.

Con una estudiada lentitud cuyo único fin era enloquecerla, le fue sacando el camisón y, al mismo tiempo, fue acariciando su piel. Empezó por el ombligo, rodeó su estrecha cintura con ambas manos, y fue ascendiendo hasta coronar los hermosos y turgentes senos.

—Eres la octava maravilla —confesó, antes de capturar un pezón con la boca y succionar.

Amelia jamás pensó que algo así podía suceder entre un hombre y una mujer. Lo que Jack le estaba haciendo era… indecente, pero sumamente placentero.

—¡Aaah! —gimió, cuando le lamió el otro pezón.

Siguió repartiendo besos y pequeños mordiscos hasta que llegó nuevamente a su boca. Para entonces, el camisón de seda ya estaba enredado en su melena. E inició el descenso.

Regresó a sus pechos, siguió por el vientre, rodeó el ombligo con la lengua mientras le abría las piernas y acariciaba el interior de sus muslos con el dorso de sus manos. Ella no dejaba de gemir y de retorcerse, pero cuando su lengua se abrió camino y abrió sus labios inferiores, enmudeció.

Jack lamía lentamente su sexo, jugoso y cálido. Sus pétalos estaban hinchados y su punto de placer duro y muy caliente. Cuando introdujo un dedo, ella soltó un grito, al tiempo que cerraba los puños en su melena.

La oleada de placer fue devastadora. Comenzó en el centro mismo de sus muslos, ascendió por el vientre y continuó hacia arriba, endureciéndole aún más los pezones, erizando

todo el vello de su piel y saliendo por su garganta en forma de grito triunfal.

Jack alzó la vista y la miró, absolutamente satisfecho. Esa mujer era una visión, con los largos cabellos esparcidos alrededor de su cabeza, y algunos mechones pegados a su rostro, enrojecido. Los labios entreabiertos pugnaban por tomar aire y expulsarlo y su pecho subía y bajaba con celeridad. Cada vez que respiraba, gemía o jadeaba.

Estaba tan maravillada como confusa. No sabía qué acababa de suceder con su cuerpo. Jamás en la vida había sentido nada semejante. Y lo más aterrador era que quería más. Necesitaba que se hundiese en su interior.

Sin saber como, Jack fue consciente de sus ansias, porque el deseo era el mismo. Sin dejar de mirarla a los ojos, se arrodilló frente a ella y empezó a desabrocharse los pantalones. Mientras tanto, Amelia lo acarició con los ojos, clavó la mirada en sus manos hasta que quedó totalmente expuesto.

Al ver como se lamía el labio superior, su miembro brincó con avaricia.

Se desnudó por completo y ella gimió ante la expectativa.

Gateó hacia hasta colocarse de nuevo sobre su cuerpo y ella lo recibió gustosa en el momento en que se acomodó entre sus piernas.

—Voy a hacerte el amor, Amelia.

No fue lo que dijo, sino la forma en que lo dijo y cómo la miró, que Amelia volvió a sentir ese pulsar, que nació en su vientre y se expandió en su pecho.

—Por favor —jadeó contra su oído, haciéndolo temblar.

No hizo falta guiar su virilidad hacia su interior, parecían estar hechos el uno para el otro y ambos se encontraron mutuamente.

Notar su grosor abriéndole la carne, fue lo más glorioso que Amelia sintió jamás.

—Oh, sí —gruñó Jack, al notar como el cuerpo de esa mujer lo engullía y lo abrasaba.

La atravesó con lentitud y mientras lo hacía, la miró a los ojos. Unos ojos azules como el cielo del verano, maravillosos. Su cuerpo ardía y su piel vibraba con cada una de sus caricias.

Entró y retrocedió varias veces, al tiempo que ella se mecía bajo él, en un baile de sensual

demencia. Estaban tan acompasados que parecía que llevaban haciendo lo mismo toda la vida.

Retrocedió, y volvió a adentrarse en ella, que gimió con más intensidad, intentando no gritar.

Sentía sus dedos clavándose en las nalgas, apretándolo y atrayéndolo, y los movimientos que inició lentos, se tornaron duros y rápidos.

—¡Jack! —Escuchar su nombre envuelto en pasión, lo obligó a acelerar.

Ella lo apretaba contra sí y le clavaba las uñas en la piel mientras sus preciosos senos se movían al ritmo de sus acometidas.

Estaba asombrado, la dulce y tímida Amelia, no tenía reparos en expresar el placer que estaba sintiendo y si su rostro era un libro abierto, su cuerpo era la verdad más absoluta. Verla disfrutar hizo que su miembro se agitara en su interior.

No dejó de mirarla a los ojos y ella también mantuvo la mirada cosida a la suya. Ambos con los labios entreabiertos, luchando por respirar y conteniéndose en unir sus bocas, porque la forma en que se acariciaban con los ojos les producía aún más placer.

Amelia nunca había sentido nada igual, nadie la había tratado así. Bebió de esa imagen hasta que, de nuevo, una siguiente oleada de placer la poseyó.

Esta vez sí lo besó, y el grito quedó acallado por los jadeos masculinos.

Ambos podían sentir el pulso del otro, como si los corazones latiesen al unísono. El sexo de Amelia lo apretó, engulléndolo. Supo el instante exacto en que ella alcanzaba el placer, porque notó su grito en la boca. Sólo entonces, se permitió acompañarla, bebiendo de ella y regándola con su esencia.

Aún unidos y abrazados, cerraron los ojos y se concentraron en la respiración del otro, en el latido de sus corazones, que poco a poco iban regresando a un ritmo normal.

Poco después volvieron los besos, las caricias, las hermosas y apasionadas miradas. Las caídas de párpados. Los suaves mordiscos. Los gemidos ahogados.

Y de nuevo, el placer.

Un placer que duró hasta que el sol mostró sus primeros rayos.

Pero la oscuridad amenazó de nuevo con regresar cuando, a la mañana siguiente, Jack se encontró sobre el tocador, la carta que había llegado de Londres y que Amelia guardaba para él.

# CAPÍTULO 32

Jack se desperezó, cuando un rayo de luz que atravesaba la habitación, le acarició la cara. Poco después, abrió los ojos y se le iluminó el corazón al ver a Amelia durmiendo a su lado, en la cama.

Sonrió.

Sus cabellos, color violín, se desparramaban sobre el almohadón, enredados, después de todas las caricias de la noche anterior. Su cara estaba rubicunda y tenía los labios hinchados. Fue inevitable, Jack los rozó con la punta de los dedos, ejercía tal fuerza de atracción que pensó que jamás podría deshacerse de su hechizo.

Sonrió, sintiéndose un poco culpable, pues la hinchazón de aquella boca que lo había vuelto loco, se debía a los besos compartidos y a que él no se había afeitado. Era probable que le reprochara algo, pero de momento, lucía en el rostro una sonrisa de paz y satisfacción.

El corazón se le aceleró al recordar lo sucedido la pasada noche.

Amelia se había rendido al sueño, poco antes del amanecer, pero él no había pegado ojo en toda la noche.

Amaba a esa mujer. Y adoraba a sus hijos. Y ahí se abría ante él un gran dilema.

No los abandonaría. Era algo que había sabido desde el principio, pero ¿querría ella pasar la vida a su lado después de que le revelara toda la verdad?

Su esperanza era que nunca hubiera amado a Jonathan y que su moral le permitiera darse la oportunidad de ser feliz con él.

La había hecho suya, y cruzada esa línea, ya no había marcha atrás.

Ambos habían alcanzado el punto de no retorno. No podían fingir que esa noche no había sucedido.

Imposible.

Esos recuerdos creados hacía apenas unas horas, lo acompañarían por siempre, sin importar cual fuera la decisión de Amelia. Quedarse a su lado, o apartarse.

Aún no sabía como, ni si ella aceptaría una vida como la que él deseaba, pero, de cualquier manera, no la dejaría. Soñaría con encontrar un termino medio para que todos fueran felices.

Jack salió de la cama, con cuidado de no despertarla.

Caminó desnudo hacia la ventana y perdió la mirada sobre las vastas tierras de Waterford Hall.

Todo eso pertenecía a su hermano. Incluso a Amelia. Pero no a él. Para Jack sería sencillo renunciar a todo aquello, porque jamás lo había considerado suyo. Pero sí sería algún día del pequeño Jonathan, ¿qué clase de madre renunciaría al bienestar que las riquezas de la familia pudieran proporcionarle a su hijo, el heredero Waterford?

Ese pensamiento lo inquietó.

Era egoísta pedirles que renunciaran a todo. Pero él, no podía quedarse en aquel lugar.

Su alma era libre.

Y estaba seguro de que lograría convencer a Amelia para que marchara con él.

Se dio la vuelta para regresar a la cama, cuando sobre el tocador vio un sobre, junto a los perfumes. Desde esa posición, vio que estaba dirigido a lord Waterford. Estiró la mano y le dio la vuelta.

No había remitente.

Frunció el ceño y lo abrió.

Y mientras leía su contenido, su rostro iba cambiando de la inquietud a la rabia.

*Querido hermano, sé que te estás acomodando en una vida que no te pertenece. Disfrutando de mi hogar, de mis hijos y sobre todo, de mi esposa. No te pongas cómodo en su lecho.*

*Voy a por ti, impostor*.

No hacía falta que esa carta estuviera firmada para saber quien la había escrito.

Tragó saliva y su respiración se aceleró. Lo empezó a ver todo borroso cuando su corazón le dolió con fuerza en el pecho.

***

Cuando Jack irrumpió en el comedor del desayuno, su madre lo recibió con una fija mirada.

—¿Te has sentido algo indispuesto? —le pregunto sin demora.

Jack fue muy consciente de que las noticias en aquella casa, volaban más que el viento.

—Una simple indigestión —le respondió.

Había ido a la cocina en busca de algún remedio que le calmara las náuseas, y estas habían remitido con la ayuda de una tisana de la cocinera, pero el estómago se le estaba revolviendo de nuevo al pensar en la carta que había leído esa misma mañana.

—He recibido noticias.

La condesa viuda, apoyó la taza de té con leche, en el delicado platillo y lo miró como si no le interesaran lo más mínimo sus asuntos. No obstante, se animó a hablar

—¿Y vas a decirme cuáles son?

—Esperaba que me lo dijera usted.

Jack se acercó con una lentitud que captó la atención de su madre. Lo vio sentarse con parsimonia en una de las sillas y mirar con desdén a los criados, al tiempo que les hacía un gesto para que se retiraran.

Surtió efecto. Habría jurado que los lacayos huyeron despavoridos, y Wilson apresuró sus

pasos, más de lo habitual.

El sonido de la puerta la cerrarse, solo hizo acentuar todavía más el silencio reinante entre madre e hijo.

—¿Y bien?

—¿Y bien, madre? —repitió Jack, que esperaba que fuera ella quien empezara a hablar.

—No sé a qué clase de juego estás jugando, pero no estoy familiarizada con tus adustas miradas, ni…

—Jonathan se ha escapado.

La condesa viuda apretó los labios y desvió la mirada hacia el exterior.

Jack cerró los ojos y suspiró con fuerza.

Lo sabía. Esa mujer que había ocultado durante tantos años ser su madre, sabía que Jonathan no estaba recluido.

—¿Desde cuando lo sabes? —preguntó Jack, haciendo gala de una paciencia que no sentía.

—Yo… —por primera vez, vio claramente como a esa mujer le costaba dominarse. Sus ojos vidriosos hablaban de un dolor intenso, y aún así, Jack no sentía ninguna simpatía por ella.

—Sabe quien ha causado esas muertes —se enfureció a cada palabra—, y ha tenido la indecencia de acusar a los gitanos de unos hechos que sabe perfectamente quien ha perpetrado.

Margaret se levantó molesta y se llevó las manos a las sienes.

—Cállate.

—¿Sí? ¿Me callo? —le espetó Jack—. ¿No quiere que le diga que su hijo es un monstruo, un asesino?

—¡Cállate!

—Pero si eso ya lo sabe.

Se volvió furiosa hacia él y pudo ver los ojos inyectados de sangre, su rostro pálido y una rabia apenas contenida.

—Tú no sabes nada. Está enfermo, y necesita ayuda.

—¡Por favor! —escupió las palabras.

—Esos malhechores llevan campando en nuestras tierras desde hace décadas, cometiendo mil y una fechorías.

—¡Eso no es cierto!

—¡Lo es! —lo acusó ella—. Son malvados, ¿acaso no fueron ellos quienes nos condenaron? —le rugió—. La maldición es culpa suya. Ellos tienen la culpa de que te apartaran de mi lado. Las miserias que has padecido son solo culpa suya, así que deberías recordarlo antes de defenderlos.

Jack la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Preferiría mil vidas con ellos, que no una aquí, criándome con una madre como usted, en una casa siniestra, llena de lujos, sí, pero con personas con el corazón tan negro como la pez.

—¡Cállate!

—Me callo, pero eso no quita que su querido hijo esté por aquí, matando —Jack vio como las manos de la condesa empezaron a temblar—. Me pregunto cuando tardará la policía en atraparle.

—No lo hará —le dijo, ahora ya temblando de la cabeza a los pies—. Le he pedido que se vaya a América. Le mandaré dinero, él… yo sé que es un buen chico.

Era un maldito asesino y su madre acababa de confesar que estaba cerca y se había puesto en contacto con él.

No iba a dejarlo marchar. No cuando sabía que volvería a matar a inocentes.

—De verdad no sé quien es el loco de esta casa. Él por ser un asesino, usted por encubrirlo, o yo por prestarme a todo este juego.

Se dio la vuelta para salir del comedor y escuchó el llanto desgarrador de su madre.

Seguía sin sentir ni un ápice de compasión.

# CAPÍTULO 33

Pasaron las semanas y Amelia jamás había sido más feliz. El invierno parecía no querer llegar, pero pronto daría paso a las primeras nieves.

A pesar del clima, todo parecía tener otro color. Los niños estaban más alegres, la comida sabía mejor, los criados eran más diligentes, su suegra… era la única nota discordante.

Amelia se la había encontrado en diversas ocasiones deambulando por la casa, hablando sola. Una noche se escondió tras unas cortinas mientras ella pasaba murmurando. *No fue culpa mía, me lo arrebataron. Mi pequeño Jonathan no es malo, solo está enfermo. Hay que ayudarlo, pero no puedo dejar que haga lo que dijo. No puedo dejar que lo mate, él también es mi hijo.*

Amelia se había quedado horrorizada. Pensó, al igual que le pasaba a Anita, que Margaret había tenido episodios de sonambulismo, y que todo lo que salía de su boca era fruto de los pensamientos atroces que toda esa situación le provocaba.

Sin duda hablaba de Jonathan, y no era ningún misterio que si lograba marcharse del manicomio con su mente quebrada, querría tomar venganza contra Jack. Pero de momento, a Amelia no le preocupaba que eso sucediera. Las instituciones mentales tenían mucha vigilancia, era imposible que alguien consiguiera huir, y de haberlo hecho, dudaba que el orgullo de Jonathan no lo empujara a entrar por la puerta principal.

Las hojas secas de los árboles, de innumerables tonos de ocres, seguían coloreando el bosque. También su hermosa rosaleda estaba sufriendo cambios. Pero ella trasplantó algunos rosales y los colocó en el invernadero que Jack le había ayudado a arreglar.

Miró hacia los cristales, algunos seguían rotos y en ese momento, Jack estaba encaramado a una escalera intentando colocar uno.

—Baja de ahí, por favor. Tenemos criados que se dedican a hacer estas labores, no es

necesario que arriesgues tu vida.

—Estando yo no necesitas a nadie más, querida. Y yo solo necesito un minuto más para… ¡Ah!

Se le enredó el pie con un escalón, perdió el equilibrio y cayó de espaldas, de forma estrepitosa.

—¡Jack!

Mientras Amelia corría hacia él, en los labios de Jack se iba dibujando una sonrisa.

No pasó por alto cómo lo había llamado. Ambos sabían lo que se ocultaban mutuamente, sobre todo desde que habían empezado su relación, de forma tan evidente para los moradores de la casa.

Sin embargo, Jack acababa de decidir que eso pasaba a la historia.

—¡Ay! —fingió dolerle mucho.

—¿Estás bien? Cielos, responde —se arrodilló junto a él, pero no se atrevió a tocarle.

—Me duele…

—¿Dónde? ¿Cómo puedo ayudar? ¿Mando llamar al doctor Jackson?

—Sólo necesito… —hizo una mueca de intenso dolor que hizo sudar a Amelia— un poco de… amor. ¡Aaah!

Amelia abrió mucho los ojos y la boca, para luego cerrarla de golpe y mirarlo como si quisiera darle una buena reprimenda.

—¿Te parece divertido? —dijo, pellizcándole el costado.

Jack se echó a reír hasta que se le saltaron las lágrimas.

—Un poco.

—Eres… eres…

—¿Maravilloso? —la agarró por los hombros y la echó sobre él—, ¿un encanto?

—Un encantador de serpientes, eso eres.

Él asintió sin perder esa sonrisa devastadora y la atrajo aún más, besando con rapidez sus labios.

—Jack, para.

Él la ignoró al darse cuenta que Amelia también estaba sonriendo.

La asió con más fuerza por la cintura y la hizo rodar por el suelo, hasta que quedó de nuevo sobre él.

La besó con ímpetu y ella le correspondió con la misma pasión.

Cuando el beso se detuvo, él la miró con esa cara de endiablado adolescente que tanto la atraía.

—¿Cómo me has llamado? —preguntó, viendo el rostro de Amelia, tan cerca del suyo, y esos ojos pardos, llenos de pasión.

—¿Disculpa? —Amelia parpadeó, sin comprender.

—Di mi nombre. —Echó un vistazo al rededor—. Dilo, ahora que no hay nadie cerca.

—Pero…

—Por favor —rogó y sus ojos brillaron bajo la súplica.

—Jack. —sonrió con dulzura, ofreciéndole de nuevo los labios—. Tu nombre es Jack Doran.

*Y te amo. Como jamás he amado a nadie.*

Fue ella esta vez quien lo besó. Y lo hizo con tal ternura que lo obligó a gemir contra su boca.

Cuando el beso acabó, Jack puso cara de dolor.

—Me duele… me sigue doliendo muchísimo… aquí.

Amelia no se creyó nada, y volvió a pellizcarle con saña al tiempo que reía.

—Eres un embustero embaucador.

—¡No! —rio, cuando Jack del mismo buen humor que ella, se dio la vuelta hasta colocarse sobre ella.

—¿Qué haces?

Él la miró más serio, pero tan intensamente que ella pudo vislumbrar que había mucho más que deseo en aquella mirada.

—Tomar lo que me pertenece.

Amelia gimió cuando los labios de Jack se posaron nuevamente sobre los suyos.

Siempre sucedía que, cuando la besaba, perdía la noción del tiempo y nada que no fuera él tenía sentido.

Cuando abandonó su boca, se sintió vacía, huérfana.

—No pongas esa cara —dijo, besándola en la punta de la nariz—. Tenemos que vestirnos para la cena o Mary Cooper entrará en pánico.

—Cierto… —dijo pensativa—, desde que Margaret ha perdido todo gusto por regañarnos, ella se encarga de hacerlo.

Jack hizo una mueca.

—Está…

—¿Rara?

—Creo que se ha dado cuenta de la magnitud de lo que hizo, o bueno, de lo que ha pasado en nuestras vidas.

—A veces siento pena por ella —dijo Amelia acariciando el pelo de Jack—. Te apartaron de su lado, ella no pudo decidir.

Jack suspiró y cerró los ojos un instante.

—Lo siento, pero sé, en el fondo de mi corazón que, si la hubieran dejado elegir, habría hecho exactamente lo mismo que su esposo. Intentar matarme.

—No digas eso —dijo Amelia con horror, y lo abrazó con fuerza ante la idea de perderlo —. Ni vuelvas a decirlo.

Él se dejó querer.

Pasaron largos minutos en el suelo, uno en brazos del otro.

—Deberíamos ir a adecentarnos y presentarnos en el comedor —dijo Amelia.

—Sí, no quiero que los niños estén mucho tiempo a solas con esa mujer.

Amelia dejó la lucha de defender a su suegra.

—Vamos —Jack la ayudó a levantarse, y antes de que ella intentara alejarse, la estrechó

de nuevo entre sus brazos, para susurrarle al oído—. Come mucho, necesitas energías, pues esta noche tampoco te dejaré dormir.

Amelia soltó una risa musical.

—Eso espero.

De súbito, escucharon unos gritos que los dejó por un momento paralizados.

—¡Mamá, papá!

—¿Es Anita? —preguntó Jack, mientras Amelia intentaba no temblar.

—¡Mamá! —Se seguía escuchando los gritos de la niña.

—¡Cielos! ¿Qué habrá pasado?

Salieron del invernadero con suma rapidez, prestando solo atención a las voces y gritos y siguiendo su estela en busca de Anita.

—¡Mamá!

La encontraron no muy lejos de allí, en la rosaleda.

Jon estaba con ella, y el niño reía encantado. Anita, sin embargo, lloraba mientras tenía a una gata en su regazo.

Amelia corrió hacia ellos, esperando lo peor.

Pero la pequeña lloraba de felicidad.

—Mamá, es Pity —reía, al tiempo que las lágrimas resbalaban por sus mejillas sin ningún control—. Ha vuelto mamá. Pity ha vuelto.

Jack suspiró.

Pues sí, era Pity, pero que estuviera allí significaba que alguien la había traído. Alcanzó a ver una sombra, ocultándose con rapidez entre los rosales.

Jewel se habría apiadado de la pobre niña, y le habría suplicado a su abuela que la dejara visitar la casa. Visto como había reaccionado Anita, se alegraba mucho que de que la gata estuviera allí.

Dudó si seguirla para darle las gracias, cuando Mary Cooper apareció, muy disgustada.

—Llegan tarde a la cena, y la condesa viuda de Waterford está muy impaciente.

Jack puso los ojos en blanco y Amelia tuvo que taparse la boca con la mano para que no se le escapara una risotada.

***

Entraron en el comedor principal con los niños siguiéndoles a escasos metros de distancia. Anita aún llevaba a Pity en brazos y el pequeño Jonathan tenía la mano posada sobre sus hombros. Todos sonreían, hasta que se encontraron con la condesa viuda, que los miró como si a todos les hubiesen salido dos cabezas.

—¿Qué significa esto? —graznó la urraca—. ¿Acaso no tienes guantes, querida? — Amelia se miró las manos y se dio cuenta en ese momento de que las tenía manchadas de tierra, quizás por haber estado retozando en el invernadero.

Se miró el vestido y Margaret soltó un jadeo de horror.

Sí, si sus manos estaban sucias, su vestido por haber estado retozando con Jack, era un absoluto desastre. Pero a él no pareció importarle, puesto que se acercó a la mesa y le retiró la silla para que se sentara.

Amelia lo hizo sin echar ni un solo vistazo a la cara de consternación de Margaret.

—Inaudito que una condesa…

Jack alzó una ceja y su madre tuvo que callar.

—Bien.

Pero sí que no pudo resistirse a regañar a la niña cuando se percató de la presencia del felino.

—Y tú, ¿qué haces con esa gata? Creo que dejé bien claro que no me gusta que los animales campen a sus anchas.

Anita se adelantó.

—¡Pero si es Pity! Ha vuelto a casa.

—¿Pity? —entrecerró los ojos—. ¿Segura? Pensé que…

Jack carraspeó.

Anita arrugó el entrecejo, infló el pecho y abrió la boca para protestar, cuando Jack posó una mano sobre su hombro y se lo apretó.

—Oh, qué bien que estemos todos aquí, madre —escupió la última palabra como si fuera un insulto—. Ya podemos cenar.

Amelia, al darse cuenta de la afrenta, bajó la cabeza y clavó la mirada en el plato vacío antes de que Wilson sirviera la cena, bajo la orden de Jack.

—¿Cenaréis sin lavaros siquiera? —preguntó Margaret horrorizada.

—Así es.

Indignada se puso a hablar sola.

—Créeme, después de lo que acabo de ver, ya lamento no haberme quedado en mi habitación para la cena.

—Nos hubiéramos perdido tan grata compañía. No nos haga eso —dijo Jack y Amelia volvió a reír sin poder contenerse.

—Eres un maleducado.

—Es posible —miró a su madre y después a la que ahora era su familia—, pero creo que jamás habíamos sido tan felices.

—¡Miau! —corroboró la gata.

# CAPÍTULO 34

La cena fue un suplicio para la condesa viuda. No esperaba que su comedor se convirtiera en un circo, ni que esa gata endemoniada se subiera encima de la mesa para campar a sus anchas mientras todos se reían.

Se había perdido el decoro y los modales, solo Wilson parecía tan exasperado como ella. Por fortuna, al retirarse el postre no tenía por qué aguantar más tantas risas y felicidad. Tenía un tema importante que tratar con su… hijo. Y no iba a esperar ni un minuto más.

—Ahora que ya hemos terminado de cenar, podemos también terminar con este sinsentido —Jack la miró alzando una ceja.

—¿A qué se refiere?

Al levantarse, Margaret esperó a que su hijo también lo hiciera, pero esperó en balde.

—Tenemos que hablar, de inmediato.

Amelia miró a Jack con preocupación, quien tomó la mano entre las suyas y le besó la palma.

—No te inquietes.

—Pues es para inquietarse. —Por si Jack no había dejado claro lo que pensaba sobre que esa mujer fuera un pájaro de mal agüero, también se levantó de la silla y tiró la servilleta de manera violenta.

—Hablemos pues.

No tardaron en retirarse al despacho, lejos de los niños y Amelia, quien sintió que se le encogía el corazón. No quería que Jack siguiera sufriendo, y aunque él decía que las palabras de su madre no tenían importancia, para ella era difícil de creer que no sintiera el dolor de un abandono semejante.

Una vez allí, Jack le hizo un gesto para que se sentara, y eso hizo, apoyándose en su bastón, sobre un sillón frente al enorme escritorio de caoba. Él rodeó la mesa y, sin apartar la mirada inquisitiva de su madre, hizo lo propio.

—Y bien —entrelazó las manos—. ¿Qué es eso tan urgente?

Su madre estaba escandalizada.

Ese hombre había traído la indecencia a Waterford Hall. Iba con la camisa desabrochada, las botas sucias de tierra y las manos… definitivamente no eran las de un noble. Y por si todo eso fuera poco, había contagiado su hediondez a los niños y a Amelia, que ni siquiera se había dignado en cambiarse para la cena.

—Esto es el colmo —murmuró.

—¿Disculpa?

—Hijo —intentó un tono calmo, pero que fue incapaz de interpretar de forma creíble—. Esto nos está yendo de las manos.

—Haz el favor de no llamarme así.

—Pero… ahora tú… lo eres. Por mucho que te duela —dijo con los dientes apretados.

—No me llames así.

—¡Ahora eres mi hijo! ¡Ahora eres Jonathan!

En ese momento, Amelia caminaba por el corredor. Había enviado a los niños a asearse para después ir a la cama. Ella se rezagó, cuando la institutriz anunció que se haría cargo de ellos.

Amelia solo pudo asentir y desviarse un poco para acercarse más a la puerta entreabierta del despacho. Apenas una rendija de luz iluminaba los siniestros tapices del pasillo.

—¡Esta no es la vida que me corresponde! —Jack golpeó la mesa con los puños—. Lo sabías desde el principio. Desde que llegamos a un trato que exijo que cumplas.

—Pero… ¡hijo!

—No vuelvas a llamarme así. —rugió Jack. Estaba tan furioso que a Amelia se le erizó el

vello de la nuca—. No quiero saber nada de la gente como vosotros.

—¿Cómo nosotros? —escupió Margaret, molesta—. Nosotros somos gente decente.

Jack la fulminó con la mirada.

—Fuiste tú, ¿verdad?

Lady Waterford abrió mucho los ojos.

—No sé de qué me estás hablando.

—Tú acusaste al pueblo gitano de los cadáveres que están apareciendo en el río, y tienes el descaro de hacerte la decente, cuando sabes perfectamente quien ha cometido esos crímenes.

Amelia se llevó una mano a la garganta.

—¡No sabes lo que dices!

—Fue Jonathan! ¡Tu hijo! —rugió Jack—. Ese que criaste con tanto amor que lo convertiste en un monstruo.

—No te atrevas…

—¿A qué? ¿A decir que has criado a un monstruo? ¿o a echarle la culpa al verdadero asesino? Jonathan se ha escapado del manicomio, lo sabías desde hace mucho tiempo y no quisiste decirle nada a la policía. Ahora ves las consecuencias de ello.

—¿Y qué podía hacer? —oyó decir a su suegra— ¿Acusar a mi propio hijo?

Jack se la quedó mirando fijamente.

—Otro cadáver en el río esta semana, y tú ahí, diciendo que debemos hablar. ¡Pues hablemos! Hablemos de como vas a cumplir la promesa que me hiciste. ¿Cómo pondrás a salvo a la gente del condado de tu propio hijo?

Amelia, tras la puerta, aguataba la respiración, aún a riesgo de ahogarse. ¿Qué estaba pasando? ¿Acaso Jonathan…? Todo indicaba que era el causante de todas estas desgracias.

Amelia escuchó, pero hubo unos momentos de silencio tan denso que habría podido cortarse con un cuchillo. Cerró los ojos, intentando no caer desmayada.

—¿Cómo es posible? —preguntó en un susurro.

Estaba encerrado en un manicomio, ¿verdad?

—Hace meses que escapó —confeso Margaret—. No quise decírtelo, porque…

Jack miró al techo y soltó un grito, interrumpiendo la verborrea de su madre y haciendo que Amelia diera un respingo.

Luego, miró a su madre y la señaló, con dedo acusador.

—Por su culpa ha muerto gente —lo dijo de tal forma, que heló la sangre de los presentes —. Ese diablo debería estar colgado en la horca y no encerrado en un manicomio del cual, ya ha escapado. Debió decirlo de inmediato y no acusar a los gitanos ante las autoridades. ¿Sabe el daño que ha causado?

—Pero… ¿Cómo iba a acusar a mi propio hijo de…?

—¡Oh vieja estúpida! —bramó, hablándole con total falta de respeto.

A Margaret le tembló el labio al verse insultada.

—No puedes hablarme así… ¡Soy… soy tu madre!

—Desde el momento en que permitiste a padre que me abandonara en el rio, justo en ese momento, dejé de ser tu hijo.

—Tú no lo entiendes, no tienes hijos.

—Y a ti solo te importa uno, Jonathan. Un asesino. —Margaret calló porque todo eso era verdad—. Sólo me has estado utilizando para tapar los asesinatos de tu otro hijo.

—Por favor… hijo.

Era doloroso para Margaret pronunciar su nombre. Era mucho más fácil fingir que era Jonathan y que jamás había abandonado a su suerte a su otro hijo.

—¡No me llames hijo! ¡Mi nombre es Jack Doran! Y mi única familia verdadera es Jane Doran.

Amelia no sabía si reír o llorar.

Se sentía orgullosa de Jack, al fin alguien le plantaba cara a esa mujer. Pero, por otra parte, el miedo empezaba a inundarle el corazón. Y ese miedo, no era infundado, debido a como desembocó la conversación.

—No me malinterpretes, madre —pronunció esa palabra de nuevo, con un marcado

desdén—. Me alegro de que me abandonarais, así he podido recibir el amor sano de una madre como Jane.

Vio algo de dolor en los ojos maternos. Era fría y despiadada, pero en su corazón había algo de culpa.

Mejor, se dijo Jack. Así podría usarla para hacerle todo el daño que se merecía.

—Lejos de ti, de vosotros, de este horrible lugar, tuve la oportunidad de tener una buena vida, con gente a la que amo y no la cambiaría por nada ni nadie de este lugar.

Amelia tragó saliva.

Sus piernas quisieron marcharse, pero sus pies se habían quedado clavados en el sitio. Sintió como los ojos se le inundaban de lágrimas. Era doloroso que, a pesar de lo sucedido entre ellos, Jack siguiera sintiendo que solo era una obligación vivir en aquella casa, con… ellos.

—Y cómo te dije desde el primer día, no pienso quedarme aquí para siempre. Envía a mi hermano a la horca y luego fingiré mi propia muerte. No pienso aguantar aquí más de lo estrictamente necesario.

—Si te marchas, tu primo será el tutor de Jonathan. ¿Eres consciente de las deudas de juego que acarrea? No dejará nada para el pequeño Jon. Estás tierras se hundirán porque tú no puedes vivir aquí con el estómago lleno y sin más deber que el de hacer lo que te plazca.

Jack se mesó de los cabellos y le dio la espalda para no ver sus ojos suplicantes.

No le conmovía lo más mínimo esa mujer, pero sí Jon. El futuro conde no tenía por qué pagar las consecuencias de tener una familia tan horrible.

—No voy a quedarme —dijo Jack con calma.

Eso hizo estallar a Margaret.

—¡Oh, maldito desagradecido! ¡Aquí tienes tu dinero! —gritó lady Waterford— ¡Márchate ya! ¡Vete con esos sucios gitanos y no regreses jamás!

La miró por encima del hombro, y la victoria sabía a derrota, solo al pensar en los niños y en la dulce Amelia.

—Eso haré, madre.

Aquellas palabras, casi ahogaron a Amelia en un mar de desesperación.

—¡Pues vete!

—Deseo ser libre y no vivir en una sociedad encorsetada que odio profundamente y de la que además fui rechazado. Cuando coja a ese asesino y acabe en la horca, me marcharé para no regresar jamás.

El horror se dibujó en el rostro de la condesa viuda, que dio un paso al frente.

—No te atreverás.

—¿Matar a mi propio hermano? —Jack casi sonrió—. Por supuesto. Hay que cumplir con la profecía, ¿no?

La condesa se llevó una mano al cuello, como si le faltara el aire.

—Y has de saber que nada de lo que has hecho ha servido para algo. Te va a salpicar el escándalo. Hundiré esta casa, hundiré el apellido Waterford y lo arrastraré por el fango.

Jack cogió el sobre que su madre le había lanzado, y se lo guardó en el bolsillo.

En ese momento, Amelia, que estaba mirando por la rendija entreabierta, tuvo el valor de cerrar con extremo cuidado.

Cuando ya estaba por el pasillo, dejando tras ella un reguero de lágrimas, Jack añadió:

—Te quedarás sola, madre. Porque Amelia y los niños, se vendrán conmigo. Me los llevaré de aquí.

—No puedes hacer eso.

—La alternativa es que vaya a la prensa y destape todo este escándalo.

—¡No te lo voy a permitir!

—Sí, me lo vas a permitir. Dejarás que me lleve a Amelia y a los niños, porque tanto a ella como a mí nos importa una mierda el apellido Waterford, que solo ha traído desgracia tras desgracia. Estoy seguro de que en cuanto se lo proponga, me apoyará en esto.

Dicho esto, abandonó el salón tras dar un portazo y fue en busca de su mujer.

# CAPÍTULO 35

Jack caminó hasta la habitación, con el firme propósito de explicarle a Amelia sus planes. Hasta que entró, y su expresión de dolor lo dejó mudo.

—Amelia…

Sus ojos celestes, siempre colmados de bondad y aceptación, brillaban ahora de pura rabia y decepción. Su esbelta figura, rígida, con la barbilla en alto y las manos entrelazadas, para disimular su temblor… lo asustaron. Mucho.

Intentó acercarse, pero ella alzó la palma de la mano, como si él fuera alguien a evitar.

—No te acerques —dijo.

Era doloroso. Terriblemente doloroso que la mujer a la que amaba, la única mujer que había amado jamás, viese en él a un ser ruin. Porque eso era lo que reflejaba su mirada.

Lo que ella dijo a continuación, lo hirió y sorprendió, de igual forma.

—Jack Doran —escupió su nombre, como si fuese un insulto, entre sollozos—. Acepté tus mentiras. Las de todos vosotros. Me callé, no dije nada. Y confié.

—Amelia ¿qué sucede? ¿por qué…? —pero su mirada, una vez más, lo hizo callar.

No obstante, avanzó hacia ella, a lo que Amelia reaccionó.

—No te acerques. —Volvió a protegerse de él, esta vez abrazándose.

Lo que Jack no podía saber era que en realidad no se estaba protegiendo a causa del miedo, sino de su deseo, de las ganas de perdonar semejante mentira. Porque ante él, era débil. Le amaba y eso era peligroso.

—Acepté que no fueras mi esposo. De hecho, me alegré, me sentí aliviada cuando… —cerró los ojos y dos lágrimas cayeron de ellos—. Cuando me enamoré de ti.

—Amelia yo tamb…

—¡No te atrevas, Jack Doran!

Tragó saliva y también cerró los ojos para soportar la sacudida que le dio el corazón.

Mientras tanto, Amelia continuó.

—Sólo hiciste esto por dinero —expresó, con voz quebrada, y Jack supo que a punto estuvo de derrumbarse—. No te importé yo, ni Anita, ni Jon. ¡Nadie más que tú y el sucio dinero!

—Amelia, eso no es cierto. —Pero vaciló, porque no quería mentirle—. Puede que al principio sí fuera así, pero después…

—¡Cállate! —interrumpió entre sollozos.

No quería gritar. Amelia jamás lo hacía y no era necesario. Su sola actitud, su rostro, siempre dulce, en esos momentos reflejaba una autoridad absoluta a la que Jack era incapaz de enfrentarse.

Pero tenía que confesarle que él también la amaba, necesitaba explicarse. No podía permitir que ella tuviese una visión tan errónea de él.

—Amelia, necesito que me escuches —se acercó de nuevo y ella se apartó, para protegerse a sí misma de la necesidad de ser abrazada de nuevo—. Amelia, necesito decirte que…

—Y yo necesito que te marches de aquí, Jack.

—No puedes pedirme eso.

—Oh, sí que puedo, y es lo que hago. Antes que tú, están mis hijos y no voy a permitir que se críen rodeados de mentiras y de un hombre que se gane su confianza para más adelante desaparecer y abandonarlos. No lo permitiré.

—Amelia, yo no quiero eso. Yo…

—Yo te diré lo que quiero. Que te marches y no regreses jamás.

Se detuvo, con los ojos muy abiertos y el corazón a punto de olvidar que podía, que era capaz de latir.

—No lo dices en serio —musitó.

—No te será difícil, es lo que le acabas de asegurarle a lady Waterford —escupió, dolida —. Bien, pues márchate. Ya tienes el dinero en el bolsillo y nosotros no importamos.

—No me iré. —Se sentía dolido y enfadado. ¡Era injusto que le pidiera eso!

—Lo harás, Jack.

Él negó con la cabeza, y volvió a acercarse.

Esta vez Amelia no se apartó.

—Dime que no me amas —alzó el mentón, muy seguro de que no podría hacerlo. Ella lo amaba, y lo amaba porque lo sentía en cada fibra de su ser. Lo amaba como él la amaba a ella—. Dímelo, y me marcharé.

—Te amo, Jack Doran. Pero soy una mujer casada y no puedo seguir con esta mentira. Por eso te pido que te vayas y no regreses jamás.

Si su pecho se rompió, él ni tan siquiera pudo sentirlo. Era como si se hubiese detenido el mundo, como si le hubiesen hecho respirar cloroformo, no sentía nada, sólo parálisis.

—Cuando estabas en mis brazos, no pareció importarte estar casada.

Ella abrió los ojos por la sorpresa.

—¿Quieres insultarme? Hazlo, me lo merezco…

—¡No quiero eso! —dijo él tan dolido como ella—. Solo quiero que te des cuenta de que los demás no importan. Me amas, y yo te amo. ¿Por qué no poder vivir…?

—¡Basta! —gritó, llevándose las manos a la cabeza.

Empezó a sollozar.

Ya no podía resistirlo más.

Jack la miró con toda la compasión que fue capaz. Aquello la estaba destrozando y en parte era culpa suya.

—¿En verdad es eso lo que quieres, Amelia? —se atrevió a preguntar.

Cuando ella pareció dudar, una pequeña luz de esperanza nació en su pecho.

—Me qued…

—Sí.

Amelia, jamás había pronunciado una mentira semejante.

Pero lo hizo.

Por miedo a que él también estuviese mintiendo, por decepción, por una rabia absurda… pero mintió.

—Está bien —respondió Jack, mientras una sola lágrima se deslizaba por su mejilla—. Cumpliré con lo que me pides. Me iré. No volverás a verme jamás, te lo prometo.

Amelia alzó la barbilla, intentando por todos los medios soportar el terrible esfuerzo que suponía mantenerse en pie.

—Adiós, Jack Doran.

Él simplemente se dio la vuelta.

Lo vio caminar hasta la salida de la alcoba.

Vio como abría la puerta, como apoyaba la mano en el marco y… contuvo la respiración cuando él se detuvo unos segundos.

Pero prosiguió su camino instantes después.

Sin cerrar la puerta, desapareció por el corredor y Amelia cerró los ojos hasta que los pasos de Jack dejaron de resonar en sus oídos.

Solo entonces, se acercó a trompicones a la puerta, la cerró y se dio la vuelta para acabar con la espalda apoyada en la fría madera.

Se deslizó hasta acabar sentada en el suelo. Sollozando como nunca por una vida que se le escapaba entre las manos, por una fantasía que había considerado muy real.

—Te amo, Jack.

Se llevó las manos a su cintura y lloró como jamás antes lo había hecho.

***

Jack caminaba hacia los establos, mientras las lágrimas resbalaban por sus mejillas y caían al frío suelo. ¿Quién se lo iba a decir? Jack Doran, llorando por una mujer.

—Maldición… —dijo, secándoselas con rabia y desdén.

¡Él no lloraba por nadie, las mujeres lo hacían!

Había caído en su propia trampa.

Cuando llegó a las cuadras, entró y lo primero que hizo fue ir en busca de la silla y los arreos al guadarnés. Los colocó sobre la puerta de metro y medio que separaba el cubículo de Artax del resto, y apoyó los codos en la silla para llevarse las manos a la cabeza.

—¡Eres un estúpido, Jack Doran! —gritó, desesperado.

Hasta que escuchó una voz tras de sí.

—Sí, lo eres.

Se dio la vuelta, esperanzado, al escuchar la voz de Amelia. Al ver su rostro bañado en lágrimas, se sintió el peor de los hombres.

—Amelia —se acercó, y esta vez, gracias a Dios, ella no se apartó—. Debiste escuchar solo una parte de la conversación porque yo…

—No sé si quiero escuchar el resto.

Se quedaron varios minutos en silencio, cada uno escuchando sus propios pensamientos, el latido de sus corazones.

Finalmente, Amelia rompió el silencio.

—Solo sé que… —se llevó una mano al corazón—. Sólo sé que me duele terriblemente cuando no estás a mi lado, y la sola idea de que te marches para siempre me aterra de tal forma que…

Rompió en llanto y no pudo seguir hablando.

Jack la abrazó con fuerza, estrechándola contra el pecho, sintiendo sus sollozos como suyos.

—Amelia, te lo ruego, confía en mí. No te dejaré.

Ella se apartó, sin romper del todo aquel abrazo y lo miro a los ojos.

¿Confiar?

Jamás había confiado en nadie.

Su cabeza le decía que le había mentido demasiadas veces, pero su corazón le gritaba que era un hombre de palabra.

Asintió.

Confiaría.

Porque llevaba demasiado tiempo viviendo con miedo. Y no quería seguir así.

—Está bien —se dio por vencida—. Si no confío en ti, Jack Doran, sé que no podré confiar en nadie.

Fue él quien la beso. Un beso tierno, aunque desesperado. La estrechó entre sus brazos, hasta que enmarcó el bello rostro de Amelia. La miró con intensidad, las palmas bastas de sus manos, sosteniendo aquel rostro sin el cual no podría vivir.

—Amelia, no quiero y no lo permitiré. Es cierto que no quiero seguir con esta farsa, pero quiero que tú y los niños vengáis conmigo. —Amelia abrió los ojos sin comprender exactamente lo que le estaba diciendo—. Encontraremos la forma y…

Amelia parpadeó.

—¿Me estás pidiendo…?

No dijo más, se puso de puntillas y alcanzó sus labios. Puede que Jack Doran fuera un mentiroso, pero ella no se mentiría a sí misma.

Él respondió al beso con ímpetu, tomando cada aliento, entregándose por completo a aquellos labios que eran los únicos que querría besar el resto de su vida.

Con cuidado, le colocó la mano en la nuca y fue deshaciendo sus largos y hermosos cabellos.

—Eres la mujer más maravillosa que he conocido jamás.

Amelia gimió al sentir liberada su propia melena, que se posó tras su espalda como una larga y negra cascada.

La ansiedad apareció de nuevo, con apasionado desenlace. Abrazados, la empujó hacia

un cubículo vacío, lleno de heno fresco y limpio, y cerró la puerta de una patada. Siguió regando de besos su rostro, sus labios, su nariz, sus mejillas, hasta que apoyó la frente contra la de ella.

—Date la vuelta —jadeó Jack, para tener más fácil acceso a la hora de quitarle el vestido.

Se escuchó una risita. Era de Amelia que, una vez más, se mostraba incrédula ante todo lo que podría llegar a hacer si ese hombre se lo pidiera.

Obedeció y, con dedos hábiles, Jack le colocó el pelo sobre el hombro derecho. Empezó a desatarle el corsé.

Al sentirse libre de toda atadura, Amelia tomó aire, boqueando como un pez fuera del agua.

Iba a girarse, pero él no se lo permitió.

—No, espera —le dijo contra su oreja, acariciándola con su cálido aliento.

La mantuvo de espaldas y la abrazo desde atrás. Mientras tanto, sus labios recorrieron su cuello, al tiempo que iba bajándole las mangas del vestido por los brazos. Ese tacto de seda… jamás podría olvidar la increíble sensación de acariciar a Amelia, de sentirla suya.

A medida que notaba la lengua y los suaves labios de Jack, navegando por su piel, Amelia gemía.

Echó el cuello hacia atrás, ofreciéndole su piel y él la tomó gustoso. Pudo sentir un gruñido apasionado vibrando sobre su nuca, y luego notó un ligero mordisco en el lóbulo de la oreja. En ese momento, Amelia echó la cabeza hacia atrás y ahogo un grito.

Jack acarició los sedosos brazos y fue descendiendo una vez más hasta bajarle el vestido, que cayó sobre el heno, en un suave murmullo.  Entonces, subió las manos hasta sus pechos y los apretó por encima de la camisola interior.

—Eres divina... y tan excitante.

Lo era.

Toda ella era digna de competir contra la mismísima Afrodita. Sensualidad, belleza, inocencia y dulzura... no pudo evitar pegarse a ella.

Amelia se mordió el labio al sentir la virilidad de Jack rozarse contra ella. Sintió su

dureza frotarse contra su trasero y sus mejillas ardieron, al igual que el resto de su cuerpo.

—Ah… —gimió, cuando Jack la agarró con fuerza por las caderas y la atrajo para que sintiera cuanto lo excitaba.

Amelia sabía que eso era indecente, pero jamás osaría quejarse. Que Jack estuviese tan dispuesto para ella era una bendición, la hacía sentirse deseada, bella… y para una mujer, cuyo marido siempre la había ignorado, significaba mucho más de lo que alguien pudiera llegar a pensar.

Nunca se había sentido deseada por su marido y con Jack... con él cualquier experiencia que le brindara, era como rozar el cielo con los dedos. Junto a él, toda timidez huía, como la gacela del león.

Notó sus manos abrirse camino entre su piel y la camisa interior. Luego fue subiéndosela y está vez sus manos rozaron sus pechos, sin ningún impedimento.

—Amelia, me faltan palabras para decirte cuan maravillosa eres.

Amelia soltó un hondo gemido cuando, con los dedos índice y pulgar, Jack pellizcó sus pezones. Acto seguido las manos masculinas bajaron hasta llegar a las enaguas. Se abrió camino a través de los suaves lazos y la desnudó por completo. Todas sus ropas cayeron al suelo y ahí estaba ella, desnuda, solo para él.

Solo un rayo de luz de luna entraba por un pequeño y alto ventanuco y no se escuchaban más sonidos que el de los caballos, que descansaban en otros cubículos.

Amelia echó la cabeza hacia atrás, apoyándose en el pecho de Jack, cuando su mano bajo más, y más, hasta abrir su sexo.

En ese momento, Amelia se mordió el labio hasta casi hacerse sangre. Luego, giró el cuello y buscó su boca, bebiendo de ella.

La acariciaba con maestría y ella se retorcía ante él, como una elegante cobra que danza al son de la flauta del encantador de serpientes.

—Ahh...

Mientras la acariciaba, con la otra mano Jack se fue desabrochando los pantalones. Hasta

que también quedó liberado. Sentir el calor del cuerpo desnudo de su mujer, era más de lo que podía soportar. Gimió contra su cuello, al sentir sus calientes y turgentes nalgas en la piel sensible de su virilidad.

Amelia disfrutaba y se movía de forma tan erótica que le estaba costando muchísimo contenerse. Necesitaba hundirse en ella. La deseaba sin ningún tipo de control.

Se obligó a detenerse, porque de lo contrario, la habría tomado de forma abrupta.

—Ven —casi fue una súplica. Por suerte, Amelia cedió y se dejó llevar hacia una esquina, donde pudo abrazarla a placer, pegándola a la pared—. Ábrete para mí.

Pero fue ella quien lo sorprendió.

—No.

Pero la negativa vino acompañada de una sonrisa.

Amelia lo rodeó con sus brazos hasta hacerlo girar. Ahora era él quien apoyaba su espalda contra la pared.

Jack se dejó llevar.

Lo beso con ímpetu y poco a poco fue descendiendo, acariciándolo con las manos, regando de besos y mordiscos la escarpada piel de su abdomen.

Él gimió, mientras su cabeza se golpeaba contra los tablones de madera. No hacía falta ser un genio para saber que el hombre sufría. Apretaba los puños y los dientes a cada roce de aquella boca que lo volvía loco.

Pero la tortura no había hecho más que empezar. Las manos de Amelia encontraron el enhiesto miembro. Ella gimió contra su pecho al sentir su enorme dureza. Empezó a masajeando con lentitud, mientras seguía repartiendo besos por su piel, al tiempo que se iba arrodillando.

Jack temblaba.

—No sé… ah —cerró los ojos con más fuerza, sufriendo como nunca lo había hecho, cargado de placer—. No sé si permitirte esto, Amelia.

Pero no era capaz de hacer que se detuviera. Cuando los labios femeninos llegaron a su destino, en el momento en que su cálida boca lo rodeó… lo devoró.

Jack echó la cabeza hacia atrás y soltó un hondo gemido.

Amelia se sintió poderosa. No tenía la menor idea de cómo se le había ocurrido hacer semejante acto, pero eso ya no importaba. El sabor, el olor y la calidez de Jack hacían que se sintiese ebria de él.

Hasta que él posó las manos en su melena y, con suavidad, la obligó a detenerse.

—Para.

—¿No te gusta? —preguntó, sintiéndose algo decepcionada—. Pensé que sí.

La risa ronca de Jack, le hizo entender que le gustaba. Le gustaba muchísimo.

—Ven aquí —Tiró con suavidad de su nuca y la puso en pie.

Amelia lo miró con extrañeza y algo de vergüenza.

—¿No… no te ha gustado?

Jack cerró los ojos y la abrazó.

—Me gusta todo de ti.

Pero si hubiese seguido, se habría derramado y…

Besó sus labios mientras la acariciaba con ternura, por la espalda, los brazos, las caderas, las nalgas.

—Quiero que el placer que sientas esta noche sea perfecto. Tan perfecto como tú.

Poco a poco la fue empujando y cuando su espalda quedó pegada a la pared de madera de la cuadra, empezó a agacharse poco a poco hasta quedar arrodillado frente a ella.

—Jack…

—Ahora me toca a mí.

Alzó la mirada y su imagen lo maravillado.

Observándolo desde las alturas estaba su diosa, de labios hinchados y mejillas sonrosadas. La veneró, acariciándola. Separó sus muslos y…

—¡Aaahh!

Amelia tuvo que aferrarse a la melena de Jack para no caer al suelo. Le estaba dando tanto placer que a duras penas sus rodillas podían sostenerla.

Jack sentía su calidez y degustaba su humedad. Su clítoris estaba duro. Cuando sus gemidos y suspiros se acompasaron al pálpito de su sangre, Jack supo que había logrado su objetivo.

Tras el último coletazo de éxtasis que percibió en la lengua, se puso en pie y pegó su cuerpo contra el suyo. La besó con ímpetu, mientras cogía su rodilla izquierda y la colocaba en su espalda.

—Voy a hacerte el amor —le dijo, justo en el instante en que la penetraba.

Amelia soltó un hondo jadeo al sentir como se adentraba en la carne. Boqueó y él acalló el grito con un beso largo y sentido al tiempo que, poco a poco, se iba moviendo en su interior.

Ella jadeaba y gritaba con cada acometida. Sentir la piel de Jack, su calor, su roce, era maravilloso.

Apartó los labios de los suyos y colocó la cabeza en el hueco de su hombro y cuello. Ella pudo sentir sus jadeos, haciéndole cosquillas en la piel, haciéndola estremecer de arriba abajo.

El ritmo aumentó, y con él la intensidad de los besos y las caricias.

Se miraron a los ojos justo en el momento en que ambos y al unísono, llegaron a rozar el firmamento y a tocar todas y cada una de sus estrellas.

Amelia lo abrazó con todas sus fuerzas, recreándose en el momento, gimiendo su nombre en la penumbra. Jack la adoraba, sabiendo que jamás amaría a otra mujer. No podía perderla.

No podía.

Sus respiraciones fueron ralentizándose mientras aún estaban desnudos, uno en brazos del otro.

Tras tomar aire, Jack acarició su rostro.

—Eres lo más hermoso que me ha pasado nunca.

—Y tú, a pesar de ser el mayor mentiroso de Inglaterra, también eres la persona más auténtica que he conocido.

Jack soltó una carcajada antes de besar sus labios hinchados.

—Oh, Amelia… —vaciló, al suplicar—. Espérame.

Ella acarició su rostro, y guio su barbilla para que la mirara a los ojos.

—Jack.

—Espérame, por favor. Ahora debo marchar, pero regresaré. Lo prometo.

Amelia tragó saliva y se abrazó a su cuerpo desnudo. Cerró los ojos y, con todas sus fuerzas, quiso creer a Jack Doran.

Quiso creer que volvería a por ella y los niños.

Cuando los abrió, suspiró al ver que sus iris azules estaban colmados de sinceridad… Sin embargo…

—Regresaré por ti.

Amelia asintió, queriendo creer en sus palabras.

# CAPÍTULO 36

Llegó al campamento muy entrada la noche. Saltó del lomo de Artax y varios caballos lo saludaron con suaves relinchos mientras lo ataba a una cuerda.

La gente del poblado ya estaba dormida en el interior de sus carros, o no tardarían en estarlo, y sólo algunos perros asomaron la nariz por debajo de las ruedas, pero al reconocer en él a un amigo, regresaron a sus cubículos de paja. La mayoría de hogueras ya no tenían prendidas las llamas, aunque las rojas brasas le daban un color rojizo a aquella parte del bosque.

Sopló una ráfaga de aire que revolvió el pelo de Jack, mientras se encaminaba hacia el hogar de Jane Doran.

No podía quitarse de la cabeza la rara sensación que había tenido durante el trayecto, desde Waterford Hall hasta allí. Era como si alguien lo hubiese seguido, o estuviese observándolo en todo momento.

Saber que su hermano se había escapado del manicomio, ayudaba en tenerlo en estado de alerta. Así que, si lo pensaba, puede que no solo fuera su imaginación. Un asesino andaba suelto por esas tierras, y él sabía perfectamente quien era. Pero a medida que se iba adentrando en el bosque, la sensación se iba volviendo menos tensa hasta que finalmente desapareció.

En el poblado se sentía seguro, pero entendía que no todos lo estaban, ni lo estarían hasta atrapar a su hermano. Pero él no podía hacerse cargo de ello. Su prioridad era poner a Amelia y a los niños a salvo, y es lo que haría. Alejarse con ellos del monstruo de Waterford Hall, para siempre.

Justo antes de entrar en el carromato de su abuela, echó la vista atrás, por si acaso.

No vio a nadie.

Al entrar, se la encontró despierta, sentada en su sillón, frente a la mesa, con una taza de

té medio vacía.

—Buenas noches, Abuela —la saludó, y ella frunció el ceño para mirarlo con cara de pocos amigos.

—No deberías estar aquí.

—Menudo recibimiento —dijo Jack resoplando, aunque no pudo ocultar su sonrisa. Se acercó y le dio un beso en la mejilla—. Siempre pensé que era tu nieto favorito.

—Eres el único que tengo, pero deberías marcharte —insistió, cruzándose de brazos.

—Después de hablar.

Jack se sentó, y entrelazó los dedos para después apoyar los codos sobre la mesa, sostenerse la cabeza y sonreír.

La abuela bufó y se acomodó en su sillón, ante esos gestos tan infantiles y al mismo tiempo encantadores.

—¿Te apetece un té? —Cuando Jack asintió, aclaró—: Pues ve a por una taza y sírvete tú mismo. Y de paso, ponme más a mí. Necesito entrar en calor. Me ha entrado frío al verte.

—Ya lo capto.

Mientras vertía el té en la taza y se preguntaba qué mosca le había picado a su abuela, Jane miraba fijamente la fina y humeante línea que se dibujaba desde la boquilla de la tetera hasta el recipiente, como si fuera una cascada diminuta. Al acabar, se sentó y esperó a que su abuela dijera algo.

—Sé por qué estás aquí —habló al fin, medio minuto después, cuando Jack empezaba a perder la paciencia.

—Sé que lo sabes. Acabas de verlo en el té, ¿no?

—No te burles, Jack Doran —le reprendió, con dedo acusador—. Y si lo que has venido a averiguar es si Amelia te seguiría hasta el fin del mundo, la respuesta es más que evidente. Creo que lo averiguaste la primera vez que la tomaste, ¿no es así?

Jack refunfuñó algo por lo bajo, pero su abuela siguió mirándolo con acusación.

—Abuela…

—Abuela, abuela, abuela. ¿Quieres saber si te seguirá con sus hijos? ¡Pregúntaselo tú! ¡Sí! ¿Por qué no se lo preguntas y dejas de perder un tiempo valioso?

—Le he dicho que quiero un futuro juntos.

—¿Con esas palabras? —preguntó, escéptica.

Jack parecía apurado.

—En fin, quizás… no lo sé. Quizás no quiera…

—¡Pamplinas! ¡Se avecina una tormenta y tú aquí, haciéndome perder el tiempo!

Jack cerró los ojos y se apartó el pelo de la cara. En ese momento se escuchó el retumbar de un trueno lejano.

Luego se hizo el silencio hasta que se escuchó la grave voz de Jack.

—Es que… tengo miedo.

La abuela lo miró, alzando su ceja interrogante. No juzgaba, solo lo miraba con suma curiosidad.

—Esa es la verdad. —Jack jamás había sentido inseguridad ante ninguna mujer, pero con Amelia era distinto—. Tengo el rostro de ese demonio y… cada vez que me mira siento que…

—¡Por amor de Dios Jack! ¡No os parecéis en nada!

—¿De verdad crees que dejaría todo lo que tiene y ha conocido para venirse conmigo y con los gitanos a recorrer el mundo en una carreta?

—La pregunta es: ¿Qué harías tú si estuvieses en su lugar? —dijo Jane Doran, alzando de nuevo la ceja izquierda.

Pero en ese momento Jack estaba demasiado concentrado en dar sus explicaciones que en plantearse seriamente el razonamiento de su abuela.

—El pequeño Jonny, es el heredero de todo, ¿debería su madre consentir que lo perdiera, solo por vivir un sueño? Y a Anita, le aguarda un gran futuro como esposa de algún noble…

La abuela lo miró fijamente y tardó unos segundos en responder.

—Ay, querido. —Empezaba a perder la paciencia—. Solo una vieja como yo es capaz de ver que los jóvenes no dejáis de darle vueltas a cosas que tienen fácil solución. ¡Los árboles no

os dejan ver el bosque y a mí me sigues haciendo perder el tiempo!

—Pero… la amo, abuela.

—¿La amas tanto que estarías dispuesto a perder todo lo que tienes, y todo lo que siempre has querido, que es tu libertad?

Jack frunció el ceño, porque de pronto lo vio todo claro.

—La amo tanto y más. Quiero a esos críos con toda mi alma. Los amo tanto, que entregaría hasta mi vida por ellos.

—Pues ahí tienes tu respuesta, Jack Doran.

Jack asintió.

—Claro… por supuesto —miró a Jane y sonrió, tremendamente aliviado—. Gracias abuela.

—Y ahora, haz el favor de regresar a Waterford Hall.

—De acuerdo, pero…

—Pero debes ir con cuidado —lo interrumpió—. El mal sigue ahí afuera y hoy…

Justo en ese momento, sonó otro trueno y los perros empezaron a ladrar, asustados. Las costinas se abrieron de par en par, dejando entrar una bocanada de aire frío e instantes después, la lluvia empezó a caer de forma violenta.

El sonido que miles de gotas provocaban al golpearse contra el techo de madera, era ensordecedor.

—Ha llegado el día —acabó de decir Jane Doran, con los ojos cerrados.

—Abuela, ¿estás bien?

—La profecía está a punto de cumplirse, hijo —cuando abrió los ojos y lo miró fijamente, él se estremeció—. Debes ir con cuidado.

Si no fuera por cómo lo había mirado, habría pensado que todo eso de la profecía no eran más que cuentos de viejas. Pero lo que dijo su abuela a continuación, sí lo asustó.

—Sea o no sea un cuento de viejas, lo cierto es que el diablo ya está aquí y en estos momentos, todos corréis un serio peligro. Deberías regresar lo antes posible porque…

—¿Por qué, abuela?

—Amelia… ¡Amelia está en peligro!

# CAPÍTULO 37

Amelia se pasaba el cepillo por el largo cabello, con la mirada perdida en su propio reflejo. Estaba sentada delante del tocador, frente al espejo, pero sin verse, mientras los largos mechones caían por el hombro izquierdo y las puntas casi rozaban el suelo.

La lluvia cubría Waterford Hall desde hacía varias horas como una enorme cortina, y en esos momentos salpicaba los cristales de las ventanas como si una bruja lo estuviese golpeando con las yemas de los dedos. Los truenos retumbaban en derredor, haciendo vibrar esos mismos cristales biselados con plomo. Incluso las plantas de sus pies descalzos podían notar la vibración del sonido sobre la fina y delicada alfombra persa.

Al punto se escuchó un chasquido e, inmediatamente después, luz y sonido se dieron al unísono, dando a entender que el rayo había caído justo en ese mismo lugar, provocando que su corazón se sobresaltara.

Waterford Hall lloraba, crujía y se retorcía, con Amelia en su interior. Como si ella misma fuera el corazón de aquella enorme carcasa de piedra gris y fría.

Atrapada. Temblorosa. Desolada.

Furiosa también. Muy, muy furiosa.

Jack Doran parecía haber cumplido su palabra. Oh, para eso sí la tenía, ¿verdad?

Había marchado esa misma noche, prometiendo regresar y… ya casi era de madrugada y aún no había dado señales de vida. ¿Quién sabía si finalmente lo haría?

Lo echaba de menos y solo habían estado separados un par de horas. ¿Cómo sería su vida sin él?

Un horrible sentimiento de congoja la asaltó y se llevó una mano al pecho, aterida de pronto por un escalofrío que la recorrió de arriba abajo. Fue presa de un mal presentimiento.

La había abandonado.

—No, no… él no lo haría.

Odiaba sentirse así. Odiaba ser egoísta y e insegura. ¿Y si realmente había sufrido un accidente, con la tormenta que estaba cayendo? Hasta este momento, los celos le eran totalmente desconocidos. Y la incertidumbre… era insoportable.

Las lágrimas asomaron por sus párpados, pero se obligó a no derramarlas, deseando que estuviese bien y que no le hubiese sucedido nada malo.

Pero de nuevo, los pensamientos negativos regresaron.

¿Y si había estado ciega todo este tiempo?

Aunque si lo pensaba bien, no podía culpar a Jack. Ella era la única culpable. Era ella quien había confiado ciegamente en alguien que amaba su libertad por encima de todas las cosas. Jack había sido criado por gitanos. ¿Cómo había llegado a pensar que un hombre como él aceptaría la vida insulsa y aburrida que podía ofrecerle Waterford Hall, pudiendo tener ante sus ojos extensos campos que recorrer y altas montañas a las que ascender?

Siempre había tenido lo que ella jamás tuvo: libertad, autonomía e independencia.

Sería un tonto si lo echara a perder todo por una mujer… como ella.

No, Jack no era culpable por querer conservar todo eso. Nunca se quedaría en un mismo lugar, ni por ella, ni por los niños, ni por nadie. Pertenecía a los gitanos. Era un nómada. Y Waterford Hall era una cárcel con barrotes de oro. Ella también habría escogido marcharse y no regresar jamás, de haber podido.

No lo culparía, porque ella misma deseaba exactamente eso. Ojalá pudiera también abandonar aquella mazmorra de piedra, agua y tormentas.

Lupo estaba en la habitación. El viejo perro dormitaba junto a la chimenea, sin que ni un solo trueno alterase su plácido sueño. Lo vio mover una oreja cuando sonó un trueno, esta vez más alejado. Y abrir un ojo cuando, tras ella, se escuchó un sonido de bisagras mal engrasadas. Acto seguido, abrió el otro ojo y puso las orejas en punta para mirar fijamente tras ella, con sus ojos entelados, llenos de verdad.

Amelia echó un vistazo rápido a través del espejo, pero no logró ver nada.

Tenía la costumbre de dejar la puerta entreabierta y posiblemente el viento la hubiese empujado hasta abrirla del todo. No obstante, sintió como los vellos de la nuca se le erizaban.

Depositó el cepillo cuidadosamente sobre la mesa del tocador y movió la cintura para darse la vuelta, con cautela y lentitud. Justo en ese instante, un golpe de aire abrió la ventana, causando un gran estruendo. Las cortinas volaron hacia el interior de la estancia, la vela se apagó y la habitación quedó totalmente a oscuras.

La luz de la luna era ya inexistente, la gran tormenta, con sus oscuras nubes cargadas de agua, la tapaban. Aun así, se puso en pie y, a tientas, llegó hasta el lugar de donde procedía el viento y logró cerrar la ventana.

Pero, cuando se dio la vuelta…

Un rayo lo iluminó todo, permitiéndole ver durante unos segundos la silueta de un hombre. Aunque lo reconoció, no pudo evitar sentir de nuevo el frío en la nuca.

*Calma…* Se dijo. *Es Jack. Ha regresado al fin.*

—Jack —pronunció, deseando que realmente fuera él. —Jack, ¿eres tú? —dijo, con más firmeza.

Se vio una chispa en el aire y de pronto, el rostro de ese hombre quedó iluminado. Vio, aterrada, como la llama de la cerilla se movía hasta encender la lámpara de aceite que había sobre la mesita de noche. Entonces, cuando de nuevo la estancia estuvo libre de penumbras, a Amelia se le heló la sangre.

—Sí, querida. Soy yo, he regresado.

Ahí estaba, tal y como le había revelado, pero su instinto le decía que… no era Jack.

Tragó saliva, intentando por todos los medios no perder la razón.

Sus peores pesadillas se acababan de hacer realidad.

—¿Jack?

—Sí —pudo verle sonreír de forma siniestra, iluminado por la luz del quinqué. Avanzó un paso hacia ella.

Era Jonathan.

Su esposo.

Con los rubios cabellos revueltos, tapándole parte de la cara. Ni rastro de la cicatriz. Un rostro hermoso, pero vacuo, que sonreía con cinismo y la miraba con crueldad.

Los mechones húmedos goteaban, mojando su camisa blanca, que llevaba perfectamente abrochada. Sobre los hombros, un abrigo oscuro con capucha.

Amelia tragó saliva, sin atreverse a pronunciar su nombre.

—Buenas noches, querida.

De repente, estaba viendo en él, en sus ojos, algo que hasta el momento no había dominado su mirada. Ahora, expresaba una crueldad que parecía estar adornada con locura.

No hizo falta que el gruñido de Lupo a sus pies le dijera que ese no era el ángel que ella esperaba, aunque tuviese el mismo rostro.

Allí, frente a ella, estaba el diablo.

Amelia tragó saliva cuando Jonathan Stanley, sexto conde de Waterford, empezó a caminar hacia ella, como un depredador.

Lupo se puso en pie y gruñó aún más fuerte, mostrando sus dientes, amenazante.

—Lupo, quieto —le dijo ella, más por temor a que el perro anciano sufriera algún daño, que por lo que le pudiera hacerle a su esposo.

—Eso, quédate quieto, Lupo. Si no quieres que tu querida ama llore tu muerte. —Su voz sonó completamente distinta a la de Jack. Parecía inhumana, gutural, como si saliese del estómago y no de la garganta.

Avanzaba, sin apartar la vista de Amelia, al tiempo que sonreía sin que sus ojos se iluminasen.

—¿Qué haces aquí, Jonathan? —logró decir, tras encontrar fuerzas de donde no sabía que podrían estar.

Él ladeó la cabeza y a miró, sarcástico.

—¿Qué hago aquí? —Su sonrisa se borró—. Esta es mi casa. Esta es mi alcoba, y tú, querida Amelia, tú eres mi mujer. Me perteneces. Deberías estar esperándome a mí y no a ese Jack.

Amelia tragó saliva.

—Cierto. Todo es tuyo —reconoció, a su pesar. Empezó a retroceder para que su marido no la alcanzara si es que estaba dispuesto a hacerle daño.

—Me alegra que lo entiendas.

—Pero…

—¿Pero?

Amelia alzó el mentón y lo miró con fijeza. Sin miedo, por una vez en su vida.

—Pero yo no pertenezco a nadie más que a mí misma. Y por eso, no quiero que te acerques más.

Si lord Waterford se detuvo, no fue por obediencia, sino a causa de la sorpresa.

—Oh, Amelia… que encantador que creas que puedes defenderte de mí —se burló.

Jamás, en su sano juicio, Amelia se habría atrevido a contestarle de semejante forma.

—Con total seguridad, la causa de este nuevo valor que veo arder en tus ojos, es ese maldito gitano.

—Se llama Jack.

—Mi hermanito, lo sé. ¿Cuántos pájaros te habrá metido en la cabeza para creer que puedes hacer algo contra mí?

—Estás enfermo, Jonathan. Sé que tu madre ha encubierto todas las atrocidades que has cometido, pero tienes que parar. Debes… marcharte de una vez por todas.

La siniestra carcajada acompañada por una máscara de divertida sorpresa, persiguió a Amelia.

—Haré lo que me plazca —le espetó—, pues como he dicho antes, me perteneces.

Amelia alzó el mentón, ocultando el miedo que ahora sí sentía. Pero también sentía valor.

Había dejado de ser una cobarde.

—No. No te pertenezco. Jamás fue así.

—Oh, así me gusta, Amelia —se burló—, revélate.

La maldad que vio en sus ojos la hizo tragar saliva.

—Márchate, o deja que me vaya.

Jonathan ladeó la cabeza.

—Está bien, márchate—. Amelia abrió mucho los ojos, tomó aire con esperanza hasta que se dio cuenta de que estaba jugando con ella—. Pero los niños son míos. —Ahí estaba la trampa—. Ellos se quedan conmigo.

Amelia se dio cuenta de que ese era exactamente el motivo por el cual ella estaba encerrada en aquella cárcel de piedra y oro. Los niños. Nunca, nadie, mucho menos una mujer, se atrevería quitarle los hijos a un hombre, mucho menos a un conde. Estaba atrapada y siempre lo estaría. Esa era la verdad.

Pero no caería en su trampa. Puede que Jack ya no estuviese allí para ayudarla, puede que la hubiese abandonado, pero le había enseñado a ser valiente y no estaba dispuesta a rendirse.

—Me iré con mis hijos.

Él negó divertido.

—No, lo harás ¿Sabes por qué nunca fui cruel contigo? —le preguntó, mientras dio un nuevo paso hacia ella, quien negó con la cabeza—. Porque me hubieras permitido hacerte cualquier cosa, sin protestar. Eras una mujer vacía, sin alma. No sé si lo sabes, pero te rendiste hace mucho tiempo. —Soltó un largo suspiro—. No hay diversión si no se resisten, si no se aferran a la vida y luchan por ella, con uñas y dientes. Tú te rendiste Amelia. Hubieras abandonado gustosa este mundo si no fuera por tus hijos.

Amelia negó con la cabeza, mientras sus lágrimas mojaban sus mejillas sin control.

—¡Cállate!

—¿La verdad duele? —chasqueó la lengua—. No eras más que una muñeca de trapo, ¿qué diversión puede tener un adulto en jugar con una muñeca así? Pero ya no lo eres ¿verdad?

—Estás enfermo, Jonathan.

—¡Ya lo sé! —gritó, fuera de sí, para después calmarse y sonreír—. Pero me gusta mi locura, me siento bien en ella. —Se llevó el dedo índice a los labios, para advertirle que callara —. Volviendo a ti, mi querida y renovada esposa, ya has dejado de ser esa muñequita.

Avanzó varios pasos, con rapidez y Amelia gritó, rodeando la cama e interponiéndola entre los dos.

—Jonathan, para…

—Ahora te gustaría vivir, ahora podrías resistirte, aferrarte a la vida. Que bien que eso te haga más propicia para ser mi nueva víctima.

—¡No! Se acabó. Eres un asesino, y si no regresas al manicomio de donde nunca debiste salir, la policía te detendrá. No voy a permitir que mis hijos vivan con alguien como tú. ¡Eres un diablo!

Jonathan empezó a caminar hacia ella, mientras sus ojos azules se teñían de furia.

Lo hizo con lentitud, sin apartar la mirada de la suya, con el único fin de atemorizarla. No lo estaba consiguiendo, o al menos, no parecía surtir el efecto deseado. Daba igual. Esa mujerzuela acabaría doblegándose, como siempre todos habían hecho ante él.

Dio la vuelta a la cama y antes de que Amelia pudiera saltar sobre esta para escapar hacia el otro lado, Jonathan la agarró del tobillo y tiró de ella con fuerza. El cuerpo de Amelia cayó sobre la alfombra. No estuvo mucho tiempo sobre esta. La tomó del cuello y la levantó mientras ella se esforzaba por respirar. Un instante después le acarició el rostro.

Amelia sintió un escalofrío. Pero inmediatamente le apartó la mano.

—No me toques.

Jonathan abrió exageradamente los ojos.

—¿Dejas que te toque otro, y no tu esposo? —Le puso el dedo índice frente a los ojos y lo movió en señal de negación—. Eso no está bien.

Amelia sintió un fuerte nudo en la garganta. ¡Jonathan lo sabía! Abrió la boca para responder, pero no logró pronunciar ningún sonido.

—¿Crees que no sé qué has estado haciendo en mi ausencia, mi querida e infiel esposa?

Al ver que se había quedado muda del disgusto, Jonathan soltó una carcajada que rebotó en las paredes de la habitación.

—Te diré qué vamos a hacer. Cuando el falaz impostor regrese, le dirás que se marche y que no regrese jamás. Ya sabes, la leyenda gitana dice que no podemos estar los dos en Waterford Hall, porque uno morirá. Y, créeme, esposa querida, ese no seré yo.

—No te atreverás a hacerle daño. ¡Es tu hermano!

Jonathan volvió a tomarla del cuello, pero esta vez no apretó con fuerza, solo lo suficiente para advertirla.

—¿Ah, no? No te puedes imaginar de lo que soy capaz. Bueno, creo que ya lo sabes.

—Y bien que lo sé. Igualmente te prohíbo que le hagas daño. Es tu hermano. Y yo…

*Yo le amo.*

—Oh, cuanta ternura veo en esos ojitos azules. ¿Te has enamorado, Amelia?

—No es asunto tuyo.

—¡Claro que sí! Soy tu esposo. Cuando regrese el impostor, le dirás que se marche o lo mataré. Y si después de matarle sigues empeñada en no comportarte como una esposa devota y complaciente, serás tú quien ingrese en un manicomio y no volverás a ver a los niños. ¡Jamás!

Esas amenazas sí hicieron mella en Amelia.

—¿Piensas quedarte en Waterford Hall? —preguntó, sin entender cuales eran sus planes.

—Solo de momento. El tiempo suficiente para acumular mi fortuna, vender algunas propiedades y tener dinero suficiente para vivir en América, como un rey. Te gustará Nueva York…

—¡No! —gritó horrorizada, al ver que pensaba llevársela consigo.

Otro apretón en la garganta hizo que su cuerpo temblara y su corazón latiera más lento. Eran demasiados años sucumbiendo al miedo, tantos años acostumbrada a sufrir que ya lo tenía por costumbre. Además, era perfectamente consciente de que ese diablo la cumpliría sus amenazas.

Pero algo había cambiado. Incluso con el terror y el pánico, atenazándola, no estaba dispuesta a doblegarse.

—Puede que seas mi esposo y puede también que seas cruel, y despiadado, pero ya no te tengo ningún miedo.

Él achicó los ojos, como si pretendiera leer su mente. Era más que evidente que su actitud le sorprendía.

—Oh, puede que ahora no, pero créeme, lo tendrás. Recapacita, Amelia. A ti no te voy a matar, aún te queda mucho por sufrir. Pero has de saber algo. —Se acercó hasta que su boca quedó a escasos centímetros de su mejilla—. Jamás olvidaré tu traición. Y si intentas huir, te perseguiré hasta el fin del mundo y… te encontraré. Créeme, el reencuentro no será agradable.

Otro relámpago iluminó por completo la habitación y el trueno que lo precedió sonó tan fuerte, que todos los cristales de la casa temblaron.

Amelia dio un grito y se llevó las manos al corazón, cuando de nuevo, la ventana volvió a abrirse de par en par, apagando de nuevo la vela que el demonio había encendido. Se dio la vuelta y la cerró. Cuando miró hacia donde estaba Jonathan, en un abrir y cerrar de ojos, él había desaparecido.

Aún con la mano en el pecho, se sentó y se concentró en respirar, mientras Lupo se acercaba para colocar la cabeza sobre sus rodillas, y darle ánimos.

***

Jack galopaba a lomos de Artax, mientras la tormenta les perseguía. Estaba calado hasta los huesos y la velocidad no ayudaba demasiado a no mojarse. Estaba deseando llegar. Estas pocas horas de ausencia habían sido una eternidad. Necesitaba abrazar a Amelia y a los niños para contarles lo que había decidido. No podía estar sin ellos ni un solo segundo más.

Al llegar a los establos, desmontó aun cuando Artax seguía al trote. Lo desenjaezó y lo metió en su cubículo. Le pasó un paño para secar su pelaje, le colocó una manta en el lomo y, sin ni siquiera limpiarse las botas, entró en Waterford Hall por una de las puertas del servicio y subió los escalones que iban del salón a las habitaciones, de dos en dos.

Cuando entró en su alcoba, lo que vio lo dejó consternado.

Amelia estaba sentada en el tocador. El cepillo estaba en el suelo y sus mejillas estaban empapadas. Lupo la consolaba, lamiendo sus lágrimas.

El animal, al verle llegar, movió el rabo y gimió, saludándolo.

—Amelia —dijo, acercándose para arrodillarse frente a ella.

La vio parpadear y alzar la mirada hacia él. Después, vio como se secaba las lágrimas con los dedos y su rostro cambiaba.

—¿Dónde has estado? —preguntó, con cierta frialdad, aunque con la voz enronquecida por el llanto.

—Vengo del campamento. He estado hablando con mi abuela. ¿Qué ha pasado? Amelia, dime qué ha sucedido.

Sorbió por la nariz y cuando él iba a cogerla de la mano, se la apartó.

—¿Qué sucede? —preguntó, mirando alrededor, a cada punto más preocupado.

Ella se puso en pie y caminó hacia la chimenea, evitando su contacto. Perdió la vista en las llamas y tomó aire.

No le sería fácil mentir, pero debía hacerlo por el bien de Jack. De lo contrario, Jonathan lo mataría. Lo sabía capaz de eso y de cualquier cosa incluso peor. Pero ella estaba dispuesta a darle una oportunidad. Debía hacer que se marchara para siempre, solo así estaría a salvo.

—He estado pensando en lo nuestro.

—Bien —respondió él, acercándose a ella, que seguía de espaldas a él, mirando el fuego —. Abandonemos juntos Waterford Hall. Nada me gustaría más que vinieses conmigo. Tú, y los niños. Podríamos dejar todo esto y ser libres, Amelia.

Cada palabra se le clavaba en el corazón como un cuchillo.

Ella cerró los ojos y suspiró. Ojalá fuera posible. Pero sabía que Jonathan jamás lo permitiría. Sabía muy bien que cumpliría sus amenazas. Los perseguiría hasta el fin del mundo, con tal de hacerles sufrir.

—Pero también podemos quedarnos aquí.

Amelia lo miró con asombro, sabiendo cuanto significaba para Jack ser libre.

—¿Cómo?

—Mi abuela me ha hecho ver que mi libertad no es lo que más quiero en esta vida, eres tú. No me importa el lugar, lo único importante es que estemos juntos, como una familia.

El nudo que se formó en la garganta de Amelia la obligó a carraspear.

*Dios, dame fuerzas.*

—No, Jack —se volvió hacia él, fingiendo que su corazón no se estaba desgarrando en ese mismo instante—. Esto no va a funcionar porque es una mentira.

—¿Cómo? —la miró, sin comprender—. No entiendo.

—Tú eres una mentira.

*Que Dios me perdone. Jack, perdóname*. Amelia apenas podía aguantar las lágrimas.

—¿Qué? —negó con la cabeza— ¿Me estás intentando decir que, lo que siento por ti es… mentira?

—Sí —mintió.

—No, Amelia —negó con la cabeza—. Lo que siento por ti es real.

No pudo seguir mirándole, y regresó la vista al fuego.

—Márchate, Jack. Aunque lo que sientas sea real, todo tú eres una mentira. Me engañaste desde el principio. Vete. Y no regreses.

—¡No! —se quejó, enérgicamente, obligándola a mirarle—. No me iré hasta que me des una razón convincente. ¿Cómo es posible que me digas esto cuando hace menos de cuatro horas tú y yo…?

—Ha sido un error. Todo, desde el principio, fue un error. —Solo ella supo lo que le dolió el corazón al decir eso—. Pero he estado reflexionando y… y sé que…

—¿Reflexionando? —rio, con sarcasmo— ¡La que miente eres tú, Amelia! —exclamó—. Algo ha sucedido que te obliga a decir estas cosas. ¡Dime qué está pasando!

Amelia cerró los ojos, buscando fuerzas de donde ya no había. Cuando los abrió, lo miró de forma gélida.

—Tú eres quien me ha estado mintiendo todo este tiempo y, por mucho que lo intento, no consigo perdonarte. Eso es lo que ha pasado.

Jack retrocedió un paso como si lo hubieran golpeado.

—Vete, Jack. Márchate y no regreses. Te lo suplico—. Esto último lo dijo de tal forma, que Jack entendió que hablaba bajo coacción.

—¿Qué diablos está pasando?

Jack miró alrededor, con el ceño fruncido.

Miró a Lupo, que gimió y movió el rabo, miró hacia la puerta y luego regresó la vista a Amelia.

—Dime qué está pasando. ¡Dímelo!

—¡Márchate! —gritó ella, haciendo que su rostro palideciera. No había otra salida para Jack si no gritaba—. ¡Vete y no vuelvas!

—¿Es eso lo que quieres? —musitó.

—Sí.

—Mírame a los ojos.

Amelia lo hizo. Y asintió, a pesar de que los ojos de Jack también se empañaban por momentos.

—Dímelo —insistió.

—Sí, es lo que quiero. Quiero que te marches.

—¿Por qué?

—Porque… —*Porque te amo, y quiero que estés a salvo*—. Porque ya no te quiero.

Para soportar mejor el golpe, se apartó unos pasos de ella, miró hacia el techo y se apartó el pelo de la frente en un gesto que indicaba lo frustrado y dolido que se sentía. —Bien.

Se giró para mirarla de nuevo, y vio que ella se había vuelto de espaldas, y volvía a tener la mirada perdida en las llamas de la chimenea, pero… esta vez se estaba abrazando a sí misma y… temblaba.

Miró a Lupo de nuevo, y el animal movió la cola.

Echó un vistazo en derredor y volvió a notar la sensación de que alguien los estaba vigilando.

En efecto, algo no iba bien…

No dijo más.

Salió de la habitación y se encaminó hacia donde le llevaran sus pasos. Inspeccionaría cada habitación, cada rincón de ese maldito lugar hasta dar con la persona que les estaba haciendo tanto daño. Y después de quemarlo todo, se llevaría a Amelia y a los niños y no regresarían jamás. No era posible seguir en aquel lugar, en el que podía respirarse el veneno.

Sin embargo, cuando pasó por el cuarto de los niños, se topó con Anita.

—¡Ven, entra! —dijo la niña, estirando la mano para tirar del bolsillo de su pantalón—. He visto a papá. Papá está aquí. Ha amenazado a mamá.

El rugido que soltó fue lo suficientemente desgarrador como para que Anita parpadeara confusa.

—¿Estás bien?

Jack la miró, soltando aire por la nariz.

—No, pero lo estaremos.

—¿Me has escuchado cuando he dicho que papá está aquí?

—Sí. ¡Maldición! —masculló Jack.

# CAPITULO 38

Jack entró en la habitación de los niños sin hacer el menor ruido. La mano de Anita siguió tirando de él hasta que se sentó en una de las camas. Los dos hermanos, se sentaron frente a él, juntos, mirándolo fijamente. En los ojos de los pequeños podía leerse el miedo, pero también la esperanza de que su salvador hubiese regresado.

Con Jack Doran, no volverían a correr peligro nunca más, o eso era lo que los dos pensaban firmemente.

—No te marcharás, ¿verdad, Jack? —preguntó el pequeño Jon—. No nos dejes solos con él.

—No lo hará —le dijo Anita, desviando la mirada de Jack a su hermano. Chasqueó la lengua como si hubiera dicho una estupidez. Jack sonrió muy a su pesar, Anita parecía una anciana atrapada en el cuerpo de una niña diminuta.

De pronto, un ruido los sobresaltó, pero solo era Pity, que se apresuró a saltar a los brazos de Anita.

—Veo que ha vuelto a casa —dijo Jack.

Anita sonrió.

—Creo que ha tenido ayuda de alguien para encontrar el camino. —Anita lo miraba con devoción y Jack solo esperaba poder corresponder y no decepcionarla.

—Entonces, te quedas —vaciló Jon, preocupado de nuevo.

—Jack nos cuida, y siempre nos protegerá.

—Eso por descontado. Pero antes tenéis que explicarme qué demonios está pasando.

Sonó un trueno que hizo temblar los cimientos de Waterford Hall y los niños se lanzaron a los brazos de Jack.

—Eso es precisamente lo que pasa —dijo Anita—. El demonio ha vuelto y está acechando a mamá.

En ese momento, Jack no pudo evitar recordar las palabras de Jane Doran, pero eso no iba a contárselo a los niños.

—No os preocupéis, todo saldrá bien —los miró, a cada uno de ellos, con vehemencia—. No pienso marcharme. No os volveré a dejar solos nunca más.

De pronto se escuchó un grito ahogado por la tormenta, y los niños se abrazaron aún más a Jack.

—Shhh —los tranquilizó unos segundos—. No va a pasar nada malo, pero… —vaciló—. Ahora que sé lo que pasa, debo volver para ayudar a vuestra madre.

—Mamá corre peligro.

Jack no dijo nada más para no asustarlos, pero los miró con cariño.

—Debéis quedaros aquí.

—Pero… —Anita iba a protestar.

—No me iré de aquí hasta que me prometáis que os quedaréis en esta habitación, encerrados, sanos y salvos hasta que yo vuelva a buscaros.

—Pero…

—Sin decir ni pío, hasta que regrese a por vosotros —miró a Anita y esperó que asintiera.

—Está bien.

Anita y Jonathan hicieron el gesto de cerrar la boca y tirar la llave al suelo.

—Y lo más importante: No salgáis de esta habitación, pase lo que pase.

De nuevo asintieron y Jack se puso en pie. Sonrió con cariño y después se dio la vuelta, rumbo a la puerta cerrada.

Ya no sonreía.

Había un monstruo al que dar caza.

***

Amelia dio un respingo al sentir el trueno, pero su piel se heló al notar el frío abrazo de Jonathan, tras su espalda.

—Has hecho muy bien, querida —le susurró al oído.

Asqueada, Amelia cerró los ojos. Había tenido que mentir, alejar a Jack de ella y de la casa para que siguiera a salvo. Jonathan era capaz de cualquier cosa, de hecho, estaba segura de que estaba deseando matar a su hermano.

—Déjame en paz —dijo, en un hilo de voz.

Jonathan la ignoró.

—En mi opinión, podrías haber sido más convincente, ¿no crees? —Notó sus manos, tocándola en lugares donde jamás la había tocado antes. Supo que solo lo hacía para martirizarla. Y lo estaba logrando.

—¡Suéltame! —gimió, y se revolvió, sin éxito.

—Estate quieta…

—¡Nooo!

—¡Soy tu esposo! —bramó, para después darle la vuelta y agarrarla del cuello—. Vas a obedecerme o…

En ese momento, Lupo gruñó. Agazapado sobre la alfombra, lo miraba con sus fauces abiertas, mostrándose feroz, cuando siempre había sido bueno.

—Hasta el patético perro se rebela.

—¡Déjalo en paz!

La mano descendió sobre la mejilla de Amelia, quien calló de golpe a causa del dolor.

Lupo se lanzó sobre Jonathan y lo mordió en el brazo.

El alarido que soltó fue desgarrador.

—¡Maldito chucho!

Se lo sacó de una patada y el pobre perro viejo cayó a varios metros de distancia. Amelia intentó gritar al ver a su querido Lupo caer inerte al suelo, pero Jonathan no la dejó acercarse. La tomó de nuevo del cuello y solo pudo concentrarse en seguir respirando.

—Maldit…—No le salía la voz— No… —soltó un grito mudo, intentando correr hacia el perro.

Pero su esposo la agarró por el pelo y la obligó a colocarse de nuevo ante él.

—Tú —escupió, zarandeándola con violencia—. ¡Eres una zorra!

—¡Me haces daño! —gimió.

A todo esto, los truenos seguían retumbando.

—Ve acostumbrándote, desde este momento te juro que pagarás por haberte entregado a ese gitano. La empujó con fuerza hasta que cayó sobre la cama.

Ella lo miró, con rabia.

Por primera vez en su vida, se atrevía a enfrentarse a él.

—¡Puede que te haya sido infiel, pero jamás me arrepentiré de haberme entregado a Jack Doran!

—¡Maldita seas! ¡Me las pagarás!

Iba a lanzarse sobre ella, pero algo lo retuvo.

Una fuerte mano agarró su nuca, apretando con fuerza y tirando de él hacia atrás. Alejándolo de Amelia.

—¡Jack! —gritó Amelia—. Vete, te matará.

Los ojos inyectados en sangre de Jonathan lo miraron mientras una risa perversa retumbaba en la habitación.

—Sí, hermanito. Vete, porque voy a matarte.

—No si te mato yo antes.

El puñetazo que le dio en la mandíbula lo hizo doblarse hasta que una de sus rodillas tocó el suelo, pero pronto se recuperó. Jonathan no era ningún pusilánime, era un hombre fuerte y

atlético, como su hermano. Aunque su corazón fuera negro, su cuerpo ejercitado no sería fácil de doblegar.

Al alzarse de nuevo, se escuchó el grito de Amelia, esta vez Jonathan fue quien acertó en la mandíbula lanzándolo contra el tocador. Los botes de cristal se rompieron al desparramarse y caer al suelo.

—Podemos hacerlo mejor, ¿no crees?

Hubo unos segundos de absoluto silencio, donde ambos hermanos se miraron a los ojos.

Amelia se estremeció al verlos enfrentados.

De repente, su corazón se saltó un latido.

*Cuando ambos hermanos se miren a los ojos, uno de ellos morirá.*

Amelia se incorporó sobre el colchón, apoyándose en los codos, al tiempo que se llevaba la mano a la garganta. Le dolía, de su boca salía un silbido con cada respiración, y tenía unas terribles ganas de toser, aunque no tenía fuerza para ello.

Intentó tragar saliva, pero la hinchazón era tal que le resultó imposible.

Los dos hermanos se miraban, cara a cara.

Pudo ver la sorpresa momentánea de ambos, al reconocerse exactos. Vestían igual, camisa blanca empapada, pantalones oscuros y botas llenas de barro. Sólo la cicatriz de Jack los diferenciaba, aunque se la tapaba el flequillo por momentos.

Pero había algo más.

Amelia percibió lo distintos que eran, ¿cómo no podía verlo la gente?

Si físicamente eran estrictamente similares, en el brillo de los ojos podía detectarse la más enorme de las diferencias. En Jack Doran podía verse la determinación y la valentía en el azul de su iris, en el de Jonnathan, solo existía la crueldad y… la maldad. Era un hombre enfermo, cuya mente perturbada lo empujaba a cometer los peores de los crímenes.

Cerró los ojos al pensar en sus hijos, en el destino de ella si Jonathan conseguía salirse

con la suya.

—Amelia, ¿estás bien?

Jack volvió la vista hacia ella para asegurarse de que sí. Ella asintió, sin poder hablar aún, y entonces, ambos regresaron la mirada hacia el conde.

—Vaya, vaya, ¿preocupado por mi esposa? —dijo lord Waterford, apretando los puños —. Haces bien, no sabes lo que tengo planeado para ella.

Jack lo maldijo entre dientes. No hacía falta que le dijera nada, sabía que, si no lograba alejarlo de Amelia y los niños para siempre, conseguiría hacer de sus vidas un infierno.

No iba a consentirlo.

—Acabaré contigo.

La risa siniestra de Jonathan volvió a escucharse en la penumbra de la habitación.

—Hacía mucho tiempo que no me divertía tanto, hermano.

—No soy tu hermano.

—Cualquier idiota vería que sí.

—No nos parecemos ni en el blanco de los ojos —escupió Jack—. Eres un asesino.

Jonathan se encogió de hombros.

—En realidad soy un artista, transformo la muerte en arte. Y cuando acabe contigo, mi obra maestra será Amelia.

Las palabras enardecieron tanto a Jack que se abalanzó sobre él.

—Maldito hijo de p…

Lo golpeó con fuerza, pero Jonathan consiguió reponerse y contratacar. El puñetazo lo mandó contra el poste de la cama.

—Jack —se preocupó por él—. No le escuches —volvió a decir Amelia, bajándose de la cama—. Está intentando provocarte.

Se puso en pie con la intención de interponerse entre ambos hermanos, pero Jack, extendió el brazo derecho, impidiéndoselo.

—Mi esposa tiene razón, hermano —Jonathan hizo especial énfasis en la palabra esposa,

y eso enfureció aún más a Jack—. Pero deberías escucharme bien, porque lo que te voy a decir es exactamente lo que sucederá.

—Basta, Jonathan —exigió Amelia.

—Te mataré —siguió diciendo el conde—. Luego incapacitaré a Amelia, y la internaré en un sanatorio mental para enseñar a mis hijos como es la vida.

—¡No! —gritó ella.

Ahora, la provocación iba dirigida a su esposa. Sabía que mentar a los niños, la enfurecería. Y así fue.

—¡Estás loco!

Jonathan, victorioso, soltó una carcajada.

—¿Loco? —volvió a reír—. Loco o cuerdo, eso es lo que sucederá, querida.

Intentó acercarse a ella, pero Jack se interpuso.

—¡No! —gritó, encarándose—. No lo permitiré, ¿me oyes? Acudiremos a la policía y…

Las carcajadas de Jonathan fueron aún más estridentes. Jonathan estaba poco acostumbrado a que su esposa se le enfrentase, es más, siempre había sido sumisa y apocada, ¿de dónde había sacado esa valentía? Era inconcebible. Pero le resultaba divertido.

—Será mejor que te largues que aquí, estás sobrando entre mi esposa y yo —dijo Jonathan.

—Deliras si piensas…

—¿Qué? ¿Qué me dejarás solo con mi mujer? Es exactamente lo que harás. Creo que seré yo quien llame a la policía y advierta de que hay un intruso en mi casa. ¿Crees que Amelia tiene alguna posibilidad de alejarse de mí? Te guste o no, ella es mía, ante Dios y los hombres. Nadie me recriminará haberle dado una buena paliza por adúltera.

Amelia se apretó contra el costado de Jack y él estiró el brazo para protegerla.

—Voy a matarte —rugió Jack.

—Sí, hazlo, porque es la única forma de que os deje en paz. —Volvió a reír—. Torturaros es tan divertido.

—¡Maldito! —bramó, para después abalanzarse sobre él con la fuerza arrolladora de un toro.

Le dio un cabezazo en el vientre que lo dejó doblado con la espalda contra la pared. Pero eso sólo duró unos segundos, porque Jonathan se recompuso y lanzó un derechazo que su hermano detuvo con el antebrazo. Acto seguido, le clavó el otro puño en el costado y después acertó en la mandíbula.

Amelia retrocedió varios pasos, apartándose de la encarnizada lucha.

El conde se tambaleó. Luego se llevó la mano a la cara y sonrió, mientras de la comisura derecha de los labios salía un pequeño hilo de sangre, que se lamió con la lengua.

—Veo que sabes boxear… —Jack colocó los puños en alto—. Por supuesto, mi hermanito el gitano…

Jack apretó los puños.

No hablaría con él.

No se dejaría distraer.

Se centraría en el combate. Pero algo le decía que su hermano no jugaría limpio.

Pero sí, sabía boxear. Y acabaría con ese bastardo a golpe de puño si era necesario.

Amelia gimió de miedo, distrayendo a Jack por unos instantes. Cuando eso sucedió, el conde aprovechó la distracción para lanzarse de nuevo sobre él. Pero esta vez, Jack reaccionó rápido.

Esquivó el puñetazo.

Oh, no. No era solo su puño.

Jack vio algo muy brillante, muy cerca de su rostro. Fue rápido y como un destello, e inmediatamente después se dio cuenta de qué se trataba.

El conde tenía en las manos un pequeño cuchillo que hizo bailar en su mano.

—Eres un tramposo y un malnacido —espetó Jack.

—Yo seré un malnacido, pero tal y como dice la leyenda, te daré muerte.

Con un rápido movimiento, se abalanzó sobre Jack. Él lo esquivó, tirando una mesita al

suelo para impedir su avance. Eso no pareció impedir que el conde diera varios pasos en su busca con el puñal en la mano. Fue entonces cuando Jack cogió una silla para usarla a modo de escudo.

Cuando el conde lanzó una estocada con la afilada hoja, la esquivó. Lo golpeó con la silla en la espalda y se arrojó sobre él para arrebatarle el puñal.

Amelia pensaba que su corazón explotaría de un momento a otro. Sollozaba, sin poder evitar llevarse las manos a la boca. Estaba tan nerviosa que todo daba vueltas a su alrededor.

La escena que acontecía ante ella la estaba dejando completamente helada de terror.

Los dos hermanos se golpeaban, forcejeaban, y en ambos rostros podía verse la furia misma. Parecían dos animales, dos venados furibundos luchando a muerte.

En esos momentos, al no ver sus ojos, fue absolutamente incapaz de distinguir quién era quién. Fue un pensamiento que la llenó de horror, no saber distinguirlos. Pues no sabía quién era Jack y quién era su esposo.

Amelia tragó saliva, contemplando la escena mientras su cuerpo temblaba incontrolable. No era capaz de moverse, ni gritar, solo podía ver a los dos hombres furiosos que tenía frente a ella.

Uno de ellos se puso en pie y miró rabioso al otro.

Pero cuando el otro se levantó y lo miró de igual forma, ya no supo dónde estaba el ángel y dónde el diablo.

Volvieron a enzarzarse en una pelea terrible.

Amelia, con la espalda pegada a la pared, se fue arrastrando por el suelo hasta llegar al tocador. Mientras tanto, uno de los hermanos cayó a sus pies y el otro se abalanzó sobre él.

Amelia gritó cuando el caído se defendió con un puñetazo y lo hizo tambalear.

Ella puso la mano en el tocador y se impulsó hasta ponerse de pie, con la preocupación de caerse, pues sus rodillas apenas le respondían a causa del miedo.

Otro puñetazo hizo caer a otro al suelo. Amelia gimió ante la impotencia de no poder reconocer a Jack.

De nuevo, el que estaba encima, sostenía una daga.

Amelia no podía casi ni respirar. Su mano tanteaba el tocador, en busca de algo, lo que fuera, que pudiera servirle para lo que solo Dios sabía que pretendía hacer.

Mientras tanto, la daga iba bajando poco a poco hacia el pecho del hermano que estaba en el suelo. El que la sostenía, sonreía con crueldad.

En ese instante, los dedos de Amelia dieron con un objeto de tacto suave y frío.

La daga ya estaba sobre la piel, y más abajo se encontraba el corazón.

Amelia no dudó.

Alzó el espejo de mano que acababa de encontrar sobre el tocador y lo rompió sobre la cabeza del atacante.

El hombre soltó la daga, aturdido por el golpe, por lo que aquel que estaba bajo su cuerpo, logró zafarse. Al levantarse de forma brusca y dar un paso hacia delante, aún aturdido, tropezó con tan mala suerte que acabó dándose en la sien con el canto de una silla.

Se escuchó un golpe seco.

Un golpe que sonó a muerte.

Amelia estaba paralizada, aún tenía en la mano temblorosa el espejo hecho añicos. Sus ojos miraban desorbitados el cuerpo de ese gemelo, que yacía inmóvil, con los ojos abiertos mirando a la nada.

—Dios mío —gimió.

Sus ojos se movieron con rapidez, sobre el rostro ensangrentado. Una brecha en su cabeza no paraba de manar sangre.

Amelia buscó su cicatriz, pero la sangre goteaba por su frente y era incapaz de verla.

Desesperada, miró al otro lado y vio al otro Waterford, ya de pie, observando el cuerpo inerte de su hermano.

Luego él alzó la vista y ambas miradas quedaron clavadas.

El cuerpo de Amelia ya no soportó nada más.

Sollozó y sus rodillas flaquearon. Iba a caer al suelo cuando Jack salvó la distancia que los separaba y lo impidió, sosteniéndola con sus brazos.

—Jack, ¡Jack! —Sollozó sin control.

—Tranquila, cariño. Tranquila —La acunó entre sus brazos. Consolándola.

Amelia cerró los ojos y aspiró su aroma.

Era él. Su Jack, quien había sobrevivido a la pelea.

¿Cómo olvidar el brillo de sus ojos y su olor a tierra bañada por la lluvia?

Jack los cerró y cuando eso sucedió, una lágrima escapó y resbaló de su párpado izquierdo. Se abrazaron de nuevo con fuerza y ella rompió a llorar, desconsolada.

—Lo siento —gimió—. Lo he matado. He matado a Jonathan. Al padre de mis hijos… Yo…

Jack la dejó llorar, dejó que dijera lo que necesitara soltar.

—No, amor mío —le dijo, pasado un tiempo—. El único responsable de su muerte es él mismo.

La tormenta que asolaba Waterford Hall, siguió descargando un torrente de agua, rayos y truenos, mientras ellos dos se abrazaban, con el cadáver del monstruo de Waterford a sus pies.

Sobre la alfombra bañada en sangre, otro cuerpo permanecía inerte. Amelia lloró con amargura la muerte del fiel perro. Su amado y querido Lupo, su compañero y amigo.

A pesar de aquella noche negra, había vida que celebrar.

# CAPÍTULO 39

Amelia intentaba mostrarse tranquila, a pesar de las dudas que rondaban por su cabeza. Habían pasado semanas desde la fatídica noche, y aunque ahora se sabía a salvo, no había hablado con Jack sobre el futuro.

—Ven a jugar, mamá —gritó Anita, junto a Jewel.

No recordaba haber visto reír tanto a su hija y eso hizo que carraspeara para alejar las lágrimas de emoción. Jonathan estaba de tan buen humor como su hermana.

La escena que se presentaba ante sus ojos aquella mañana en el jardín, era el más hermoso de los sueños hecho realidad. Jack, Jewel y los niños, jugaban al juego del pañuelo. La gitana había venido a Waterford Hall acompañada de dos de sus sobrinos y de la abuela, Jane Doran que, junto a Mary Cooper, observaban divertidas la escena. Sentadas en un banco de piedra, a la sombra un enorme sicomoro, disfrutaban de aquella visión que era tener a los miembros de la familia sonrientes.

Justo a sus pies, se extendida una manta de picnic con todo tipo de viandas. Bocadillos, pasteles, frutas… La familia había decidido reunirse en el exterior, y la vida parecía ser buena, después de la tragedia. Al menos para la mayoría.

La única que parecía una sombra de lo que un día fue, era Margaret. La condesa viuda había perdido toda energía, hasta el color de su rostro se había vuelto marfileño.

Amelia se había resistido a que Jack le contara la verdad. Era mejor que creyera que Jonathan se había marchado a América, tal y como parecía tener planeado. Pero quizás el corazón de una madre, siempre sabe la verdad. Para Margaret, parecía más que evidente que su hijo se había marchado para siempre y no precisamente a América. Una noche, lo insinuó. *Sé que lo querías muerto*. Seguro que al final conseguiste lo que te proponías.

Aquellas palabras, helaron la sangre a Amelia, que jamás pensó que el amor de Margaret por su hijo fuera tan profundo como para perder toda alegría.

Así pues, no le dijeron a nadie que Jonathan había muerto. Y si alguien lo sospechaba, no importaba, pues no había prueba alguna que pudiera delatar tan triste final.

El cuerpo de lord Waterford se había esfumado como por arte de magia cuando, al día siguiente llegaron West y sus hombres. El patriarca se tomó como un deber personal defender a Jack, y asegurarse de que, de esa manera, los gitanos estuvieran a salvo en aquellas tierras.

Desplazó sus ojos por las ventanas del primer piso, y ahí vio a su suegra, observándolos a todos con un rictus severo, intentando averiguar por qué se reían cuando ella había perdido tanto. De hecho, vestía un riguroso luto y había ordenado cubrir con tul negro todos los espejos de la casa, haciendo que esta fuera todavía más siniestra. Estaba de luto, aunque nadie entendía por qué, su hijo nunca había parecido tan lleno de vida, y es que para todos los habitantes de la casa y del condado, Jack Doran, seguía siendo Jonathan, conde de Waterford.

A Amelia no le importó, al fin y al cabo, era extraña la ocasión que ella y los niños durmieran en la casa, puesto que se habían tomado como un juego lo de acampar en el carromato que Jack había ordenado construir. Las largas noches del inicio de verano, se las pasaban bajo las estrellas, y ella nunca había sido más feliz.

Pero… ¿Cuánto duraría?

Por su parte, Jack también era completamente feliz.

Su abuela estaba respondiendo muy bien al tratamiento, al final solo tuvo que trasladarse a Manchester unos días y ponerse en manos de un especialista. No nos engañemos, no era buena paciente. Cabezota, luchaba contra Jack, que insistía en que se tomara cada una de las medicinas. Pero al final el milagro se logró y Jane volvía a tener la vitalidad que tanto la caracterizaba.

—Esa niña sí que sabe correr —se rio Mary Cooper viendo como Jewel ganaba en casi todos los juegos.

Amelia observaba la escena junto a la hermosa balaustrada de piedra que abrazaba una elegante escalera, que desembocaba sobre el césped del jardín, con el corazón suspendido entre

la alegría y la incertidumbre.

No pudo evitar sonreír cuando la pequeña Anita esquivó a Jewel, llegó hasta Jack y logró quitarle el pañuelo.

—¡Muy bien, cariño! —gritó, desde la distancia.

Entonces, los ojos de Jack se clavaron en los suyos y la sonrisa se amplió. Era como si la felicidad la hiciera irradiar luz propia. Pero no fue hacia él, lo saludó con la mano, y dio media vuelta para entrar en el salón azul.

Nerviosa, se sentó en el pequeño sofá y se llevó las manos a las sienes. En esos días se sentía más agotada, tenía nauseas y mareos, y los achacaba a la preocupación de no saber si Jack se marcharía o finalmente decidiría darles una oportunidad para ser felices.

Siempre había espacio para la esperanza. Al fin y al cabo, Jack no se había vuelto a marchar. Mucho menos se había separado de su lado. Las noches que compartían eran… un sueño.

No obstante, Amelia sospechaba que él no era del todo feliz en Waterford Hall y seguía inquieta por creer ser ella quien coartase su libertad. Sin embargo, aún no se había atrevido a hablarle del asunto y cada día que pasaba, se sentía más irritable.

Al bajar la vista se dio cuenta de que sus dedos se estaban retorciendo en la tela del vestido de forma poco elegante y se obligó a entrelazar las manos y a cerrar los ojos para tomar aire.

Cuando los abrió, vio a Jack frente a ella, mirándola con esos ojos azules tan hermosos, tan sinceros y llenos de amor.

—Jack… —jadeó—. Oh, disculpa. Estoy algo… Algo mareada.

Él los cerró, como si estuviese paladeando cómo su bonita voz entonaba su nombre.

—No sabes cuanto me gusta que al fin puedas llamarme Jack, sin ningún tipo de restricción.

Ella tomó aire y lo expulsó lentamente.

—Es… como te llamas. Quién eres.

—Jack Doran es mi nombre —aseguró, por si quedaba alguna duda—. Pero quien realmente soy, es un hombre irremediablemente enamorado.

Amelia gimió, apartando la mirada.

Oh, eso era tan hermoso como terrible, porque Jack Doran era un ser libre. Y ella, seguía sintiéndose una mujer atrapada en una jaula de oro, a la que temía que le abriesen la puerta, porque se creía incapaz de traspasar el umbral. Y más ahora que…

—Cariño —se acercó a ella, mientras se llevaba las manos al vientre —. ¿Me vas a contar qué sucede?

—Jack, yo… —Se puso en pie, aún con la vista clavada en el suelo.

Cuando lo miró de nuevo, gimió.

Era tan apuesto, con ese flequillo rubio y rebelde, tapándole media cara. Vio como se lo apartaba con un movimiento de cabeza, al mismo tiempo que soplaba hacia arriba y eso la obligó a sonreír.

Él también sonrió, pero cuando eso pasó, los nervios regresaron para aprisionarle el corazón.

—Oh, Jack…

—Amelia… —se acercó y la abrazó—. Puedes confiar en mí. ¿Qué sucede?

—Por favor, no digas nada. Necesito… necesito contarte algo.

—Está bien. —Se separó unos centímetros y la miró, mostrando interés—. Dime, te escucho.

—Yo… —Su voz sonó quebrada al continuar—. Necesito saber qué piensas hacer… conmigo. Con nosotros.

—¿Qué clase de pregunta es esta? —Jack sonrió de oreja a oreja y se dispuso a besarla, pero ella extendió la palma de la mano hacia él, con la petición de que detuviera.

Y, tras tomar aire y expulsarlo con lentitud, se armó de valor para hacerle la siguiente pregunta.

—¿Vas a… vas a cumplir tu palabra?

Frunció el ceño y movió la cabeza de un lado a otro.

—Yo siempre cumplo mi palabra, aunque esta vez no sé a qué te refieres.

—Te escuché, aquella noche, hablando con Margaret.

—¿Escuchando tras las puertas, Amelia? —sonrió burlón, y esquivó el manotazo juguetón que ella quiso darle en el hombro.

—No te burles.

—¡Menudo espía se está perdiendo el imperio británico! —siguió riéndose.

En el fondo era lo que más le gustaba de Jack, la poca seriedad con que se tomaba las cosas. Pero carraspeó para darse un tono más severo.

—Jack, hablo en serio.

—Pones la voz que usas con los niños. La de regañona.

—¡Jack! —Y como ella hizo un puchero encantador, Jack cerró el pico y la dejó hablar —. Sé que no deseas ser conde, que sólo ansías la libertad que puede darte el pueblo gitano y…

—Amelia —la tomó por los brazos y la atrajo contra su pecho—, todo eso ya está superado.

Pero ella no lo había superado. En absoluto.

—Lo entiendo, Jack. Pero…

—Sin peros, Amelia. Mi hermano está muerto, el pequeño Jon será conde de todo esto. Puede que nunca encuentre la fortuna que consiguió esconder tu esposo. Eso nos ha puesto en números rojos para manejar esta casa, pero… ¿acaso importa el dinero cuando tenemos tanta felicidad a nuestro alrededor?

Amelia asintió con lágrimas en los ojos.

—¿Entonces…?

—Nos quedaremos aquí y viviremos felices para siempre, ¿no te parece un buen final para nuestra historia?

Amelia asintió.

Y de pronto, se echó a llorar a mares.

Toda la tensión que había soportado los últimos meses se le escapaba en esos momentos en forma de un agónico llanto. Jack la abrazó con fuerza, mientras le permitía descargar todo lo que hasta el momento había guardado su corazón.

—Sssh, todo está bien. Todo está bien, Amelia.

—Lo siento, estoy sensible. Yo solo… Necesito que… que no me… dejes. Y mucho menos ahora.

Él la miró a los ojos y la asió con más fuerza por la cintura, para apretarla contra su pecho.

—Amelia…

Las bocas quedaron a escasos centímetros. Se deleitaron con el tacto, con la calidez del aliento del otro. Amelia cerró los ojos y lágrimas de nervios y vergüenza rodaron por sus mejillas. Mientras tanto, los labios de Jack las tomaban, una a una, la garganta de Amelia sollozaba y su mente gritaba lo que su voz no se atrevía a pronunciar.

Se besaron con lentitud. Los corazones latieron desbocados, al unísono, como si estuviesen cantando la misma canción.

Cuando el beso finalizó, Amelia volvió a gemir contra su boca.

—No me iré —dijo Jack.

Amelia abrió los ojos y parpadeó, rápido.

—¿No te irás?

—No, jamás, Amelia.

—Es que… yo…

—No os dejaré, ni a ti ni a los niños —la interrumpió—. Os llevo en el corazón. No deseo, ni quiero separarme jamás de vosotros. Desde que me enamoré de ti, nunca pensé en dejarte. Planeaba llevarte conmigo, a donde tú quisieras ir. Porque somos una familia.

—¿De… de verdad?

—Por supuesto.

—¿Por qué no me lo dijiste antes? —le recriminó, cuando se hubo calmado.

—Yo… —Esta vez fue Jack el que se quedó unos instantes sin palabras—. No me atreví a hablar del asunto, porque temía que tu respuesta me rompiese el corazón.

Alzó la mirada hacia él, confusa.

—¿Por qué?

—Siempre he tenido miedo a que mi rostro, y mi cuerpo, te recuerden a…

—¡Shh! —lo acalló poniendo el dedo índice sobre sus labios, para luego substituirlo por un beso rápido—. ¡No os parecéis en nada!

—Pero… —Jack se encogió de hombros, pues no era la primera vez que alguien se lo decía.

—Nunca más pensaremos en Jonathan. Él ya no está en este mundo y que Dios me perdone, pero me alegro. —Amelia sintió un nudo en la garganta y de pronto, se quedó sin fuerzas para confesar lo que se había guardado por semanas—. Y ahora, debo confesarte algo. No he sido del todo sincera contigo, Jack.

—¿Qué quieres decir? —frunció el ceño.

—Resulta que hace varias semanas que…

Jack parpadeó confuso y al darse cuenta de lo que quería decir Amelia, respiró fuerte por la nariz. Hinchando su pecho de aire, porque lo necesitaba para no desmayarse.

—¡Amelia! ¿Por qué… por qué no me lo dijiste? —balbuceó cuando comprendió por dónde iba Amelia. Empezó a palidecer.

Ella se echó a reír entre lágrimas.

—Me entró miedo. Pensé que, en cuanto te enterases de la noticia, te marcharías. —Jack acarició el vientre de Amelia y cerró los ojos, emocionado—. Temí que, en cuanto lo supieses, pensases que era otra cosa más que te ataba a este lugar espantoso. Y yo…

—Amelia… —los ojos de Jack empezaban a humedecerse y el rostro de su amada empezaba a emborronarse.

Amelia tragó saliva, y se armó de valor para decir lo siguiente, a pesar de la cara de susto que estaba poniendo Jack.

—Vamos a ser padres, ¿no es maravilloso?

—Es maravilloso, Amelia —dijo, profundamente emocionado.

—¿De veras te alegras?

La mirada de esperanza e ilusión que él le dedicó al desear un sí como respuesta, la hizo sonreír hasta que le dolieran las mejillas.

—Amor mío, me acabas de hacer el hombre más feliz de la tierra.

La besó de nuevo con una intensidad y una pasión tal, que ambos creyeron que no se volvería a dar jamás. Pero estaban equivocados. Se daría una y mil veces más, a lo largo de sus vidas juntos.

En ese momento, Jack giró la cabeza hacia la derecha.

—¿Has oído, Lupo? ¡Vas a ser abuelo! ¿No estás contento?

Amelia rompió a reír mientras el peludo anciano observaba a la feliz pareja con una sonrisa perruna, al tiempo que movía el rabo.

Sí, Lupo había sobrevivido. Si bien en un principio creyeron que Jonathan lo había matado, había resultado ser más fuerte que un roble.

—El único final que quiero es contigo, Jack Doran. No me importa si es en esta lúgubre casa o bajo un cielo estrellado. Solo me importas tú. Estoy irremediablemente enamorada de ti. Te amo, como jamás he amado a otro hombre. Y no quiero que me dejes, no quiero que nos dejes. Deseo quedarme a tu lado y jamás separarme de ti.

Jack la alzó del suelo mientras empezaba a dar vueltas con ella por la habitación.

—¡Y yo la amo a usted, mi querida esposa! Porque eso eres, o lo serás cuando aceptes casarte conmigo.

—¡Jack!

—Una boda gitana, tres días de diversión, colores y música. Le daremos vida a esta casa, Amelia. Ya nunca más será una jaula de oro. Nunca.

—Será… maravilloso.

—Al fin puedo gritarlo a los cuatro vientos. Nos casaremos por el rito gitano, una

ceremonia preciosa que duraría tres días, de los cuales, el vino nos haría olvidar dos.

—Recuerda que estoy embarazada, no puedo beber vino. —La sonrisa que se dibujó en el rostro de Amelia y la risa que soltó después su garganta, fueron las más hermosas que Jack había visto en su vida.

—Pues regaré con él toda tu piel y me embriagaré de ti en nuestra luna de miel.

—Me casaré contigo, Jack Doran. —Sus ojos expresaron un gran amor—. Y sobreviviremos a los tres días de fiesta gitana.

Afuera, en el corredor, Margaret escuchaba entre lágrimas silenciosas como sus sospechas se habían convertido en realidad.

Su hijo había muerto.

Su nuera, y ese hijo del demonio, que su marido había tenido a bien mandar lejos, eran sus asesinos.

Pobre hijo. ¡Pobre hijo incomprendido!

Estaba enfermo, ¿nadie veía que intentaba ser un buen hombre y luchar contra sus demonios? Quizás, si hubiera tenido una esposa más comprensiva... Se había equivocado con Amelia, siempre le pareció perfecta, callada y simple. Pero el diablo dormía en esa casa esperando hacer sus maldades. Y lo había conseguido. No había parado hasta echarse un amante y matar a su pobre Jonathan.

Pero ambos lo pagarían. Tal maldad no iba a quedar impune.

# CAPÍTULO 40

Amelia se revolvió en la cama, o más bien entre los brazos de Jack.

Sonrió sin abrir los ojos al sentir su contacto. Estaban desnudos, como solían dormir.

—Buenas noches, amor mío —dijo, colocándose sobre ella para después regar de besos su piel.

Amelia gimió, extasiada, cuando él se abrió paso entre sus piernas.

—¡Ah! —volvió a gemir cuando se deslizó en su interior.

Empezó a moverse con lentitud, mientras ambos se regalaban caricias, besos y suspiros.

Adoraba hacer el amor con su esposo, despertar abrazada a él cada mañana.

—Eres un sueño, eres mi vida —sus dulces palabras, dichas con una voz rasgada por la pasión, y sus movimientos, a cada punto más intensos, hicieron que Amelia alcanzara el éxtasis.

Aumentó el ritmo al sentirla más cálida y húmeda.

—¡Jack!

Y al escuchar su nombre en labios de Amelia, envuelto en pasión, se dejó ir.

Quedaron abrazados, y aún unidos, mientras se seguían regalado besos y caricias. Pero pronto, Jack salió de la cama para acercarle su camisón.

—Oh… ¿por qué? —se quejó Amelia, viendo cómo también él se vestía.

—Hoy hará frío, y no quiero que mi esposa y mi futura hija se resfríen.

Amelia rio cuando él regresó a la cama y de nuevo la rodeó con los brazos.

—¿Cómo sabes que es una niña?

—Lo ha leído la abuela Jane en los posos del té.

—Pues seguro que acierta.

Aquella noche que anunciaba tormenta, habían decidido quedarse dentro de la casa. Los

niños, por supuesto, habían protestado, les encantaba dormir bajo las estrellas o en los pequeños camastros del carromato. Jack había dicho a todo aquel que querría escucharle que iba a instalarse definitivamente en uno, y que sería el primer conde en tener como casa principal un bonito carromato de color verde con ventanas amarillas.

Amelia se había reído y por supuesto West, había anunciado que después de que recibiera el título de patriarca, iba a regalarle uno como muestra de la alianza entre los Waterford y el pueblo gitano que habitaba en sus tierras. A su lado, Jewel había asentido ante la maravillosa idea de su prometido.

En algún momento de aquella vigilia, Amelia debió volverse a quedar profundamente dormida, pues cuando despertó, lo hizo con un escozor en la garganta que la hizo toser.

—Jack —abrió los ojos y apenas distinguió nada a su alrededor— ¡Jack!

El nuevo grito debió despertarle, pues enseguida también lo escuchó toser.

—Pero… ¿qué diablos?

Se le llenaron los ojos de humo y el escozor era tan intenso que se llevó ambas manos y los apretó en sus cuencas.

—¡Dios Santo! Los niños —Amelia salió de la cama, tosiendo.

Cayó al suelo mareada, pero se arrastró hacia la ventana y la abrió para despejar la atmosfera.

Fue inútil.

—¡Fuego! —gritó Jack.

Vio las llamas anaranjadas filtrarse por debajo de la puerta. La alfombra del pasillo ardía, y los gritos desesperados de Amelia para alertar a sus hijos obtuvieron resultado.

—¡Señora, deben salir de ahí! —gritó de pronto la señora Cooper.

Amelia miró por la ventana y Jack enseguida se apretó contra ella para ver como la servidumbre se arremolinaba al frente de la casa. Pero sobre todo para ver como Anita sostenía contra su pecho a Pity, mientras Jonathan acariciaba el hocico de Lupo.

Estaban llenos de hollín, con sus camisones blancos tan sucios como sus caritas.

A Amelia le fallaron las rodillas de puro alivio. Sus hijos estaban a salvo.

—Vamos —Jack se movió deprisa, anudando las sábanas a modo de que pudieran descender por la ventana—. Agárrate fuerte, Amelia. Yo te bajaré.

Con miedo en los ojos, pero también muy segura de que podía confiar en Jack, asintió.

Después de asegurar la sábana, Jack empezó a soltarla con Amelia agarrada a ella, no tardó en llegar a menos de dos metros de altura y ahí estaba West junto a otros hombres para recibirla.

—Suéltese.

Ella lo hizo, y cayó segura en los brazos del fornido gitano. Jewel corrió hacia ellos y apremió a Jack para que bajara.

—Las llamas son tan altas que se veían desde el campamento. Hemos venido a ayudar, pero… —Jewel tosió. Era evidente que todo estaba perdido, la otra parte de la casa, parecía el infierno.

Jack bajó con agilidad y se lanzó al suelo con gracia. Nada más besar con fuerza a Amelia, corrió hacia los niños que se abrazaron a él con desesperación.

—Papá, ¿estás bien?

—Sí, Anita, estoy bien.

—Oh, papá —lloró Jonathan, quien se abrazó aún con más fuerza.

Amelia se unió al abrazo y lloró con ellos, pero no lo hizo por la casa que perdían. Lo hizo por la familia tan hermosa que habían ganado.

De pronto, se escuchó un grito desgarrador.

En la balconada del primer piso, la condesa viuda gritaba furiosa. Maldiciendo a todos aquellos que quisieran escucharla.

—Tú, miserable. ¡Tú mataste a mi hijo! —sus ojos delirantes miraron al poco tiempo a Amelia y escupieron su nombre—. ¡Maldita seas! ¡No eres más que una zorra! Debisteis quedaros en vuestras habitaciones, e ir al infierno donde mandasteis a mi pobre hijo.

Jack miró a Amelia y los dos permanecieron en silencio, hasta que la conciencia pudo

más.

—¡Intenta llegar a la ventana! —Jack cerró los ojos, había estado a punto de llamarla madre, y lo habría hecho solo por la enorme lástima que le daba esa mujer—. Intente…

—¡Yo te maldigo! ¡Una y mil veces! Ya no tendrás casa, ni fortuna, ni título que puedas mantener. Esa es mi maldición para ti. No tendrás más techo que las estrellas sobre tu cabeza. Naciste para ser gitano y gitanos serás.

Cuando hubo acabado de lanzar aquella maldición que a Jack le sonaba a pura liberación, las vidrieras del salón estallaron en mil pedazos, envolviendo a Margaret con una cortina envuelta en fuego.

Los gritos que se escucharon en la noche fueron desgarradores, y la visión cruel de una mujer desesperada envuelta en llamas corriendo por el balcón, los sobrecogió a todos.

—¡Jack! —gritó a Amelia que abrazaba con fuerza a sus hijos y les impedía mirar la dantesca escena.

Los gritos cesaron. Margaret había muerto y la mansión de los Waterford se consumía en las llamas junto a todos los recuerdos y la fortuna de la familia.

No tenían nada.

Jack y Amelia se miraron.

Y en el fondo, sabían que lo tenían todo.

# EPÍLOGO

Y sucedió que las hogueras y las luces tintineantes, invadieron los bosques de Waterford Hall. Puede que la casa ya no existiera, solo paredes llenas de hollín, vestigio de lo que un día fue una gran casa y una gran familia, pero el poblado gitano nunca había brillado tanto. Y no era para menos. Se celebraba una gran boda.

Mientras los violines, las guitarras y los tambores sonaban, el poblado era un hervidero de risas, danzas y alegres cánticos. Toda aquella felicidad dio color a los corazones de todos sus habitantes, por varios días.

Tres días de fiesta, le había prometido Jack, y aunque apenas habían pasado unas semanas de la tragedia, lo cumplió.

Aquellos días de celebración, las mujeres vistieron hermosos vestidos de delicados encajes y elaborados bordados. Los caballeros, portaron elegantes trajes con exageradas camisas de volantes en las mangas, fajines ajustados de un rojo carmesí y abalorios y joyas para desear a los novios buena fortuna.

Todos bailaban con gracia y pasión al son de la alegre música de los gitanos. Incluso Mary Cooper y el señor Wilson brillaban con la alegría en el rostro. Wilson había llorado la muerte de lady Waterford, pero Mary Cooper se lo había tomado con un mayor aplomo. Ahora estaba segura de que estaba donde debía estar y no en un mundo donde su hijo favorito ya no habitaba.

Tras el incendio, los sirvientes se habían dispersado, unos buscarían sustento en otras casas, pero Wilson ya era viejo y con sus ahorros podría vivir decentemente en el pueblo vecino, quizás incluso podría tener lugar para Mary Cooper.

Respecto a los gitanos, no se habían tomado tan mal que el pequeño conde se mudara con ellos. Jonathan parecía más que feliz de dormir en un carromato por el resto de sus días.

West y sus hombres acompañaron al feliz novio, tomando whisky irlandés, mientras

esperaba a la novia, más nervioso de lo que jamás pensó que estaría.

La luna brillaba en lo alto y la noche parecía mágica al ver a los bailarines danzando entre las hogueras.

Jack iba elegantemente vestido con un traje de chaqueta, mientras los niños correteaban, jugaban y gritaban a su alrededor. Del carromato de Jane Doran estaba a punto de salir la reina indiscutible de la noche, la única protagonista: Amelia.

Amelia fisgó por la ventanilla del carro, intentando encontrar a Jack para ver como iba vestido, pero Jewel la llamó al orden.

Era tan feliz, que le dolían las mejillas y el estómago de tanto reír.

—Estás preciosa —le dijo la bella gitana, después de colocarle una guirnalda de flores en la cabeza—. Cuando Jack te vea, se quedará ciego ante tanta hermosura y enmudecerá de amor.

Amelia pensó que sus ojos, traidores, se derramarían de un momento a otro, a causa de la emoción.

Ese era el gran día. El más importante de su vida. ¿Pues qué había más importante que casarse con el hombre que amabas y te correspondía? Sí, allí se celebraba la auténtica boda de su vida, la que ella y Jack llevaban esperando meses con ilusión.

Se acarició el abultado vientre y sintió que se le empañaban los ojos.

—Querida, no estés triste —dijo la abuela Jane, abrazándola—, este es un hermoso día.

—No estoy triste, me siento dichosa —respondió Amelia, enjugándose los ojos con el dorso de la mano—. Este es el día más feliz de toda mi vida.

—Sal, ya, querida. Porque ahí fuera aguarda tu felicidad.

Cuando lo hizo, un grupo de hombres avanzó deprisa hacia ella. Sin duda no tenían tanta prisa por verla a ella, sino más bien intentaban impedir que Jack saliera corriendo y se abalanzara sobre Amelia, arruinándole así el tocado de reina y el vestido.

Jack vio aparecer a Amelia ante sus ojos y detuvo su carrera. Lagrimas contenidas brillaban en sus ojos y por unos instantes creyó verlo todo difuso.

West le golpeó en la espalda y soltó una carcajada de nerviosismo y alegría.

—Parece que nunca has visto a tu mujer.

Los demás le rieron la gracia, pero Jack ni siquiera lo escuchó.

Ahí estaba ella, su amor, su vida.

Era increíblemente hermosa. Parecía un hada, rodeada por todas sus rosas. No recordaba haberla visto sonreír de forma tan genuina.

Llevaba el pelo suelto, tan largo que le sobrepasaba la cintura y le llegaba casi hasta las rodillas. Los hermosos caracoles oscuros parecían flotar tras ella, a medida que avanzaba hacia él. En la coronilla descansaba una guirnalda de rosas blancas, de la que por la parte posterior pendía un largo velo de tul. Más flores diminutas se mezclaban con los largos y oscuros mechones. El vestido era blanco, con brillantes y perlas incrustados en el cuello y parte del pecho. Se acariciaba con una mano el abultado vientre, que contenía al hijo de ambos, y con la otra se apoyaba en la barandilla.

Cuando sus ojos azules se cruzaron con los suyos, todo a su alrededor pareció desaparecer.

Jack se acercó y le tendió la mano para ayudarla a terminar de bajar.

—Eres una visión —le dijo, acariciando su rostro.

—Y tú eres todo con lo que he soñado.

En ese momento, Anita y el pequeño Jon corrieron hacia ambos y los cuatro se fundieron en un abrazo.

—Mamá, estás tan guapa… —dijo el niño, visiblemente emocionado.

—¡Eres la más guapa del mundo! —dijo Anita, haciéndola reír.

—Y todos vosotros —se acarició el vientre, incluyendo al bebé—, sois el tesoro más valioso que tengo.

Jack besó su mano y les guiñó un ojo a los niños, diciéndoles con la mirada que había llegado el momento.

Se colocaron tras ella y le arreglaron el velo y la larga cola del vestido.

Amelia y Jack, avanzaron, cogidos de la mano, hacia un improvisado altar. Postes llenos

de flores y cintas de todos los colores decoraban el púlpito. Las velas aromáticas no hacían sino dar un toque místico al ambiente. Todo era perfecto, porque es lo que hace el amor, embellece todo a su alrededor.

Un enorme arco abrazado por un rosal enredadera de rosas blancas, enmarcó a la feliz pareja.

Entonces, uno de los patriarcas más ancianos, el abuelo de West, ofició la esperada ceremonia. No se alargaron demasiado, las palabras emotivas palidecían ante las miradas de los dos esposos.

—Yo os declaro marido y mujer.

Fue como el pistoletazo de salida para que Jack la tomara entre sus brazos y la besara con todo el amor que sentía.

—Te amo, Amelia. Como jamás he amado a nadie —dijo, con la voz entrecortada por la emoción—. Y me siento el hombre más honrado de la tierra, por tener la familia más bonita que nadie haya podido soñar jamás. Gracias, amor mío, por darme todo esto. Por darme todo tu amor.

Amelia tomó aire y lo expulsó lentamente, intentando controlar un llanto que fue incapaz de contener.

—Gracias a ti, Jack Doran. Por querer formar parte de mi vida, y por ser, ahora y siempre, una de mis personas favoritas.

Se besaron con dulzura, mientras todos a su alrededor estallaban en vítores.

Sin duda, ese fue de los días más hermosos que la pareja conoció, pero hubo más.

Muchos más.

# EPÍLOGO II

*Dos años después…*

El encantador y dulce aroma de las flores de azahar lo inundaba todo, mientras la familia Doran al completo, paseaba por un hermoso carruaje tirado por cuatro caballos blancos, por las calles de Sevilla. No es que hubieran decidido que ese sería su primer destino, era Jonathan quien había decidido hacer el gran *tour*.

—Puede que sea un conde arruinado, pero quien dice que no pueda darse algunos caprichos de mi rango.

Con los meses de libertad, Jonathan había olvidado sus miedos, algo que preocupaba a Amelia, pues había sobrepasado la valentía y ahora era un jovencito temerario. Pero había vivido tanto… Francia, Italia, alguna que otra isla griega, para embarcarse de nuevo hacia el oeste. Pero al llegar cerca de Inglaterra, viraron algunos meses hacia España.

Bendito el día que tomaron tal decisión.

Allí el sol irradiaba con otro color, y aunque no eran pocos los recelosos con los gitanos, en un lugar y otro Jack había entablado profunda amistad con el rey de los gitanos del sur, y sus pasos y buenos deseos los habían guiado hacia Sevilla.

Jack, Amelia, Anita, Jonathan y… la pequeña Jane, una hermosa niña morena, de ojos azules, que miraban todo a su alrededor con curiosidad y daba palmas con sus manos. Eran una hermosa familia que vivía el presente, sin mirar atrás.

Amelia tenía la cabeza apoyada en el hombro de su esposo, Jack Doran, disfrutando de la preciosa y bulliciosa ciudad, en la que habían decidido asentarse por un tiempo. Jewel había sido buena con ellos y como regalo de bodas, había devuelto a Jack todos los sacos llenos de

pertenencias que le había entregado. Se habían mantenido bien con ello e incluso les sobró fortuna para adquirir un discreto, aunque bello palacete, en una de las zonas más bonitas de la ciudad, muy cerca de la catedral. Quien hubiera dicho que las joyas viejas de la condesa resultarían ser un tesoro con nombre propio regalado a los condes por el propio rey Jorge hacía tantos lustros atrás.

—¡Estoy deseosa de llegar a casa! —decía Anita, con la pequeña Pity en brazos. Lupo movía el rabo, feliz.

—Ahora llegamos, cariño, no seas impaciente.

—¡Hoy toca mermelada de naranja! —decía Jonathan—. Nunca he comido nada más rico en toda mi vida.

Jack asintió y le revolvió el pelo con cariño. Estaba orgulloso del pillastre en que se había convertido su hijo.

Cuando el coche de caballos se detuvo frente a su hermoso hogar, Jack fue el primero en bajar. Con la pequeña Jane en un brazo, le tendió la otra mano a Amelia, y bajó, seguida por los niños y Lupo, que no tardaron en entrar corriendo por el precioso patio, adornado con geranios de todos los colores.

Sus orgullosos padres los observaron entrar en una de las puertas que comunicaba a las cocinas, donde les esperaba la abuela Jane, que seguramente les habría preparado bizcocho de limón y chocolate.

—Es una casa preciosa y una ciudad maravillosa —dijo Amelia—. Vamos a ser muy felices aquí, ¿verdad, mi amor?

Jack la miró con todo el amor del mundo.

—Seremos felices aquí, pero también lo seremos en cualquier parte, porque somos una familia.

—Pero eso de querer casar a nuestra hija con el heredero del rey de los gitanos… no iba en serio, ¿verdad?

—Es todo un honor que quiera hacer de nuestra hija una princesa gitana.

—Y no lo dudo —suspiró Amelia—, pero ya lo decidiremos cuando sea mayor, ¿te parece?

—Deduzco que no te cae bien.

—Me cae bien, aunque no entiendo la manía de cambiarle el nombre a la pequeña y querer llamarla Juani.

—Es porque así se llaman sus princesas gitanas.

Besó a su esposa en los labios, y después a la pequeña Jane.

—No te importa iniciar una estirpe de princesas gitanas, ¿verdad que no, Juani?

FIN

# RECOMENDACIONES

Si os gustan las novelas románticas de regencia, no os podéis perder esta preciosa y romántica serie.

UNA ROSA PARA EL CORONEL

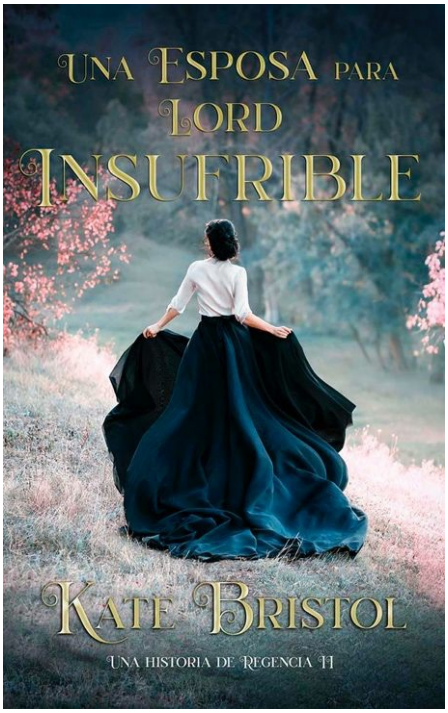



Rose Stratford, lleva enamorada de su vecino Lyonel Knigth, desde que era una niña. Un hecho curioso, pues todo el mundo piensa que su corazón le pertenece al hermano, Frederick Knigth. Pero nada más lejos de la realidad. Lyonel es apuesto, valiente, un coronel del ejército de su majestad al que ha amado en silencio desde siempre. Pero su carácter serio y el cierto hieratismo que demuestra cuando está con ella, le hace pensar que le es totalmente indiferente, hasta que ocurre una tragedia.

Lyonel Knigth, regresa a casa, después de dos largos años en España, luchando contra Napoleón. Es hora de asumir las responsabilidades que conlleva su título como conde St Vincen. El destino quiere que, al llegar a Inglaterra, se encuentre a su viejo mentor, lord Stratford, en su lecho de muerte. Quizás por eso consigue arrancarle la promesa de que va a cuidar de Rose, su única hija. ¿Será el coronel capaz de pedirle en matrimonio, aun sospechando que Rose está enamorada de su hermano Frederick?

***Una novela de la época de la regencia, llena de romance, malos entendidos y una pasión desbordante. Una rosa para el coronel, es la primera novela de Kate Bristol en el mundo de la regencia.***

UNA ESPOSA PARA LORD INSUFRIBLE




Robert Belford necesita una esposa. Después de la muerte de su hermano mayor, ha heredado el título de conde y debe responsabilizarse de la vida de su madre y sus dos hermanos menores. Obligado a dejar su carrera militar, está dispuesto a llevar una vida ejemplar y para ello necesita una esposa.

Encontrar a la candidata ideal hubiera sido imposible, pero el milagro se dio en Belinda Withman. Hermosa y de modales impecables, cumple todos los requisitos que él y su madre exigen. Solo hay unos pequeños inconvenientes: las grandes deudas de juego de su padre y... Livia Withman.

Lord insufrible, así es como Livia ha apodado a su futuro cuñado. Déspota y altivo, no soporta estar cerca de él, pero al mismo tiempo, sabe que es la única opción de que su familia salga adelante. El pagará las deudas de su padre y cubrirá de oro a su hermana... ¿Qué podría salir mal?

No olvidéis seguir mi perfil en **Amazon** y, sobre todo, pasaros por el grupo de Facebook de "**Las chicas brilli brilli de la Juani**" donde estaréis al tanto de todas mis novedades.